

Tras el éxito de *El contador de historias*, Rabih Alameddine vuelve a triunfar con esta magnífica novela titulada *La mujer de papel*, que desde las primeras páginas nos traslada a un viejo apartamento de Beirut. Ahí encontraremos a Aaliya, una mujer de unos setenta años, con el pelo teñido de azul y una historia que contar. La señora habla de su vida, pero qué vida... Años y años dedicados a leer los mejores libros y a traducirlos, mientras en las calles de Beirut caían las bombas y retumbaban los ecos de una guerra que convirtió a muchos jóvenes pacíficos en espías y matones, obligando a una mujer sola a dormir con un rifle al lado de la cama para defenderse de los ataques imprevistos. Somos lo que leemos, dijo un sabio, y Aaliya es eso: un ser adorable, hecho de papel y sin embargo vivo, con un sentido del humor muy peculiar, que se resguarda de todo y de todos a la sombra de una vieja chaqueta de lana y de la buena literatura, buscando en los libros el amor que su familia no supo darle. Entrar en casa de Aaliya, estar ahí con ella y con sus vecinas, compartir su miedo y su valor, es una experiencia intensa que nos acerca a las mujeres que hoy mismo están viviendo las revueltas de la primavera árabe, y muestra una vez más el talento de Rabih Alameddine, un autor que nos devuelve el placer de leer.

Lectulandia

Rabih Alameddine

La mujer de papel

ePub r1.0

Titivillus 04.05.2019

Título original: *An Unnecessary Woman*
Rabih Alameddine, 2012
Traducción: Gemma Rovira Ortega

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Para Eric, con gratitud

Desde mi aldea veo tanto universo como puede verse desde la
tierra...

Por eso mi aldea es tan grande como cualquier otra tierra,
porque yo soy del tamaño de lo que veo,
y no del tamaño de mi estatura.

FERNANDO PESSOA como ALBERTO CAEIRO,
El guardador de rebaños

Tal vez leer y escribir libros sea una de las últimas defensas que le quedan a la dignidad humana, porque al final nos recuerdan lo que un día nos recordó Dios antes de desaparecer también Él en esta era de humillación implacable: que somos algo más que nosotros mismos, que tenemos alma. Y más...
O tal vez no.

RICHARD FLANAGAN,
El libro de los peces de William Gould

Para curarse del aislamiento, hay que vivir la soledad.

MARIANNE MOORE,
en su artículo «*Si volviera a tener dieciséis años*».

La gran desgracia de Don Quijote no es su imaginación, sino Sancho
Panza.

FRANZ KAFKA,
Obras completas III: Narraciones y escritos

Podríamos decir que cuando me teñí el pelo de azul estaba pensando en otras cosas, y dos copas de vino tinto no mejoraban mi concentración.

Me explicaré.

En primer lugar, deberíais saber algo más de mí: solo tengo un espejo en mi casa, un espejo desportillado y sucio. Suelo limpiar a conciencia, incluso compulsivamente —el fregadero está como los chorros del oro y los grifos de bronce brillan—, pero casi nunca me acuerdo de limpiar el espejo. No creo que haga falta consultar a Freud ni a ninguno de sus numerosos secuaces para saber que ahí hay un problema por resolver.

Empiezo este relato en un entorno mal iluminado. Una de las dos bombillas del cuarto de baño se ha fundido. Estoy en pleno ritual nocturno de cepillarme los dientes, delante del susodicho espejo, cuando me llama la atención un halo que rodea mi cabeza. Mientras la mano derecha sigue moviendo el cepillo de dientes arriba y abajo y de un lado a otro, la mano izquierda coge las gafas de lectura que están en la mesita junto al inodoro. Una vez colocadas las gafas sobre mi nariz algo prominente, me doy cuenta de que no soy una santa ni tengo un aspecto angelical, y que más bien parezco la reina madre, o mejor dicho, una imagen de la reina madre difuminada por la goma de borrar de una colegiala. Esta anomalía azul no es un halo, sino mi pelo mojado. En mi cabeza se ha desatado una batalla de pigmentos, una riña de gatos de contendientes desiguales.

Me toco un mechón todavía húmedo para verificar la permanencia del tinte azul y acabo dejando en él una mancha pegajosa de pasta de dientes. Si habéis deducido que la multitarea no es mi fuerte, estáis en lo cierto.

Me inclino sobre la bañera y cojo el tubo de champú Bel Argent que compré ayer. Leo la letra pequeña de la etiqueta; tengo que entrecerrar los ojos incluso con las gafas de leer puestas. Sí, me he lavado el pelo con una dosis diez veces mayor que la recomendada. Me gusta enjabonarme bien, hasta obtener mucha espuma. Resulta que leer prospectos tampoco es mi fuerte.

Tiene gracia. Los azulejos de mi cuarto de baño son blancos y rectangulares, con dos tulipanes azul claro entrelazados, casi del mismo tono que mi nuevo color de pelo. Por suerte, no es el azul de la bandera israelí. ¿Os imagináis? Eso sí sería una pelea de contendientes desiguales.

Por lo general, no soy una mujer vanidosa y no me entretengo con fruslerías. Sin embargo, oí a las tres brujas hablar de la absoluta blancura de mi pelo. Joumana, mi vecina de arriba, comentó que si usara un champú como Bel Argent el blanco sería menos mate. Pues eso...

Tengo entendido —y podría equivocarme, como siempre— que todos tendemos a perder conos de onda corta a medida que envejecemos, y que por eso nos cuesta más distinguir el azul. De ahí que muchas personas de cierta edad lleven el pelo de color azulado. Sin el tinte, lo ven de un tono amarillo claro, o quizá salmón. Una vez oí por la radio a un peluquero que contaba lo que le había costado convencer a una anciana de que llevaba el pelo demasiado azul. Aun así, su clienta se negó a cambiar de color. Para ella lo más importante era verse el pelo natural, y le daba igual cómo lo viera el resto de la gente.

Seguramente yo me llevaría mejor con esa señora que con el peluquero.

También yo soy una anciana, pero todavía tengo que perder muchos conos de onda corta. Ahora mismo puedo distinguir el color azul casi con demasiada claridad.

Permitidme, queridos amigos, que me justifique por estar distraída, aunque sea con una excusa de mal pagador. A finales de año, antes de empezar un nuevo proyecto, leo la traducción que he terminado. Hago las últimas correcciones (pocas), pongo las páginas en orden y las coloco en la caja. Eso forma parte del ritual, que incluye beberme dos copas de vino tinto. También debo admitir que la última lectura permite que me dé unas palmaditas en la espalda y me felicite por haber completado el proyecto. Este año he traducido la excelente novela *Austerlitz*, mi segunda traducción de W. G. Sebald. Hoy he estado leyéndola, y por algún extraño motivo, seguramente por la profunda desesperanza del protagonista, no podía dejar de pensar en Hannah; de verdad, no podía, como si la novela, o mi traducción al árabe, me transportara al mundo de Hannah.

Recordar a Hannah, mi única amiga íntima, nunca resulta fácil. Todavía la veo frente a mí en la mesa de la cocina, con el plato limpio, la mejilla derecha apoyada en la palma de la mano, la cabeza ligeramente ladeada, escuchando, haciéndome ese valioso regalo, su atención inequívoca. Mi voz estaba huérfana hasta que apareció ella.

Ella ha sido la única persona a la que he querido en mis setenta y dos años de vida, la única a la que se lo contaba todo, demasiado: fanfarronadas, odios, alegrías, decepciones crueles, todo mezclado. Ya no pienso en ella tan a menudo como antes, pero de vez en cuando aparece en mi pensamiento

como por arte de magia. Las huellas de Hannah en mí se han vuelto indelebles.

Recuerdos que se filtran, vino tinto, champú de vieja: lo mezclas todo bien y te encuentras con el pelo de color azul.

Mañana por la mañana volveré a lavarme el pelo, esta vez con champú para bebés. Espero que el azul pierda intensidad. Me imagino qué dirán las vecinas ahora.

Durante la mayor parte de mi vida adulta, desde que tenía veintidós años, siempre he empezado una traducción el 1 de enero. Soy consciente de que ese es un día festivo que casi todos celebran, y que la mayoría no se plantea trabajar el día de Año Nuevo. En una ocasión, mientras hojeaba un folio de las sonatas de Beethoven, me fijé en que solo la penúltima, la excelente Sonata para piano en la bemol mayor op. 110, llevaba la fecha en la esquina superior derecha, como si el compositor hubiera querido dejar claro que había estado trabajando aquel día de Navidad de 1821. Yo también trabajo los días de fiesta.

En estos últimos cincuenta años he traducido casi cuarenta libros, treinta y siete para ser más exactos. Algunos me llevaron más de un año, otros se negaron a ser traducidos y un par de ellos me aburrieron hasta la sumisión. Bueno, no los libros en sí, sino mi traducción. Los libros en sí mismos casi nunca son aburridos, excepto las memorias de los presidentes de Estados Unidos (no, no, Nixon); o mejor dicho, las memorias de los estadounidenses en general. Es el síndrome «Vivo en el país más rico del mundo, pero compadeceos de mí porque de joven tenía los pies planos y una vagina maloliente, pero al final he triunfado». ¡Puaj!

Libros en cajas, cajas de papel, de hojas traducidas sueltas. Eso es mi vida.

Hace ya mucho que me abandoné a una lujuria ciega por la palabra escrita. La literatura es mi caja de arena. En ella juego, construyo mis fuertes y castillos, me lo paso en grande. Lo que me da problemas es el mundo que hay fuera de ese parque. Me he adaptado dócilmente, aunque no de manera convencional, a ese mundo visible para poder retirarme sin muchos inconvenientes a mi mundo de libros. Para continuar con la metáfora, si la literatura es mi cajón de arena, el mundo real es mi reloj de arena, un reloj que se vacía grano a grano. La literatura me da vida, y la vida me mata.

Bueno, la vida nos mata a todos.

Pero ese es un pensamiento deprimente, y yo esta noche me siento viva, viva con mi pelo azul y mi vino tinto. Se acerca el final del año, el comienzo de un año nuevo. El año ha muerto, ¡viva el año! Iniciaré mi siguiente proyecto. Este es el momento que más me emociona. No presto atención a los adornos navideños que cobran vida en muchos barrios de mi ciudad, ni a las luces que reciben el año nuevo en otras zonas. Este año, la ashura cae casi en el mismo día, pero no me importa.

Dejemos que la gente se flagele en un frenesí de conmemoración. Gemidos, latigazos, sangre: la traición de Hussein no me conmueve.

Dejemos que las masas se cubran de oro, incienso y Chanel para conmemorar el nacimiento de su salvador. Las trivialidades no me importan lo más mínimo.

Los comienzos están preñados de posibilidades. Pese a lo que disfruto cuando termino una traducción, este es el momento que me da más placer. El ritual de la preparación: colocar las dos versiones del libro elegido una al lado de la otra, las hojas de papel, la libreta que llenaré de notas, los lápices de grafito 2B con el sacapuntas y la goma de borrar Pearl, las plumas. Limpiar la sala de lectura, quitar el polvo de la mesita auxiliar, pasar el aspirador por las cortinas y por el viejo sillón de cuyos brazos cuelga una felpilla azul marino con flecos anudados. El día del génesis, el 1 de enero, empiezo la mañana con un baño ceremonial, un ritual de lavado y fregado; después enciendo dos velas por Walter Benjamin.

Sea la luz, digo.

Sí, queridos amigos, soy un pelín obsesiva. No soy una mujer religiosa, y esta es mi fe.

Este año, sin embargo, por primera vez desde hace mucho tiempo, no sé en qué libro quiero trabajar. Este año, por primera vez, quizá tenga que empezar una traducción con el pelo azul. ¡Ay!

Me he decidido por la novela inacabada de Roberto Bolaño 2666, pero tengo mis dudas. Tiene más de novecientas páginas (tanto en la versión inglesa como en la francesa), de modo que no es un camino de corto recorrido. Me llevará dos años como mínimo. ¿Debo emprender proyectos a tan largo plazo? ¿Debería adaptarme a mi edad? No me refiero a que tema morirme. Gozo de buena salud y las mujeres de mi familia son longevas. Mi madre todavía está aquí, medio loca. Digámoslo así: no dudo en comprar plátanos verdes, pero ahora voy más lenta. 2666 es un proyecto largo. Los detectives salvajes requirió diecinueve meses, y creo que mi ritmo de trabajo no es el mismo que el de entonces. Por eso tengo ciertas reservas.

Sí, gozo de buena salud; necesito recordármelo continuamente. Durante el chequeo semestral que me hice esta misma semana, mi médico insistió en que tengo una salud de hierro. Tiene razón, claro, y lo agradezco, pero debería haberme comparado con el hierro oxidado. Me siento oxidada. ¿Qué fue lo que dijo Yourcenar, por boca de Adriano, sobre los médicos? Ningún hombre ejerce la medicina durante más de treinta años sin decir alguna mentira. Mi médico lleva ejerciéndola más de treinta años. Hemos envejecido juntos. Me dijo que tengo el corazón sano, hablando con la cara escondida detrás de la hoja de papel continuo con los resultados de mis análisis. Hasta yo, una ludista, llevaba años sin ver hojas de papel continuo tan arcaicas. Su teléfono móvil, una Blackberry que estaba encima de la mesa, junto a su codo izquierdo, era sin duda un modelo reciente, lo que tal vez significara algo. Todavía no tengo móvil, pero la verdad es que no necesito teléfono, y mucho menos uno tan sofisticado; a mí nadie me llama.

Nada de lástima ni falsa compasión, por favor. No estoy insinuando que sienta lástima de mí misma porque nadie me llame o, peor aún, que vosotros debierais sentir lástima. Nadie me llama y punto. Es un hecho.

Estoy sola.

Lo he elegido yo, pero tengo que añadir que no tenía muchas más opciones. En aquellos tiempos, la sociedad de Beirut no tenía cariño a las mujeres divorciadas sin hijos. Aun así, me las arreglé, y lo hice de un modo sencillo, cómodo y conforme a mi talante.

* * *

Cuando empecé mi primera traducción tenía catorce años: veinte aburridas páginas de un libro de texto de ciencias. Fue el año en que me enamoré de la lengua árabe (no del dialecto oral, claro, sino de la lengua clásica). La había estudiado desde niña, por supuesto, como el inglés y el francés. Pero solo en la clase de árabe nos recordaban continuamente que nunca llegaríamos a dominar el más difícil de los idiomas; que, por mucho que lo estudiáramos y lo practicáramos, no podíamos aspirar a escribir tan bien como Mutanabbi ni alcanzar la excelencia del Corán, la cúspide del idioma. Los maestros adoctrinaban a los alumnos, tal como habían hecho con ellos cuando eran jóvenes. Nadie puede sobreponerse a ser un fracaso como árabe, nuestro pecado original.

Leí el Corán y memoricé largos fragmentos de él, pero su estudio no me descubrió la magia del lenguaje. El aprendizaje obligatorio y la magia son enemigos por naturaleza.

Tenía siete años cuando me dieron la primera clase de lectura coránica. La maestra, una mujer tartamuda, gorda y con gafas, dejaba de tartamudear cuando recitaba el Corán; según las otras maestras, era un verdadero milagro. Se lo sabía entero de memoria y cuando lo recitaba le brillaban los ojos; la cabeza, tapada con un pañuelo, oscilaba sobre el cuello tembloroso y el puntero dibujaba filigranas en el aire. Las que estábamos en la primera fila nos tapábamos los ojos cada vez que el puntero se acercaba demasiado; cuando voy sentada en el asiento delantero de un coche bajo la lluvia, todavía temo que los limpiaparabrisas se me metan en el ojo. El puntero de la maestra nos parecía peligroso, pero no era eso lo que usaba para pegarnos. Si nos equivocábamos al recitar, si a alguna niña se le olvidaba una palabra o le costaba recordar un verso, la maestra daba rienda suelta a una furia espantosa. Las mejillas se le contraían y se le ponían coloradas, y fruncía los labios; ordenaba a la niña que se acercara y extendiera una mano, e imponía su castigo utilizando el más inocuo de los utensilios: el borrador de la pizarra. Dolía tanto como la herramienta del inquisidor más cruel.

Como si memorizar el Corán a la fuerza, memorizar cualquier texto a la fuerza, no fuera castigo suficiente.

«Escuchad las palabras —nos exhortaba—, escuchad su prodigio. Oíd el ritmo, oíd la poesía».

¿Cómo iba yo a oír nada si estaba sufriendo un dolor insoportable o temiendo sufrirlo?

«El milagro del Corán es su lenguaje», nos decía.

Veamos: para elevar al profeta Moisés por encima de todos los hombres, Dios le concedió un don que deslumbraría a sus contemporáneos. En aquellos tiempos abundaban los magos en Egipto, así que todos los milagros de Moisés implicaban trucos de magia muy imaginativa: convertir palos en serpientes, ríos de agua en ríos de sangre, separar las aguas del mar Rojo. En la época del profeta Jesús, dominaba la medicina. Jesús curaba a los leprosos y resucitaba a los muertos. En la época de nuestro profeta se admiraba la poesía, y Dios dotó a Mahoma, un analfabeto, del milagro de una lengua sin par.

«Esta es nuestra herencia, nuestro patrimonio. Esta es nuestra magia».

Entonces yo no prestaba mucha atención. El miedo que me inspiraba la maestra debilitaba mi fe. No me importaba que el Corán tuviera montones de palabras para designar diferentes masas de agua, ni que utilizara ritmos y rimas que no se habían oído nunca. Comparados con la lengua y el estilo

del Corán, los demás textos sagrados parecen cosa de niños. Dicen que, tras echar una ojeada a la Biblia, la Mariscala de Luxembourg exclamó: «¡Qué tono tan horroroso! ¡Ah, qué lástima que el Espíritu Santo tuviera tan poco gusto!».

No, yo podría reírme del Corán por la infantil imperiosidad de su contenido, pero no por su estilo.

Al final fue la poesía lo que me abrió los ojos; fue la poesía, y no el Corán, lo que se marcó a fuego en el fondo de mi cerebro: la poesía, el lapidario. No estoy segura de que el descubrimiento del amor sea necesariamente más exquisito que el descubrimiento de la poesía, ni más sensual.

Recuerdo al poeta que prendió la llama: Antara, el poeta guerrero, negro como el azabache. Recuerdo cómo me impresionó ver resucitar una lengua condenada.

*Te recordé mientras unas lanzas apagaban su sed
en mí y unas espadas blancas soltaban gotas de mi sangre
y deseé besar esas hojas que llevaban a mi mente
el destello de tu boca al sonreír.*

Pero tal vez fuera Imru' al-Qays. Antara y él son mis preferidos de los siete incluidos en las legendarias «Odas suspendidas».

*Amigos míos, compañeros de duelo, ¿no veis esos relámpagos?
Mirad cómo brillan, el destello de dos manos que se agitan,
mientras van cerrándose las nubes en el cielo.
Relucen como las lámparas de un monje cargadas de aceite.
Me senté con mis compañeros de armas y contemplé los relámpagos mientras
se acercaba la tormenta.*

La lengua. La oímos continuamente; los presentadores de televisión hablan árabe clásico, al igual que algunos políticos y, por descontado, los profesores de árabe, pero lo que farfullan suena extraño y forzado si lo comparamos con nuestra lengua libanesa tan viva, nuestro dialecto casero y local. Los locutores de radio y televisión me suenan raros. Sin embargo, esos poemas primitivos son pura alquimia, algo milagroso. Me abrieron los oídos y la mente como flores al recibir agua.

No obstante, mi primera traducción no fue un poema, sino veinte páginas aburridas. En la escuela donde estudiaba, las ciencias se enseñaban

en francés. En las escuelas de Beirut, el árabe casi nunca se utilizaba para enseñar física, química ni matemáticas; el programa de estudios de esas escuelas siempre se ha llevado a cabo conforme a las normas sociales. Por lo visto, el árabe no se considera una lengua para la lógica. Recuerdo un chiste que circulaba cuando yo era niña, y que seguramente todavía se oye por ahí: en Arabia Saudí, la definición de líneas paralelas es «Dos líneas rectas que nunca se cruzan a menos que así lo desee Dios todopoderoso».

Aquellas veinte páginas las traduje por curiosidad: quería ver qué pasaba. Mi primera traducción sonaba extraña y forzada.

Las siguientes traducciones mejoraron, o eso espero.

Cuando digo que mejoraron quiero decir que ya no me encuentro tan incómoda como al principio al poner mi firma al pie de lo que traduzco.

* * *

Mi padre escogió mi nombre: Aaliya, la alta, la de arriba. Adoraba ese nombre y, según me decían constantemente, me quería aún más a mí. Yo no me acuerdo. Mi padre murió cuando yo era una cría, semanas antes de que cumpliera dos años. Debía de estar enfermo, porque murió antes de dejar embarazada otra vez a mi madre como se suponía que haría, como se esperaba que hiciera, sobre todo porque yo era la primera hija, y niña. A finales de los años treinta, mi país todavía estaba intentando salir del siglo XIV; en ciertos aspectos no estoy segura de que lo haya conseguido. Mi padre tenía apenas diecinueve años cuando se casó y veintiuno cuando murió; mi madre enviudó a los dieciocho. Se suponía que iban a pasar una eternidad juntos, pero no pudo ser.

¿Y qué hacer con una viuda tan joven? Las dos familias se reunieron. La de mi madre, que había creído que ya tenía una boca menos que alimentar, ahora tenía dos más. Dicen que mi abuelo materno insinuó que les habían endilgado un modelo defectuoso. Las familias decidieron que la joven viuda se casaría con el hermano de su marido y volvería a intentarlo, pero no recibiría una segunda dote, el regalo de boda. Tres meses después del fallecimiento de mi padre —un período canónico de tres meses—, mi madre se arrodilló servilmente ante un jeque y vio cómo su padre y su segundo marido firmaban los contratos.

Con el tiempo llegaron cinco hermanastros; con ninguno de ellos tuve una relación especialmente estrecha. Seis hijos, una habitación, tres colchones estrechos y con bultos en el suelo, batallas de artes marciales

horizontales por la noche, cuerpos bostezantes cubiertos de enormes cardenales por la mañana.

Mi tío padre era una buena persona, aunque no excesivamente cariñoso ni afable. No hacía mucho caso a sus hijos, y a mí todavía menos. No me acuerdo mucho de él. No conservo ninguna fotografía suya y su cara siempre aparece borrosa en mi memoria. En todas las evocaciones de mi infancia, el rostro de mi padrastro es lo menos detallado, lo más desenfocado; al tratar de recordarlo, los ojos de mi memoria se cubren de cataratas.

Su único rasgo destacable eran sus constantes ventosidades, que él no se tomaba ninguna molestia en controlar. Las comidas y las cenas, con la familia sentada en el suelo a su alrededor, eran insoportables. A los chicos les encantaba, pero, una vez que mi padrastro había ventoseado, yo ya no podía seguir comiendo. Será por eso por lo que siempre he sido tan delgada. Incluso hoy, ciertos olores corporales hacen que se me revuelva el estómago.

En el lecho de muerte, una noche borracha de cigarras, con la familia reunida en su habitación, mi padrastro llamó a cada uno de sus hijos para decirles unas últimas palabras, pero se le olvidó llamarnos a su hija pequeña y a mí. Ella estaba destrozada y todos intentaron consolarla. La rodearon, la arrullaron, la colmaron de palabras piadosas, le prestaron sus pañuelos. Yo no estaba disgustada y nadie me consoló. Nadie me acercó un pañuelo, ni siquiera de papel. Mi padrastro no tenía ninguna sabiduría que transmitirme; ningún miembro de mi familia la tenía.

Soy el apéndice de mi familia, su apéndice superfluo.

Me casaron a los dieciséis años, arrancándome, aún inmadura, de la escuela, el único hogar que había tenido, y me entregaron al primer mal pretendiente que se presentó en nuestra puerta, un hombre de escasa estatura y escaso espíritu. El matrimonio es una institución sumamente desagradable para una adolescente. Nos fuimos a vivir a su apartamento, y no habían pasado ni cuatro años cuando se plantó ante mí, como exigía la ley, y pronunció la más tonificante de las frases: «Estás divorciada». Lo mejor que podía pasarle a nuestro matrimonio era que mi marido decidiera ponerle fin.

Aquel insecto impotente salió por la puerta y este suelo ya no tuvo que volver a soportar sus pasos. Pese a ser muy joven, no derramé ni una sola lágrima. Hice lo que me exigía mi naturaleza. Limpié, restregué, fregué y desinfecté hasta que no quedó ni rastro de él: ni el más mínimo olor, ni un

solo pelo, ni una sola huella. Arranqué de la pared los clavos donde colgaba su sucio sombrero y las apestosas pipas que él creía que le daban un aire distinguido. Con aguja e hilo cosí todos los agujeros que había hecho en los tapetes con las brasas de la pipa. Lavé la mosquitera con lejía.

No esperé a que su olor se disipara por sí solo. Lo eliminé.

Antes de abandonar este mundo, el mosquito lánguido con una probóscide inservible volvió a casarse dos veces y siguió sin tener descendencia.

«Mujer, estás divorciada». Habría podido casarse otra vez sin divorciarse de mí, desde luego, y traer una segunda esposa a nuestro maltrecho nido. Pero tener más de una esposa no era habitual en Beirut, ni siquiera en aquella época. Él habría sido el único en el barrio con dos esposas, pero habría podido hacerlo.

Mi madre pretendía que me mostrara agradecida. No importaba que mi marido me hubiera rechazado como a un residuo, que me hubiera tratado como el producto prescindible de su costilla: tenía que estar agradecida. «Se ha divorciado de ti. Puedes casarte con un buen viudo o quizá con un soltero que haya sido rechazado varias veces por mujeres más decorosas. Considérate afortunada».

¿Afortunada? Para mi madre, ser una candidata patética era ligeramente mejor que ser una segunda esposa abandonada. Ella no concebía un mundo en el que mi marido no llevara las riendas. En su mundo, los maridos eran omnipotentes, nunca impotentes. El mío me consideraba la causa de su humillación y seguramente siguió culpando a sus otras esposas. No podía arriesgarse a que sus mujeres hablaran entre sí.

Me habría encantado charlar un rato con su segunda esposa, o con la tercera. ¿Seguía poniéndose aquel sombrero enorme y ridículo que subrayaba con crueldad la pequeñez de su cabeza? Habría podido preguntarle: «En todos estos años de matrimonio, ¿le has visto alguna vez el pene? ¿Consiguió alguna vez ese apéndice arrugado ponerse a media asta? ¿Cuándo se rindió, cuándo dejó de exponerse a la humillación en la oscuridad? ¿Al cabo de un año, seis meses, un par de meses? Estoy segura de que solo duró un mes. Conmigo mantuvo la farsa durante siete meses».

En Fundamentación de la metafísica de las costumbres, Kant escribió: «El matrimonio es la unión para toda la vida de dos personas de diferente sexo con objeto de la posesión mutua de sus órganos sexuales».

Es evidente que Kant no conocía a mi marido.

Claro. Como Descartes, Newton, Locke, Pascal, Spinoza, Kierkegaard, Leibniz, Schopenhauer, Nietzsche y Wittgenstein, Kant nunca tuvo un vínculo afectivo ni formó una familia.

Cuando era joven, estaba tan frustrada por no haber visto nunca a un hombre desnudo que esperaba a que mi marido empezara a roncar para levantar las sábanas, encender una cerilla bajo el toldo envolvente de la mosquitera y examinar su cuerpo tras desabotonarle la camisa de dormir. Ay, qué decepción supuso descubrir un gusano en lugar del monstruo. ¿Y de eso se suponía que debía tener miedo? ¿Aquello era la fragua de la fertilidad? Sin embargo, no podía frenar mi curiosidad. Ecce homo. Miraba cada vez que se presentaba la ocasión, alumbrándome con una cerilla en lugar de una vela, porque si la apagaba a toda prisa el humo no me delataría. Los ronquidos regulares, la respiración acompasada, el mundo perdido del sueño. Nunca me descubrió.

Mi marido murió hace quince años, cuando tenía sesenta y uno; iba solo en un autobús, con la cabeza apoyada en el sucio cristal de la ventana, el cuello doblado en un ángulo extraño. El autobús hizo dos recorridos completos, los pasajeros subieron y bajaron, y al final el conductor se dio cuenta de que el hombre que lo acompañaba estaba muerto. A veces la muerte llega discretamente.

Asistí a su funeral, su internamiento definitivo, dispuesta a enterrarlo. En su funeral no hubo llantos ni lamentos. Él yacía muerto en un ataúd descubierto. Alguien lo había peinado chafándole mucho el pelo, y parecía que acabara de quitarse aquel estúpido sombrero. Sentadas alrededor de mí, las dolientes no podían evitar reír por lo bajo y cuchichear. Resulta que el hombre había muerto con una erección que se resistía a ceder, priapismo en el momento de la agonía..., una ironía digna de Svevo.

Eros triunfaba en la muerte, mientras que en la vida había triunfado Tánatos. Mi marido era un disléxico freudiano.

La muerte es la única posición estratégica desde donde se puede medir una vida. Desde mi posición estratégica, mientras unos hombres a los que no conocía se llevaban el ataúd de mi exmarido, medí su vida y la encontré poca cosa.

Ya sé que no he mencionado su nombre. No ha sido deliberado, pero me basta con llamarlo simplemente «mi marido»; esa palabra lo define de sobra.

Hay muchas razones para no ponerle nombre a un personaje o a alguien sobre quien escribes. Quizá quieras que el libro se centre por completo en el

narrador principal o te interese que el personaje mantenga un aire efímero, menos sólido.

Me temo que no son esas mis razones. Sencillamente, creo que su nombre es irrelevante. Se llamaba Sobhi Saleh, un sonido plomizo, rígido. Por desgracia, todavía llevo su apellido como una cruz; podríamos decir que estoy clavada a esa cruz. Podéis olvidar su nombre de pila, echarlo por la borda y dejar que se lo trague el mar, enterrarlo bajo el cieno del Mediterráneo.

Sobhi. ¡Puaj!

A pesar de todo, cuando me casé la vida todavía ofrecía posibilidades. Beirut —y este edificio— tenía otro aspecto a principios de los cincuenta. Un franchipán que desapareció hace ya mucho susurraba, juguetón, ante el edificio y derramaba flores y fragancia cada vez que yo entraba por la puerta. En la acera de enfrente había una robinia que también ha desaparecido, arrancada de raíz. Al anochecer, aún se oía la cháchara de los estorninos del barrio. De entre las muchas definiciones de progreso, la que me parece más acertada es «enemigo de los árboles y asesino de pájaros».

Cuando nos vinimos a vivir a este piso, el dueño del edificio, Hayy Wardeh —rostro pálido, gafas de sol, bigote hirsuto y como mínimo tres honorables verrugas— vino con su familia a darnos la bienvenida con una bandeja de arroz con leche y agua de rosas (el agua de rosas sobraba, me pareció a mí, puesto que en el arroz con leche había más de la necesaria). Recuerdo sus uñas perfectamente afiladas. Recuerdo las primeras palabras que salieron de la boca de su hijita: «Pero si ella es mucho más alta y más flaca que él». Fadia, siempre tan deslenguada, tenía entonces seis años. Recuerdo el bochorno de su padre y a su madre tapándole la boca.

«Bienvenida, familia», dijo Hayy Wardeh.

Había adquirido su título recientemente y estaba orgulloso de él: acababa de volver de La Meca.

Yo llevaba los zapatos negros manchados de tierra rojiza; había cargado con dos maletas y varios fardos, todo cuanto tenía, de un extremo a otro de la ciudad bajo el parasol de un pinar. Todo cuanto tenía, incluido mi ajuar: tres vestidos, un par de zapatos, tres pares de calcetines (ni hablar de las medias), ropa interior, dos pañuelos, una cadena de oro, un brazalete, un broche de cerezas de ganchillo, dos ollas, una bandeja un poco rajada y desportillada, cinco platos, una sopera de cobre y latón con su cucharón, una cubertería completa para tres personas, las escasas pertenencias de mi padre y dos libros de texto que sabía que no volvería a utilizar.

Entonces me sentía rica. El apartamento me parecía grande y espacioso. Ahora recuerdo aquellos tiempos con añoranza.

De Pessoa: «Lo que me trastorna y atormenta es la añoranza de quién podría haber sido».

Aaliya, por definición, un ser roto, desmembrado.

Muchos hayyi musulmanes y cristianos son maestros del disimulo piadoso que codician el título, pero no la peregrinación. No era el caso de Hayy Wardeh: él se había ganado el título. Vivía de acuerdo con los principios javertianos. Al principio se mostró generoso y hospitalario, pero en cuanto mi marido se marchó no quiso saber nada de mí. Era como si yo llevara una letra escarlata. Prohibió a sus hijos hablar conmigo. Fadia, que se pasaba la vida en mi apartamento, empezó a evitarme, y se daba la vuelta cuando me veía llegar. Si tenía que dirigirme la palabra, empleaba un tono altanero y autoritario, como si yo fuera su fregona. Solo tenía diez u once años, pero ya era una autócrata. En la edad adulta únicamente conservó una chispa de aquel agresivo despotismo infantil. Bueno, quizá algo más que una chispa.

Si bien Hayy Wardeh se negó a reconocer mi existencia como persona, se puso de mi parte en lo referente al apartamento. La familia de mi marido lo reclamaba alegando que yo no tenía ningún derecho a conservarlo. Mi familia también lo reclamaba arguyendo que cualquiera de mis hermanos se lo merecía más que yo. Hayy Wardeh no quiso escuchar a nadie. El apartamento pertenecía a mi marido y, a menos que lo reclamara él, o los hijos que tuviera en el futuro, no pensaba entregárselo a nadie. Mi marido no podía arriesgarse a eso, por supuesto. Mientras yo pagara el alquiler, Hayy Wardeh me consideraría su inquilina.

Mi hogar, mi apartamento; en él vivo y me muevo y soy yo.

La familia de mi marido se olvidó del apartamento, pero la mía no. Mi madre trataba continuamente de convencerme de que me marchara. Mis hermanastros tenían familias numerosas y vivían en apartamentos pequeños, lo necesitaban más que yo. Tenían una vida más difícil, se lo merecían. Era mi deber para con mi familia. Yo era egoísta, insensible y arrogante. ¿Acaso no sabía lo que decía la gente sobre mi pretensión de vivir sola? Mi madre era como las Naciones Unidas en sus principios: vete de tu casa, tus hermanos han sufrido, tienes otros sitios adónde ir, ellos no, vete.

Mis hermanastros me maldijeron más de una vez. Más de una vez, cada uno de ellos aporreó mi puerta en un intento de aterrorizarme. Y yo estaba

aterrorizada, sobre todo al principio, cuando me sentía más vulnerable y el miedo a perder mi hogar me mordisqueaba y me consumía. Estaba en el apartamento, comiendo o leyendo, y de pronto empezaba a oír golpes e insultos al otro lado de la puerta. Me daban palpitaciones, me temblaba todo el cuerpo. A veces, los primeros años que pasé sola, sentía que mi alma se marchitaba, como una castaña que se seca dentro de su cáscara.

Todo eso —los golpes, el acoso, las exigencias de mis hermanos— terminó muchos años más tarde, en 1982, durante el sitio israelí de Beirut. Muchos habitantes de la ciudad habían huido y los ocupas se instalaron rápidamente en las casas vacías. Los que nos quedamos, los que no teníamos ningún sitio adónde ir, estábamos emocionalmente cansados, alimentados pero no nutridos por el miedo y la adrenalina. Un día, al amanecer, tres hombres entraron en mi apartamento creyendo que no había nadie dentro. Salté de la cama, en camisón. Hacía semanas que no había agua corriente; llevaba una eternidad sin lavarme el pelo y sin lavar mi camisón. Cogí el AK-47 que tenía a mi derecha, donde años atrás dormía mi marido. Esa arma fue mi compañera de cama durante toda la guerra civil. Descalza, salí precipitadamente de la habitación blandiendo el fusil de asalto. Aquellos hombres con uniforme de faena, al ver a una loca que los atacaba, salieron corriendo por la puerta, y me gustaría añadir que no lo hicieron en silencio. Los perseguí, pero solo hasta el rellano, porque ellos ya habían llegado a la planta baja, corriendo de una manera que ponía en evidencia que no eran atletas: doce extremidades independientes sacudiéndose y agitándose al azar, una estampida de vacas de dibujos animados.

Un disparo lanzado desde el cuarto piso me dio un susto que me sacó de mi histeria. Fadia había apuntado a uno de aquellos sacos de patatas, que ya habían llegado al final de la calle. Ella solo pretendía asustarlos, igual que yo, pero ella disparó su fusil.

—Ni se os ocurra volver por aquí —les gritó—. Esta es el arma más pequeña que tengo. —Y luego les dijo a sus hijos—: Volved dentro, niños. Aquí no hay nada que ver.

Ella también llevaba un tiempo sin lavarse la melena de Medusa y sin lavar su raído camisón. Seguramente daba tanto miedo como yo, pero llevaba una manicura perfecta, como siempre. Desde dos pisos más abajo, distinguí la delicada forma del dedo índice, con la uña escarlata, que apretaba el gatillo. Desde el interior del apartamento, su marido le gritaba que estaba loca. Fadia alzó la vista hacia un cielo azul impecable y movió sus

párpados rojos. Le dije que no volviera a disparar o los israelíes bombardearían nuestro edificio. Tardó un momento en reconocirme.

—Qué fusil tan grande tienes —me dijo.

Cuando corrió la historia de las dos locas, las ménades y sus tirsos semiautomáticos, mis hermanastros dejaron de exigir el apartamento.

Aaliya, la de arriba, la loca.

Enciendo la luz de la sala de lectura. Solo son las siete y media, pero la oscuridad de fuera es opresiva. Se acerca el invierno.

Desde que me jubilé, la hora de cenar cambia con la estación. Cuando trabajaba en la librería, solía cenar al volver a casa, siempre a la misma hora. Desde entonces, no sé muy bien por qué, me entra hambre en cuanto se pone el sol y empieza a anochecer. Mi estómago tiene su propio ritmo circadiano, que depende del sol.

Estoy cansada, pero es demasiado temprano para acostarme.

Decido no prepararme una taza de té. No soporto las demás infusiones ni el sabor anodino de los descafeinados, pero la teína por la noche me desbarata el organismo..., eso en el supuesto de que mi organismo esté equilibrado.

De todos los placeres deliciosos que mi cuerpo ha empezado a negarme, el sueño es el más valioso, el don sagrado que más añoro. Del sueño profundo solo conservo el hollín. Duermo a trompicones, si es que duermo. Cuando hacía planes para mis últimos años, no contaba con pasarme las noches en mi dormitorio a oscuras, con los párpados entreabiertos, recostada en almohadas que no se pueden mullir, asistiendo al desfile de mis recuerdos.

El sueño, señor de todos los dioses y todos los hombres. Ay, ser el flujo y el reflujo de ese mar inmenso. Cuando era más joven, dormía en cualquier sitio. Me tumbaba en un sofá, me hundía en su masa obligándolo a envolverse y desaparecía en un submundo soñoliento. Me zambullía en un océano exuberante, me sumergía en sus profundidades.

Virgilio llamaba al sueño «el hermano de la muerte», e Isócrates antes que él. Hipnos y Tánatos, los hijos de Nix. Es una forma poco imaginativa de minimizar la muerte.

Nada hay menos propio de un ser pensante que ver la muerte como un sueño, escribió Pessoa. Lo fundamental del sueño es el hecho de que despertamos de él. ¿Acaso es el despertar una resurrección?

Dormía en un sofá, en una cama, en una silla. Se me borraban las arrugas de la cara. Cada débil tictac del reloj me rejuvenecía. ¿Por qué será

que a la edad en que más necesitamos los poderes curativos del sueño es cuando menos acceso tenemos a él? Hipnos se esfuma a medida que se acerca Tánatos.

Cuando hacía planes para mis últimos años no pensé que me pasaría las noches de insomnio reviviendo mi pasado. No sospechaba que echaría tanto de menos la librería.

A veces me pregunto cómo habría sido mi vida si aquel día no me hubieran contratado.

Me encantan las obras de Javier Marías. He traducido dos de sus novelas: Corazón tan blanco y Mañana en la batalla piensa en mí. Tengo que esperar a que salga la traducción francesa del siguiente volumen de Tu rostro mañana antes de plantearme traducir una tercera, aunque, como tiene más de mil trescientas páginas, seguramente no me meteré en faena.

Pero me estoy apartando del tema, como siempre.

En uno de sus ensayos, Marías señala que su obra habla tanto de lo que no pasó como de lo que pasó. Dicho de otro modo, la mayoría creemos que somos quienes somos por las decisiones que hemos tomado, por los sucesos que nos han moldeado, por las elecciones de quienes nos rodean. Casi nunca nos planteamos que también nos han formado las decisiones que no tomamos, los sucesos que habrían podido ocurrir pero no ocurrieron o nuestra falta de alternativas.

Hace más de cincuenta años, un día sombrío en que la esperanza salió por la puerta detrás del enano de mi exmarido, o eso pensé yo entonces, Hannah, mi casi cuñada —el hermano de mi marido había muerto antes de que pudieran casarse—, me llevó de la mano a una librería que era propiedad de un pariente suyo. El pariente, un primo segundo, había abierto la librería, sin demasiado entusiasmo, en una planta baja con un ventanal inadecuado, en un edificio viejo de una calle secundaria por donde no pasaban transeúntes. Había más estúpidos muñecos de peluche que libros y estaba todo cubierto de polvo. La librería tenía tantas posibilidades de sobrevivir como yo.

Y, sin embargo, la chispa que encendió la llama de esperanza en mi alma fue el enorme escritorio de roble con barniz oscuro al que se sentaba el dueño. Para una divorciada de veinte años prácticamente sin blanca, sentarse detrás de semejante mesa parecía algo grandioso, un verdadero lujo, algo a lo que aspirar. Yo necesitaba grandeza en mi vida.

Hannah le dijo a su pariente que debería contratarme y él le informó de que quería contratar a alguien con más experiencia y, lo que era más

importante, con más clase. Hablaba como si yo no estuviera allí, como si fuera invisible, como si él tuviera la cara escondida detrás de una hoja de papel continuo. Hannah, mi defensora, no estaba dispuesta a aceptar una derrota. Le dije que me encantaban los libros y que me pasaba la vida leyendo, que sabía más de libros de lo que él llegaría a saber jamás y, sobre todo, que sabía quitar el polvo, limpiar, restregar y fregar. Tendría la librería más limpia de la ciudad, intervine yo, la más reluciente, un diamante. Le quitaría ese acre olor a moho. El dueño hizo como si meditara sobre la oferta y al final decidió contratarme de momento (seguía hablándole a Hannah, no a mí), hasta que encontrara a alguien más adecuado para ser la imagen de la librería.

Lo que yo no sabía entonces era que la primera candidata con buena imagen a quien había ofrecido el empleo era una chica muy guapa cuya familia tenía tanta clase que emigró a Brasil, donde acababan de nombrar gobernador de São Paulo a uno de sus vástagos. La chica se marchó sin haber puesto siquiera un pie en la librería. La segunda tampoco apareció: se casó y ya no necesitaba o no quería el trabajo.

Si alguna de esas dos mujeres se hubiera presentado, mi vida habría sido muy diferente. No me di cuenta de cómo el destino de aquellas dos mujeres había influido en el mío hasta hace unos años, cuando el dueño lo comentó de pasada. Él tenía el convencimiento de que yo no estaba capacitada para aquel trabajo. Atribuía mi éxito a la diligente formación que me había ofrecido.

Trabajé cincuenta años para ese diletante de baratillo y mi imagen fue la única que la gente asoció siempre con mi librería.

Ese escritorio de roble, enorme y oscuro, que un día ansié está ahora cómodamente instalado en mi sala de lectura; detrás de él hay una ventana que deja entrar la oscuridad del anochecer, y a su lado están mis sobrecargadas estanterías. Hace cuatro años, cuando murió el dueño, su familia cerró la librería y vendió los libros y todo lo inventariado por una miseria. Acabé quedándome el escritorio.

Qué segura me voy a sentir una vez que haya empezado mi nueva traducción, qué protegida, sentada a esta mesa en la noche oscura, tal y como la describía Sebald a través de Jacques Austerlitz, sentada a esta mesa observando la punta de mi pluma bajo la luz de la lámpara, siguiendo su sombra, que se mueve como por voluntad propia y con una fidelidad perfecta de izquierda a derecha —en mi caso, de derecha e izquierda—, línea a línea, por la hoja de papel pautado.

Sobre la espléndida superficie de roble coloco la libreta nueva, junto a los lápices, junto a las plumas. Desenrosco la pluma más importante, una vieja Parker, e inspecciono la tinta. El tintero con forma de nuez, una imitación de los tinteros antiguos de porcelana y cobre, está lleno. Siempre siento una emoción deliciosa cuando me preparo para un nuevo proyecto, abrigada por mis rituales.

Lo que sí es una verdadera antigüedad es el tebeo que hay encima de la mesa, una versión de la Historia de dos ciudades en árabe, envuelto en papel de celofán rojo. Su valor es puramente sentimental. Por desgracia ya estaba dañado —dos páginas arrancadas, dos rotas y otras manchadas de agua— cuando me lo dieron, hace unos sesenta años.

Fue el verano de mis diez años, un día en que mi madre llevó a sus hijos al parque de Beirut. Entonces yo solo tenía tres hermanastros, creo, y el más pequeño todavía iba en el cochecito. Tal vez no recuerde con claridad a mis hermanos, pero recuerdo el día y también el vestido que llevaba puesto, mi mejor vestido, uno azul de tafetán con ribete blanco. Venía con un bolsito blanco de plástico que no se abría y que de todas formas era demasiado pequeño para meter nada en él, como no fuera una sola tira de chicle. Sé que lo llevaba contra la cadera, bien sujeto, no lo soltaba nunca. Recuerdo un cielo despejado y ventoso, un sol blancuzco, perezoso e indiferente, ni demasiado caliente ni demasiado intenso. Mi madre, ligeramente encorvada, con las rodillas juntas, los pies en el suelo, estaba sentada en un banco de madera pintado de un marrón gastado al que le faltaba una tabla del respaldo. Mis hermanastros y yo nos apiñábamos en torno a ella, como planetas que orbitan alrededor de su cansada estrella. «Fuera, fuera». Quería que nos alejáramos, pero nosotros no estábamos acostumbrados a estar con desconocidos.

Mis pies, diminutos, dieron unos pasos indecisos (¿zapatos blancos?), y me separé, despacio y vacilante, pero me separé.

Un niño de pelo castaño, regordete y pálido, con los ojos del color del aceite de oliva recién prensado, estaba sentado, solo, en un banco, con aire taciturno. Contemplaba con anhelo a los grupos de chiquillos ruidosos y repelentes que corrían en bicicleta, en triciclo y en esos cochecitos rojos descubiertos y sin base. El niño triste parecía unos años menor que yo. En la mano, enrollado, tenía el tebeo que ahora reposa sobre mi mesa.

Me dio envidia. Quería aquel tebeo como si en ello se me fuera la vida.

Le pregunté si quería jugar conmigo. Utilicé la palabra «jugar», lo recuerdo, y le ofrecí la oportunidad de escoger el juego que quisiera. El

rostro del niño se iluminó; se sonrojó como si se hubiera bebido una copa de Burdeos. Quería jugar, claro que quería. Asintió con la cabeza varias veces seguidas. Le pregunté si quería compartir conmigo su tebeo. Me dijo que sí y dejó que lo cogiera. Mi vestido no tenía bolsillos porque venía con un bolso que no podía abrirse. Le di el bolso al niño. Un trato justo, ¿no? Él lo dejó sobre el banco y ninguno de los dos nos dimos cuenta de cuándo desapareció; tampoco nos importó. Nos pusimos a jugar al corre que te pilló, mis hermanastros se unieron a nosotros y luego otros chavales. El niño triste se lo pasó bien. Se marchó de la mano de su madre, diciéndonos adiós con la otra mano, con entusiasmo, y una amplia sonrisa convirtió su papada en doble papada. Todavía recuerdo su cara alegre, su regocijo y su encantadora sonrisa. Debe de haber alguna razón por la que eso sobrevive con tanta claridad en mi memoria.

Volví a casa con el tebeo y mi madre me regañó por haber perdido el bolso de plástico. ¿Cómo iba a crecer y convertirme en una mujer como es debido?

En el escritorio hay otra reliquia, aunque no tan antigua, un recuerdo de los años de la guerra en Beirut: un ejemplar de *Las ciudades invisibles* de Calvino chamuscado por la esquina inferior derecha, pero solo la contracubierta y las veintidós últimas páginas. La cubierta anterior no está dañada. Estaba leyendo ese libro a la luz de una vela al tiempo que la gente se mataba al otro lado de mi ventana. Mientras mi ciudad ardía, tuve un percance con la vela, algo que por lo visto le sucedía con regularidad a Joseph Conrad. Los percances con las velas, no las ciudades que arden.

La ciudad en llamas, qué momento. Debo decir, amigos míos, que el hecho de que durante la guerra durmiera con un AK-47 en lugar de un marido no me convierte en una demente. Tener un fusil de asalto no era un indicio de locura. Debéis tener en cuenta la situación. Durante los primeros días de la guerra civil solía bajar al garaje subterráneo del edificio de al lado cuando empezaba el bombardeo; en nuestro edificio no había garaje, pues era diez años más viejo. El hecho de que no lo hubiera quizá me salvara la vida, pero esa es otra historia. Odiaba aquellas noches. Los vecinos del barrio, nerviosos y adormilados, nos distribuíamos por el garaje plagado de roedores con ropa totalmente inapropiada: camisones, calzoncillos bóxer, camisetas, calcetines agujereados. Al principio de la guerra pasé muchas noches allí, hasta que un día de 1977, cuando estaba en el garaje, un grupo de palestinos entró en mi apartamento, revolvió mis pertenencias y uno de ellos defecó en el suelo del lavabo de servicio. (Ya sé que es difícil seguir el

hilo, queridos amigos. Me estoy refiriendo a la primera vez que entraron, cinco años antes de la segunda vez, que fue en 1982).

Tal vez penséis que el palestino no utilizó el inodoro porque en el apartamento no había agua corriente. Quizá le pareciera denigrante vaciar el cubo lleno de agua azul —le había colgado una pastilla limpiadora— en el inodoro. Pero no: no era infrecuente que los hombres hicieran esas cosas. Los israelíes defecaban en las casas en las que entraban; los palestinos defecaban; los libaneses, los iraníes, los sirios; cristianos, judíos, musulmanes. Durante la guerra, los hombres siempre liberaban como salvajes esa necesidad, depositada en sus células en el momento de la creación. Era como decir: He estado aquí, te guste o no. Dicen que en China los niños pequeños no llevan pañal; sus pantalones tienen una abertura vertical en el trasero que les permite agacharse y defecar. Todos los soldados deberían llevar pantalones con una abertura así.

Alguien se cagó en mi casa. Me busqué un kalashnikov.

Esperé a que hubiera un período de calma. Tras el incidente me pasé tres días sin poder dormir y no volví a bajar a las entrañas del edificio de al lado cuando los bombardeos se intensificaron. Prefería morir con mi apartamento a quedarme sin él. Antes de que empezara a despuntar la mañana, me agachaba detrás de la ventana y observaba a unos tanatófilos adolescentes provistos de semiautomáticas que corrían en zigzag como cucarachas. La luz de la luna se reflejaba en los cañones de sus fusiles heredados. Mientras las nebulosas de llamaradas iluminaban un cielo añil, veía a las estrellas parpadear incrédulas ante aquella desmesura. Mi lámpara de queroseno, al mínimo, murmuraba toda la noche y soltaba un ruido blanco. Yo me quedé esperando, acompañada por el tictac de un reloj cuyas agujas de color verde lima fosforescente relucían en la oscuridad. Me quedaba sentada al lado de la ventana, con las tareas domésticas por hacer. Veía cómo mi ciudad, mi necrópolis, se asaba y se desmoronaba.

La mañana del alto el fuego número 53 274 (el último solo había durado treinta segundos, y el penúltimo seguramente aún menos; de acuerdo, exagero, pero es verdad que hubo más de cien treguas antes de 1977, cuando llevábamos dos años de guerra), me quité el camisón y me puse un chándal rosa y unas alpargatas. Al otro lado de la calle, los tanatófilos anfetaminados jugaban al póquer con cerillas sobre una mesilla plegable con tablero forrado de felpa verde y patas delgadas, delante de la tienda de comestibles del señor Azari, una prueba decisiva para saber si una tregua iba a durar; me refiero a la tienda, no al juego de cartas, porque el señor

Azari tenía estrechos contactos con varios líderes de la milicia. La tienda era la veleta de la guerra. Si las persianas de color verde veneno estaban cerradas, nadie se atrevía a salir de casa. Si estaban abiertas, el vecindario no corría ningún peligro inminente. Conté cinco agujeros de bala repartidos al azar por las persianas metálicas. El señor Azari me saludó con la mano, sin duda porque quería charlar, pero yo lo saludé con la cabeza y pasé de largo. Me reprochaba a mí misma no ser más simpática, no esforzarme más por caerle bien, ya que él acaparaba comida y agua de sus exiguas existencias y se las ofrecía a sus clientes favoritos. Yo suponía que nunca me convertiría en favorita. Sus clientes más queridos le daban comidas caseras, y yo era una cocinera mediocre. Sin embargo tenía suerte; la fortuna velaba por mí. Fadia era, con diferencia, la mejor cocinera del barrio y no hacía otra cosa que regalarle comida al hombre. Desde el inicio de la guerra, el señor Azari había engordado quince kilos. Quizá yo no fuera la persona favorita de Fadia, pero era su vecina y su inquilina (Fadia había heredado el edificio tras la muerte de sus padres). Muchas mañanas, al levantarme, encontraba en mi puerta un par de botellas de agua, un saco de arroz, una bolsa de tomates o unas naranjas. Si una noche los enfrentamientos habían sido más duros de lo habitual, solía dejarme un plato de la misma comida que le había preparado al señor Azari. Tras el primer bocado, yo me volvía devota y rezaba para que la recibieran en el paraíso, en el seno de Dios o en el balneario de belleza que más le gustara.

Esa mañana, en lugar de ir a la librería, cogí un taxi destartado y fui a Sabra. Tras el estallido de la guerra civil, ningún coche libanés habría entrado en el laberinto del campamento palestino, de modo que me bajé en la entrada. Tenía la necesidad de Teseo y el conocimiento de Ariadna, pero ningún ovillo de hilo, así que busqué al Minotauro, no para matarlo, sino para pedirle ayuda. Busqué a Ahmad.

La madre de Ahmad vivía en una choza o, para ser más exactos, en una estructura mal construida que se componía de una pared de cemento a la que habían unido tres planchas de amianto y chapa de zinc, con un tejado de estaño. La puerta, también hecha con una plancha, no tenía bisagras; sencillamente había que apartarla para entrar o salir y volver a ponerla en su sitio después de pasar. No hacía falta cerradura, porque los vecinos vivían apiñados; si faltaba algo, todos sabían cuál de ellos lo había cogido. Ya había estado allí una vez, años atrás, cuando vivían seis personas en aquel cobertizo. Solo había ido a entregar un libro, un regalo para Ahmad, que cumplía diecisiete años, y no llegué a entrar pese a que su madre, que

entonces era una mujer bondadosa y afable, insistió en que honrara su casa con mi presencia.

Orientarse en aquel laberinto de callejones, que antes de la guerra ya era difícil, se había convertido en un suplicio. No paseabas por allí silbando, dando vueltas y vueltas por el laberinto, confiando alegremente en tu temperamento, como te habría retratado Auden. Los charcos que antes solo se formaban después de la lluvia se habían convertido en lagos permanentes de color marrón cloaca, y el hedor era asfixiante. Me dolían los músculos de las piernas de tanto forzarlos cada vez que daba un paso para esquivar los charcos. Tuve que sortear montañas de muebles desechados, vigas podridas, platos rotos y cubiertos retorcidos. Un eucalipto gigantesco, el único ser vivo que había a la vista, hacía que la mezcla de olores resultara aún más desconcertante (mierda y Vicks); florecía en aquel entorno exótico, empequeñeciendo las chozas de ladrillo, cemento, revestimiento de aluminio e incluso cartón que lo rodeaban. Seguramente aquel árbol, un inmigrante feliz y satisfecho, orgulloso de su proeza y su esplendor, se habría echado a reír si le hubieran propuesto regresar a Australia. Su verde apagado parecía reluciente en contraste con la pobreza de color del entorno, donde imperaban los grises desvaídos y los blancos sucios. Si alguien hubiera plantado allí una buganvilia, habría crecido estupendamente en aquellas fecundas rendijas.

Cuando la madre de Ahmad, que se había transformado en un pequeño manojo de gestos bruscos e imprecaciones, salió a la puerta de la choza, me comunicó que su desagradecido hijo no vivía allí desde hacía años. Si quería, podía decirle a aquel desalmado que la mujer que lo había concebido, la mujer que lo había llevado en su seno durante nueve dolorosos meses y había atendido todas sus necesidades mientras crecía, necesitaba pan.

Ahmad había prosperado y se había ido de Sabra.

* * *

Permitidme que haga un breve inciso. Solo para que os hagáis una idea más completa de Sabra.

Años más tarde, tras la guerra, a mediados de los noventa (por tanto, unos dieciocho años después de que yo fuera a Sabra en busca de Ahmad), un pintor me pidió que le ayudara a vender unas reproducciones del mapa de Beirut y sus alrededores que con mucho cariño había pintado a mano. Era evidente que estaba enamorado de nuestra ciudad. Había representado Beirut como si fuera el mundo entero, completo en sí mismo; cada barrio

era un país diferenciado, con su propio color y calles a modo de fronteras; hasta las callejas más pequeñas, los callejones, las esquinas estaban documentadas. Incluso había dibujado unos pequeños símbolos hidrográficos (flores de lis) que representaban los pozos (el nombre de Beirut deriva de la palabra que designa «pozo» en la mayoría de las lenguas semíticas, debido a la abundancia de aguas subterráneas).

Una esfera completa, Beirut como un planeta, el universo entero. El pintor había recreado incluso el efecto Groenlandia alargando las líneas de longitud en la parte superior e inferior, de modo que la distorsión del tamaño aumentaba a medida que se avanzaba hacia el norte o el sur de la ciudad. En el mapa, Beirut existía fuera de Líbano, aparte, separada de Oriente Próximo. Estaba completa.

Como beirutí hasta la médula que en toda su larga vida solo había pasado diez noches lejos de los nutritivos pechos de su ciudad (Grünbein: «El viaje es un anticipo del Infierno»), aquel mapa me pareció una obra de arte (y todavía me lo parece), el producto de una inspiración asombrosa y espectacular. Cuanto más lo alababa, más se ensanchaba la sonrisa de su autor. Estábamos de pie, codo con codo, en mi librería, contemplando la reproducción que yo había colgado en la pared. Él intentó encender un cigarrillo, pero le temblaba demasiado la mano. Le dije que dentro no se podía fumar; él me confesó su nerviosismo. Cogí el mapa y lo acompañé afuera. «Vamos a verlo bajo la luz de Beirut». Ante el escaparate de la librería, se sobrepuso a su desasosiego y recuperó la seguridad en sí mismo mientras yo comentaba que las calles de Sabra no llevaban nombre y estaban menos definidas que las otras.

«Lo intenté —me explicó—, pero lo tenía todo en contra. Las calles eran efímeras y por la noche se transformaban, como si quisieran burlarse de mí». Los libros que había detrás del cristal del escaparate fueron testigo de lo que dijo a continuación: «Las calles y los callejones de Sabra se multiplican por la noche como las ratas. Como las ratas, se lo aseguro».

Había pintado el campamento de Sabra de un azul muy claro, como aparece representada la tundra siberiana en algunos mapas. El cartógrafo debió de resistirse a incluirlo en su mapa. Me planteé darle el libro de Bruno Schulz, en el que se produce una situación parecida. Schulz escribió: «En aquel mapa [...] la zona de las Calles de los Cocodrilos brillaba con la blancura vacía que suele señalar las regiones polares o los países inexplorados sobre los que no se sabe casi nada».

Sí, Las tiendas de color canela sigue siendo uno de mis libros favoritos. Ese mapa de Beirut todavía está colgado en la pared de mi dormitorio.

¿Sabra? Nunca he vuelto allí.

Volvamos a Ahmad. Cuando lo conocí, en 1967, era un adolescente tímido, desgarbado y menudo como un personaje de un cuento de Chéjov, con pelusa en la barbilla y kufiyya, que trataba de emular a Yasser, su héroe (George Habash y el Frente Popular, que empezó a formarse ese mismo año, no entrarían en su vida hasta pasado un tiempo). Llevaba unas gafas con montura de concha demasiado grandes para su cara. No vi que estaba plantado ante mi mesa hasta que tosió. Percibí el olor a regaliz y anís del caramelo duro que se estaba comiendo. Lo habían enviado desde otra librería de la ciudad; le habían dicho que solo yo podría ayudarlo. Buscaba un libro de un italiano, pero no recordaba el título ni el nombre del autor. Le dije que necesitaba alguna pista más. Los italianos llevan siglos escribiendo libros.

«El héroe del libro no era ningún héroe: mataba lagartijas».

No me reí, pero mis ojos debieron de delatarme. Ahmad se sonrojó y dio un paso atrás. Lo llevé a una estantería y le di El conformista.

«Las lagartijas están en las primeras páginas del libro», dije.

Ahmad sostuvo el libro con ambas manos, como si fuera el Corán. ¿No lo tenía en árabe? No creía que estuviera traducido (yo no lo habría traducido porque lo encontraba soso, aunque si lo hubiera hecho no le habría enseñado mi traducción). Ahmad no dominaba el inglés.

«Yo no soy maestra —dije—. Seguro que leer un libro te ayudará a mejorar tu inglés».

Volví a mi mesa. Ahmad se sentó en el suelo, con las piernas estiradas y juntas, mostrando ostensiblemente la suela de goma de sus zapatos. Detrás tenía tres libros que también se mostraban ostensiblemente: Mientras agonizo, Adiós, Columbus y París era una fiesta; los dos últimos acababan de llegar a Beirut. Las portadas formaban un triángulo suspendido por encima de la cabeza del chico. Entonces comprendí que no tenía dinero para comprarse ningún libro. Los pantalones militares que llevaba no eran ni una moda ni una declaración política: eran baratos.

Le pregunté si de niño mataba lagartijas. Él me preguntó qué significaban magpie (urraca), austerity (austeridad) y covet (codiciar).

Me cayó bien.

El libro le encantó, se lo terminó en veintitrés días (la librería no abría los domingos). Venía todas las tardes y siempre se sentaba en el mismo

sitio. En las raras ocasiones en que yo estaba atendiendo a algún cliente cuando él llegaba, me saludaba tímidamente con la mano y se iba de puntillas a buscar el libro de Moravia, que había devuelto a su estante el día anterior. La segunda semana empezó a realizar pequeñas tareas en la tienda, y a la cuarta ya firmaba los albaranes. Quise contratarlo, pero el dueño se negó. Yo necesitaba ayuda. Era la única empleada. Si me ponía enferma, la librería no abría.

«Dele parte de su salario —me contestó el dueño—. Esta librería no es una empresa lucrativa. Es un trabajo de amor».

No exactamente: yo ponía el trabajo y el amor, y él se beneficiaba del efímero prestigio de tener una librería. Ahmad trabajó en la tienda durante cuatro años sin cobrar. A él no parecía importarle. Me ayudaba siempre que podía, se sentaba en su sitio y pasaba horas leyendo. Iba y venía a su antojo; quizá no fuera muy puntual, pero se entregaba con devoción a la librería, a la lectura, ansioso por educarse. Cuando le pedía disculpas por no poder pagarle, él contestaba que los hijos no trabajan para obtener una recompensa.

Un día decidió pintar el interior de la tienda. Habían llegado a sus manos unas latas de pintura de color azul lavanda claro. Resulta que alguien del campamento de refugiados las había comprado muy baratas antes de darse cuenta de que nadie iba a querer pintar las paredes de ese color. Ahmad dejó los espacios entre las estanterías sin pintar porque no había suficiente pintura. A mí me encantaba aquel color, y lo conservé hasta que me jubilé y cerré la librería.

Me dejó en 1971, no recuerdo exactamente cuándo, porque los traumáticos sucesos del Septiembre Negro del otoño anterior lo habían obligado a replantearse sus prioridades. Seguramente los asesinatos de Jordania lo convencieron de que los libros no podrían abrir la puerta de su celda. En este mundo, una causa... una causa podía abrir las puertas de la cárcel de par en par. Lamenté mucho perderlo.

Aunque creo que la elección de nuestro primer libro, el libro que nos abre los ojos y despierta nuestra alma, es tan involuntaria como la de nuestro primer amor, me habría gustado que Ahmad hubiera escogido otro. Le encantó *El conformista*, y se veía a sí mismo completamente diferente del protagonista, pero teniendo en cuenta en qué se convertiría en años posteriores, al madurar, esa elección resulta patética de tan previsible, casi un cliché. El Frente Popular de Liberación de Palestina, por muy marxistaleninista que se considerara, era una imagen especular de los Fasci

Italiani di Combattimento de Mussolini. Los partidos políticos pueden gritar e insultar, darse patadas y puñetazos unos a otros, lanzar granadas y misiles; todo eso no son más que las estúpidas poses de Narciso ante su reflejo en el lago.

Ahmad estaba seguro de que no era como Marcello, el protagonista de El conformista, un hombre sin moral, un prosélito sin personalidad propia. Ahmad se declaraba individualista.

No hay nadie más conformista que quien insiste en su individualidad.

Dejadme repasar los sucesos del Septiembre Negro, no tanto para dibujar el paisaje político o histórico, por decisivos que fueran a la hora de cambiar Líbano y abocarlo al abismo de la guerra civil, sino para describir los cambios que experimentó Ahmad. Quiero dibujar la transformación de su cara.

Solo conozco sus orígenes a grandes rasgos. Su familia proviene de un pueblo pequeño situado al este de Haifa y fue expulsada por el Yishuv durante la Nakba de 1948 (son sus palabras, no las mías). El pueblo fue arrasado y borrado del mapa, pero no de la memoria de sus habitantes. Ahmad nació en Sabra. Su familia, sus tíos y sus tías se desperdigaron por varios campamentos de refugiados del sur de Líbano, Jordania y Cisjordania.

En septiembre de 1970, Jordania se sumió en el caos. Los fedayin palestinos lanzaban sus operaciones desde ese país, e Israel contraatacó —de manera desproporcionada, como de costumbre— bombardeando Jordania. Los palestinos prácticamente gobernaban el país, un estado dentro de otro estado. El rey Hussein de Jordania, sintiéndose amenazado, les declaró la guerra. Hubo muchísimas víctimas. El conflicto, que causó numerosos muertos y heridos, se prolongó hasta julio de 1971, cuando se produjo la expulsión de la OLP y de miles de combatientes palestinos, que huyeron a Líbano.

Qué suerte tuvimos.

Ahmad cambió en aquellos meses. Creía que el rey era un agente israelí, un lacayo de Estados Unidos. Si los hermanos podían matarse entre sí, cualquiera era sospechoso, cualquiera y todos. Estaba deshecho. Ya era taciturno por naturaleza, pero enmudeció casi por completo. Cuando era adolescente no era huraño, pero se volvió huraño. Se retrajo. Sus cielos se llenaron de nubes negras.

Pero su cara.

Su cara.

Joseph Roth escribió: «Hace falta tiempo para que los hombres adquieran un semblante particular. Es como si nacieran sin cara, sin frente, sin nariz y sin ojos. Todo eso lo adquieren con el paso del tiempo, y hay que tener paciencia; se necesita tiempo para que todo eso se ensamble».

Ahmad adquirió su semblante durante el Septiembre Negro. Se le juntaron las cejas, casi hasta formar una sola, lo que le daba una expresión de severidad y dureza permanentes. No hizo falta paciencia para esperar a que se ensamblara todo: una vez comenzada la transformación, se completó en un visto y no visto. Incluso me parecía ver cómo crecía cada uno de los pelos de sus cejas, hasta que estas cruzaron el puente de la nariz. La desilusión se escondía en los diminutos surcos de su frente; la furia, en las comisuras de la boca. Los ojos se oscurecieron, la piel se tensó, perdió la poca grasa que tenía y los huesos de la cara se destacaron más. La pelusa de la barbilla se convirtió en barba; el niño se convirtió en hombre.

Durante un tiempo siguió viniendo a la librería, pero su talante era otro. Era como si yo fuera parte del problema, alguien de quien desconfiar, el otro. Compartíamos el mismo espacio, pero ya no la cortesía, la empatía ni la camaradería. Éramos como un matrimonio. Yo no entendí por qué Ahmad siguió volviendo aquellos pocos meses después del Septiembre Negro. Quería que viniera porque tenía la impresión de que él necesitaba que yo estuviera allí, no sé por qué.

Un día entró en la librería muy enfurruñado y observé que la transformación había terminado. Apestaba a testosterona. También me fijé en que los pantalones militares que llevaba ya no eran de los baratos. Me quedé hecha polvo.

Lo miré de arriba abajo, desde las botas hasta la kufiyya. Ahmad sonrió con suficiencia, se volvió hasta darme la espalda y salió de la librería.

Me abandonó.

Unos años más tarde fui a buscarlo.

Sí, había prosperado, había salido de Sabra, de Siberia. En 1977, cuando llamé a su puerta, Ahmad vivía en un barrio muy animado de Beirut, lejos del campamento. Seguía siendo una vivaz imagen de la juventud, pero ya no quedaba en él ni rastro de pelusa. Tuve que recordarme que la pelusa ya había desaparecido la última vez que lo vi. Tenía veintiséis o veintisiete años, se hallaba en la flor de la vida, y, en medio de una encarnizada guerra civil, estaba en su salsa: los pantalones confeccionados a medida y planchados, la camisa blanca ceñida y cara, el rostro sonriente y bien afeitado. Al entrar en el recibidor vi una piel de cebra en el suelo, y era

como si Ahmad hubiera abatido y despellejado la presa aquella misma mañana, antes de desayunar. El recibidor era más grande que la choza de su madre.

Fui lenta: tardé unos minutos en comprender que Ahmad estaba disfrutando con lo que consideraba una inversión de los papeles. Claro que me ayudaría. Podía pedirle lo que quisiera. Yo siempre me había portado bien con él. Siéntate, siéntate en el majestuoso salón con asientos lujosos. Me arrellané en uno, en una habitación con adornos dignos de Balzac: una hoja de trébol formada por pequeños ceniceros Lalique, figurillas de Lladró y Hummel que representaban algo parecido a un nacimiento modernista; un reloj de pie, una alfombra que debía de tener el doble de los años que tenía yo entonces.

Me preguntó si había desayunado.

—Sí —contesté—. Comí hace dos días.

—Estupendo —replicó él—. Estupendo.

¿Me apetecía un café?

Una sirvienta filipina nos trajo el café. No pude disimular mi sorpresa.

—En su país deben de estar peor —me explicó Ahmad—. Ellos también tienen sus guerras.

Bebí un sorbo y fui al grano. Le dije que necesitaba protegerme. Habían entrado intrusos en mi casa. Ahmad se alegró de poder ayudarme. Me recomendó un AK-47: barato, seguro, no se atasca nunca, fácil de usar, ligero. Estaban invadiendo el mercado; él tenía tres en su apartamento. Yo quería comprarle uno. Ahmad no podía aceptar mi dinero, pero yo podía darle lo que él siempre había querido.

¿Y qué quería?

—Ya sabes lo que quiero —insistía—. Ya sabes lo que quiero.

De pronto fue como si los dos Ahmad, el joven tímido y el adulto duro pelearan, una batalla de almas. Ahmad se había vuelto más seguro de sí mismo y, al mismo tiempo, más tímido. Solo me miró brevemente y luego clavó la vista en sus mocasines. Años atrás, cuando el nerviosismo lo atormentaba, bajaba la vista y miraba mis zapatos, no los suyos.

—Ya sabes lo que quiero.

Yo no lo sabía. Me estrujé el cerebro. ¿De qué me estaba hablando? Él siempre había querido libros, pero de eso hacía mucho tiempo. No conseguía soltar qué quería de mí, no podía expresar en voz alta su deseo. Me quedé mirándolo, pensativa; hasta me rasqué la cabeza. Al final, como si

la inspiración hubiera descendido sobre mí, le hice la pregunta más inconcebible:

—¿Quieres acostarte conmigo?

Eso era lo que quería mi Ahmad.

—¿Conmigo? —Ahora me tocaba a mí repetirlo: «¿Conmigo? ¿Conmigo?», como un estúpido reloj de cuco suizo.

¿Por qué? Estaba hecha un desastre. Apestaba a cloaca. Parecía la bruja de Hansel y Gretel. Tenía más de cuarenta años. Llevaba un chándal rosa con lentejuelas, nada menos. Ni siquiera me había pintado los labios.

Ahmad tenía ducha.

—¿Puedo ducharme?

Asintió con la cabeza.

—¿Con agua caliente?

Ahmad debía de haber matado muchas lagartijas. Durante la guerra, en Beirut los poderosos tenían poder, pero solo los que tenían verdadero poder tenían agua.

Me reí, con cierto nerviosismo, y expulsé aire y angustia de los rincones de mis pulmones: una risa de consentimiento. Él me miró a los ojos, más seguro de sí mismo, complacido; había interpretado las señales de mi capitulación. Dicen que la risa es el mejor conglomerante.

Yo sabía qué era Ahmad. Había oído rumores, historias misteriosas, la mayoría demasiado raras para creerlas. Era uno de los torturadores más destacados de la guerra, lo llamaban Mutannabi (podía hacer hablar a un mudo, una variación de la estrofa más famosa del poeta), un nom de guerre literario muy acertado; los otros torturadores escogían apodos genéricos como Kojak, John Wayne, Belmondo, Tiburón o Cowboy. Comprendí que los rumores eran ciertos nada más ver el apartamento, y si el apartamento no hubiera sido suficiente, todos los rumores se habrían confirmado cuando vi el cuarto de baño: mármol, acero inoxidable, líneas duras (para emplear una descripción nabokoviana y no balzaquiana).

Lo sabía, y aun así accedí a su deseo. Seguramente era yo, y no Marcello ni Ahmad, quien no tenía moral.

Quería un arma. Quería ducharme. Tomé una decisión. Intimar con alguien que era casi un amigo íntimo podía convertirse en un problema, pero decidí que fuera él quien se preocupara por esas cosas, que fuera él quien se lo planteara si quería. Yo no pensaba planteármelo. Me negué a sentir vergüenza. El agua me llamaba.

La ducha fue como un monzón, caliente, succulenta y bautismal. Cuando la suciedad se disolvió y se desprendió de mi piel, cuando la mugre emigró, me sentí rejuvenecida, renacida. El agua, que salía casi hirviendo, reblandeció mi rígido cuerpo, me dejó la piel del color de una rosa peonía. Mis sentidos se afinaron y se aguzaron. Me depilé con la maquinilla de afeitar de Ahmad.

Secarme con una toalla lujosa fue lo más parecido a una experiencia religiosa que jamás tendría. Ahmad me esperaba en el dormitorio; él estaba completamente vestido; yo, envuelta solo en lujo. Demasiada luz. Las figurillas de Lladró de la mesilla de noche estaban bañadas en la luz del sol, oro líquido. Apunté con la barbilla hacia las cortinas semitransparentes. Ahmad se apresuró a correrlas y la habitación quedó sumida en una penumbra fría e impersonal. El Ahmad que yo conocía había regresado por un momento, asombrosamente sensible, servil y complaciente, satisfecho y optimista. Avancé de puntillas hacia la cama, como un ladrón que no quiere que lo descubran, procurando no hacer ruido ni provocar ecos.

Antes de desprenderme de la toalla giré las figurillas de Lladró. Ahmad debió de pensar que lo hacía por exceso de timidez. No era eso. Yo prefería que no me mirara algo tan feo.

Me dijo que era hermosa. Yo le dije que las figurillas eran feas. Rodeó la cama y las tiró todas a la papelera. Una vez más, mintió y dijo que era hermosa. Yo le dije que estaba viva.

De Donne:

*Los misterios del amor nacen en el alma,
pero el cuerpo es el libro en que se leen.*

Ahmad no era el primero ni sería el último. Le sorprendió que no me quedara tumbada como un cadáver. Me hubiera gustado decirle que, si bien no era ni mucho menos una amante con gran experiencia, había tenido relaciones con algunos hombres. Había estudiado a George Bataille y Henry Miller, me había rendido al marqués de Sade, había devorado el racista Miedo a volar y retozado con lascivos escritores árabes de la Edad de Oro que constantemente daban gracias a Dios por la bendición del sexo: al-Tifashi, al-Tijani, y al-Tusi, ibn Nasr, ibn Yahya e ibn Sulayman; había tenido numerosos maestros. Quería decirle a Ahmad que no tendría que haber dejado de estudiar. Quería decirle que Moravia, su desflorador, había escrito sobre la promiscuidad innata de las mujeres. No le dije nada.

¿Cómo pueden describirse las efímeras cualidades del sexo más allá de los tanteos, los jugueteos y los jadeos? ¿Cómo puede describirse con palabras lo inefable, lo que escapa a las palabras? Aquellos árabes obscenos y sus equivalentes occidentales sabían explicar los aspectos técnicos, lo que es de gran ayuda, por supuesto, y delicioso. Algunos se centraban en lo espiritual, en lo psicológico, y a todos les encantaban las metáforas. Sin embargo, creer que las palabras pueden reflejar, y aun explicar, el misterio infinito del sexo es como creer que leyendo las oscuras notas de un papel se puede entender una partitura de Bach, o que estudiando composición o color se puede entender un autorretrato de Rembrandt. El sexo, como el arte, puede desconcertar el alma, puede triturar un corazón en un mortero. El sexo, como la literatura, puede hacer que otro se cuele en el interior de nuestros muros, aunque solo sea un momento, un breve instante antes de que volvamos a amurallarnos. ¿Quién puede explicar un poder tan aterrador?

Mi memoria estaba lo bastante intrigada por lo insólito de la situación para retener unos cuantos retazos de aquel encuentro sexual, imágenes de los primeros momentos, cuando todo era técnico o mecánico. La memoria prefiere guardar lo que el deseo no puede aspirar a mantener. Sin embargo, las imágenes que conservo no pudieron existir. En mi recuerdo, me veo con Ahmad como si una parte de mí participara en el encuentro y otra flotara en el aire, cerca del techo, y lo presenciara con desinterés.

Aaliya, la alta; Aaliya la de la vista de pájaro, por encima del barro y de la mugre y de las ciénagas de la vida.

Lo que se filtró por la argamasa de mis muros no fueron la técnica de Ahmad (adecuada) ni su ardor (más que adecuado). Yo estaba de rodillas, mirando hacia otro lado, y él detrás de mí, oliendo todavía a regaliz y anís, entregado a un ritmo ancestral. Redujo luego el ritmo y sus dedos exploraron la topografía de mi zona lumbar. Noté que su cara descendía y examinaba una ciudad diminuta dibujada en un mapa. Sus dedos apretaron suavemente antes de retirarse. Al principio intenté quitar importancia a la interrupción, considerándola un capricho sexual, pero sus dedos retomaron la exploración de esa región que podríamos llamar zona lumbar o parte superior de las nalgas. Sus dedos volvieron a apretar y esa vez comprendí qué estaba haciendo: reconocí la sensación de extraer una espinilla. Cuando extrajo una tercera, volví la cabeza, y es más probable que me hubiera convertido en una estatua de mantequilla que en una de sal. Él se disculpó, me suplicó que lo perdonara. Lo había hecho inconscientemente. No podía

ver una espinilla en su propia piel sin extirparla, y no se había dado cuenta de que me lo estaba haciendo a mí.

Le pedí que no parara. Me encantaba.

Sus dedos exploraron felices toda mi espalda con delicadeza, suavemente, y poco a poco convirtieron mi piel en una barra libre de sensaciones deliciosas. Estaba conmovida. Hundí la cara en la almohada para ocultar mi éxtasis y mis lágrimas.

Por un momento mi corazón había encontrado su mano de mortero.

El éxtasis y la intimidad también son inefables, efímeros y fugaces. Ahmad y yo no repetimos nuestro interludio, nunca retomamos la exploración. Él consiguió lo que quería, y yo también.

Yeats dijo en una ocasión que la tragedia del sexo es la virginidad perpetua del alma.

Qué gran verdad.

Nos acostamos con esperanza y despertamos con mentiras.

Cuando los caudillos pusieron fin a su tregua unos días más tarde, me sentí protegida dentro de las paredes de mi apartamento y monté guardia con el kalashnikov cerca del pecho.

Aaliya, la elevada, la separada.

Yo, Aaliya, la anciana, debería acostarme: tumbarme en la cama, invocar a los dioses del descanso, en lugar de quedarme sentada a mi mesa recordando.

La menguante perspectiva de mi pasado aplasta y asfixia mi presente.

Recordar es el tumor maligno que se da un festín con lo que ahora soy.

Estoy cansada, tengo la mente espesa y el pelo azul.

Y así transcurren los días.

En mi dormitorio no se oye nada, salvo el aleteo de la ropa tendida cuando la agita la brisa, velas de pequeñas embarcaciones impulsadas por suaves ráfagas; en el edificio de detrás hay galerías en todos los pisos (el nuestro no tiene ninguna), y todas tienen tendedero. Esos sonidos nocturnos no me molestan; los llamo «ruido blanco de vida». Mi dormitorio se ha vuelto más tranquilo con el paso de los años, a medida que crecían la familia de Joumana, en el piso de arriba, y la de Marie-Thérèse, en el de abajo, y sus hijos bravucones se marchaban. Cuando vivían todos abajo, el señor Hayek protagonizaba sesiones de gritos unidireccionales con Marie-Thérèse al menos una vez por semana, a lo largo de todo su matrimonio, hasta que murió el año pasado. Una vez oí decir a Fadia que se puede saber lo bien que va un matrimonio contando los mordiscos que cada cónyuge

tiene en la lengua. El señor Hayek no tenía ni uno. No se callaba nada. «No sabes hacer nada bien. Siempre dices lo que no debes. ¿Por qué no haces lo que te mando? Me sacas de quicio». Era como oír una representación poco ingeniosa de ¿Quién teme a Virginia Woolf? con una actriz muda y poquita cosa interpretando a Martha.

Ahora hay mucho menos ruido.

Ahora sería mucho más fácil dormir, si pudiera dormir.

He pasado una mala noche. Debí de quedarme dormida un momento, porque a primera hora de la mañana mi corazón se ha visto turbado por un sueño breve y desasosegante. En él no aparecía mi madre, la protagonista de mis peores pesadillas, sino Hannah, que seguramente es la mujer a la que mi madre faltaba más al respeto, tanto cuando vivía como después de muerta.

¿Cómo funciona mi memoria? Me traiciona un día sí y otro también. ¡Qué atronadoras minitormentas de moléculas se desataron en mi mente durante la madrugada, qué fantasmas!

Mientras dormitaba, Hannah se materializó —más lozana, más joven, treintañera—, y al principio parecía irrelevante que fuera mucho más joven que yo. Mi casi cuñada apareció, corpórea y robusta, y sin embargo un tanto encorvada; más que ella misma, parecía un retrato al óleo póstumo suyo. Llevaba uno de aquellos vestidos finos de hilo, de mala hechura, morado. Se apreciaba una formalidad cálida en las mangas del jersey negro cruzadas sobre los hombros, en el cuidado con que estaba hecho y colocado el nudo de lana. Sus zapatos estaban surcados de arrugas, pero no así su cara. Tenía una mirada amable, sincera y turbada.

«Cariño —le decía yo en voz baja extendiendo la mano derecha hacia su mejilla—. Ya nadie lleva el pelo así». Ella sonreía y yo respondía con esa sonrisa mía que suplicaba perdón. Hannah había aparecido para ofrecerme ánimo y yo me preocupaba por su aspecto. Qué lástima. Soy una doña angustias. Me pierdo los milagros que surgen ante mis ojos: me concentro en una estrella que se apaga y no veo la constelación. Paso por alto tormentas asombrosas y me preocupo por si tengo ropa tendida.

El archipiélago de manchas esparcidas por el dorso de mi mano me distraía, y dejaba de mirarle la cara. Retiraba esa mano, la cubría con la izquierda y a continuación las posaba ambas sobre mi corazón a modo de ramillete de oraciones. Ella me ignoraba y caminaba hacia el teniente, su futuro marido, el marido que nunca llegó a serlo. En mi sueño, él era mucho más joven que ella. Hannah lo besaba, algo que cuando estaba viva

no habría podido suceder, y él le devolvía el beso, dos pasiones correspondidas. Ella lo desvestía con un brío poco común, y sus besos se hacían más hondos, su lujuria más descarada.

Quien hubiera visto esa escena tan lasciva habría podido llevarse una impresión equivocada. Las edades de los dos no cuadraban, pensaba yo. Eran incompatibles. El insidioso Nabokov volvía a entrometerse en mis sueños y no me dejaba entregarme a la contemplación de lo que tenía delante, no me dejaba disfrutar la vida. Hannah era Humbert, y el teniente, la ingenua. Fuego de mis entrañas. Follaban, no se puede expresar de otra forma. Hannah y su prometido follaban sin parar.

¿Por qué Hannah? ¿Por qué ahora?

Hubo un tiempo en que no pasaba ni un solo minuto sin que pensara en ella, sin que me preguntara cómo habrían sido sus últimos días, sin que pensara en su soledad consumada y en lo bien que la enmascaraba, en su anhelo insaciable. Entraba en mis pensamientos sin que la invitara, sin que la buscara. Tal vez Hannah y su fantasma dejaron de perturbarme antes de mi sueño de esta mañana porque sentían lástima de mí en mi vejez, de mí y de mis fatigadas evocaciones; quizá lo creyeron necesario, aunque solo fuera por aliviarme de una de mis grotescas obsesiones. Tienes que intentar seguir adelante, intentar vivir.

Pero la vida no tiene por qué ser tan considerada como sus fantasmas, ni tan compasiva.

Ni justa.

«Era Lo, Lo a secas, por la mañana, de pie con un solo calcetín, cuatro pies y diez pulgadas de estatura. Era Lola en pantalones. Era Dolly en la escuela. Era Dolores en los documentos oficiales». No traduciré Lolita, aunque me gustaría hacerlo. Va contra las normas. Las obras anteriores de Nabokov, en ruso, sí podría traducirlas. «Pero en mis brazos siempre fue Lolita».

Mi memoria ha crecido hasta convertirse en un crío revoltoso, pero todavía es bastante precoz.

Es la soledad, el aislamiento absoluto. Hannah vuelve a prender las llamas de mi memoria para recordarme lo sola que estoy, lo absolutamente intrascendente y triste que se ha vuelto mi vida.

He llegado a esa edad en que la vida es una serie de derrotas aceptadas; edad y derrota, hermanas de sangre fieles hasta el final. Me esfuerzo por levantarme de la cama, como todas las mañanas. Todavía es de noche, no se filtran hilos de luz por las ranuras de las persianas de madera del

dormitorio. Llevo despierta más de una hora. Muevo los pies hacia el borde de la cama y los bajo hasta la alfombra, lo que me ayuda a incorporarme con menos esfuerzo. ¡Ay! Estiro un brazo adormecido y enciendo la lámpara de la mesilla de noche, una reliquia de cincuenta años que a duras penas funciona, uno de los primeros objetos que me compré yo misma.

A duras penas funciona, como yo: extremidades hinchadas, artritis, insomnio, estreñimiento e incontinencia, las mareas altas y bajas del averno del envejecimiento. Por la mañana, la sangre circula por mis venas a la velocidad de la melaza. El cuerpo me está fallando, y la mente también. Cuando mi cuerpo funciona, a veces parece que lo haga independientemente de mis deseos, y mi mente olvida a menudo cuáles son esos deseos, por no hablar de dónde he dejado las llaves o las gafas de leer. Se podría afirmar que todos los días son una aventura.

Me incorporo con vacilación, apoyo los pies en la alfombrilla que hay junto a la cama, el primero de los numerosos obsequios de Hannah. Es una alfombra de rezo curiosa, pequeña y tejida a mano, persa o afgana, con una brújula de quibla en miniatura en la parte superior, para que pueda extenderla hacia el este. La brújula todavía señala hacia el este, pero la alfombrilla no. Pero sí impide que mis pies se enfrenten al suelo frío en las mañanas de invierno.

Me levanto con cuidado, me inclino y giro para estirar la espalda. El dolor lumbar no está necesariamente relacionado con la edad; llevo años conviviendo con un leve dolor de espalda. Lo que ha cambiado es la complejidad de los nudos: cuando era joven, los músculos de mi espalda formaban un sencillo as de guía, mientras que esta mañana se diría que componen un par de puños de mono y un nudo de margarita. Conozco el nombre de algunos nudos marineros, pero nunca he subido a un barco. Las novelas de Joseph Conrad plantaron en mí las semillas del amor por las historias sobre el mar. Atando cabos, de Annie Proulx, me llevó a leer El libro Ashley de los nudos.

Soy una gran lectora. Sí, eso soy, una gran lectora con un fastidioso dolor de espalda.

Cuando me duelen los huesos o mi espalda se rebela, considero el dolor un castigo por haber abandonado mi cuerpo durante tanto tiempo, por haberlo tratado incluso con desdén. Cuando era más joven lamentaba mi físico, y ahora mi físico me deplora a mí. A medida que envejezco, mi cuerpo exige el lugar que le corresponde en el programa de mis atenciones. Reivindica sus derechos, corta su porción de pastel.

Antes, la mente por encima del cuerpo, pero ya no.

Aaliya en primer lugar. Aaliya la separada.

Aaliya, Aaliya über alles.

Triste, triste, triste.

Camino con cuidado hacia la puerta; probablemente parezco un gnomo con andares de pato. Mi dormitorio es uno de los lugares seguros del apartamento de los que he hecho desaparecer los espejos. En uno de sus libros, Helen Garner dice que todas las mujeres de más de sesenta años aprenden instintivamente a pasar por delante de un espejo sin mirarlo. ¿Para qué arriesgarse?, digo yo.

Por supuesto, al evitar mi reflejo acabo desoyendo la exquisita advertencia de Rilke:

*Aunque el reflejo del estanque
dance a veces ante los ojos:
reconoce la imagen.*

¡Adorable!

Dentro de unos minutos me moveré con más elegancia, o con menos torpeza, una vez que mis músculos y mis articulaciones se hayan calentado.

* * *

Enciendo las luces del techo de la cocina y pongo agua a hervir para el té. Mientras la llama del fogón parpadea lívida y azul, las bombillas del techo hipan una vez, y otra, y se apagan al mismo tiempo que la única farola de la calle. La electricidad suministrada por el gobierno ha vuelto a fallar. No pondrán en marcha el generador del edificio hasta las seis de la mañana, como muy pronto, hasta que alguien más se despierte, probablemente Marie-Thérèse, que todas las mañanas llama a alguno de sus gatos vagabundos y despierta con sus gritos a Fadia, que es quien pone en marcha el generador.

Esperaré a oscuras a que se enciendan las luces. Estoy acostumbrada.

Sin electricidad, la noche vuelve a ser noche y no esa mala imitación que pasa por noche en una ciudad moderna. Sin electricidad, la noche vuelve a ser el mundo profundo de la oscuridad, el misterio que nos da miedo.

Oscuridad visible.

Da la impresión de que mi ciudad retrocede a una época anterior. A duras penas funciona.

Hace poco remodelaron un ala de un hospital de la ciudad para convertirla en lo que llaman «de superultralujo», lo que significa que solo para respirar allí dentro hay que empeñar las joyas. El suelo es de parquet, las almohadas de plumas, y toda la tecnología es de lo más moderna, incluidos cuartos de baño con inodoros provistos de detectores de movimiento para descargar la cisterna. Lo que nadie tuvo en cuenta es que los detectores se vuelven locos y hay que recalibrarlos cada vez que se produce un corte del suministro eléctrico y se ponen en marcha los generadores. Como estamos en Beirut, hay que hacerlo como mínimo dos veces al día. El hospital ha tenido que contratar a un calibrador de inodoros a tiempo completo.

Oscuridad risible.

Sentada en la cocina a oscuras, bebiendo un té aún más oscuro, de pronto pienso en una noche de hace mucho tiempo, cuando todavía era niña —debía de ser invierno, como ahora—; había anochecido pronto. La comida, sencilla y apenas suficiente para alimentar a la familia, esperaba impaciente en una gran bandeja de latón colocada sobre una otomana redonda de arpillera. El apartamento no era lo bastante grande para que cupieran una mesa de comedor y seis hijos. Mi madre nunca nos daba de comer hasta que regresaba del trabajo su marido, que era ayudante de sastre en una tienda del centro y siguió siéndolo hasta su muerte. En cuanto oyó girar la llave en la cerradura, mi madre se levantó. Hubo un corte de electricidad y la habitación se sumió en la negrura, lo que causó una angustia indescriptible a mi madre, pues su marido podía lastimarse al entrar en la habitación a oscuras. Cuando se apresuró a recibirlo para avisarle y guiarlo, golpeó con una pierna la bandeja, que se cayó y dio en la cabeza a mi hermanastro el mayor, quien hábilmente había aprovechado la repentina oscuridad para robar un pedazo de queso. La comida se desparramó alrededor de nosotros como metralla.

«Que nadie se mueva —nos previno mi madre—. Que nadie se atreva a moverse».

Entró con paso vacilante en la cocina, a ciegas, y volvió con una parpadeante lámpara de queroseno. Todos nos habíamos quedado inmóviles, pero al entrar en el apartamento, su marido había pisado el charco de aceite de oliva. Cuando levantó el pie, vimos la huella de la pisada en la alfombra. Todos nos arrodillamos y empezamos a recoger la comida: queso, aceitunas negras, rábanos, restos de tomate, cebolletas; lo único que no pudimos salvar fue el aceite de oliva. Nos sentamos alrededor de la

bandeja y empezamos a cenar en silencio. Durante toda la noche mi madre lució una mancha colorada en la mejilla, tan intensa que se veía incluso bajo la débil luz de la lámpara.

Mis libros me muestran cómo es la vida en un país serio donde le das a un interruptor y está garantizado que la bombilla se encenderá y seguirá encendida, donde sabes que los coches se detendrán en los semáforos en rojo y donde los semáforos no dejan de funcionar un par de veces al día. ¿Qué se siente cuando el fontanero se presenta a la hora acordada, o al menos se presenta? ¿Qué se siente cuando sabes que si alguien dice que hará una cosa tal día, la hará?

El mundo de William Burroughs o el Macondo de García Márquez son previsibles comparados con Oriente Próximo. Los londinenses de Dickens son más de fiar que los libaneses. Beirut y sus ciudadanos son famosos por su carácter imprevisible. Cada día es una aventura. Esta inestabilidad nos hace sentir, me hace sentir, un estremecimiento de emoción, de peligro, así como una gran carga de frustración. Un escalofrío recorre brevemente la espalda y el corazón se encoge.

Cuando los trenes circulan con puntualidad (cuando los trenes circulan, punto), cuando suena el tono de marcar nada más descolgar el auricular, ¿se vuelve la vida más predecible? ¿Se aburren los alemanes con tanta fiabilidad? ¿Explica eso La montaña mágica?

¿Es menos emocionante la vida si tus vecinos son razonables, si no bombardean tus centrales eléctricas cada vez que consideran que necesitas una advertencia? ¿Es menos apasionante la vida si no hacen temblar tus ventanas y tus nervios con ataques indiscriminados solo porque pueden hacerlo?

Cuando la mayoría de las veces las cosas salen tal como esperabas, ¿tienes la impresión de que controlas más tu destino? ¿Te sientes más responsable de tu vida? Si así es, ¿por qué los norteamericanos siempre se comportan como si fueran víctimas?

A ver... Todas las mañanas me despierto sin saber si podré encender la luz. El año pasado, cuando se me estropeó la cisterna del inodoros, tuve que quedar tres veces con otros tantos fontaneros porque los dos primeros no se presentaron y el tercero apareció cuatro horas tarde. Raramente puedo ir de A a B por el mismo camino —desde mi apartamento hasta el supermercado, pongamos por caso— durante más de un mes. Continuamente tengo que cambiar mis itinerarios; uno cualquiera de una multitud de políticos de poca monta puede impedir el acceso a un barrio entero porque un buen día

decide que es lo bastante importante para sentirse amenazado. La vida en Beirut es demasiado aleatoria. No logro convencerme de que llevo las riendas de mi vida.

¿La fiabilidad refuerza tu ilusión de control? Si así es, me pregunto si en los países desarrollados (me niego a utilizar el detestable término «civilizados») el envejecimiento, ese proceso traicionero y demoledor de ilusiones, será más difícil de sobrellevar.

¿Lo tengo más fácil que los miembros londinenses de mi generación?

Marie-Thérèse llama a su gata para que vuelva a casa, la alborada de todos los días. El mundo, complicado e indiferente, empieza a despertar. No tardarán en clarear los bordes de las cortinas.

«¡Maysoura! —La voz de Marie-Thérèse ha subido de volumen desde que murió su marido—. ¡Maysoura!».

No entiendo por qué deja que sus dos gatos deambulen por las calles del barrio. Beirut no es una ciudad apta para gatos. Marie-Thérèse, como mi madre, los adora. Sin embargo, mi madre nunca tuvo uno; colmaba de amor a los gatos callejeros.

El generador se pone en marcha con un débil zumbido, lo que significa que Faída debe de haberse levantado. No enciendo la luz, sigo casi a oscuras.

Pienso en Brodsky:

Estoy sentado junto a la ventana. Ya he lavado los platos.

Fui feliz aquí. Pero no volveré a serlo.

Sale el sol y la cocina toma forma y revela sus detalles. El despertar de mi ciudad es más hermoso a mis ojos, y a mis oídos, que el amanecer en un valle bucólico o en una isla paradisíaca apenas poblada, aunque nunca haya estado en un valle bucólico ni en una isla paradisíaca. En mi ciudad, el sol multiplica sus efectos en la miríada de ventanas y cristales con reflejos llenos de colorido que hacen que cada mañana sea diferente. Una luz tenue se cuelga por la ventana, intrigada por ver qué sucede en mi cocina. Me da en la cara y titubea. Me obligo a levantarme. Me tambaleo un poco y me apoyo en la mesa de desayuno, de color rojo vino y amarillo pis, una abominación que trajo mi marido cuando nos casamos y que dejó aquí cuando se marchó. Sacudo los amplios pliegues de mi bata. Hay motas de polvo suspendidas en el aire. La cocina tiene dos ventanas en paredes adyacentes. Una araña con unas patas delanteras asombrosamente largas se afana con una presa atrapada en su tela. Lo único que queda es una brizna de telaraña con venas estriadas. La araña se equivocó al escoger esa ventana;

seguramente las primeras lluvias se llevarán su hogar. Me pongo de puntillas y descorro las cortinas de la otra ventana para que entre más luz. Dejo que la luz inunde la cocina desde ambos lados. Abro la ventana corredera por primera vez en un par de días. Da a la escalera exterior y mis vecinas pueden satisfacer su curiosidad mientras suben y bajan por ella. Una brisa suave hace temblar las estancadas motas de polvo; un puñado de sol las enciende y las vuelve doradas y luminosas.

Apolo, el gran alquimista, todavía surca en su carro los cielos de Beirut blandiendo una piedra filosofal. Hasta el aire transmuto en oro.

Debes cambiar tu vida.

El sorprendente sonido de las chanclas de Marie-Thérèse se cuele por la ventana. Digo sorprendente porque mi vecina de abajo llevaba mucho tiempo sin subir por la escalera. Una vez que ha pasado por delante de mi ventana, me inclino para mirar. No parece que arrastre su sombra y no va vestida de luto. De pronto me acuerdo de que hoy es el día siguiente al primer aniversario de la muerte de su marido. Cuando mis talones vuelven a tocar el suelo me doy cuenta de que se me ha quedado el cuello rígido.

La voz de Fadia llega desde arriba. «Bien hecho, cariño, bien hecho. Estoy orgullosa de ti». La voz suena vigorizada, como si su dueña se hubiera sumergido en una fuente italiana de júbilo.

Esta mañana vuelven a reunirse para tomar café. Me alegro por ellas.

Desde hace casi treinta años, todas las mañanas las tres brujas toman juntas un café espeso como jarabe. En el rellano del tercer piso, delante del apartamento de Joumana, mis vecinas se reúnen alrededor de la bandeja redonda de latón y fuman, cuchichean y se preparan para afrontar el día. Marie-Thérèse no se sentó en su taburete ni una sola vez en todo el año pasado; a mí me parece un duelo excesivo, la verdad, pero lo entiendo. Que esté subiendo la escalera es un gran acontecimiento.

«Nos alegras el día», dice Joumana desde arriba. Su voz resuena en el hueco de la escalera y viene a parar a mi cocina.

Hace una mañana preciosa, dorada y levantina.

Debido a la acústica de este edificio, desde mi cocina oigo cada palabra que dicen en el rellano. Todas las mañanas mantengo una estrecha intimidad con mis vecinas. Oigo el tintineo de sus tazas en los platillos, el tintineo de los platillos en la bandeja de latón, cómo vierten el café; todo su ritual sagrado. Joumana lo llama «regar el Jardín». Las oigo charlar y cotillear: ¿te has enterado de esto, qué te parece lo otro? Insultan a sus

enemigos y elogian a sus amigos. Capto cada suspiro y cada risita. Las oigo hacer planes, intercambiar impresiones, pasarse recetas y exhibir cada capricho recién comprado.

Años de conversación.

Cuántas mañanas... Fadia suelta su risa característica, espantosa, una crepitante exhalación en falsete que hace que su alargada garganta se hinche y ondule como el fuelle de un panadero; una risa descontrolada y epidémicamente contagiosa con la que es pródiga. El marido de Joumana asoma la cabeza por la puerta, da los buenos días a las mujeres, bromea con ellas y llama a gritos desde arriba al señor Hayek, el marido y torturador de Marie-Thérèse, a fin de asegurarse de que está listo para ir con él a pie hasta la Universidad Americana, donde ambos dan clases. Joumana también da clases en la universidad, pero ella va en coche y nunca se toma el café con prisas. Se burla de los hombres porque andan tan despacio, como si pasearan, que casi todos los días tiene que recogerlos por el camino para que no lleguen tarde. «Quieren hacer ejercicio —dice—, pero no quieren sudar».

El pobre señor Hayek ya no puede dar ese paseo.

Cojo una aromática mandarina del frutero, le hago un agujero con el dedo en la parte de abajo y empiezo a pelarla. Me sirvo otra taza de té.

—Me alegro mucho de que hayas dejado de guardar luto —dice Fadia—. Un año es demasiado.

Coincido con ella, desde luego. Un año es mucho aunque quisieras a tu marido. Es demasiado si tu marido era el señor Hayek.

—Entiendo que decidieras hacerlo —continúa Fadia—. Estoy contigo, mi amor, pero creo que seis meses... Seis meses es más que suficiente. Yo adoraba a mi marido, todo el mundo lo sabe, pero estaba harta de vestir de negro.

—A mí no me importaba vestir de negro —replica Marie-Thérèse. El fuerte bocinazo de un coche en la calle me impide oír su siguiente frase.

—Es mejor que lo hayas dejado —dice Joumana—. Él así lo habría querido. Tu marido odiaba el negro.

—Y no vuelvas a ponerte esas medias negras —añade Fadia. No hay bocinazo, petardeo de camión ni rugido de motocicleta capaz de silenciar su voz—. Aunque es verdad que tapan mucho.

—¡Fadia! —la reprende Joumana.

—¿Qué pasa? No me mires así. Tengo razón y lo sabes. Creo que a todas nos vendría bien depilarnos. Solo digo eso. ¿Acaso miento? Dímelo.

No, no miento. Y a todas nos vendría bien una pedicura. ¿Tengo razón o no? Esta noche iremos las tres al salón de belleza. Nos haremos solo lo imprescindible. De arriba abajo. Y ya sabes, querida, que las piernas sin depilar son contagiosas. Si no hacemos algo con las tuyas, ¿quién sabe lo que podría pasarles a las mías? Y lo de las uñas de los pies es aún peor. Mirad, mirad. —Fadia ríe, chilla—. El color se desconcha mientras hablamos. Necesitamos una intervención urgente. —Fadia, que siempre se ríe de sus propios chistes, suelta su crepitante falsete.

—Esta noche salimos —decide Joumana.

—Podemos volver a ser jóvenes —añade Fadia.

Fadia, que tiene sesenta y dos años, es la mayor de las tres. Yo la supero, claro. Fadia no está envejeciendo con dignidad; combate cada mínima señal de deterioro con vigor y amargura. Cada vez se maquilla más y su ropa es cada vez más adolescente, un último intento desesperado por retener una juventud que recuerda con cariño. Aun así, parece más joven y más lozana que Marie-Thérèse, que tiene diez años menos y envejece sin sufrimiento y con resignación evidente. Sus codos tienen más surcos que una nuez, tantos como los míos. Se ha convertido en una mala imitación de lo que era. Hace mucho que sus ojos se acomodaron en la indiferencia.

Marie-Thérèse tiene un rostro inescrutable, una expresión de «la vida solo es un sueño» que induce a pensar que no quiere que la importunen con realidades molestas; una máscara, de hecho, porque esa impresión es falsa: la fachada no encaja con la casa que esconde. No sé por qué, pero me recuerda a la joven con la que Fernando Pessoa intentó trabar amistad, la única relación romántica de su vida. Os diré por qué. Ignoro qué aspecto tenía aquella chica. No sé si alguien lo sabrá. Ni siquiera recuerdo su nombre. ¿Blanca, Maria, Francesca? Esta mañana mi memoria ha decidido fallarme. La joven trabajaba en la misma oficina de importación y exportación que mi poeta, y él se planteó invitarla a salir, o a lo que fuera que hicieran las parejas con esperanzas en Lisboa allá por 1929.

Debo aclarar que me imagino que Marie-Thérèse se parece a esa chica cuando envejeció, no a como era cuando el genio se fijó en ella.

Sin embargo Pessoa no salió con aquella chica, no hizo eso que hacían en Lisboa allá por 1929. Se llamaba Ophélia Queiroz. Empiezo a chochear. ¿Cómo he podido olvidar a Ophélia? La brevedad de la relación se debió a la maliciosa intromisión de nada menos que Álvaro de Campos, creación del propio Pessoa, el dandi bisexual que odiaba a Ophélia y consideraba que ella apartaba a Pessoa de su ambición literaria. Escribió a la pobre chica y le dijo

que abandonara cualquier ilusión que se hubiera forjado respecto a una posible relación con Fernando.

No existe ninguna prueba, al menos que yo sepa, de que Ophélie tuviera ni la más remota idea de quiénes eran Fernando y Álvaro. Trabajaba en las mismas oficinas que Fernando, pero dudo que alguna vez llegaran a dirigirse la palabra.

Fernando murió en una relativa oscuridad, virgen y recluso.

Hoy tenía intención de empezar a leer un libro, pero no me parece oportuno o no me apetece. Hay días que no sirven para empezar libros.

Ayer, después de leer a Sebald, me di cuenta de que fue más fácil traducir Austerlitz que Los emigrados, seguramente porque esta abrió el camino, allanó el terreno, a Austerlitz. Traducir a Sebald al árabe tiene su miga. A primera vista, su estilo, con frases larguísimas que envuelven toda la página y al lector, parece ideal para el árabe, donde el uso de la puntuación es más flexible. (Traducir El año de la muerte de Ricardo Reis, de Saramago, fue pan comido en comparación). Sin embargo, resultaba difícil trasladar con precisión la continua inserción de la lengua de Jacques Austerlitz en el discurso en primera persona del narrador no identificado, pues el árabe, como el español, abandona los pronombres más a menudo que el inglés o el alemán. El «yo» de Sebald correspondía al menos a dos personas.

Esta mañana, ese problema ha invadido mis pensamientos como un banco de algas. Releeré mi traducción de Los emigrados, que no he repasado desde hace años. Tengo que examinar si resolví bien el problema. Pero antes tengo que rescatarla del almacén.

Sin esperar a terminarme el té, busco una linterna (de la oscuridad salgo y a la oscuridad vuelvo). Tengo dos linternas, pero no encuentro ninguna. Las dos están en la cocina, estoy segura. Cuento hasta diez antes de empezar a buscar una vez más; repito cada paso por si en la primera vuelta he pasado algo por alto y regreso a donde ya he estado. En vano. Me acabo el té, dejo la taza en el fregadero y pongo dos velas en el platillo. El borde de la concavidad del platillo está ligeramente teñido: manchas de color marrón y rojo herrumbre, restos de otros téis que no quisieron desaparecer; se negaron a ser olvidados y dejaron estos anillos de edad en la loza. La habitación de la sirvienta, apenas lo bastante grande para albergar mis cajas, está más allá de la cocina, detrás del lavabo de servicio. Vivo en un edificio ambicioso: los cuatro apartamentos tienen la misma distribución, con habitaciones diminutas para la sirvienta; sin embargo, que yo sepa, ningún

inquilino ha tenido nunca servicio. En la habitación no hay luz; la bombilla del techo se fundió hace años. Soy alta, pero no me gustan las alturas. Necesito a un hombre mañoso para cambiar las bombillas del techo; de ahí que ahora me las apañe con una linterna o un par de velas.

Voy hacia la habitación con el platillo con las velas en la mano y el olor a humo y azufre en la nariz.

El lavabo de servicio está lleno de cajas. Aquí no me hacen falta las velas. No hay ducha ni bañera, solo un grifo metálico a escasa altura y un desagüe hacia el que el suelo embaldosado se inclina ligeramente. Una ventana alta que da a la calle —una porción de luz temprana del norte— ilumina las cajas que contienen los manuscritos. Sobre el inodoro hay tres, una encima de la otra. Esas no son las que busco: son las que no cabían en la habitación de la sirvienta y corresponden a los diez últimos años.

Este cuarto, sin ventana, devora la luz y me dificulta el movimiento. Llevaba años sin abrir esta puerta; desde que empecé a llenar el cuarto de baño ya no entro tan a menudo. Mi corazón se vuelve irracional cuando entro en esta habitación. Unas veces se esfuerza tanto que está a punto de darle un ataque. Otras late con tanta alegría que parece que vaya a estallar. Y en otras ocasiones se apodera de él un torpor que lo ralentiza hasta casi paralizarlo. Esta mañana, me laten las venas de las sienes con una confusión intensa, radiante, zumbante.

Corazón irracional: me encanta esa expresión. La leí hace años en Murphy y se instaló en un lugar destacado de mi memoria. También habría podido escribir que mi corazón se comportaba como «un cohete recién lanzado», como en el cuento «Muerte de un viajante» de Welty.

No puedo traducir a Beckett porque escribía en las dos lenguas con que no me permito trabajar. Hace ya tiempo decidí que, como algunos libaneses saben leer inglés o francés, no traduciría a los escritores que escriben en esas lenguas; ya sé que fue una decisión arbitraria, pero me pareció necesaria. Restringir las opciones no siempre es negativo. Nunca he traducido a ningún escritor francés, inglés ni norteamericano. Ni a Camus, ni a Faulkner, ni a Welty, ni a Hemingway (Dios me libre), ni a dos escritores jóvenes que admiro: Junot Díaz (con un lenguaje maravillosamente amalgamado) y Aleksandar Hemon (la amalgama de un solo idioma). Mis reglas autoimpuestas me impedían traducir a algunos escritores africanos, como por ejemplo J. M. Coetzee, Nadine Gordimer o Nuruddin Farah, porque escribían —escriben— en inglés. Tampoco a los australianos como Patrick White, al que adoro, ni a David Malouf. No

puedo traducir a Milan Kundera, el checo, porque escribió y reescribió las versiones francesas de sus libros; ni a Ismail Kadaré, porque las versiones inglesas de sus novelas están traducidas del francés, no del albanés original.

Sin embargo, solo domino estas tres lenguas: árabe, inglés y francés. Así pues, he inventado un sistema: con objeto de lograr la representación más fiel de una obra, utilizo una traducción al francés y una traducción al inglés para crear una traducción árabe. Es un sistema funcional y bien planeado que me permite disfrutar con lo que hago. Soy consciente de que eso hace que mi traducción esté un paso más alejada del original, como las novelas en inglés de Kadaré, pero sigo utilizando ese método. Esas son las reglas que elegí. Me convertí en una sirvienta, aunque voluntaria, de una disciplina y un ritual específicos. Soy mi sistema, y mi sistema soy yo.

No traduciría Murphy de Beckett aunque estuviera escrita en otro idioma, serbocroata por decir algo, porque no me gusta esa novela. He leído tres veces Esperando a Godot y todavía no sabría decir de qué trata. Si, como afirman algunos críticos, trata sobre el aburrimiento mientras se espera a que regrese Dios, entonces es aún más sosa de lo que yo creía.

Cajas, cajas y más cajas. Los manuscritos traducidos llevan los dos libros, el francés y el inglés, sujetos a un lado de la caja para poderlos identificar. Tolstói, Gógol y Hamsun; Calvino, Borges, Schulz, Nádas, Nootboom; Ki's, Karasu y Kafka; libros de recuerdo, desasosiego, risa y olvido. Años de libros, libros de años. Una pérdida de tiempo, una pérdida de toda una vida.

La caja de Sebald está encima de la de Nootboom, bajo otras tres traducciones. Dejo el platillo con las velas sobre un montón. Bajo las cajas de arriba con cuidado para que no se me caigan encima. Sebald pesa mucho, como si hubiera engordado durante estos años de vida absolutamente sedentaria. Casi no puedo con él, de modo que tendré que olvidarme del platillo. Apago las velas y la habitación de la sirvienta se sume en la oscuridad; solo queda el olor a humo, moho y polvo.

Cuando uno de aquellos combatientes palestinos defecó en el suelo de este cuarto de baño, a un palmo del desagüe, pasé horas de rodillas limpiando los excrementos del soldado, el cieno y los posos. Utilicé un cepillo de aluminio, un utensilio tan inofensivo como un borrador de pizarra. Fuera, fuera. Aunque no queda ni rastro, siempre evito pisar ese sitio, como si fuera una mina de tierra israelí; sobrevolando con infatigables alas el abismo. La cuadrilla de palestinos no robó gran cosa, porque no había gran cosa que robar; nunca ha habido mucho mercado para los libros.

Dejo la pesada caja en el suelo, junto al sillón de lectura. Con un trapo humedecido limpio la piel del tiempo, eso que llamamos polvo. Retiro la cinta adhesiva y levanto la tapa. Ahí están las hojas de papel, por supuesto, tal como las dejé hace tantos años. Cojo un montoncito de la parte superior. En la primera página están escritos con tinta indeleble el título del libro en árabe, el nombre completo de Sebald y el mío, Aaliya Sobhi, más abajo y un poco más pequeño. La hoja tiene los bordes un tanto quebradizos, nada demasiado preocupante. Estiro la espalda y me planteo si quiero otra taza de té antes de sumergirme en el mundo de melancolía de Sebald.

* * *

No debería haber abierto la puerta, debería haber mirado por la mirilla, pero desde luego no esperaba que apareciera mi hermanastro el mayor. Hace años que no veo a ninguno de mis hermanastros, que no pisan esta casa desde hace una década o más. Sin embargo, debería haber deducido que era él. He oído a Fadia decir «Problemas» cuando ha sonado el timbre de mi apartamento. Desde el rellano puede ver mi puerta, mis entradas y salidas. Él ha tocado el timbre y, como mis movimientos se han vuelto lentos y me ha costado unos segundos llegar hasta la puerta, ha llamado de nuevo, con un timbrado más largo y persistente. Mis hermanastros, como muchos hombres y niños, tienen la impaciencia de los que se creen con derecho a todo.

Se presenta negro de rabia en el umbral, con dos maletas anticuadas, viejas pero bien conservadas. Su arrugada cara está desfigurada por la gordura y la emoción desatada, el cuerpo deformado por el peso de las maletas. Resopla y jadea, mostrando la ira de Aquiles y el rostro del cerdito. Su cuadrada cabeza, su cara y su cuello se cubren de manchas rojas; parece una figura cubista, abotagada y saturada de color. Entra como un vendaval y suelta las maletas, que golpean mi suelo con fuerza.

Todos mis hermanastros tienen el don de ponerme nerviosa, incluso en circunstancias de escasa hostilidad. Noto que aumenta la temperatura de la habitación. La lengua me sabe a cobre, lo que significa que estoy hiperventilado, preparándome para pelear o huir, para desenvainar la espada o saltar a lomos de mi caballo. Procuro respirar más despacio. Me concentro en serenarme.

Le pregunto con delicadeza qué hace.

—Traerte a tu madre —me contesta—. Te toca a ti. Nosotros no tenemos por qué ocuparnos de ella. Es responsabilidad tuya. Tú eres la hija

y no tienes familia. Eres tú la que debería haberse ocupado de ella durante todos estos años. Ya va siendo hora: te toca a ti. Nosotros no podemos seguir cuidándola. —No levanta la voz, pero espera a que lo contradiga. Quiere un motivo para ponerse a gritar.

No se lo doy.

Saca un cigarrillo del paquete que lleva en el bolsillo de la camisa, se lo pone entre los resecos labios y lo deja allí colgando, pero no lo enciende. En otros tiempos era fuerte, pero ha quedado reducido a un hombre rudo y vulgar: cuello carnoso y blancuzco, hombros anchos, barbilla fofa, ojos que denotan fatiga, peinado con cortinilla para encubrir la calva. Sus pantalones marrones de poliéster, que no combinan con la chaqueta y el chaleco, se agitan y rechinan mientras se pasea por el recibidor. Me mira con gesto amenazador y espera a que me encoja de miedo. Me encojo de miedo.

Me encojo de miedo porque, pese a que parece una parodia de un matón —siempre lo ha parecido—, hubo un tiempo en que sí fue peligroso. En 1975, a principios de la guerra civil, llevaba el uniforme de camuflaje barato de una de las milicias, como si participara en un ensayo general tragicómico. No me preguntéis de qué milicia. Entonces no me importaba y sigue sin importarme. Parecía una caricatura; adornaba su torso, flaco y alargado (en aquella época no estaba gordo, solo un poco convexo), con medallas y sus hombros con charreteras de borlas, en una imitación, triunfante del Cometa Corso, Napoleón.

Orgullo desmedido y bravuconería, eso es lo que era, y lo que es, pero en cierto modo eso es lo que lo vuelve más peligroso.

Pensad en Bush, esa amalgama indecente de banalidad y perdición. Cómo se hunden las naciones cuando la Venganza atiende los requerimientos del Loco.

Un pensamiento desagradable.

Siempre que pienso en Bush, me viene a la mente esta imagen: un rostro destrozado en la arena del desierto.

*Me llamo Ozymandias, Rey de Reyes:
ived mis obras, oh poderosos, y desesperad!*

Un pensamiento más agradable.

Mi hermanastro el mayor me da miedo. Cuando éramos pequeños no me daba miedo; entonces solo me fastidiaba. Compartíamos un colchón y yo lo veía simplemente como un ladrón de espacio. Era obtuso, descuidado y, según mi madre, perfecto. Encontraba un placer desmesurado en las

bromas y en toda clase de payasadas. Obtenía una satisfacción obscena intimidando a sus hermanos pequeños.

Cuando mi marido me abandonó, mi madre hizo cuanto pudo para convencerme de que debía marcharme de mi casa. Me propuso que intercambiara apartamento con mi hermanastro el mayor: el suyo era pequeño, adecuado para una persona que viviera sola; el mío era grande, adecuado para una familia que todavía estaba creciendo y que la incluía a ella, claro.

«Mira cuántas habitaciones tienes —me decía—. ¿Por qué tienes que ser tan avariciosa? ¿Por qué tienes que ser tan egoísta?».

Al principio discutía con ella, pero luego observé que era más eficaz no hacerle caso, dejar que le diera a la lengua cuanto quisiera hasta que le flaquearan las fuerzas. Cuando quedó claro que las palabras de mi madre no obtenían el efecto deseado, mis hermanastros pasaron a la acción y metieron baza. Intervenían a medida que su descendencia aumentaba (en la familia, la reproducción irresponsable era la forma de combatir el hastío).

Mi hermanastro el mayor se presentó por primera vez ante mi puerta después del nacimiento de su segundo o tercer hijo (debería saberlo porque fui al hospital cuando nació; todavía no estaba preparada para abandonar del todo a la familia). Orgullo desmedido y bravuconería: entonces él no sabía hablar, conversar ni negociar, así que me exigió a voz en grito que cumpliera con mi obligación. A partir de ese día dejé de abrir la puerta cuando sabía que era él. En el rellano, mi hermanastro se aporreaba el pecho de simio y maldecía. Yo estaba aterrorizada, presa de un pavor incontenible.

Él volvía y volvía, una y otra vez, como el lobo feroz, y me asustaba con sus escandalosas amenazas, pero curiosamente eso se volvió contra él. Las personas no solo se habitúan al miedo, que con el tiempo se vuelve soportable, y lo aceptan, sino que además lo absorben. Yo lo absorbí, queridos. El miedo me pertenecía y yo le pertenecía a él; mi miedo y yo éramos dos fieles compañeras, dos hermanas bien avenidas.

Seguía teniendo miedo, pero ya no estaba asustada. Los niños se asustan. Cada vez que volvía mi hermanastro, cada vez que aporreaba la puerta, mi miedo y yo madurábamos un poco más.

Antes de hacerme con el AK-47, esperaba con un afilado cuchillo de cocina a mi lado (no era una gran cocinera, pero un cuchillo de cocina me parecía un utensilio de lo más versátil). Esperaba, caminaba describiendo círculos, óvalos y cuadrados, iba de una habitación a otra de mi espacioso apartamento con el cuchillo en la mano. Por si acaso. No tengo la menor

duda de que si hubiera entrado por la fuerza en mi casa, lo habría apuñalado. Porque estaba asustada. El muy imbécil.

El primer empleo que tuvo mi hermanastro el mayor fue el de portero en un hotel de tres estrellas. A él le encantaba por el uniforme, creía que le confería clase, distinción. Desde hace siglos, en todos los países del mundo, siempre que el campesinado ha querido huir de su condición, se ha puesto un uniforme. Ese es el único trabajo remunerado que ha tenido, y le encantaba, pero al principio tuvo muchos problemas con uno de los jefes, que, según él, lo trataba mal. Por desgracia, es posible que yo empeorara involuntariamente esos problemas. Parece ser que el director no se fiaba de algunos empleados suyos, y especialmente de mi hermanastro. Esperaba junto a la salida de los empleados y registraba a algunos antes de que se marcharan; seguramente buscaba toallas, sábanas o pequeños artículos de perfumería. Mi hermanastro se sentía humillado, y quedó horrorizado el día que, al volver a casa de la librería, lo vi de pie junto a la puerta trasera del hotel, con las piernas y los brazos extendidos, mientras el director del hotel, arrodillado ante él, lo cacheaba.

Cuando me vio, la cólera se dibujó en su cara.

Es triste, porque en aquel momento sentí lástima, incluso compasión; en aquel momento de vulnerabilidad, me identifiqué con él y lo vi como parte de mi familia.

En 1975, cuando empezó la guerra, yo ya había dejado de invitar a mi madre a mi apartamento. La llamaba por teléfono y quedábamos en algún café de la calle Hamra. Un día la acompañó su hijo con un grupo de amigos. Llevaban uniformes militares de imitación e iban en un descapotable destartado en lugar de un jeep. Más que milicianos, parecían una pandilla de amigotes que salían a divertirse, gamberretes inocentes, críos maleducados que pretendían parecer sofisticados. Me los imaginé con cazadoras rojas de ante y camisas de seda con estampado de flores y solapas anchas. Mi hermanastro parecía ser el mayor del grupo, un hombre jugando a ser niño. Ya había empezado a coleccionar medallas.

«Duerme con ellas», me dijo mi madre mientras pedíamos los cafés.

Lo dijo con toda naturalidad, y no supe si le enorgullecía o consternaba que su hijo tuviera en la cama la íntima compañía de sus medallas de pega.

Lo que me horrorizó no fue que durmiera con las medallas. Mi madre me contó también que mi hermanastro había capturado a un espía israelí y que se habían encargado de él. Utilizó ese verbo inocuo: «encargarse». Intenté sonsacarle más información, pero mi madre no sabía nada. Los

sueños de los hijos son las pesadillas de las madres, pero, en el caso de mi madre, los sueños del hijo eran sus olvidos. Yo no concebía que mi hermanastro fuera capaz de «encargarse» de otra cosa que no fuera de abrir la puerta del coche a sus superiores.

Unos días más tarde leí en el periódico una breve noticia: el director del hotel había sido hallado muerto en un callejón, atado de pies y manos y con señales de tortura. Yo no podía creer que mi hermanastro hubiera sido capaz de matar a aquel hombre. Era demasiado cobarde. Sin embargo, podía imaginar que hubiera mentido, que hubiera informado a otros sobre su atormentador, que hubiera vertido pestilencia en los oídos de algún político en ciernes, que hubiera presenciado la aniquilación de su humillador.

No hagas daño al prójimo, a menos que sea tu jefe.

Intenté convencerme de que estaba equivocada, o como mínimo justificar sus actos. Eso fue durante la guerra civil, cuando se cometieron innumerables crímenes; crímenes que hacían que, en comparación, los de mi hermanastro parecieran travesuras de patio de colegio. En aquellos días, la venganza estaba a la orden del día. Para parafrasear al poeta Czeslaw Milosz, durante la guerra civil libanesa, provocar la muerte de alguien estaba desvinculado del tufillo a demonismo, los remordimientos de conciencia y otros accesorios parecidos de los dramas shakespearianos. Jóvenes con uniforme impecable podían disparar a la gente mientras mordisqueaban un kebab y se bebían una Pepsi.

Intenté justificarlo, pero no pude.

No sé qué pensar.

Quizá seamos hermanastros, pero no somos afines. Nos separa un abismo de mundos comunicables.

Cuando murió mi padraastro, mi hermanastro el mayor se transformó por arte de magia en el hombre de la casa, un papel que llevaba tiempo interpretando. Mi madre siguió viviendo con él. Jamás se habría planteado venir a vivir conmigo, ni yo lo habría deseado. Mi madre solo quiere a sus hijos varones y nunca se ha tomado la molestia de disimularlo. Trata a su hija menor como a una ciudadana de segunda clase, una descendiente del sexo inferior. Yo, la mayor, apenas dejo huella en su conciencia. Una vez que desistí del empeño de adquirir peso en su vida, se olvidó de mí. Si considera a su hija menor una Fanny Price, yo soy su Quasimodo y he de permanecer confinada en el campanario.

Si mi hermanastro el mayor la ha traído a mi casa es porque todos sus hermanos se han negado rotundamente a quedársela.

Le digo con calma que no creo que sea posible. Cuando me dispongo a observar que ella no será feliz conmigo, la veo en el umbral de mi apartamento, apuntalada por mi cuñada. Mi madre, vestida de negro de pies a cabeza, alarmantemente frágil, está encorvada, como si hubiera salido de una pintura negra de Goya (¿Peregrinación a la fuente de San Isidro?). La cara muestra esa palidez típica de la piel no expuesta al sol desde hace largo tiempo. Todavía lleva el pelo teñido de negro, descolorido, con un dedo de raíces blancas. Apenas puede alzar la cabeza; respirar le supone un esfuerzo, como vivir. Las líneas de su cuerpo, de su contorno, parecen haberse diluido; durante un instante, por incongruente que resulte, mientras la luz que entra por la puerta le da en la espalda, tengo la impresión de que puedo ver su parte delantera y su parte trasera a la vez. Se me abre la boca, se me hundén los hombros. La mente se me congestiona, abarrotada de sentimientos y pensamientos que no puedo formular claramente ni con suficiente habilidad. Hacía mucho tiempo que no la veía. Había olvidado cómo se me embarulla el cerebro cuando estoy con ella. Mi cuñada la ayuda a entrar en el recibidor, la sujeta con fuerza, como un marinero caído al agua se aferra a un trozo de madera que flota, pero también con delicadeza, como si mi madre estuviera hecha de telarañas. La alianza de mi cuñada brilla mientras sus dedos se enroscan alrededor del codo de mi madre.

Me llega una vaharada del olor agrio y rancio de la edad de mi madre.

—Ahora te pertenece a ti —dice mi hermanastro. La vena de su sien late y se ensancha como un gusano.

—Ahora es tuya —corroborá mi cuñada; escupe las palabras con los labios apretados, pintarrajeados de carmín. Su rostro cetrino enrojece, como cuando una camisa mojada adquiere color tendida al sol.

Mi madre, un súcubo moderno, tiene el don de vaciar mi alma, y mi voz, sin necesidad de recurrir a algo tan rudimentario como un beso. Pero no puedo permitir que esta farsa se prolongue por más tiempo. Respiro hondo para darme ánimos.

—No —digo con tono grave, viscoso—. No es mía.

Mi madre levanta la cabeza, espectral, y me mira. Su apergaminado rostro se crispa, de tal modo que las arrugas se encogen y multiplican por diez. Abre la desdentada boca en un gesto de horror. Levanta las nudosas manos, con las palmas hacia mí, como si se defendiera del mal. Intenta soltarse de mi cuñada. Grita: un chillido asombrosamente potente y agudo. El chal negro resbala de su huesudo hombro izquierdo, pero no llega a caer

del todo. Sus ojos expresan un miedo estridente, inefable. De un cuerpo tan frágil, un sonido desafiante de terror que no se ralentiza ni se cansa.

Nadie se mueve; en el recibidor de los años cincuenta bien iluminado nos quedamos quietos, como esculturas de terracota italianas, renacentistas, aterrados, mientras mi madre grita sin parar. Las motas de polvo suspendidas, normalmente invisibles, danzan y brincan en la luz burlándose de la inmovilidad de los humanos.

El cuerpo de mi madre exuda un frío de inviernos antiguos. El frío asciende desde mis pies. Me estremezco y tiemblo.

Mi hermanastro se vuelve hacia mí por fin y se da con la mano en la mejilla derecha; su cuerpo y su cara componen la pose universal y antiquísima del horrorizado. «¿Qué has hecho?», me pregunta mientras mi madre sigue gritando.

Nada. Todavía voy en camión y bata, por el amor de Dios.

Nada. No he hecho nada.

Fadia entra como una tropa de asalto en el recibidor y sus zuecos hacen suficiente ruido para que se oiga por encima del grito, pero hasta que llega a mi lado no me pregunta: «¿Qué está pasando aquí?». Me mira con expresión inquisitiva, más sorprendida que otra cosa. Ya lleva los párpados pintados con sombra azul celeste; todavía no se ha maquillado del todo, pero está en ello. Se ha perfilado los labios con lápiz de cejas negro, pero aún no los ha rellenado de color. Unos aros dorados infantiles adornan sus orejas.

—No te reconoce —exclama mi cuñada, que todavía sujeta a mi madre—. Solo es eso. A mí tampoco me reconoce la mayor parte del tiempo. No pasa nada. Ya se acostumbrará a ti. Estoy segura. No tiene otro remedio.

—¿Puede alguien hacerla callar? —grita Fadia, que al abrir la boca exhibe unos dientes manchados de nicotina—. Mis nervios no soportan esto.

No sé si Fadia se refiere a la mujer que chilla o a la que habla. Nadie me pregunta nada sobre mis nervios.

Veo que mi vecina de arriba, Joumana, también ha entrado en el apartamento. Marie-Thérèse se ha quedado en el umbral, curiosa pero considerada: en mi pequeño recibidor ya hay demasiada gente. Joumana, con un vestido de invierno con escote festoneado, se coloca al lado de Fadia con una escoba cogida al revés, la otra mano en la cadera: más que un centinela amenazador parece un personaje burlesco de un cuadro de Pontormo. ¿Por qué habrá bajado corriendo con una escoba? ¿Esperaba encontrar una pelea con espadas? ¿A Dumas, Marías, Conan el Bárbaro?

Joumana y una escoba, una profesora universitaria y un utensilio de limpieza doméstica: es una imagen incongruente.

De pronto mi madre se cansa; parece desanimada y hastiada. Los decibelios disminuyen; los gritos quedan reducidos a lloriqueos y gemidos.

—Dile que tiene que quedarse a su madre. —Mi cuñada le da un codazo a su marido, que parece el más conmocionado. Se le ha puesto el pelo de punta—. Tiene que quedársela. Yo no pienso llevármela otra vez. No lo soportaría. Díselo tú.

—No lo haré —digo.

—¡Díselo tú! —grita mi cuñada.

Mi madre empieza a mugir débilmente, como una vaca enferma. Agacha la cabeza como si quisiera plegarse sobre sí misma. Es muy menuda; parece

mentira que yo, la más alta de los presentes en esta habitación, tenga algún parentesco con ella, y más aún que sea su hija.

—¿Quieres que se quede aquí? —pregunta Fadia—. ¿Estás loca?

—Esto no es asunto tuyo —le responde mi cuñada. Sus dientes asoman como si trataran de saltar de su boca.

—Ya lo creo que sí. —Las cejas de Fadia ascienden hacia la línea de nacimiento del pelo—. Todo lo que pasa en mi edificio es asunto mío. Vete. Llevo cincuenta años aguantando a tu familia. Estoy harta. Largo de aquí.

Mi cuñada intenta guiar a mi madre, que no ha parado de mugir y que de repente vuelve a gritar. Me tapo los oídos.

—Llévatela —grita Fadia—. Vete y llévatela. Llévatela a tu casa.

Me apoyo en la puerta de cristal que separa el concurrido recibidor del resto del apartamento. Me gustaría transportarme a otra dimensión. Nada tiene sentido. Observo lo que sucede como si viera una película de Antonioni sin subtítulos. Mis manos, por lo general tan tranquilas, tiemblan ligeramente y mi ojo izquierdo se mueve sin parar, por voluntad propia. En mi cabeza, y solo en mi cabeza, oigo la veloz interpretación de uno de los Estudios trascendentales de Liszt, tocado por Sviatoslav Richter a setenta y ocho revoluciones por minuto.

Alrededor de mí, la atmósfera tiene una lejanía tangible. Estoy descolocada.

Llévatela.

Poco a poco recobro la serenidad, recojo sus pedazos dispersos, y entonces me doy cuenta de que mis vecinas y yo estamos echando con vehemencia a mi madre de la casa, a mi propia madre. Qué grosería.

Echar a tu madre a patadas, a tu madre moribunda.

Ahora bien, describir a mi madre como una moribunda no significa mucho, no significa casi nada. Todos nos estamos muriendo, todos los días están numerados. La muerte es la meta inevitable hacia la que avanza la vida. Mi madre lleva bastante tiempo a las puertas de la muerte, pero se ha empeñado en no abrirlas, en no llamar siquiera. Sin embargo ese cuerpo, ese recipiente, no soportará vivir mucho más.

Por encima de su cabeza debería flotar un reloj despertador, uno de esos antiguos, con una campana metálica en lo alto.

A finales de verano, mi madre solía cocer grasa de cordero con sal y almacenarla para el invierno, y siguió realizando ese ritual incluso con la llegada de los frigoríficos y la posibilidad de comprar carne todo el año. Este

año no debería cocer grasa de cordero. Pronto abandonará este mundo, mi vida y este edificio. Pero no lo suficientemente pronto.

—Llévatela —repite Fadia—. Llévatela —con un tono implacable que no admite discusión mi discrepancia, un tono que con cada repetición se hace más fuerte e insistente—. Llévatela.

Déjame marchar. Llévate tu regalo.

De todas las frases e imágenes preciosas, de todas las relucientes joyas incrustadas en el Titono de Tennyson, esta frase, «Llévate tu regalo», es la que ha quedado grabada en mi memoria, la que estimula mi esencia.

*Me marchito lentamente en tus brazos
aquí, en los tranquilos límites del mundo.*

Joumana y su escoba guardan silencio mientras Fadia habla sin parar. No alcanzo a comprender cómo ella, una profesora universitaria, puede ser tan amiga de Fadia, que ni siquiera aprobó el bachillerato; forman una pareja extraña. Están tan unidas como una naranja y su ombligo.

Fadia, con brazos anchos como alas, dirige a los invasores hacia el rellano. Su bata, de un amarillo chillón que resulta ofensivo, es tan larga que barre el suelo. Mi cuñada parece desanimada, como una actriz cansada en una obra de teatro que ha salido mal.

Llévatela.

Aquí, en los tranquilos límites del mundo, ya no hay tanta tranquilidad.

Desentrañar mis sentimientos hacia Fadia es un desafío comparable a cualquiera de las tareas de Psique, y todavía resulta más difícil tratar de comprender sus sentimientos hacia mí. Cuando ella era una cría y yo una recién casada, me miraba con admiración; cuando me divorcié, me miraba con desprecio. Sin embargo, cuando se hizo mayor, después de casarse y crear su propia familia, se ablandó. Se volvió cortés; quizá no me tenga simpatía, pero tampoco me odia, y de vez en cuando exhibe una bondad y una generosidad tan profundas que me desconciertan.

La guerra nos obligó a dejar de ser dos extrañas. Durante las batallas nos ayudábamos y apoyábamos mutuamente, sin que por eso nuestra relación se convirtiera en nada parecido a la amistad. Apenas hablamos, como no sea para intercambiar fórmulas de cortesía que no significan nada. Una palabra aquí, una frase allá.

Nuestra conversación más larga tuvo lugar una fría mañana de 1995, cuando me dirigía al trabajo. Al salir por la puerta, la sorprendí subiendo por la escalera camino de su reunión diaria con las brujas, con las mejillas sonrosadas por el frío y la buena salud; había comprado una bandeja caliente de kenafeh que, pese a estar envuelto en papel encerado, desprendía un olor delicioso que despertaba el apetito. Buenos días, buenos días, y Fadia me aconsejó que cogiera el abrigo porque hacía mucho frío. Le dije que era un animal de sangre caliente y ella insistió en que en la calle hacía un viento gélido.

«En cuanto salgas —me dijo mientras sus manos acariciaban su abrigo de pelo de camello—, le darás las gracias a Fadia».

Ese día tenía razón.

Dejé de considerarla un ser insignificante hace mucho tiempo. De niña, Fadia era tremendamente frívola, y sigue siéndolo, pero posee un coraje, unas agallas, que pocos de su generación tienen. Una noche, hace mucho tiempo —Fadia tenía diecinueve o veinte años; en todo caso, ya no estudiaba—, se quedó plantada en la puerta de su casa, gritando furiosa, bajo un cielo negro como la tinta china. Sartre escribió: «El infierno es el otro», y estoy de acuerdo, por supuesto, pero también estoy de acuerdo con Fernando Vallejo: «El tormento del infierno es el ruido». Aquella noche, Fadia era el infierno de mi alma.

Por aquella época su padre, Hayy Wardeh, estaba muy preocupado por ella, y resultó que tenía motivos para estarlo. Fadia era la favorita y la menor de sus tres hijas, y la única que todavía no se había casado. Peor aún: su afición por las películas románticas egipcias, rayana en la obsesión, no la dejaba dormir. Su padre sospechaba, y no se equivocaba, que Fadia no solo las veía con sus amigas, sino que también se colaba sola en los cines cuando tenía ocasión. Él, que había visto algunas de aquellas películas, consideraba que eran el caldo de cultivo de la ilusión, que plantaba semillas nocivas en la mente de las impresionables jóvenes árabes y sembraba infelicidad e insatisfacción cuando la vida resultaba no ser tan ideal como en aquellas condenadas pantallas.

Intentó prohibir a su hija que saliera con sus amigas, pero la verdad —y él era plenamente consciente de ello— era que su familia había llegado a un punto en que solo decidía una persona: su hija. Fadia sabía cómo engatusarlo para que accediera a cualquier cosa que ella quisiera, dentro de un orden, por supuesto. Consideraba las exigencias de su padre como meros consejos. Fadia poseía un arma muy poderosa: su mohín. Su padre la quería

tanto que a ella le bastaba con fruncir los labios y adelantarlos, entrecerrar los ojos y mirarlo fijamente, para que él se apresurara a desdecirse de cualquier cosa que se hubiera limitado a sugerir.

Hayy Wardeh encontró la solución más previsible: ya era hora de que Fadia se casara. Dio con el pretendiente perfecto, el hijo de un buen amigo suyo. El futuro marido se llamaba Abdallah, un joven de veintiséis años, con estudios, inteligente, honrado, buen musulmán, un ingeniero que se había graduado en la Universidad Americana de Beirut con matrícula de honor. Cuando Hayy Wardeh invitó a la familia de su amigo a cenar, observó con gran satisfacción que Abdallah casi se desmayaba cada vez que Fadia lo miraba. Parecía que al pobre chico fueran a salirse los ojos de las órbitas como en los dibujos animados. Durante la cena no se habló del asunto, por supuesto, pero él preveía una proposición formal para el día siguiente.

La dicha acarició su corazón, aunque brevemente.

Aquella noche, después de olerse cuál era el propósito de la cena, Fadia la escandalosa tuvo su infausta pataleta, que oyó todo el vecindario. No pensaba casarse con cualquiera, y desde luego no con el hijo del amigo de su padre. Ella se casaría por amor, y solo por amor. No pensaba entrar en el apartamento hasta que su padre le prometiera que no la entregaría a aquel hombre. No le importaba quién la oyera gritar. Dormiría en el rellano. Toda Beirut sabría que su padre era un hombre indecente, que pretendía obligarla a casarse contra su voluntad. No le importaba cómo iba a decirle a su mejor amigo que su hija no estaba interesada. No pensaba poner los pies en casa hasta que su padre hubiera cedido. El pobre hombre cedió y Fadia, mansa de pronto, fue lo bastante lista para no regodearse en su triunfo.

Lo que Hayy Wardeh no sabía entonces, aunque más tarde fue lo bastante inteligente para entenderlo, era que Fadia ya había echado el ojo a un futuro marido. Sí, se casaría por amor. Sus amigas y ella se habían fijado en un joven que iba al mismo cine que ellas a ver las mismas películas. La tercera o cuarta vez que se lo encontraron, decidieron hablar con él. Les pareció encantador, y tan enamorado de las películas egipcias como ellas. Era un caballero de buena familia y las trataba con sumo respeto. Todas las amigas de Fadia querían casarse con aquel joven atento y educado, con un buen empleo, que tenía los mismos intereses que ellas. ¿Qué más se podía pedir?

Yo les habría pasado un ejemplar de *La habitación de Giovanni* o, si hubieran sido más inteligentes, de *Corydon*.

Fadia se lo trabajó durante dos años, hasta que él comprendió que tenía que proponerle matrimonio. Y le propuso matrimonio: pidió oficialmente la mano de Fadia a su padre. El matrimonio funcionó, a su manera. Con el tiempo, ella perdió el interés por las películas egipcias, pero él no. Él se portaba bien con la familia de su esposa. Era agradable conmigo, lo que yo le agradecía. Murió sin que nadie pudiera decir nada malo de él. Y también sin que nadie aparte de sus parientes más cercanos pudiera recordar gran cosa de él. Casi todos se olvidaban de su cara nada más haberlo visto; tenía que volver a presentarse continuamente. Y luego se murió.

Ni yo misma me acuerdo de su cara. Las metafóricas cataratas, una vez más.

Fue un buen marido, consciente de sus deberes, y nunca engañó a Fadia ni se apartó del buen camino. Ella, en cambio, sí lo hizo, tal como yo había imaginado. Lo que no había imaginado, y Fadia tampoco, era a quién escogería para apartarse del buen camino. Coincidió con Abdallah en una fiesta y por lo visto, ahora que era una mujer casada, encontró más intrigante su interés por ella. Fadia afirmaba que Abdallah la sedujo estando sentado al lado de su esposa: se quitó la rosa roja que llevaba en el ojal, le arrancó los pétalos y los dejó caer con disimulo al pasar Fadia a su lado. Ella fue su fiel amante durante veintitrés años. Procuraban ser discretos para no herir a sus respectivas familias, pero toda la ciudad estaba al corriente de su relación. Discretamente al corriente, por supuesto. Yo la oía hablar de él a menudo con Joumana y Marie-Thérèse en el rellano. Llama la atención que solo el hijo mayor de Fadia se parezca a su marido. Los demás no se parecen a Abdallah, pero desde luego tampoco a su padre, tuviera la cara que tuviera.

De no haber sido por la muerte prematura de Abdallah —murió de un infarto, y no precisamente sobrio—, seguramente los amantes seguirían juntos. Fadia lloró su desaparición más que ningún miembro de la familia del difunto; lloró su desaparición más que la de su propio marido, por descontado. Tras la muerte de su amante, aceptó discretamente las condolencias. Tuvo el detalle de no asistir al funeral. Sin embargo, le produjo una gran satisfacción enterarse de que en las exequias una anciana cometió el mayúsculo error de llamar Fadia a la esposa de su amante.

En esa época Fadia era hermosa, y mientras echa a mi madre, a mi hermanastro y a mi cuñada del apartamento, todavía recuerdo cómo era entonces, quién era. Enmarcada por la luz que entra por la puerta abierta, su avejentada cara parece derretirse, o desmontarse, y la cara que yo

recuerdo aparece como un polluelo que rompe la cáscara del huevo. A veces pienso que Fadia es inmune al paso del tiempo.

—¡Fuera, fuera! —dice Fadia, pese a que mis entrometidos parientes ya han salido del apartamento. Fadia quiere que salgan del edificio—. No me obliguéis a llamar a los gendarmes —añade mientras ellos bajan la escalera despacio con mi madre—. No quiero volver a veros aquí. No me gustáis.

Tengo la impresión de que los pies se me hinchan dentro de las zapatillas y que las rodillas no pueden soportar mi peso. La bata me pesa sobre los hombros. No sé si cerrar la puerta con llave una vez que haya salido Fadia, pero Joumana y Marie-Thérèse todavía están en el rellano, mirándome con aire inquisitivo, curiosas; parecen personajes de un culebrón libanés. Un culebrón... No, no, nunca he tenido un hijo fuera del matrimonio al que adoptó una familia kuwaití que no podía tener descendencia porque en realidad ambos eran hombres y habían hecho una fortuna traficando con drogas y armas y leche infantil caducada.

—Necesito sentarme —anuncio, y doy unos pasitos, camino con cuidado sobre el gastado kilim y me retiro a mi sala de lectura—. Necesito sentarme. —Me desplomo en mi fiel butaca y me doy cuenta de que es un error, un grave error. Se me contrae la garganta. Cierro los ojos. Hace décadas que no dejo entrar a nadie en esta habitación.

Mi aliento se estremece entre los límites rígidos de mi cuerpo, tengo la sensación de que mi corazón se pasea por dentro.

Joumana y Marie-Thérèse, mis vecinas de arriba y de abajo, me siguen al refugio. Joumana se pone en cuclillas delante del sillón. Quiere saber si estoy bien. Debe de haber sido traumático. ¿Me encuentro mal? ¿Pueden hacer algo para ayudarme? Joumana tiene el rostro anguloso, de facciones más esclavas que semitas, más israelíes que libanesas, ligeramente bastas, pero atractivas, frente amplia sobre unos ojos penetrantes que me hacen sentir incómoda. ¿Sé por qué gritaba mi madre?

No, parecía una aberración. No sé qué ha asustado a mi madre. Nunca lo sabré. ¿Qué fue lo que se liberó de las cámaras secretas de su memoria? ¿Cómo puedo saberlo?

Con delicadeza y discreción, Joumana examina mi pelo y luego niega con la cabeza. ¿Significa eso que no cree que sea el tinte azul lo que ha desatado los gritos? No digo nada.

Un error, un descuido. Ellas no deberían estar en esta habitación. Intento respirar acompasadamente, concentrarme en el jarrón con flores de invernadero que hay en el estante a mi lado: dalias rojas, delfinios blancos,

jarrón de cristal, olor dulce. Son flores perecederas, valen más dinero del que puedo pagar, pero las vi en la tienda y fui incapaz de venir a casa sin ellas.

Como la mayoría de los libaneses, Joumana habla deprisa, enlaza una frase con la siguiente, suelta palabras y frases guturales como si hiciera gárgaras con un colutorio. Prefiero las conversaciones pausadas donde las palabras se cuentan como perlas, conversaciones con muchas pausas, pausas que sustituyen a las palabras. Prefiero recibir a las visitas en cualquier otro sitio. Joumana mira un poco por encima del sillón. Sus ojos, de color membrillo, refuerzan su actitud desenvuelta, su locuacidad.

—Necesito descansar —digo—. Noto mucha humedad en el ambiente. —Pausa—. Creo que empieza a dolerme la cabeza.

De pronto los ojos de Joumana van de un lado a otro recogiendo información a gran velocidad. Las patas de gallo que los rodean se juntan. Yo cierro los míos, exasperada.

—Dios mío —exclama Joumana—, ¿qué es todo esto? —Gira despacio sobre sí misma, sin levantarse, y mira arriba y abajo. Su rostro se ilumina—. ¿Qué tenías aquí escondido?

—Solo son libros —digo—. Solo libros.

Intento ver la habitación con los ojos de un extraño. Libros por todas partes, montañas de libros, anaqueles y estanterías, pilas de libros en todos los estantes, en la silla desvencijada que no he tapizado desde que la compré a principios de los años sesenta. Yo he sido su única ocupante; años atrás, la espuma se amoldaba a la forma de mi trasero. En la otomana a juego hay dos pilas de libros que no he tocado desde hace años, salvo cuando quito el polvo, dos veces por semana. ¿Cuántas horas habré pasado en esta habitación, yendo de un rincón a otro, asegurándome de que todo está en su sitio, cada libro en la pila que le corresponde, y de que he aniquilado hasta la última mota de polvo? Un espejo circular, sin marco —¿cuándo lo colgué y por qué lo he dejado ahí?—, pende de un clavo en la puerta. Me había olvidado por completo de él. Todas las superficies de la habitación están tan limpias que relucen, excepto el espejo, claro. He adiestrado tan bien a mis ojos para que eviten mi reflejo que me he olvidado de su existencia. Helen Garner tiene razón. La alfombra kazaja teñida con tintes naturales, con desgarrones que saltan a la vista, era en otros tiempos de un color granate intenso, pero el aspirador, tras cientos de pasadas, le ha sorbido la vida. Encontré la lámpara de carey durante la guerra, sola y abandonada delante de un edificio que acababa de ser saqueado; los rateros no habrían sabido

qué hacer con una lámpara de lectura. Tardé toda una semana en devolverle el brillo. De una de sus elegantes volutas metálicas cuelgo unas gafas de leer para tenerlas siempre a mano. El jarrón reposa sobre siete libros, las ediciones en rústica de los muallaqat, que presentan manchas de vejez; cada volumen contiene uno de los poemas con sus notas y estudios críticos. Mis poemas favoritos, cuatro versiones de ellos, están repartidos por la habitación, aunque no al azar.

Las «Odas suspendidas», o «Poemas colgantes», siete poemas de siete poetas preislámicos. Según la leyenda, en el siglo VI los escribieron con oro sobre lino copto y los colgaron en las cortinas de la Kaaba. El dato es erróneo, claro, porque en esa época los poemas se memorizaban, casi nunca se escribían, pero de todas formas es bonito. Me encanta la idea de un lugar de culto con poesías colgadas y, por si fuera poco, escritas con oro.

En el apartamento de Joumana, el que está encima del mío, mi sala de lectura, esta habitación, corresponde a lo que era el dormitorio de su hija. Lo sé porque durante años oía su música, la oía bailar con su novio, caminar, pisar fuerte y, de vez en cuando, gritar y dar portazos. Ahora vive en Francia y estudia arte o historia del arte en la universidad (silenciosamente, espero). En el apartamento de abajo, el de Marie-Thérèse, esto era la habitación de su hijo, que ya no vive allí. Él era mucho más tranquilo. No tengo ni idea de para qué utiliza la suya Fadia. Nunca he entrado en sus habitaciones. ¿Por qué se consideran ellas con derecho a entrar en las mías?

La corriente de aire que se cuela por la puerta principal, todavía abierta, una brisa indecorosa, me alborota con descaro el pelo de la nuca y curioseas en un montón de papeles que hay encima de la mesa.

—Sabía que trabajabas en una librería —dice Joumana—, pero no tenía ni idea de que tuvieras tantos... tantos... Esto parece un almacén de libros. —Se pasea con cautela y reverencia, casi de puntillas, y de vez en cuando estira el cuello para leer algún título.

Quiero pedirle que pare, que me deje tranquila; no, quiero que pare, necesito que pare. Abro la boca, pero el sonido se atasca. Los dedos de Joumana, esos dedos profanos, tamborilean; el índice, el corazón y el anular de la mano derecha crean un tumulto, tamborilean sobre el respaldo de mi sillón, sobre un estante, sobre el lomo de mis libros, el torturador «tap tap toc» de un coche de caballos que avanza traqueteando por encima de todo.

Un tumulto aún mayor hace su entrada triunfal en la habitación.

—Ya se han ido —anuncia Fadia—. He esperado hasta que ha arrancado el coche. Más vale que no vuelvan por aquí. —Tiene la frente húmeda y perlada, y el pelo adherido a la piel. Sus mejillas presentan un rubor exagerado y sus ojos centellean traviosos. A ella también le sorprende ver tantos libros—. Así que esto es lo que haces aquí dentro —exclama. Un cigarrillo encendido chisporrotea cerca de la yema de sus dedos. La luz que entra por la ventana envuelve su mano derecha en humo azul—. Durante la guerra siempre me preguntaba qué hacías tanto tiempo sola. Ah, espera. Mientras los libaneses tenían sed de sangre, tú tenías sed de libros. —Emite una risa que es como un arroyo burbujeante. Al ver que no me río, añade —: Tienes que reconocer que ha tenido gracia.

—Sí. —Asiento con la cabeza, resignada.

—Y que soy ingeniosa, ¿no?

—Gracias por tu ayuda —digo—. Has sido muy amable. No sé cómo habría resuelto la situación si no hubieras llegado tú.

—No tiene importancia —replica Fadia—. Un día tienes que subir a ver mi biblioteca.

—¿Tu biblioteca? —pregunta Marie-Thérèse.

Joumana sacude la cabeza como diciendo: «No puedo creer que no lo vieras venir».

—En mi biblioteca hay dos libros —dice Fadia—, y todavía no he terminado de colorear el segundo. —Se anima, y prolonga sus carcajadas al darse cuenta de que he esbozado una sonrisa.

A veces Fadia tiene gracia.

Me peino el pelo azul con los dedos y espero a que se marchen.

Qué mañana tan desastrosa. Necesito salir de casa, vaciar el hormiguero de mi cerebro. Me vendrá bien respirar la contaminación de la ciudad, que siempre me produce dolor de cabeza. Me quito el camisón, arrugado e impregnado de sudor seco, y lo dejo encima de la cama, impecablemente hecha. Me aplico polvos de talco en las axilas, me pongo ropa interior limpia, el vestido gris, que ha estado y ha pasado de moda varias veces mientras yo no prestaba atención, y la rebeca azul. Hace ya mucho tiempo que no uso pulseras, perfumes ni otros adornos. Me recojo los rizos en un moño improvisado y me cubro la cabeza con un pañuelo, asegurándome de dejar suficiente cuello al descubierto. No quiero que nadie piense que me cubro por necias razones religiosas.

Cierro la puerta con llave e intento bajar la escalera deprisa, por miedo a que vuelvan las brujas. Pasado el apartamento de Marie-Thérèse, me olvido

de la losa suelta del tercer escalón. La piso. El ruido hueco que produce bajo mis zapatos planos me recuerda que debo ir más despacio. Puedo relajarme un poco.

La escalera ya no da directamente a la calle. Hace quince años, en 1995, construyeron unos muretes, sin mucha preocupación por la estética, para proteger el edificio de las balas que ya nadie disparaba. Son artificiales y feos. Formaban parte de la renovación posterior a la guerra civil, y se suponía que tenían que cumplir su propósito defensivo al mismo tiempo que mantenían el carácter beirutí del edificio y dejaban la escalera relativamente abierta al exterior. Como otras muchas cosas en Líbano, llegaron cuando ya no eran necesarios.

En cuanto dejo el último escalón e intento cruzar la calle, unos taxis desvencijados empiezan a tocar sus agudas bocinas preguntándome sin discreción alguna si quiero utilizarlos. Los berridos de los coches me reconfortan. Camino más rápido de lo que debería.

Ningún coche reducirá la velocidad para dejarme cruzar. No lo han hecho nunca y nunca lo harán. Paso como un cohete entre los vehículos, bailando la danza beirutí hasta el otro lado. ¿Qué ocurrirá cuando sea demasiado lenta para hacer esto? ¿Perderé algún día la capacidad de cruzar la calle antes de que cambie el semáforo?

¿Viviré lo suficiente para ver un semáforo en buen estado en Beirut?

Paso por delante de lo que antes era la tienda de comestibles del señor Azari, convertida en una extraña tienda donde se vende todo tipo de chismes eléctricos inútiles: planchas anticuadas, tubos de neón, lámparas que pretenden parecer velas, de las que gotea permanentemente cera de plástico, con unos filamentos vibrantes encerrados en unas bombillas con forma de llama. La tienda está al lado de un Starbucks lleno de jóvenes, futuros matrimonios que se lucen, charlan y coquetean; están todos repantigados en posturas aparentemente incómodas e insostenibles, y beben una bazofia lechosa. Delante del verde del Starbucks, un barrendero con un mono de un verde diferente recoge colillas de la acera. En la de enfrente hay otro. Los barrenderos de Beirut son los Sísifos de nuestro tiempo. El que tengo delante es de África oriental, un joven con porte de viejo.

La ciudad pertenece a los jóvenes y a su apatía. No es país para viejos. Ni para viejas. Bizancio parece muy lejana.

Beirut es la Elizabeth Taylor de las ciudades: loca, hermosa, hortera, ruinosa, envejecida y siempre cargada de dramatismo. También se casará

con cualquier pretendiente enamorado que le prometa hacerle la vida más cómoda, por muy inadecuado que sea.

En las primeras páginas de su espléndida novela Sefarad, Antonio Muñoz Molina escribe: «Solo quienes nos hemos ido sabemos cómo era nuestra ciudad y advertimos hasta qué punto ha cambiado: son los que se quedaron los que recuerdan, los que al verla día a día la han ido perdiendo y dejando que se desfigure, aunque piensen que son ellos los que se mantuvieron fieles, y nosotros, en cierta medida, los desertores».

Una frase bonita, sin duda, y un sentimiento maravilloso, pero discrepo respetuosa y enérgicamente. Quizá haya muchas cosas que no recuerdo, y quizá mi recuerdo se haya distorsionado con el tiempo, pero Beirut y cómo era Beirut, cómo ha cambiado con los años..., a ella nunca la he olvidado. No la olvido nunca, y nunca la he abandonado.

¿Por qué gritó mi madre? ¿Por qué?

No puedo permitirme pensar en eso. En el hormiguero no está permitido deambular libremente.

Noto un ligero mareo. Apoyo una mano en el escaparate del Starbucks para recuperar el equilibrio. Unos puntitos blancos y unas estrías grisáceas tiemblan y revolotean ante mis ojos; reclino la cabeza sobre el cristal como solía hacer cuando era niña: reclinaba la cabeza sobre la pared cuando mis bulliciosos hermanastros se ponían demasiado pesados, o cuando mi madre me recordaba por enésima vez que tenía que pasar por la panadería al salir del colegio. «No te olvides del pan —insistía—. Acuérdate del pan, del pan», y mi cabeza necesitaba un descanso.

Un taxista se asoma por la ventanilla y grita: «¿Taxi?».

Respiro hondo y echo la cabeza hacia atrás. Sísifo finge no verme mientras recoge perezosamente las colillas con unas pinzas larguísimas. Detrás del limpio cristal, dos jóvenes, un chico y una chica con muslos de baquelita, interrumpen su duelo de saliva para observarme con recelo. Sus manos y sus cuerpos se tocan en muchos puntos, un contacto lánguido que revela desesperación.

Tocándose, tan vivos, tan radiantes, esos dos adolescentes. Mi reflejo, pálido y plateado, se superpone sobre ellos en el cristal. Retrocedo. Edad inmortal junto a juventud inmortal.

*Pero tus poderosas Horas, indignadas, se ensañaron conmigo
y me maltrataron, me ajaron, me deterioraron.*

Una mujer vestida de Dior, con un peinado espectacular y labios rojos como si le hubiera picado una avispa, afloja el paso, titubea ante mí y se levanta las gafas de sol; su rostro revela preocupación. Sonrío, o más bien hago una mueca, ese típico gesto mío de nerviosismo. Sacudo la cabeza para indicar que estoy bien. Es solo un trastorno geriátrico leve. No hace falta que nadie se pare. La mujer interpreta correctamente mi silencioso mensaje y sigue adelante. Reempiendo la marcha en dirección opuesta. El aire se cuele por la parte de atrás de mi pañuelo. Delante de un edificio crece —no, no crece, sino que se alza— un arbusto de color herrumbre y hojas indescifrables, de las que solo unas pocas todavía están verdes. Pero yo..., es lógico que yo me fije en una cosa así, claro.

Los bosques se pudren, los bosques se pudren y caen.

¿Me habré vuelto demasiado vieja para Beirut?

Beirut, mi Beirut.

Cerca de mi edificio, nada más doblar la esquina, hay un Pizza Hut que se identifica con orgullo como establecimiento «solo para entregas». Si por casualidad se te ocurre entrar, tal vez para preguntar una dirección o si alguien sabe qué fue del dueño de la tienda a la que han sustituido, los jóvenes empleados te miran con prepotencia y te informan de que solo aceptan encargos por teléfono.

El local al que esos chicos maleducados y arrogantes han sustituido era una tienda de discos emblemática que abrió sus puertas dos días antes de estallar la guerra civil y que, por extraño que pueda parecer, las mantuvo abiertas durante el conflicto. El dueño, un beirutí con bigote, de edad y secta indeterminadas, raramente se molestaba en levantar su amplio trasero de la silla. Parecía del todo ajeno a cualquier cosa que ocurriera fuera del extenso mundo de su tienda. Ahora que lo pienso, estaba tan satisfecho, tan completo, y era tan autosuficiente que no se fijaba en casi nada de lo que ocurriera fuera de su propio pensamiento. Los beirutíes reservados son tan escasos como los vivos colores primarios en los cielos del Ártico, y sin embargo allí estábamos nosotros dos, pacientes víctimas de la esclerosis verbal, a menos de cien metros de distancia.

Siempre he sido autodidacta, y utilicé esa tienda para aprender. Cuando aquel hombre abrió su negocio, yo sabía muy poco de música. Me guiaba por las referencias que aparecían en las novelas que leía. Por ejemplo, oí hablar por primera vez de la Sinfonía concertante de Mozart en el libro de Styron *La decisión de Sophie*, una novela hermosa aunque un tanto

sensiblera, y una película insufrible. Me enteré de la existencia de Kathleen Ferrier porque Thomas Bernhard menciona su conmovedora interpretación de *Das Lied von der Erde* de Mahler en *Maestros antiguos*.

Cuando tenía treinta años, al único que entendía era a Chopin, el glorioso Frédéric. Para agradecerme que le hubiera ayudado a encontrar un libro raro, un estudiante universitario me hizo un regalo de valor incalculable: un álbum doble de Arthur Rubinstein interpretando a Chopin. Por aquel entonces yo no tenía tocadiscos, así que tuve que ahorrar para poder escucharlo. En cuanto lo escuché, el espíritu de Arthur entró en mi casa. Puse el disco una y otra vez. Me compré utensilios de limpieza para discos. Una vez por semana pasaba con mucho cuidado la gamuza húmeda por el vinilo para asegurarme de que podría seguir escuchándose toda una eternidad. Durante años fue el único disco que tuve, y la única música que escuchaba. Seguramente todavía puedo silbar la melodía de la Balada n.º 1 en sol menor sin necesidad de pensar en ella. Me volví adicta a Chopin.

Incluso hoy día pienso que, aunque nunca hubiera escuchado nada más, seguiría considerándome una persona afortunada. Aquello era Rubinstein. Aquello era Chopin. Un polaco interpretando a otro polaco. Pero yo tenía un anhelo. A principios de los años ochenta, mientras mi ciudad se autoinmolaba, mientras alrededor de mí mis conciudadanos se mataban entre sí y procuraban que no los mataran, decidí que había llegado el momento de aprender a escuchar música.

Fui a la tienda de aquel gordo y busqué entre sus montones de discos. No compré nada hasta la quinta visita. A esas alturas mis dedos, imitando a los atletas olímpicos de distancias cortas, podían examinar toda una fila de álbumes en pocos segundos. No sabía por dónde empezar, qué pianista era mejor que los otros. Sabía que debía empezar por los compositores más famosos (Bach, Beethoven, Mozart), pero dudaba sobre las versiones. Al final tomé una decisión bastante arbitraria: limitarme a los discos de la discográfica Deutsche Grammophon.

Quizá os preguntéis por qué, y es una buena pregunta.

No os riais.

El razonamiento que seguí en aquel momento fue que los compositores eran alemanes (o germanohablantes), y por lo tanto parecía lógico escoger a Deutsche Grammophon, ¿no os parece?

Pero además pensé que el diseño tenía estilo; aquella etiqueta rectangular amarilla añadía un toque de distinción. Yo siempre he ambicionado un toque de distinción en mi vida.

Resultó una buena decisión, una gran decisión, aunque al principio también me limitaba. Tardé años en descubrir las Variaciones Goldberg de Gould. Alguien habría podido ahorrarme mucho tiempo explicándome las cosas, o aconsejándome que escuchara la bourrée de la Suite inglesa n.º 2 de Bach (¡Englische Suiten!) mucho antes, en lugar de encontrarla por casualidad en un disco de Pogorelic. ¿Y si no llego a saber de su existencia? La de horas de placer que me habría perdido.

Ojalá hubiera habido alguien que de vez en cuando me hubiera dicho: «Aaliya, tienes que escuchar las sonatas de Scarlatti, fils, no père».

Ojalá hubiera tenido a alguien que me guiara, la columna de nube que me avanzara delante de mí en mis andanzas para conducirme y mostrarme el camino. Ojalá hubiera tenido a alguien que me hubiera ofrecido la ventaja de sus atenciones.

La reina llama a sus hormigas obreras. Volved, volved, no vayáis por ahí.

Le compraba los discos de Deutsche Grammophon a aquel gordo, dos al mes, uno con cada paga, que era lo máximo que podía permitirme. El primero fue Beethoven, por supuesto: las obras para piano y después las sonatas para violín (Kreutzer todavía me hace estremecer), y así sucesivamente.

El día que me ingresaban la paga, miraba por la ventana del salón, a través de una estrecha rendija vertical entre las persianas de lamas, para ver si las persianas verdes de la tienda de Azari estaban levantadas, lo que significaba que la oficina bancaria de mi barrio estaría abierta y que yo tendría que ir a abrir la librería. La mayoría de las veces la tienda de discos estaba abierta aunque hubiera enfrentamientos. De camino al trabajo pasaba por el banco para sacar el dinero, y de camino a casa paraba en la tienda para comprar un disco, uno de los pocos rituales que esperaba con ilusión en aquel entonces. Decidía con antelación los cinco o seis discos siguientes que me compraría: los cuartetos del primer período, los del período intermedio y los de la última época. Me costaba mucho decidir si un álbum doble equivalía a una compra o a dos.

El corpulento dueño de la tienda estaba sentado en un taburete alto, pese a lo cual tenía que levantar un poco la cabeza para mirarme. Casi nunca me hablaba, pero, una vez que empezamos a conocernos y a sentirnos más cómodos, expresaba su aprobación de mis compras con un gruñido. Cuando compré el Recital de Sofía de Richter, el de la langosta rosa de plástico, la sonrisa del dueño flotó hacia mí como una hoja

arrastrada por un río. Con el Debut Recital de Martha Argerich, en su cara se abrió la sonrisa de tres pies de un caimán. Tras semejante elogio, recorrer la distancia de tres edificios hasta mi casa se convirtió en una tortura; estaba impaciente por escuchar el disco. Y cuando compré mi primer Gould, las cejas del dueño escalaron hasta lo alto de frente y sus ojos miraron al techo. Por fin.

Los días que compraba un disco, mientras la guerra hacía estragos alrededor de mí y reinaba el caos, me sentía triunfante.

Comprar música era casi mi único gasto, pero no mi único lujo, desde luego. Tengo muchos más libros que discos, muchísimos más, pero no todos los he comprado. No me juzguéis con severidad, queridos. He tenido que subsistir con un sueldo exiguo. Con lo que se vendía en mi librería nadie ganaba dinero. El dueño la mantenía abierta porque estaba orgulloso de su reputación entre los pseudointelectuales y los popes de la literatura de Beirut, ya que el único establecimiento de la ciudad donde podían encontrarse libros poco conocidos que nadie leía (esos literatos de pacotilla conocen los libros más o menos como los pasajeros de un avión conocen el paisaje que sobrevuelan: hablan de las novelas comentando lo más destacado, como si estuvieran leyendo un artículo de una revista de moda). Yo encargaba los libros y, si nadie los compraba, me los llevaba a casa. Admito que en ocasiones pedía dos ejemplares de cada para asegurarme; bueno, a veces tres.

De otra manera no habría podido tenerlos. Una vez pagado el alquiler, me quedaba muy poco dinero, y además tenía que reservar una parte para mi jubilación, los días de ocio angustioso.

Pronto empecé a llevar una dieta vegetariana, porque mis escasos ingresos no me permitían comprar carne. Sobrevivía, y todavía sobrevivo, a base de fruta, verdura, legumbres y cereales. Hace años que no como cordero el día de la Fiesta del Cordero. Por suerte nunca he fumado, porque ese vicio tampoco habría podido pagármelo. Durante los años de escasez de la guerra, mi vecina Fadia, que fuma como un filósofo francés, y que podía costearse muchos más lujos que yo, rompía los cigarrillos por la mitad para economizar y los guardaba en un elegante estuche dorado. Cuando terminó la guerra dejó de hacerlo.

Me gusta considerar mis pequeños robos un servicio público. Alguien tenía que leer *La tierra baldía*, de Eliot, mientras el resplandor del incendio de Sabra iluminaba el cielo de Beirut. No, en serio: si yo no hubiera encargado algunas de esas obras, jamás habrían llegado a suelo libanés. Por

el amor de Dios, ¿acaso creéis que alguien más en Líbano tiene un ejemplar de El bosque de la noche, de Djuna Barnes, por mencionar el primer libro que me ha pasado por la cabeza? ¿O de El gatopardo, de Lampedusa? Dudo mucho que haya alguien más en este país que tenga un libro de Novalis.

¿Por qué gritaba mi madre? Ojalá lo supiera. Lo que sí sé es que no debería haber dejado de verla. No debería haberla abandonado aunque estuviera volviéndose loca. ¿Cuándo fue la última vez que estuve con ella? Antes de dejar de trabajar, seguramente antes. En esa época, tras decidir que no la quería en mi apartamento, empecé a llamarla por teléfono desde el trabajo para quedar con ella en un café o un restaurante. Pero después de cumplir los ochenta mi madre se volvió más insoportable, menos civilizada, más gruñona. Relacionarme con ella solo me daba problemas, mucho trabajo y problemas. Cuando la telefoneaba, lo primero que me preguntaba era para qué la llamaba. La invitaba a comer y me decía que era una tontería porque ella podía comer la mar de bien en su casa. Mi madre arrancaba la cordura y la ecuanimidad de mi cabeza. Dejé de llamarla. Entendía que estuviera envejeciendo y volviéndose maniática, pero tenía la certeza de que recordaba perfectamente quién era yo. Mi madre estaba lúcida, solo que se había vuelto intratable.

Hoy, en cambio, dudo que me haya reconocido. No recuerdo haberla visto jamás tan aterrorizada, ni siquiera en los años de la guerra. La única vez que la vi asustada, aunque no tanto como esta mañana, fue cuando a mi hermanastro el mayor, que entonces tenía ocho años, una mula le dio una coz en la cabeza. Estaba jugando a la guerra con otros chicos del barrio. Iba caminando de espaldas, disparando con su ametralladora imaginaria a cualquier cosa que se moviera, cuando chocó contra las ancas de una mula, lo que molestó al animal. Mi madre salió corriendo de casa y, al ver a mi hermanastro tendido boca abajo y sangrando por la cabeza, se puso a gemir como si fuera el día del Juicio Final y la hubieran declarado culpable de todos los pecados. Las dos esperamos solas fuera del hospital mientras los médicos curaban a mi hermano. No nos dejaron entrar en la sala de espera porque estaba abarrotada y porque era evidente que no encajábamos allí. Mi madre, mustia y encogida, se apoyó en el capó del coche de un médico. Cuando yo también me apoyé en el coche a su lado, me dijo en voz baja: «No. —Y añadió—: No hagas lo mismo que yo».

Recuerdo que al cabo de unas horas un interno salió a hablar con nosotras. Nos explicó que mi hermanastro se pondría bien. El interno

hablaba libanés, pero intercalaba frases en francés, lo que asustó aún más a mi madre.

Si esto fuera una novela, queridos, podríais adivinar por qué gritaba mi madre. Según Alain Robbe-Grillet, lo peor que le pasó a la novela fue la llegada de la psicología. Supongo que quería decir que ahora todos esperamos comprender las motivaciones que subyacen en los actos de cada personaje, como si fuera posible, como si la vida funcionara así. He leído muchas novelas recientes, sobre todo las publicadas en el mundo anglosajón, que son aburridas y poco originales porque se supone que tengo que estar todo el rato deduciendo la causalidad. Por ejemplo: la razón por la que una protagonista no puede experimentar el amor es que la violaron o abusaron de ella; el héroe busca constantemente el reconocimiento porque su padre no le hacía caso cuando era niño. Eso, por supuesto, significa pasar por alto el hecho de que hay otras muchas personas que han vivido las mismas experiencias pero no se comportan de la misma forma, aunque este es un aspecto insignificante comparado con la verdadera pérdida que supone satisfacer el deseo de que todo deba ser explicado, la pérdida del misterio.

La inferencia de la causalidad crea lectores torpes.

Sin embargo entiendo ese deseo, porque yo también quiero vivir en un mundo racional. Quiero entender por qué gritaba mi madre. Mi vida quizá sería más sencilla si pudiera racionalizarla. Pero por desgracia no lo entiendo.

Mientras una guerra de tráfico hace estragos a mi alrededor y reina el caos (por si habíais olvidado que esto es Beirut), se me ocurre una teoría sobre por qué deseamos tanto vivir en un mundo ordenado, en un mundo explicable.

No, esperad. No quiero decir que haya pensado en esa teoría en este preciso instante ni que sea una especie de tratado filosófico. No soy alemana ni francesa.

Lo expresaré de otra manera: me gustaría plantearme una posibilidad respecto a nuestra necesidad incesante de causalidad, tanto en los libros como en la vida. Me he entrenado para no buscar ni deducir causalidad en la literatura —la frase «Correlación no implica causalidad» no deja de resonar en mi cabeza (pensad en Hume)—, pero la veo constantemente, y la inyectoro, en la vida. Yo, como todos, quiero explicaciones. Dicho de otro modo, infiero explicaciones cuando estas no existen.

Imre Kertész lo expresa muy bien en *Kaddish* por el hijo no nacido:

Pero da la impresión de que no hay forma de eludir las explicaciones, estamos constantemente explicándonos y excusándonos; la vida en sí, ese inexplicable compuesto de ser y sentir, nos exige explicaciones, los que nos rodean nos exigen explicaciones, y al final nosotros mismos nos exigimos explicaciones, hasta que al final conseguimos aniquilar cuanto nos rodea, incluidos nosotros mismos, o dicho de otro modo, explicarnos a nosotros mismos hasta la muerte.

Quiero saber por qué gritaba mi madre. Exijo saberlo. Seguramente no me verá recompensada con una explicación, pero la necesito.

Dejad que me explique mejor.

Durante la guerra murió mucha gente. Mi vecina de arriba fue una de las primeras víctimas. En ese apartamento vivía otra familia antes de que llegaran Joumana y su marido. (No recuerdo su nombre, pero no importa). En los primeros meses, en el otoño de 1975 más o menos, la esposa, la mujer que vivía arriba, recibió un disparo en la cabeza cuando volvía en coche a casa del trabajo. Dos semanas más tarde la familia hizo las maletas y emigró a Dubai, donde todos los días brillan igual.

Los rumores y las patrañas que circularon durante aquellas dos semanas eran asombrosamente vívidos, y todos eran intentos de explicación. La mujer era una espía, trabajaba para un banco y transportaba grandes cantidades de dinero en efectivo, llevaba un collar de diamantes espectacular, no vio el puesto de control hasta que fue demasiado tarde. Ninguna de esas versiones era cierta, todas estaban dibujadas con lápiz, fácilmente borrables, todas intentaban explicar lo inexplicable.

Resultó que sencillamente la mujer tuvo mala suerte. La mató una bala perdida.

Necesitábamos una explicación porque no soportábamos enfrentarnos al hecho de que habría podido pasarnos a cualquiera de nosotros. Suponer la causalidad —la mataron porque no oyó nada, ya que llevaba la radio demasiado alta— nos permite creer que a nosotros no podría ocurrirnos lo mismo porque nosotros jamás haríamos una cosa así. Nosotros somos diferentes. Ellos son lo otro.

Nadie sabe cómo enfrentarse al carácter aleatorio del dolor.

Yo tenía suerte. Sabía que a mí no podía sucederme lo que le había sucedido a la mujer del piso de arriba porque yo no tenía coche. Iba a todos los sitios a pie o en transporte público.

Yo no era como ella.

Esa es mi teoría, resumida. Estoy segura de que otras mentes más eruditas se habrán ocupado del tema. No soy Sartre, pero tampoco soy solemne y profética. Una de las razones por las que deseamos explicaciones es que estas nos separan y nos hacen sentir seguros.

En un ensayo estúpido sobre Crimen y castigo, un crítico insinúa que Raskólnikov es el arquetipo del alma rusa y que entenderlo a él es entender a Rusia. ¡Puaj! No es que esa afirmación sea falsa; podría serlo y podría no serlo. Yo todavía no conozco el alma rusa. Lo que hace ese crítico es distanciarse de la idea de que él también es capaz de matar a un prestamista. Se supone que hemos de deducir que solo podría hacerlo alguien con un alma rusa.

Si creéis que el Marcello de El conformista se convierte en un cerdo fascista porque de niño mataba lagartijas, os convencéis de que eso a vosotros no os pasará nunca. Si creéis que Madame Bovary comete adulterio porque intenta huir de la banalidad de una moral prehistórica, sus traiciones no son vuestras. Si leéis algo acerca del hambre en Etiopía o la violencia en Kazajistán, no trata acerca de vosotros.

Todos intentamos encontrar una explicación convincente para el Holocausto o Abu Ghraib negando que nosotros fuéramos capaces de hacer algo tan horrible. Los autores de esos crímenes son malos, otros, manzanas podridas; hay algo en la psique alemana o norteamericana que predispone a sus ciudadanos a obedecer órdenes, a seguir ciegamente a un líder, a matar indiscriminadamente. Creéis que sois la única persona que jamás habría administrado las descargas eléctricas del experimento de Milgram porque quienes lo hicieron debieron de ser maltratados por sus progenitores, o tuvieron un padre excesivamente dominante, o su esposa lo abandonó. Cualquier cosa que los haga diferentes de vosotros.

Cuando leo, hago todo lo posible, no siempre con éxito, para que se desmorone un poco el muro, la barricada que me separa del libro. Intento implicarme.

Soy Raskólnikov. Soy K. Soy Humbert y Lolita.

Soy vosotros, mis queridos amigos.

Si leéis estas páginas y creéis que soy como soy porque viví una guerra civil, no podéis sentir mi dolor. Si creéis que no sois como yo porque una mujer, y solo una, Hannah, decidió ser mi amiga, es que no tenéis empatía.

Yo también me desvíó, como una bala perdida.

Perdonadme.

Me desvíó, pero no me alejo demasiado. Recorro las calles que rodean el edificio, evitando mi casa, pero no voy más allá de una distancia recomendada a la que me aferro instintivamente, como una paloma que sobrevuela su palomar, como el pez en su pecera.

Junto a la calle paralela a la mía hay un pequeño solar que se utiliza arbitrariamente como aparcamiento. Hacia el rincón noroeste, adonde no pueden llegar los coches, han florecido milagrosamente unos claveles rojos diminutos en un trocito de tierra. Cuando los vi por primera vez, hace una semana, creí que eran amapolas rojas despistadas (la flor de Líbano, y de Proust, esa maravillosa flor silvestre con pétalos de papel de seda de color vivísimo). Nunca había visto claveles rojos que florecieran de manera espontánea en la ciudad, y desde luego era insólito que duraran hasta el invierno.

El aire invernal tiene un olor metálico, a bronce. Bajo la luz rojiza del atardecer, la ciudad centellea débilmente, excepto un gran edificio cuadrado de color cemento, que absorbe y se traga todo el color circundante. Tiene un nombre, y lo proclama con letras del tamaño de una persona: The Garden Center; sin embargo, cerca de él no hay ni una brizna de hierba.

Soy un borrón en el cuadro del paisaje urbano de un pintor hiperrealista. Me quedo en la calle hasta el anochecer, hasta que mi vejiga empieza a protestar.

Antes de doblar la última esquina para llegar a mi casa, veo a un adolescente del barrio que recibe a su corte. Está apoyado contra una fachada que ya necesita una mano de pintura aunque la pintaron la primavera pasada. Dos latas de cerveza —una aplastada, la otra solo un poco abollada— esperan a sus pies. He visto otras veces a ese quinceañero por este majestuoso reino suyo cuando no hay clases. El verano pasado desapareció varias semanas después de que su madre lo persiguiera por el barrio con un bastón, pero veo que ha vuelto con todo su esplendor. Su madre debe de haberlo despertado de la siesta y echado a patadas de casa sin darle tiempo a peinarse el pajar que tiene en la cabeza. Su corte, compuesta por tres chicos más jóvenes, seguramente de once o doce años, lo miran con respeto —no, con adoración— mientras intentan por todos los medios aparentar indiferencia. Esbelto, nervioso y gallito, debe de haber practicado esta pose de fumador delante de muchos espejos. Parece un filósofo célebre obligado a soportar la debilidad intelectual de sus inferiores, una fachada que oculta una timidez presumida y nerviosa; dicho de otro modo: tiene la pinta del típico adolescente beirutí.

—Primero mojas el filtro con saliva —le oigo decir al acercarme. Saca la lengua, larga y muy húmeda, y le estampa encima un extremo del cigarrillo —. Luego das una calada profunda, cosa que no podéis hacer hasta que seáis lo bastante mayores para fumar sin toser, y el filtro se oscurece y aparece un alfabeto. ¿Lo veis?

La corte de niños profiere exclamaciones y él continúa:

—Lo que sale es la primera letra del nombre de la próxima chica con la que te acostarás. Siempre funciona así.

—Es una T —dice uno de los chicos.

—Yo veo una M —dice otro.

No aflojo el paso, pero me oigo decir: «Es una C de cáncer».

¿Qué son estas palabras que salen de mí?

¿Es Fadia quien habla por mi boca, o peor aún, mi madre demente antes de que se volviera completamente loca? Noto que se me encienden las mejillas y que el pulso se me acelera.

Pero no parece que la corte me haya oído, no capta mi breve e incorpórea réplica. Los chicos y su mundo continúan sin mí.

—Es una S, claro —dice el reyecillo—. ¿No veis que es una S?

De camino a casa, con el pelo teñido de azul cubierto con un pañuelo, sigo siendo invisible.

Permitid que me desvíe una vez más. Seré breve, os lo aseguro.

Raskólnikov fue el catalizador de mi obsesión por las traducciones. El vehículo fue Crimen y castigo, uno de los primeros libros que me llevé de la librería; o mejor dicho, Crime et Châtiment, porque en aquella época tenía más soltura con el francés que con el inglés. Me encantó la novela. (No sé si todavía me encanta, pero eso es otro cantar. Os he prometido que no me desviaría mucho). La recuerdo como la primera novela adulta que leí, o la primera con un tema plenamente desarrollado. El San Petersburgo de Dostoievski se alzó alrededor con tanto esplendor que se volvió más real que mi vida, que cada día que pasaba me parecía más incomprensible. Yo pertenecía a aquel mundo, no al mío.

Profundamente impresionada por la novela, leí la traducción inglesa, que me impresionó menos. Era la traducción de Constance Garnett, y pasarían años antes de que descubriera las polémicas en torno a su obra. Por aquel entonces ni siquiera había oído hablar de Nabokov, y mucho menos de sus virulentos ataques a aquella traductora. De eso hace mucho tiempo; creo que Nabokov todavía no había publicado Lolita.

La versión de Garnett no era espantosa ni mucho menos. Si no hubiera encontrado la francesa, la habría considerado espectacular. Me parecía un tanto deficiente solo en comparación con la otra. Opinaba que la versión de Garnett era menos bonita, más prosaica. No sabía cuál de las dos versiones era la más fiel, la más dostoiievskiana. Pensé que si tradujera el libro al árabe podría combinar ambas. Y así lo hice.

Constance Garnett era una traductora autodidacta. Empezó dando pequeños pasos, con *El reino de Dios está en vosotros*, de Tolstói. Richard Pevear y Larissa Volokhonsky empezaron con el más difícil de los osos rusos, *Los hermanos Karamazov*. Yo empecé con *Crimen*, la novela ideal para mí. Llamadme *Ricitos de Oro*.

Todavía admiro a Garnett, a quien en cierta ocasión describieron como una mujer de energía victoriana y prosa eduardiana. Valoro todas las críticas de que han sido objeto ella y sus pobres traducciones. Como dijo Joseph Brodsky, «El motivo por el que los lectores anglohablantes apenas distinguen a Tolstói de Dostoievski es que no leen la prosa de ninguno de los dos. Leen a Constance Garnett».

Me temo que Brodsky tiene razón. Los lectores anglohablantes no distinguen a Tolstói de Dostoievski, pero el motivo es que muy pocos los han leído, ni traducidos por Garnett ni por nadie. ¿Quién lee ya traducciones? El señor Brodsky encauzó mal su cólera rusa. En lugar de criticar a Garnett, debería haber arremetido contra la gente que no lee a autores rusos, árabes, alemanes ni chinos, y prefiere imitaciones occidentalizadas.

Antes de que Garnett empezara su obra misionera, solo los pocos anglófonos que sabían ruso podían leer a esos escritores. Ella nos introdujo a muchos de nosotros, que podemos leer en inglés pero no en la lengua original, en las pasiones celestiales. Así que Joseph y Vladímir pueden despotricar, y lo hacen, con elegancia y elocuencia, pero el celo de Constance es una bendición.

No sabría decir si mis traducciones son buenas, porque no puedo contemplarlas de forma desapasionada. Estoy íntimamente implicada. Las mías son traducciones de traducciones, lo que por definición significa que son menos fieles al original. Lo hago lo mejor que puedo, como Constance. Sin embargo, a diferencia de ella, no me salto las palabras que no conozco ni acorto los párrafos largos. No me proponía, ni me propongo, traducir todo un canon; mis ambiciones no son titánicas ni exhaustivas. Traduzco por el

placer que me produce, y desde luego no tengo una energía victoriana. Al fin y al cabo soy árabe.

Garnett no fue la traductora más prolífica, ni mucho menos. El veneciano renacentista Lodovico Dolce escribió, corrigió y tradujo más de trescientos cincuenta libros (Homero, Virgilio, Ovidio, Dante, Castiglione, por nombrar a unos pocos), y tampoco estoy segura de que fuera el más prolífico. La seriedad es un rasgo común entre los traductores.

Ahora bien, si me lo preguntáis, os diré que el mayor problema de Garnett es que era una persona de su tiempo y su lugar. Su obra es un reflejo de eso: atraía a los ingleses de su generación, como debe ser, y es completamente comprensible. Por desgracia para todos, su tiempo y su lugar eran desesperadamente aburridos y un poco rancios.

Utilizar la prosa eduardiana para traducir a Dostoievski viene a ser como añadir leche a un buen té. ¡Puaj! A los ingleses les gustan esas cosas.

Además, Garnett tampoco era un genio. Ahora bien, Marguerite Yourcenar hizo cosas mucho peores cuando tradujo los poemas de Kavafis al francés. No solo se saltaba las palabras que no entendía, sino que se las inventó. No conocía el idioma y pidió a personas de habla griega que la ayudaran. Cambió los poemas por completo, los hizo franceses, los hizo suyos. Brodsky habría afirmado que no estabas leyendo a Kavafis, sino a Yourcenar, y habría tenido toda la razón. Con todo, las traducciones de Yourcenar son interesantes en sí mismas. Yourcenar no fue fiel a Kavafis, pero se lo perdono. Sus poemas se convirtieron en algo nuevo y diferente, como el champán.

Mis traducciones no son champán, pero tampoco té con leche.

Se parecen más al arak.

Pero esperad. Walter Benjamin tiene algo que decir. En «La tarea del traductor» escribió: «Ninguna traducción sería posible si su propósito fundamental consistiera en alcanzar la máxima semejanza con el original. Porque en su otra vida (que no podríamos llamar así si no surgiera de la transformación y la renovación de algo vivo) el original sufre un cambio».

Con su típico estilo desconcertante, lo que dice Benjamin es que si se traduce una obra de arte ciñéndose estrictamente al original se puede mostrar el contenido superficial del texto y explicar la información que contiene, pero se pierde la esencia inefable de la obra. Dicho de otro modo se trabaja con elementos superfluos.

Chúpense esa, señor Brodsky y señor Nabokov. Un gancho de derecha y un golpe a traición del bueno del señor Benjamin. Si Constance hubiera

traducido a los rusos más fielmente, se habría perdido lo esencial.

De acuerdo, de acuerdo, quizá Constance se perdió lo esencial y lo superfluo, pero deberíamos aplaudir su esfuerzo.

* * *

Yourcenar también tradujo *Las olas*, de Virginia Woolf. Pero tampoco soporto su traducción. En el caso de Woolf, a diferencia de Kavafis, Yourcenar sí conocía el idioma. Proust solo sabía leer francés y antes de escribir su obra maestra tradujo al apóstol de la estética, John Ruskin, un estilista incomparable. Leed a Ruskin, queridos, y luego a Proust, y comparad la influencia, comparad a dos estilistas incomparables.

Walter Benjamin tradujo a Proust al alemán. En una de sus cartas, Benjamin escribió que evitaba leer más Proust del estrictamente necesario para terminar la traducción porque le aterraba que el estilo exquisitamente delicado del traducido se filtrara para siempre en el del traductor.

Espero que el lepidopterista Nabokov hubiera aprobado mi obra, pero no estoy segura. Nunca lo sabré.

Por si todavía no lo habéis deducido, dejadme aclarar esto: nunca he publicado nada. Cuando termino un proyecto, una vez completados los rituales de la conclusión, entierro las hojas en una caja y la caja en el lavabo de servicio. Guardar el proyecto se ha convertido en una parte del ritual. Tras terminar la última revisión, dejo el manuscrito unos días, y luego lo leo de principio a fin por última vez. Si lo encuentro aceptable, lo meto en su caja, que sello con cinta adhesiva confiando en que quede herméticamente cerrada, y sujeto los originales a la parte exterior para poder encontrarlos fácilmente. Antes guardaba la caja en la habitación de la sirvienta; ahora la dejo en el lavabo de servicio, porque la otra está llena. Una vez hecho eso, doy por finalizada la tarea y apenas vuelvo a pensar en mi traducción. Paso al siguiente proyecto.

¡Creo y embalo!

Jacques Austerlitz aguarda el entierro. Ahora es la época.

Desde el principio comprendí que lo que hago no es publicable. Nunca ha habido un mercado para mis traducciones y dudo que llegue a haberlo. En el mundo árabe, la literatura por y en sí misma no tiene mucha demanda. ¿La literatura traducida? ¿La traducción de una traducción? ¿Para qué molestarse?

He de admitir que cuando empecé quizá me engañara a mí misma y creyera que mis traducciones podrían encontrar un hogar. Pero eso no duró

mucho. Al fin y al cabo, los pocos interesados en Ana Karenina tienen suficientes estudios para leerlo en inglés o en francés. Los dos o tres que tal vez quisieran leerlo en árabe elegirían una traducción directa del original ruso, no una hecha mediante mi arbitrario sistema. Dedicó mi vida a traducir, no a publicar.

Tal vez os preguntéis, queridos amigos, por qué me entrego tanto a mis traducciones si dejan de importarme en cuanto las he metido en la caja. Pues bien, me entrego al proceso, no al producto final. Ya sé que suena enigmático, y eso me disgusta, pero lo que me inspira es el acto, el trabajo en sí. Una vez concluido el libro, el hechizo se disuelve y el misterio queda resuelto. Después ya no tiene mucho interés.

Pero eso no es todo. En su Libro del desasosiego, Pessoa escribe: «La única actitud digna de un hombre superior es el persistir tenaz en una actividad cuya inutilidad reconoce, observar una disciplina que sabe estéril, y aplicar ciertas normas de pensamiento filosófico y metafísico que considera absolutamente intrascendentes».

Aunque no puedo afirmar que entienda todo lo que implica semejante actitud, sí reconozco que mi actividad traductora es inútil, y sin embargo persisto. El mundo sigue tanto si yo hago lo que hago como si no. Tanto si encontramos la maleta perdida de Walter Benjamin como si no, la civilización continuará yendo hacia delante y hacia atrás, la gente recorrerá el planeta, estallarán guerras, se servirán comidas. Tanto si alguien lee a Pessoa como si no. Todo este negocio del arte no tiene ninguna trascendencia. Es un mero capricho.

Vanitas vanitatum omnia vanitas.

Cuando empecé no pensaba así. Quería que mi trabajo fuera importante. Al principio, confiaba en que algún día, en el futuro, un Mendelssohn entusiasta propiciara un resurgimiento de la obra de Aaliya. Esa esperanza alimentó esta vanidad de deseos humanos, mi reprobable vanidad. Por fortuna, el sueño no duró mucho y ahora se antoja estúpido e ingenuo.

Si he de decir la verdad —y eso debo hacer, ¿no?—, traduzco libros con el sistema que he inventado porque hace que el tiempo fluya más plácidamente. Creo que esa es la razón principal. Como dijo Camus en La caída: «Ah, querido amigo, para quien está solo, sin Dios y sin amo, el peso de los días es terrible».

Hice de la traducción mi amo. Hice de la traducción mi amo y mis días dejaron de ser tan terribles. Mis proyectos me distraen. Trabajo y los días pasan.

Ahora bien, no sé si esa es una verdad rotunda. Debo tener en cuenta que hago lo que hago porque a veces me hace feliz. Después de todo, no padezco anhedonia; puedo experimentar placer. Leí un poema de Edward Hirsch sobre la felicidad que termina con estos versos:

*Mi cabeza es como la luz celeste.
Mi corazón es como el amanecer.*

Creo que a veces, no siempre, cuando estoy traduciendo, mi cabeza es como la luz celeste. Sin ningún esfuerzo por mi parte, me sobreviene la dicha. No sucede a menudo, pero soy feliz cuando estoy en íntima comunión con la traducción, mi amo. A veces creo que con eso basta, con los pocos momentos de éxtasis en una vida de grisura beckettiana. Las montañas no existirían sin los valles. Para mí traducir es como una ópera de Wagner. La historia arranca, la tensión aumenta, la música fluye y refluye, las cuerdas, los metales, más tensión, y de pronto un momento de pura felicidad. Gabriel hace sonar su trompeta dorada, un perfume de ambrosía impregna el aire, y los dioses descienden del Olimpo y danzan. Esta cumbre de éxtasis es de lo más celestial.

En esos momentos dejo de ser quien soy, y sin embargo soy plenamente yo misma, en cuerpo y alma. En esos momentos sanan todas mis heridas.

Estoy sentada a la mesa y de pronto no quiero que mi vida sea diferente. Estoy donde necesito estar. El gozo ensancha mi corazón. Llamadlo felicidad, llamadlo éxtasis, llamadlo como queráis. Me siento santificada.

Dante describe mejor esos momentos en los últimos versos de su obra maestra:

*Mas ya movía mi deseo y mi querer,
como rueda a su vez movida,
el amor que mueve el Sol y las demás estrellas.*

En ocasiones pienso que basta con eso, que soy afortunada.

La mayoría de las veces pienso que sufro delirios. Vanitas vanitatum omnia vanitas.

Por cierto, hacia finales de la guerra, creo que en 1988, un editor me llamó para preguntarme si me apetecía «probar» a traducir un libro. En

nuestra violenta ciudad no quedaba ni un solo traductor de los que normalmente trabajaban para él. Su distribuidor le había comentado que mi inglés era bastante bueno, ¿por qué no probar suerte? Noté un breve escalofrío en el corazón. Podía ser alguien. Podía ser importante. Mientras hablaba por teléfono, empecé a reconstruir ese castillo de naipes llamado ego.

Bufido y resoplido.

El libro que quería que tradujera era *Lana: The Lady, The Legend, The Truth*.

En el umbral de mi puerta hay una bandeja de plata bajo una fuente ovalada de porcelana tapada con papel de aluminio arrugado. Sé qué contiene sin necesidad de mirar: huele a ocre y estofado de cordero, todavía calientes. Mi estómago le dedica una serenata, pero mi vejiga es más insistente. Froto las suelas de los zapatos en el felpudo antes de entrar en el apartamento. Dejo la bandeja en la encimera de la cocina y corro al cuarto de baño. Últimamente noto un extraño cosquilleo en la yema de los dedos al orinar. Me digo, y no por primera vez, que debería ordenar las cajas del lavabo de servicio para poder utilizarlo en caso de necesidad. Dudo que lo haga. Soy, en gran medida, una mujer de costumbres, de años de costumbres.

Seguramente la fuente bastaría para saciar a cuatro etíopes muertos de hambre. Fadia es sumamente generosa. Hacía tiempo que no me obsequiaba con uno de sus regalos. Últimamente no cocina tan a menudo, puesto que vive sola: su marido ha muerto y sus hijos se han casado.

Los hijos de Fadia deben de ser las personas mejor educadas de Oriente Próximo (lo que no es decir mucho), pero también son los seres humanos más absolutamente aburridos del planeta. Fadia implantó la buena educación en sus células, insistió en los buenos modales a lo largo de toda su infancia. Les soltaba tantos sermones que una vez Joumana la llamó «la profesora de homilética». Los niños crecieron avergonzados de su madre, por no decir horrorizados. Fadia los crio con la obsesión de que todos tuvieran una vida mejor y lo que consiguió fue dejar de ocupar un lugar en esas vidas. Se presenta en todas las celebraciones y reuniones de sus hijos, increíblemente orgullosa de ellos, y ellos se avergüenzan de su madre. Solo dos veces he visto a Fadia con sus hijas y los amigos de estas. En ambas ocasiones, las hijas estaban tan ruborizadas que estuve tentada de administrarles a la fuerza Inderal para que no les diera un infarto. Los hijos de Fadia tacharían a su madre de la lista de no ser por el miedo que le

tienen. Ninguno de los cuatro, todos de mediana edad, se ha atrevido jamás a criticarla o señalarle una metedura de pata, seguramente porque temen que les pegue un tiro, literalmente.

De vez en cuando —no muy a menudo, desde luego— me pregunto cómo habría sido mi vida si hubiera tenido hijos. Entonces pienso en Fadia, y en los niños de abajo, y me siento afortunada. Cuando me acuerdo del ruido que hacía la hija de Joumana en el piso de arriba, me alegro, abro una botella de champán y celebro mi existencia sin progenie.

No oigo ruidos en el apartamento de arriba. Joumana y las brujas deben de haber ido al salón de belleza. Esta noche me libro de subir los dos tramos de escalera para darle las gracias a Fadia.

Saco el vino tinto del armario de la despensa, lleno una copa y vuelvo a poner en la botella el tapón hermético, un invento maravilloso para las personas que viven solas. Me sirvo la cena en la mesa roja y amarilla de la cocina, y en ese instante se apaga la farola al otro lado de la ventana. Saco las flores marchitas del jarrón que hay en el centro de la mesa, banderas retorcidas de lirios secos, y las tiro a la basura. ¿Lirios a finales de diciembre? ¿Quién iba a pensar hace cuarenta años que algo semejante sería posible?

Corro las cortinas de la casa y bajo las persianas hasta el alféizar.

El primer bocado del estofado hace que se me salten las lágrimas. Está delicioso, es un manjar divino.

Esto sí es arte.

Apuesto a que creéis en el poder redentor del arte.

Estoy segura. Yo también creía. Es un concepto romántico. El arte rescatará al mundo, elevará a la humanidad por encima del horrible lodazal en que está atrapada. El arte os salvará.

Antes creía que el arte me haría mejor persona. Creía en la descabellada idea de que escuchar a Kiri Te Kanawa o Victoria de los Ángeles purificaba mi alma. Vissi d'arte y todo eso.

*He vivido del arte, he vivido del amor,
inunca le he hecho mal a nadie!*

Bueno, no, vissi d'amore no. No he tenido tanta suerte. Tampoco puedo decir que no le haya hecho mal a nadie. Al fin y al cabo, vendía libros.

Pero sí he vivido para el arte. Creo que no fue una decisión consciente. No me senté un buen día y planeé una vida dedicada a la belleza estética. No me lo reprocho. Me deslicé en el arte para huir de la vida. Me colé a hurtadillas en la literatura.

Es posible que me sedujeran las cosas prohibidas de esta vida. Creo que cuando era niña nadie aprobaba mi afición a la lectura. Mi madre no, desde luego, y mi padre siempre me criticaba cuando se daba cuenta. «Leer es malo para la vista. Pronto necesitarás gafas y serás aún menos atractiva». Es innegable que mi familia habría sido hostil al arte de haber sabido que existía tal cosa; si les hubieran enseñado un piano de cola, seguramente no habrían sabido de qué clase de bestia se trataba. Recibía, por supuesto, varias versiones del «¿Quién va a querer casarse contigo si lees tanto?», pero también tenía que soportar el frío «¿Por qué te empeñas en ser diferente de la gente normal?».

¿Diferente de la gente normal? La primera vez que lo oí me ofendí muchísimo. Creía que todos debíamos vivir para el arte, no solo yo; además, ¿por qué iba a querer ser normal? ¿Por qué iba a querer ser tan estúpida como todos los demás?

¿Hace falta que diga que ser diferente de la gente normal era lo que yo ansiaba con toda el alma? Quería ser especial. Ya era diferente: alta, feúcha y todo eso. Mi cara difícilmente conseguiría que se hiciera a la mar una simple canoa. Sabía que nadie iba a quererme, de modo que aspiraba a ser respetada, admirada. Deseaba demostrar a los demás que era mejor que ellos. Quería ser la crême de la crême de la señorita Jean Brodie.

Creía que el arte me haría mejor persona, pero también creía que me haría mejor que vosotros.

¿Mejor? Yo, la peor de todas.

*Ay, pobre vanidad de carne y hueso llamada hombre,
¿no ves que no tienes absolutamente ninguna importancia?*

La poesía me proporcionaba un gran placer; la música, un solaz inmenso, pero tuve que aprender sola a valorarlas, a base de esfuerzo. No fue algo que llegara de forma natural. Las primeras veces que escuché a Wagner, a Messiaen o a Ligeti, el ruido me parecía insoportable, pero, como un niño que prueba por primera vez el vino, reconocí algo que con la práctica podría llegar a amar, y a practicar me dediqué.

Nadie nace con la capacidad de amar a António Lobo Antunes.

Ya lo sé. Creéis que amáis el arte porque tenéis un alma sensible.

¿Acaso un alma sensible no es simplemente un medio de transformar una carencia en desdén orgulloso?

Creéis que el arte tiene significado. Creéis que no sois como yo.

Creéis que el arte puede salvar el mundo. Yo también lo creía.

¿Por qué no aprendí a cocinar mejor?
¿De qué ha servido? ¿Qué provecho he sacado?
¿De qué me sirve una luz celeste personal si soy la única que consigue verla?
¡Qué especial!

*El cristal que abarca el sol,
y más allá el azul intenso del aire, que no muestra
nada, que no está en ningún sitio, y que es infinito.*

Puedo identificarme con Marguerite Duras aunque no sea francesa ni me haya consumido el amor por un hombre asiático. Puedo ponerme en la piel de Alice Munro. Pero no me identifico con mi madre. Mi cuerpo está lleno de frases y momentos, mi corazón repleto de locuciones adorables, pero ni el uno ni el otro se dejan tocar por nadie.

Tengo las neurosis de mis escritores, pero no su talento.

En *La mujer del teniente francés*, John Fowles, al describir a su personaje, dice que posee un hastío byroniano. Dejadme parafrasearlo.

Vivo en una soledad byroniana, pero no dispongo de las dos válvulas de escape del poeta: la genialidad y el adulterio.

Estoy sola, sin más.

Antes de acostarme tengo que guardar a Sebald, *Los emigrados* y *Austerlitz*. Ahora, en este estado, no puedo leerlo. Es demasiado sincero. Leeré otra cosa.

Debo prepararme para mi siguiente proyecto. El 1 de enero está a la vuelta de la esquina.

Los platos se secan en el escurrerplatos, al lado del fregadero, y dejan caer lentamente gotas de agua en la encimera de piedra gris. Un viento invernal empieza a gemir débilmente al otro lado de la ventana de la cocina. Llega la lluvia.

Necesito dormir. Me olvidaré del resurgir de Aaliya. Lo que necesito es el sueño de Aaliya.

* * *

Como es lógico, la visita de mi madre da lugar a una noche de angustia. No puedo dormir (el sueño de la razón produce monstruos). Mi mente no para de preguntarse por qué, cómo y qué. Me levanto precipitadamente de la cama con la esperanza de disipar la preocupación de las brumas de mi

cabeza. El frío de la mañana es una pluma que me hace cosquillas en la espalda. Me pongo la bata. El camisón, húmedo, se adhiere a mi torso como la piel de una cebolla. Vuelvo la cabeza y veo que he dejado dos manchas de humedad en la sábana.

Mientras pongo a hervir el agua para el té en la cocina a oscuras, intento ordenar mis ideas y tamizar los oscuros pozos de la mañana. En la calle está lloviznando y la única farola que funciona, mi amiga, emite una luz débil, una luz solitaria, un cono difuso que ilumina el asfalto. Estoy cansada. Esta mañana no quiero pensar en mi madre. No quiero pensar en mi vida. Quiero perderme en la vida de otro. Lo que necesito es una mañana fácil, sin esfuerzos.

Vuelvo al dormitorio, la pila de libros que reposa en mi tocador sin espejo, libros por leer que tengo intención de leer, una pila alta. Escoger un libro no es difícil. Normalmente cojo el último que he traído a casa. Compró libros continuamente y los dejo en el montón de libros por leer. Cuando termino el que estoy leyendo, empiezo el último que he adquirido, el último que me ha llamado la atención. La pila crece y crece hasta que decido que no compraré ni uno más hasta que me haya leído todo el montón. A veces cumplo mi propósito.

El último libro de la pila es *Microcosmos*, de Claudio Magris. Solo he leído otro libro suyo, *El Danubio*, y, de sus muchas frases impecables, una rodeó mi mente, frenéticamente débil, con sus brazos de pulpo durante meses. Dice así: «Kafka y Pessoa no viajan hacia el fin de una noche tenebrosa, sino de una mediocridad incolora todavía más inquietante, en la que descubren que solo son un perchero de la vida, en el fondo de la cual puede haber, gracias a dicha conciencia, una extrema resistencia de la verdad».

Si Kafka acepta ser un escarabajo, si acepta ser la brizna de hierba que pisa la bota del soldado, ¿es inmoral que alguien como yo aspire a ser algo más?

Microcosmos, un libro espléndido. La delicia de descubrir una verdadera obra maestra. La belleza de las primeras frases, el qué es esto, el cómo es esto posible, el primer enamoramiento otra vez, la sonrisa del alma. Mi corazón empieza a elevarse. Me veo sentada todo el día en mi sillón, inmersa en vidas, tramas y frases, embriagada por palabras y quimeras, literalmente paralizada por la satisfacción, leyendo hasta apurar al máximo la penumbra, hasta que no pueda distinguir las palabras, hasta que mi mente empiece a divagar, hasta que mis doloridos músculos no puedan

sostener el libro. El gozo es la expectativa del gozo. Leer un buen libro por primera vez es un lujo comparable al primer sorbo de zumo de naranja que rompe el ayuno del Ramadán.

No temáis, queridos amigos, no he ayunado desde que era niña y me obligaban. Pero recuerdo cómo era.

Me arrellano en el sillón de lectura, pongo las piernas en alto. Va a ser un viaje largo y voluptuoso.

Paso las delicadas páginas a un ritmo pausado y medido, al compás de un metrónomo perezoso. Me pierdo en los lánguidos territorios del libro. Me siento transportada a un café de Trieste, conozco a sus peculiares dueños. Viajo por los serpenteantes caminos del libro, desayuno con un joven en un pueblo, como con una vieja en otro, salivo con frases hermosas, celebro festividades de las que nunca había oído hablar. Leo y leo hasta que de pronto cae sobre mi cabeza todo el peso de la historia de Esperia, un pasaje incidental de no más de cuatro páginas en un volumen de trescientas. Esperia, un personaje secundario descrito de manera memorable con unas pocas frases, una actriz de reparto, es un reflejo de Hannah.

No se me permite escapar.

La historia induce un estado de desequilibrio: mareo y ligeras náuseas. Empiezan a zumbarme los oídos, una pequeña campana de iglesia hiperactiva. Ya no veo lo que tengo delante, ya no oigo lo que me rodea, ya no recuerdo quién soy. Apoyo el libro abierto sobre mi pecho y respiro hondo. Los escalofríos sacuden mi cuerpo, noto descargas eléctricas por mis vértebras. Tengo frío. Respirar hondo no me hará entrar en calor.

Primero mi madre irrumpe de nuevo en mi vida, y luego Hannah. ¿Qué es esto?

No creo en las coincidencias.

«El hambre es lo que recuerdo de mi infancia: un hambre insaciable, voraz, devoradora». Hannah escribió esta frase en uno de los diarios de madurez. Empezó a anotar sus pensamientos en diarios a una edad temprana; el primer cumpleaños consignado es el décimo. Los heredé todos, por supuesto. Ella me los regaló o, mejor dicho, me los dejó, con mi nombre escrito en un pedazo de papel.

Los primeros diarios apenas son legibles, están escritos con letra infantil, a lápiz, en libretas de espiral. El alambre está oxidado y rígido. Las tapas de color naranja han desteñido, y el logotipo del fabricante (Clairefontaine, creo) apenas se distingue. El papel está envejecido, combado, desgastado y descolorido, o más que descolorido, multicolorado:

el tiempo hace nacer nuevos tonos, variaciones de naranja tostado y amarillo en este caso, los colores de un fuego que se apaga. Leer los diarios de la infancia es como descifrar un papiro antiguo. Los diarios posadolescentes están mejor conservados, escritos con tinta indeleble sobre papel blanco inmaculado, con caligrafía pulcra y arabescos formales.

Hannah, entregada plenamente a la tarea, escribió todas las noches, y a veces también de día, hasta un par de meses antes de su muerte. Esos meses, esas semanas, son los que más me interesan. Tengo una idea general de lo que le pasó, o al menos me he formado una teoría convincente, pero si tuviera los diarios de sus últimas semanas quizá podría entender del todo qué indujo la metamorfosis ovidiana, qué pensaba Hannah; podría entender su dolor, o seguramente su humillación, la segunda transformación de su vida, de mariposa tímida en mosca. Esos meses me los perdí.

Hannah no se refería únicamente al hambre física. El año en que nació, 1922, quince años antes que yo, casi había llegado a su fin la hambruna libanesa (los soldados otomanos y una plaga de langostas, calamidades equiparables, habían acabado con toda nuestra comida durante la Gran Guerra). Hannah nació en el seno de una familia de clase media baja, pero no pobre; era la quinta hija, la única niña.

Decían que su madre estuvo toda una semana de parto porque Hannah era demasiado tímida para salir al mundo. Decían que, cuando por fin la sacaron a la fuerza, estaba demasiado cohibida para llorar, para gemir siquiera. Tenía la cara, las nalgas, todo el cuerpo de recién nacida rojo como un tomate maduro. Todo eso lo decían como si fueran hechos objetivos, sin una pizca de ironía. Hannah tenía el pelo rojizo, eso es verdad.

De niña, sus padres la querían, sus hermanos la adoraban, se desvivían por ella. Era la pequeña de la familia. La alimentaban. Nunca dormía con el estómago vacío.

Nació con dos imperfecciones: un pie ligeramente torcido y una timidez excesiva. El primero se le curó a los veinte años; la segunda nunca la superó del todo. Empezó a recibir tratamiento para el pie izquierdo cuando todavía era muy pequeña.

Tres edificios más allá de la casa de su padre, el hogar donde Hannah vino al mundo, se alzaban un acederaque y un edificio de tres plantas que imitaba el estilo otomano, donde vivía un curandero árabe. Por respeto, muchos beirutíes lo llamaban médico árabe; los incrédulos lo llamaban matasanos. El acederaque, también llamado árbol del neem, o zanzalacht en nuestro hermoso idioma, era su pan, o su pan y su savia. Las supuestas

propiedades medicinales de la resina del árbol atraían a su puerta a enfermos de todo Líbano. (En la década de los noventa, años después de que expirara nada elegantemente nuestro pretendiente, años después de que los médicos árabes dejaran de ejercer, un ingenioso jornalero de Sri Lanka descubrió el árbol y se puso a vender ampollas de resina a las sirvientas ceilandesas de Beirut. Los poderes curativos del acederaque también eran conocidos en su país de origen). La savia formaba parte de todos los medicamentos que recetaba el curandero árabe. Hasta la mezclaba con el yeso que utilizaba para soldar fracturas. Era su ingrediente no tan secreto.

Hannah escribió sobre los dolores que tuvo que soportar en manos de aquel charlatán, algunos recordados, otros imaginados. Con la esperanza de corregir la posición del pie, el curandero se lo rompió en dos ocasiones antes de que Hannah cumpliera los cuatro años. Ella no podía recordar la primera vez, escribió, porque entonces solo tenía seis meses. Sin embargo, después de que se lo explicaran empezó a tener pesadillas en las que aparecían niños que lloraban, y siguió teniéndolas hasta cumplidos los veinte años. El curandero no la anestesió para provocarle las fracturas. Ella no recordaba el procedimiento en sí, ni si utilizó algún instrumento —las mentes sin ataduras quizá imaginen yunques, mazos y delantales de herrero—, pero sí recordaba el dolor.

Me intrigan los detalles que Hannah recordaba, lo que escribió en su diario: pormenores que anotó ya avanzada la adolescencia, más de diez años después de sus visitas al curandero. Recordaba una sala de espera blanca y limpia; a la esposa jordana del médico árabe fregando el suelo, que siempre estaba mojado, y quitando el polvo de los rincones, pero incapaz de llegar a una esquina del techo de la que colgaba un racimo de uvas de plástico con hojas polvorientas y falsas. El padre, y no la madre, al lado de Hannah. La segunda habitación, la cámara de torturas, aparentemente impoluta pero invadida por un sutil olorillo purulento. Un aire ligero, un aire sutil, respiración superficial. Y el hombre: desgarrado, descarnado, de ojos claros y brillantes y con una sonrisa malévol. ¿Sería todo reconstruido? La cortesía del padre de Hannah, que rayaba en la extravagancia. En un estante, tarros con polvos, hierbas y líquidos viscosos. El dolor.

Hannah no creía que su timidez tuviera mucho que ver con el dolor infligido; no había causalidad, al menos según ella. Su cojera, apenas perceptible, no explicaba su timidez, aunque ella pensaba que, desde luego, tampoco ayudaba a mitigarla. Quizá ni vosotros ni yo nos habríamos fijado en que renqueaba, pero ella sí (decía que andaba como un gorila del

montón). Para ella no era fácil. También tenía razón cuando apuntaba que cualquier posible pretendiente y la perspicaz familia de este, sí se fijarían.

No hubo pretendientes, excepto el teniente, y tampoco puede decirse que él lo fuera. Enseguida me ocuparé de él.

Sin embargo nada podía explicar el hambre.

Hannah comía sin parar, se zampaba todo lo que le ponían delante. No podía contenerse, ni se le pasaba por la cabeza. De niña le gustaba la fruta. Por lo visto, su madre comprendió que tenían un problema el día que Hannah se comió ella solita un racimo entero de plátanos que su padre había llevado a casa y dejado en la mesa de la cocina. Un racimo de unos veinticinco plátanos, engullidos de una sentada. Hannah tenía cuatro años.

Su familia tardó en darse cuenta porque Hannah no estaba gorda o, mejor dicho, no estaba obesa. Cuando la conocí, era, por decirlo amablemente, rellenita, con un buen busto y curvas generosas, pero no por ello carente de atractivo. Por lo visto, de niña y adolescente tenía el mismo aspecto: robusta y lozana. Cuando su madre empezó a prestarle atención, advirtió que Hannah comía constantemente. Como en cualquier cocina beirutí, rica o pobre, en la suya siempre había comida, y Hannah hacía los honores.

Su madre comenzó a esconder la comida y a ofrecérsela solo a las horas establecidas. Al principio Hannah se quedó desconcertada, pero no tardó en adaptarse. Dado que las comidas se servían en fuentes que todos compartían, seguía zampándose cuanto le ponían delante, solo que ahora eso incluía la comida de los demás. Nada más aparecer en la mesa, la comida desaparecía. Hannah engullía los alimentos como si temiera que fueran a esfumarse, y de hecho se esfumaban. Las comidas se convirtieron en una carrera familiar. El hermano que titubeaba un segundo se quedaba sin nada. Sus padres intentaron hablar con Hannah, pero ella era demasiado pequeña para entenderlos. Tenía hambre.

Su padre probó otra táctica: llevó una caja de mandarinas a casa y le explicó a Hannah que eran todas para ella, que nadie más las tocaría. Podía guardarlas en su habitación y comérselas cuando quisiera. La caja de mandarinas no iba a desaparecer.

Pero vaya si desapareció. Sola en su dormitorio, Hannah se la comió entera en una sola tarde. A medianoche despertó llorando con un fuerte dolor de barriga.

En sus diarios había muchos dibujos, la mayoría garabatos y bocetos sin sentido. Pero había uno —inspirado por el hambre, según decía ella— que

resultaba impactante, o al menos a mí me lo parecía. Más adelante, mucho más adelante, cuando ya era una mujer adulta, Hannah describió su necesidad de sentirse amada, de sentirse deseada, como un monstruo voraz con apetito exigente que vivía en un agujero negro. Todo el amor dirigido a ella lo engullía el monstruo, que la dejaba sin nada. El dibujo de aquella bestia insaciable era delicado y estaba realizado con esmero. Una criatura parecida a un dragón saca su cabeza equina por el agujero, un círculo perfecto —una elipse perfecta, ya que la línea de visión de Hannah estaba inclinada—, sombreado una y otra vez para mostrar lo oscuro que era, lo negro que estaba el agujero.

Esa era mi Hannah.

Hannah sobrevivió, como todos nosotros. Contrariamente a lo que podríais esperar, o a lo que yo podría esperar, en el barrio nadie se burlaba de ella ni la torturaba. Una pelirroja regordeta y pecosa (algo que no era muy raro en Beirut, pero aun así) que cojeaba y se ponía colorada en cuanto veía a algún ser humano que no perteneciera a su familia...

¿Qué haría para librarse de la censura y las mofas por su torpeza?

La suya era una familia apreciada y respetada. Sus hermanos, que siempre la vigilaban, eran muy queridos entre sus compañeros. Hannah escribió que, de no haber sido por sus defectos, no le habrían faltado pretendientes, y seguramente tenía razón, pero eso no era lo único que hacía falta para que se sintiera aceptada. Poseía un deseo insaciable de complacer, unas «ansias innobles», como afirmaba ella misma en sus diarios. Tenía, ya desde muy joven, una habilidad asombrosa para adivinar lo que quería la gente, y siempre estaba dispuesta a ofrecer a los demás lo que necesitaban. En casa, sabía cuándo su madre necesitaba ayuda, cuándo su padre agradecería un masaje en los hombros. En la escuela siempre tenía dos de todo: bolígrafos, lápices, gomas de borrar. Cuando a alguna compañera se le terminaba el bolígrafo, el de recambio de Hannah aparecía como por arte de magia. No caía mal a nadie; todos la toleraban o la ignoraban. Y era aplicada, por supuesto, pues eso era lo que complacía a su familia y a sus maestros.

En sus diarios contaba lo que sentía cuando algún vecino o algún profesor le hacía una pregunta o se dirigía a ella, cómo se le aceleraba el corazón (a la velocidad de un tambor africano antes de una cacería), cómo se le enrojecía la piel de las manos (los dedos parecían labios pintados de rojo, el índice y el corazón formaban la boca temblorosa de una mujer burguesa a punto de llorar), cómo se le encogían los pulmones (como un globo

desinflado), cómo se le contraía la garganta (parálisis verbal) y cómo le dolía la mandíbula (la mandíbula como un alfiletero).

A los siete años empezó a dormir en la cama de sus padres. En su casa había solo dos dormitorios, cuatro niños y una niña. Por lo visto, cuando uno de los chicos alcanzó cierta edad, el padre decidió que Hannah no debía compartir habitación con sus hermanos. Hasta que su padre construyó otras dos habitaciones, cuando Hannah tenía catorce años, ella durmió con sus padres: el padre a la izquierda, la madre en el medio y Hannah a la derecha. Recordaba aquellos días con cariño. En esa época no tenía problemas para dormir, un talento que había heredado de su madre. Se acostaba al mismo tiempo que esta y desaparecía en el mundo cinematográfico de los sueños. Su padre no tenía ese don, y como Hannah también había heredado el talento de su madre para roncar, el insomnio del hombre era objeto de burlas constantes en la casa.

Nosotras respirábamos el aire de mi padre, escribió.

Era torpe en las relaciones sociales, una desgracia que conozco muy bien. En cierto modo, seguramente fue eso lo que nos unió, pero me estoy adelantando, como siempre. Había otra cosa que nos diferenciaba de los demás, al menos a mi modo de ver. A lo largo de su adolescencia, Hannah anotó sus fantasías. Eran detalladas e intrincadas descripciones de aventuras amorosas, de matrimonios, nunca de sexo, siempre de rescates. Era como si se adelantara a las novelas románticas que triunfarían en Beirut unos años después. Más tarde se volvió adicta a las fotonovelas italianas (traducidas al francés), historias de amor empalagosas contadas mediante fotografías con el texto en bocadillos. Sin embargo, esas fotonovelas no llegaron a Beirut hasta principios de los años cincuenta, de modo que no pudieron inspirar sus elaboradas fantasías adolescentes. Hannah iba por delante de su tiempo.

Las fantasías estaban bien redactadas y expuestas. En una impresionante entrada del diario, de cuando tenía catorce años, describía con todo detalle el futuro salón donde su marido y ella recibirían a sus invitados. Las descripciones de su futuro marido solían ser más vagas y cambiaban de una entrada a otra: alto, de estatura media, peludo, lampiño, con bigote, bien afeitado. La forma en que se conocerían —paseando por la Corniche, donde una mirada atrapaba al vuelo otra mirada; al levantar la vista de un libro de texto y encontrar unos ojos azules rebosantes de deseo tierno y admirativo — tenía más variaciones que las Goldberg.

Una de las cosas más sorprendentes —a mí me dejó perpleja, la verdad — era que también variaba quién era Hannah. En sus diarios había más de

un centenar de entradas con fantasías románticas, y ni una sola la incluía a ella. Escribía sobre otra Hannah. Unas veces era rubia, otras, morena. Era una actriz egipcia, una princesa europea abandonada, una condesa rusa exiliada. Conservaba su nombre, pero no su personalidad. Era rica, era pobre, tenía las pestañas largas, la nariz pequeña. Caminaba con la elegancia de una gacela, de un álamo, de una niña sin cojera. Se excluía de sus fantasías.

¿Y mis fantasías? Yo no las consideraría tales, sino más bien sueños sosos o aspiraciones insulsas. Casi nunca soñaba con romances o aventuras, y jamás con enamorarme de mi marido. Me casaría, eso lo sabía, pero trataba el hecho como un hecho, un *fait accompli* inminente, no como algo que debía anhelar. No dedicaba ni un minuto a pensar con quién me casaría y cómo. Quería que se me permitiera trabajar. Confiaba en hacer carrera como secretaria. En aquella época no se me ocurría ningún otro empleo. Las únicas mujeres trabajadoras que conocía estaban colocadas en el sector servicios: sirvientas, cocineras, dependientas, secretarias, maestras. Debido a mi carácter, yo no podía trabajar con mucha gente. El de secretaria me parecía un empleo idílico: la ayudante de un hombre inteligente, honrado y decente, por supuesto. Paradójicamente, pasaba más tiempo soñando con mi futuro jefe que con mi marido ideal.

Mientras todas las chicas árabes esperaban en fila a que Dios les pusiera el gen de «loca por casarse», yo debía de estar en otro sitio, seguramente enfrascada en la lectura de un libro.

Ya sé que las jóvenes árabes no son las únicas que tienen ese gen, pero en esta región del mundo es un gen dominante. Una fuerza de la naturaleza y de la educación, un huracán epigenético, nos arrastra hacia el matrimonio y la maternidad. Las costumbres sociales, los ritos comunitarios, los rituales religiosos, los acontecimientos familiares, todo está pensado para inculcar a las niñas la importancia y la inevitabilidad de lo que Bruno Schulz llama la «excursión al matrimonio». Ninguna muchacha de mi generación habría pensado en rebelarse, ni habría querido hacerlo. Una semilla de imaginación empezó a germinar en la mente de las mujeres más jóvenes que yo. Fadia se rebeló, y sin embargo su idea de la rebelión era la misma que la de todas las chicas de las generaciones siguientes. Quería tener derecho a escoger con quién se casaría. Con el tiempo, las ataduras de los matrimonios concertados se rompieron en el Mediterráneo y las familias fueron habituándose a los matrimonios exogámicos, ya fuera entre religiones, entre clases o entre clanes. Las citas, la cohabitación prematrimonial, el

adulterio y la promiscuidad se convirtieron en escenas habituales del paisaje beirutí.

En Líbano el feminismo todavía no ha llegado a las alpargatas ni a las zapatillas de deporte; todavía lleva tacones cómodos. La decisión de no contraer matrimonio aún no ha entrado en escena. Quizá comience a entrar ahora, pero no lo sé. No me relaciono mucho con jóvenes.

Mientras escribo esto me pregunto si lo que he dicho acerca de no soñar con un marido es exacto. No insinúo que esté dando una falsa impresión conscientemente. Pero para parafrasear al tan parafraseado Freud, quien aseveraba que cuando hablamos del pasado mentimos con cada bocanada que tomamos, diré esto: Cuando escribimos sobre el pasado, mentimos con cada letra, con cada grafema, incluidas las malditas comas.

Memorias, confesiones, autobiografía... Mentiras, mentiras y más mentiras.

¿Es cierto que no pensaba en un marido, que no deseaba tenerlo, o será que la imagen que ahora tengo de mí misma se ha superpuesto a lo que sucedía entonces? ¿Tiene sentido esta pregunta?

Lo diré de otro modo. Es posible que, como todas las chicas de Beirut, soñara con casarme y fantaseara con cómo sería mi futuro marido, pero que al crecer, tras una experiencia matrimonial triste e incompleta, me reinventara a mí misma, me convenciera de que nunca había soñado con asuntos tan triviales. Es posible. Creo sinceramente que no, pero tampoco recuerdo que de joven fuera muy valiente. Dejo abierta esa posibilidad.

Hay imágenes que permanecen conmigo. Recuerdo haber leído un artículo —creo que era de Nuruddin Farah, pero no estoy segura— donde el autor afirma que lo único que recordamos de las novelas son escenas, o más exactamente, imágenes. No sé si será ese el caso, pero algunos escritores escriben sus novelas como si construyeran una imagen tras otra; sin duda Michael Ondaatje es quien mejor práctica esa fórmula, pues me parece que sus novelas, más que una trama, son una serie de imágenes divinas que forman unidades discretas. Sigo sin recordar quién escribió ese artículo. Quizá fuera Ondaatje, pero lo dudo.

No soy una defensora de esa idea, porque, si lo único que retenemos de una novela es una imagen, la conclusión lógica es que la fotografía, la pintura y el cine serían un medio de comunicación mejor y una forma de arte más elevada. No es una buena conclusión. Además, me gustó muchísimo *El paciente inglés* como novela y, en cambio, la película, con

excepción de la encantadora Juliette Binoche, me pareció demasiado almiarada.

Sin embargo, traigo esto a colación para mencionar una imagen que tengo grabada en la memoria, una imagen del exquisitamente desconsolado W. G. Sebald. Describe al tío abuelo Alphonso pintando: «Cuando pintaba solía ponerse unas gafas con papel de seda gris en lugar de lentes para que el paisaje apareciera a través de un fino velo y amortiguara los colores, y el peso del mundo se disolvía ante sus ojos».

Precioso.

A veces pienso que vuelvo la vista hacia el pasado con unas gafas con papel de seda gris en lugar de lentes.

Si pienso en vosotros, queridos amigos, en qué imagen retendréis de la lectura de estas míseras páginas, supongo que será la de mi madre gritando, el cuerpo frágil, la posición de sus manos, el sonido del terror.

¿Me equivoco?

La mayoría de la gente afirma sentir nostalgia de su infancia o de un primer amor, o quizá de Beirut tal como era antes, o de sus padres, ya muertos. Yo no, o al menos no en el sentido en que lo dice la gente. Yo siento nostalgia de ciertas escenas. No recuerdo con cariño los años de mi juventud; tampoco a mi familia: a mi difunto padre tío, ni a mi madre, que todavía vive. Ahora bien, sí recuerdo con cierta ternura cómo dormíamos los niños en las noches estivales de calor implacable, el olor a jazmín que entraba por las ventanas abiertas, los colores y los dibujos de las sábanas en la oscuridad. Tener que levantarme de la cama cuando mi hermanastra se orinaba encima, que entonces me resultaba sumamente irritante, lo recuerdo ahora con cierto cariño, no por ella ni por sus apuros, sino por cómo nos quedábamos siempre en el mismo sitio, cerca de mi madre, mientras ella examinaba las húmedas abstracciones de las sábanas, y por cómo sacábamos el colchón para que se aireara y se secase al sol (¿se desodorizara?). Me produce ternura recordar cómo estaban distribuidos los muebles en la habitación principal, cómo ponían la gran bandeja de latón encima de la otomana redonda de lona a la hora de cenar.

Pero también siento nostalgia de los paseos por el camino de Swann, así como por el camino de Guermantes; del momento en que Charles Kinbote sorprende a John Shade bañándose; de cómo se sienta Ana Karenina en el tren.

Una vez conocí a una secretaria, la madre de una compañera de clase. Una mañana acompañó a su hija al colegio y la dejó junto a la puerta; el

portero armenio, un hombre de cabello entrecano, salió de su caseta para saludarlas, como hacía siempre que aparecía algún padre.

¿Era Hércules el portero del Cielo? Sea como sea, no describiría a aquel anciano armenio como Hércules. Su trabajo consistía en asegurarse de que ningún alumno saliera antes de que hubieran terminado las clases y de que solo entraran alumnos y maestros, de modo que, aunque se acercara a la madre servilmente, en realidad estaba llevándose a la hija y prohibiendo a aquella entrar. Así que no, nada de Hércules. Por mucho que me gustara y que me sintiera como en mi casa dentro de aquella jaula, el colegio se parece más al Hades que al Cielo; en el colegio se lleva a cabo un asesinato ritual de la infancia, se da muerte a los niños. El vigilante era el barquero.

Tras entregarle a su hija, la madre le dedicó una sonrisa patricia. Llevaba un vestido hecho a medida que parecía prestado, como si se hubiera propuesto crecer dentro hasta que le quedara bien. Era un vestido gris, de un tono un poco diferente del gris peltre del cielo amenazador de aquel día. Se cubría los hombros con un chal de color azul intenso. A diferencia de los maestros que iban llegando, todos afectados por una epidemia de desinterés, ella parecía interactuar con el mundo que la rodeaba, alerta y participativa. Mientras escribo esto recuerdo lo maravilloso que era observarla, una madre que parecía tan joven, que todavía conservaba cierta vitalidad infantil.

Yo observaba el momento de la entrega desde detrás de la valla del colegio, mirando entre los barrotes (sí, barrotes metálicos por los que el año anterior podía pasar la cabeza). Los barrotes estaban cubiertos de varias capas grumosas de pintura amarilla barata, color canario enjaulado, que se desconchaba y desprendía, y la herrumbre que asomaba por debajo combinaba bien con el amarillo. Yo miraba fijamente. Tenía las manos agarradas a los barrotes, la cara aprisionada entre ellos, los pómulos pegados al metal.

La hija, mi compañera de clase, vino hasta mí. Observó a su madre, que intercambiaba unos cumplidos innecesarios con el barquero. Nosotras, en cambio, no nos dijimos nada. Su madre nos vio y se acercó. Me preguntó educadamente quién era yo, si era amiga de su hija, una pregunta breve y amable que solo requería un sí o un no por respuesta.

«Que tengáis un buen día, niñas», dijo.

Extendió un brazo y lo metió entre los barrotes. Todavía me parece ver cómo se le resbaló el chal del hombro derecho mientras me pasaba los dedos

por el pelo —que yo recuerde, la única vez que alguien hizo eso—; después se marchó.

«Sabe taquigrafía», me dijo mi compañera.

Me he desviado demasiado otra vez. Perdonadme. Volvamos a Hannah.

Lo que nos unió a Hannah y a mí no fue tanto nuestra ineptitud social, que ya he mencionado, como el hecho de que ella conociera a mi cuñado aquel día fatídico, aunque aquel día fatídico ocurrió mucho antes de que yo me casara, cuando todavía era una niña.

Hannah tenía veintidós años cuando lo conoció, una edad vergonzosamente avanzada para estar soltera en aquel entonces, pero todavía no se la consideraba una solterona. La mayoría de las entradas de su diario en esa época eran reflexiones sobre cómo sería su futuro, sobre la última chica del barrio a la que habían propuesto matrimonio, sobre cómo estaba cambiando su posición dentro de la familia. En ese último apartado intervenían los recién llegados. Cuando Hannah arponeó al teniente, todos sus hermanos ya se habían casado. Trece semanas antes de aquel día fatídico, una de sus cuñadas tuvo un hijo varón, el primer nieto varón de la familia, el cuarto nieto.

Hannah describió un incidente revelador. La última cuñada que se había incorporado a la familia, Maryam, que se había casado hacía poco y se había instalado en casa de Hannah (solo dos de los hermanos seguían viviendo en aquel pequeño piso), estaba enfrascada en una conversación con el padre de Hannah. Más que enfrascada, escribió Hannah; pero la chica, unos años menor que ella, era alegre, vital y muy escandalosa. Hannah escribió que su nueva cuñada no entendía el silencio. Una frase maravillosa, por cierto.

La familia tomaba el café de la tarde en el salón. El padre de Hannah sorbía lentamente el suyo mientras la chica hablaba por los codos. Cuando Hannah terminó su taza, cogió la de su madre para llevarlas las dos a la cocina. Al pasar al lado de Maryam, esta, que seguía farfullando y parloteando y solo tenía ojos para su suegro, cogió su taza y extendió el brazo hacia Hannah.

Hannah se paró, los dedos de los pies contraídos, los zapatos hundidos en la alfombra. Como es lógico, en aquel momento estaba más abochornada que furiosa. No sabía qué hacer. Su cuñada ni siquiera la había mirado. Hannah intentó coger aquella otra taza, pero no era tan hábil como su madre. Tictac, se burlaba el reloj de pared, pero nadie hizo caso.

—Voy a traer la bandeja —le dijo Hannah a su cuñada—. Espera un momento.

Maryam dio un respingo, disgustada por su indiscreción y su falta de sensibilidad.

—Te ruego que me perdones, hermana —dijo—. Estaba distraída. Qué vergüenza. Déjame ayudarte, por favor. Ya las llevo yo.

—No hay nada que perdonar —replicó Hannah—. Nada.

Entre las dos llevaron las tazas a la cocina.

Permitid que me desvíe un momento, muy breve. Tictac.

Según los expertos, Internet es el mayor avance de nuestra era. Web por aquí, web por allá, y la araña de la casa nos sorbe la vida. A mí no me seduce estar conectada con el mundo.

Como persona que vive sola, como anciana, el descubrimiento tecnológico que más valoro es el reloj electrónico, aunque, dado cómo funciona la electricidad en Beirut, debería decir el reloj a pilas. ¿Os hacéis una idea de la ansiedad que producían aquellos relojes antiguos? Tictac, estás sola en un apartamento vacío. Tictac, el mundo exterior vendrá y se te llevará. Tictac, no te vuelves más joven, ¿verdad que no? Que me den un tranquilizante, por favor.

El tictac de ese objeto diminuto lleno de engranajes —el tamborileo del paso del tiempo— asfixiaba toda existencia, extraía la vida a la vida.

Después de aquel maravilloso descubrimiento, las manecillas del reloj seguían girando en la misma dirección —por si no lo sabíais, existe la expresión «en el sentido de las agujas del reloj», queridos amigos digitales —, el tiempo seguía avanzando hacia delante, pero milagrosamente su latido, su amenazador mensaje, quedaba reducido a un débil zumbido.

Hannah fue sincera cuando le dijo a su cuñada que no había nada que perdonar. No le guardó rencor por el incidente. Hannah consideró que no tenía importancia, que era un pequeño resbalón, un paso en falso. No había habido intención de insultarla. Maryam se sintió tan culpable que desde aquel día siempre trató de complacer a Hannah. De hecho, las dos mujeres vivieron en armonía en la misma casa hasta que Hannah murió, y hasta el día de hoy Maryam es quien lleva flores frescas a su tumba todas las semanas y las coloca delante de la lápida ocupando un espacio de exactamente dos palmos.

Pero las entradas de los diarios cambiaron. Tras el incidente, las frases se encogieron durante un tiempo. Las anotaciones se volvieron escuetas y airadas, meros apuntes entrecortados y nerviosos, incluso cuando comentaba lo que había comido. (En la receta de su familia, el estofado de

judías blancas llevaba cilantro, cosa bastante extraña, si me permitís opinar).

Hacia la segunda mitad de 1944, mientras su flamante y esperanzada nación vivía el primer año de independencia, Hannah decidió que no quería quedarse todo el día en casa.

¿Qué podía hacer una joven de clase media con su tiempo, una mujer con estudios, que dominaba dos idiomas, el árabe y el francés, y chapurreaba un tercero, el inglés; una mujer que en el instituto había destacado en filosofía?

No gran cosa.

Para empezar, su padre, como era de esperar, se oponía a que su hija trabajara, a que generara cualquier tipo de ingresos. Era un buen hombre. Ella lo adoraba. Su obstruccionismo era propio de su tiempo.

Hannah habló con él, le suplicó e intentó persuadirlo, hasta que él cedió en su primera objeción, pero no en la segunda. Le dio permiso para trabajar, pero no para generar ingresos. No iba a consentir que una hija suya arruinara su reputación. Podía ayudarlo en su tienda de comestibles. Hannah estaba eufórica.

Empezó un lunes por la mañana y durante tres días escribió sobre lo mucho que disfrutaba trabajando. Hacía de todo: colocar los productos, limpiar, atender a los clientes y ocuparse de la caja. Las entradas de su diario eran más largas, más floridas, más detalladas y alegres. Su padre estaba aún más encantado, pues no solo hacía feliz a su querida hija, sino que además se fijó en que las mujeres del barrio se quedaban más rato en la tienda y compraban más. Su hija no era la persona más parlanchina del mundo, pero sin duda las mujeres hablaban más con ella que con él o sus dos hijos varones, que también lo ayudaban. Hannah empezaba a desprenderse de su timidez. Durante un breve período fue la reina de la tienda de comestibles.

Tres días, la perfección duró tres días. El miércoles por la noche, durante la cena, al oír a su esposo alabar la beneficiosa presencia de su hija Hannah en la tienda, la madre se preguntó por qué no podía ayudar también ella. Al fin y al cabo, sus hijos ya eran mayores y hacía tiempo que sus obligaciones domésticas habían menguado. ¿Por qué no? A todos les pareció una idea estupenda, hasta a los hijos varones, y desde luego lo era.

Padre, madre e hija abrieron la tienda el jueves por la mañana. Trabajaban juntos, contentos, y el negocio iba bien, pero era una tienda pequeña y no había suficiente trabajo para todos. Sin embargo, como

seguían repartiendo los ingresos igual que antes, la cosa funcionaba. Todos parecían satisfechos, aunque la situación era menos perfecta que durante los primeros tres días.

Sin embargo, como siempre decía Hannah, musulmana devota donde las haya, «Dios proveerá».

Un día, unas dos semanas después de empezar a trabajar en la tienda, Hannah estaba mano sobre mano, sin nada que hacer, cuando un cliente le propuso que trabajara de voluntaria donde sí la necesitaban, en el hospital del barrio. A Hannah le pareció una idea estupenda, a su madre le pareció una idea estupenda, y su padre dio su consentimiento. Durante los dos meses siguientes, hasta el día en que conoció al teniente, Hannah trabajó de voluntaria en el hospital tantas horas como le permitieron y decidió no tomarse ningún día libre.

¿En qué lugar iba a colocar un hospital a una joven de clase media con estudios, que dominaba dos idiomas y chapurreaba un tercero, y que en el instituto había destacado en filosofía?

En la cafetería, por supuesto, sirviendo comidas. ¿Qué quiere con el arroz, un desconsolado Wittgenstein o un amargo Schopenhauer? ¿Una taza de metáforas hegelianas, quizá?

Con un uniforme amarillo que se abotonaba por delante, una redecilla en el pelo, una gorrita blanca sujeta con horquillas, medias beige y zapatos blancos planos, esperaba a que los médicos, las enfermeras y los visitantes decidieran qué guiso les apetecía comer ese día y se lo servía en el plato. Patatas estofadas, plaf, siguiente, coliflor estofada, plaf, siguiente, judías blancas estofadas, plaf, siguiente, y así durante tres horas todos los días. Nadie se fijaba en ella.

A Hannah le encantaba.

Además, aunque por entonces su hambre infantil se había calmado un poco, todavía disfrutaba comiendo. No escribía sobre eso en su diario, pero os garantizo, queridos, que tomaba algo más que una pequeña porción, de cada plato que servía. De modo que teníamos a una comilona en un comedero.

Hannah estaba contenta, su madre estaba contenta, su padre estaba contento.

Por la mañana se ponía el uniforme —un uniforme que irradiaba una limpieza sobrenatural—, iba a trabajar y volvía a casa después de la hora del almuerzo, todavía con aquella indumentaria amarilla.

¿Cómo iba y venía del trabajo? He aquí la historia.

En aquella época Beirut contaba con una modesta red de tranvías que desapareció cuando la ciudad decidió modernizarse, en los sesenta y setenta. Había una línea que tenía parada dos edificios más allá del hospital. Desgraciadamente para Hannah, el tranvía no llegaba hasta su casa. Habría tenido que caminar diez minutos hasta llegar a la parada, y no estaba dispuesta a hacerlo porque la avergonzaba demasiado su cojera.

Beirut tiene otro sistema de transporte para sus residentes, un sistema privado que funciona desde que existen los automóviles. Los beirutíes lo llaman el service (pronunciado como en francés, no como en inglés). Es un sistema de taxis compartidos. El cliente se para en el bordillo de la acera, un coche del service reduce la velocidad al acercarse, el cliente le dice al conductor adónde quiere ir y el conductor decide si lo lleva o no. Por poco dinero se puede ir a cualquier parte de la ciudad, siempre que se encuentre en la ruta del conductor. En la mayoría de los coches caben cinco pasajeros: dos delante, junto al conductor, y tres detrás.

En 1944 cualquiera que tuviera coche podía recoger pasajeros, pero en los años cincuenta se necesitaba una matrícula especial, que era roja.

En 1944 ninguna mujer respetable habría utilizado el service. No sabías con quién ibas a compartir el vehículo, o aún peor, si el conductor diría algo inapropiado. Las mujeres respetables evitaban el service. Hannah no.

Las opciones eran claras: o te veían caminando por la calle o te veían montándote en un coche del service. Hannah siempre escogía el service, pero pagaba el doble para no tener que sentarse al lado de un desconocido. No se sentaba delante, junto al conductor, sino detrás, y compraba dos pasajes para que solo una persona compartiera el asiento con ella y se sentara junto a la otra ventanilla. Le parecía una solución apropiada y decorosa.

Su sistema funcionaba. Durante dos meses no tuvo ni un solo problema. Se había preparado para oír comentarios burlones o picantes de algún conductor o pasajero, pero no los hubo. Por lo visto los beirutíes eran caballerosos, o al menos delante de ella. Hannah creía que el uniforme amarillo del hospital, especialmente la gorrita de papel, tenía mucho que ver con el respeto que le mostraban. Todas las mañanas salía de su casa y esperaba un rato junto al bordillo hasta que llegaba un service que le conviniera. Nunca se montaba en un coche donde ya hubiera más de un pasajero en el asiento trasero. Al cabo de veinte minutos llegaba al hospital. Era fácil.

El 22 de noviembre de 1944 tuvo un problema, y Hannah consideraría ese día el más feliz de su vida.

Es verdad: Dios provee.

Era la víspera de la celebración del primer año de independencia del país. En Beirut todos se preparaban para aquella feliz ocasión. Soldados llegados de diversas misiones innecesarias repartidas por todo el estado inundaban la ciudad dispuestos a organizar un desfile con pretensiones de grandeza. Hannah había acabado de servir las comidas y volvía a casa. En el coche que vio acercarse a la acera había dos pasajeros en el asiento delantero y ninguno detrás. Antes de subir, se aseguró de especificar al conductor, un hombre mayor con pelo y bigote blancos muy bien cuidados, que quería pagar dos asientos. Apenas habían recorrido veinte metros cuando, el hermano mayor de mi exmarido, el teniente, montó en el coche y se sentó en el asiento trasero, entregado a Hannah por las cadenas de hierro de la circunstancia.

¡La Providencia! ¡El destino!

Un hombre de edad adecuada, con pelo y bigote morenos bien cuidados, un hombre apuesto ataviado con el uniforme nacional gris —un uniforme que irradiaba una limpieza sobrenatural comparable al de Hannah, y con gorra— se sentó a su lado, separado de ella por menos de un metro. Un hombre que parecía salido de sus diarios, de sus fantasías, un morador de sus sueños compartía con ella el coche, compartía su mundo.

El conductor, impresionado por el hecho de llevar en su coche a un soldado libanés, y animado por su patriotismo, intentó entablar conversación con el recién llegado, pero no tuvo mucho éxito. El teniente de Hannah era tan tímido como ella.

Hannah se puso colorada, como si acabara de sumergirse en una bañera de agua caliente, su piel adquirió el mismo color que el pelo. No podía evitarlo. Volvió la cabeza y fingió que miraba por la ventanilla, pero con el rabillo del ojo trataba de evaluar a su posible futuro marido. Estaba convencida de que él oía el clamor de su insaciable corazón. Intentó respirar más despacio.

Él guardaba silencio.

Cuando solo llevaban unos ocho minutos en el coche, se desató el pánico.

El coche redujo la marcha para recoger a otro soldado que aguardaba junto al bordillo. Hannah se oyó a sí misma exclamar «¡No!». En el vehículo ya había cuatro pasajeros. Aquel soldado obligaría al teniente a

sentarse a su lado, en el otro asiento por el que ella había pagado. «¡No!», dijo antes de que el conductor recogiera al otro pasajero.

Al principio el conductor se había mostrado muy educado, pero Hannah, que iba sentada detrás de él, se fijó de pronto en que no llevaba el pelo tan bien cuidado. Un confeti de caspa y unas gotas de aceite de macasar mantenían el peinado.

—No se preocupe, señora —la tranquilizó él—. Le devolveré el dinero de un pasaje.

—No —protestó ella—. No. —Lo dijo en voz más alta y más aguda de lo que habría deseado. Quería insistir en que había pagado dos pasajes, remacharlo de nuevo. Quería explicar que no deseaba estar apretujada junto a un hombre, y especialmente junto a aquel teniente tan apuesto, pero el corazón empezó a latirle a la velocidad de un tambor africano antes de una cacería, los pulmones se le encogieron como un globo desinflado, y sufrió parálisis verbal. La única palabra que podía articular era «no».

—Es un soldado —dijo el conductor—. No podemos dejarlo plantado en la acera. Es un soldado libanés.

—No —repitió ella—. No.

Los pasajeros sentados delante le lanzaron miradas de infinita desaprobación. El conductor, indignado, respiraba como un pez, los labios fruncidos, las mejillas hinchadas.

—Debemos tratar bien a nuestros soldados —declaró.

Fue entonces cuando el caballero de Hannah acudió a rescatarla y recogió del suelo su pañuelo blanco.

—Puede subir a otro coche —dijo el teniente—. Es evidente que este ya está lleno.

Como nos ha ocurrido a casi todos en más de una ocasión, el teniente había sobrevalorado el poder de la razón. Esa frase fue la única que se permitió pronunciar al caballeroso teniente. El acalorado conductor —el humo abrasador del infierno brotaba de sus orejas, las palabras más repugnantes salían de su boca— echó del coche a Hannah y al teniente, no sin antes devolverle a ella el importe de los dos pasajes.

La princesa y su caballero vieron cómo su carroza se alejaba con el otro soldado y los dejaba envueltos en la niebla gris que manaba de los tubos de escape.

—Lo siento mucho —se disculpó el teniente—. Creo que he empeorado las cosas en lugar de arreglarlas.

—No —repuso la princesa, agradecida, con una voz que no era alta ni aguda.

Quería decirle cuánto agradecía que la hubiera defendido, lo desvalida que se había sentido antes de que interviniera él, la gratitud que sentía, cuánto tiempo llevaba esperando a que apareciera un hombre en su vida, lo feliz que podría hacerlo y, lo más importante, lo buena esposa que sería.

—Podemos coger otro coche —propuso él.

Fue el empleo de ese plural lo que decidió el destino del teniente. Os aseguro, queridos amigos, que desde el día en que lo conoció hasta el día en que murió, Hannah, en las entradas de su diario, utilizó la primera persona del plural cinco veces más que la del singular.

Hannah estaba demasiado trastornada para subir a otro vehículo. Se sentía incapaz. Él le preguntó si quería descansar un poco antes de parar otro coche. Ella negó con la cabeza. Él le preguntó si se veía con ánimo de volver a casa a pie. Ella dijo que sí. Él la acompañó a su casa. Le quedaba de camino. Un paseo proustiano.

Persistían las agradables temperaturas del otoño, antes de la llegada de las lluvias, y el aire era fresco, pero no seco. Era un paseo agradable. Hannah llevaba su bolso, y él una pistola en su funda y un fusil colgado del hombro. Hannah supo que él se había fijado en su leve cojera nada más echar a andar porque aflojó el paso para que ella se sintiera más cómoda. El teniente era tan parco en palabras como ella. Durante los primeros veinte pasos, ambos balbucearon tratando de iniciar una conversación educada, y al final fue Hannah quien consiguió formar una frase entera, coherente y gramaticalmente correcta.

—Gracias por salvarme —dijo.

Él le rogó que no diera importancia a lo que había hecho.

—Estoy agradecida —dijo ella.

—He hecho lo único que podía hacer —razonó él, y la voz se le quebró en la primera sílaba—. Solo he cumplido con mi deber. Ningún hombre honrado habría podido vivir tranquilo si hubiera permitido que esa bestia desconsiderada tratara tan mal a una dama.

En su diario, Hannah subrayó tres veces la palabra «dama».

—Usted es de buena familia, y el conductor no —añadió el teniente—. Ese hombre debería saber cómo ha de comportarse con sus superiores.

Hannah subrayó una sola vez «buena familia».

—Usted pagó ese asiento y él lo aceptó —continuó el teniente—. Solo un sinvergüenza rompe un trato. La palabra de un hombre es lo único que

lo separa de las bestias. —El adorable teniente miró a Hannah a los ojos y concluyó diciendo—: Yo siempre cumplo mi palabra.

Si utilizar la primera persona del plural había decidido su destino, esa última frase vertió sobre él cera roja caliente y le estampó el emblema de su familia.

Quizá el teniente pretendiera ser amable. Quizá creyera que era así como se conducía un caballero. Quizá creyera que el uniforme que llevaba le obligaba a dar una buena imagen del ejército nacional. No importa.

Hannah interpretó que el caballeroso teniente le había propuesto matrimonio.

Lo escribió en su diario.

Sus vecinos vieron cómo el teniente la acompañaba. Ella caminaba con la cabeza alta, como una mujer orgullosa, con la punta de la nariz señalando hacia arriba. Estaba segura de que todos advertirían que se había transformado en una joven prometida; no había duda de que caminaba como una prometida.

Los vecinos lo vieron acompañarla hasta la puerta de la casa, lo vieron cogerle las manos al despedirse. Oyeron decir a Hannah: «Por favor, haga llegar nuestra invitación a su familia para que vengan a visitarnos». Vieron al hermano de Hannah abrir la puerta, la perplejidad reflejada en su cara, y vieron cómo los dos hombres se saludaban estrechándose la mano mientras Hannah, pudorosa, entraba en la casa. Vieron al teniente abandonar el barrio, sin ser consciente de que lo observaban y evaluaban.

La familia de Hannah estaba anonadada, por supuesto. ¡Qué proposición de matrimonio tan extraña!

Su madre afirmó que jamás había oído nada semejante. Un hermano de Hannah comentó que el teniente debía de estar locamente enamorado de ella. Otro opinó que Dios debía de haber intervenido y guiado la voluntad del teniente. «¡Qué buena ventura, qué suceso tan propicio!», exclamó su cuñada Maryam.

—¿Por qué no ha venido con su familia a pedir tu mano —preguntó el padre—, como hace la gente normal?

—Estoy segura de que lo hará —contestó Hannah.

La familia del teniente recibió en mano una invitación para comer.

¿Una invitación para comer? No recuerdo haber tenido nunca invitados a comer, excepto mi exmarido y Hannah, a los que no puedo considerar invitados, y ambos están muertos.

Una de las cosas que me preocupan es que me estoy convirtiendo en la clase de anciana que he intentado por todos los medios no ser: la que siempre dirige la conversación hacia sí misma. La familia de Hannah invitó a la familia de mi exmarido a comer. Ay, pobre de mí, yo nunca he tenido invitados a comer. Es algo que no soporto. Bueno, no lo soporto en los demás.

Los ancianos, hombres y mujeres, siempre me habían parecido terriblemente narcisistas. Lo único que les interesa es hablar de sí mismos. Pero ¿qué son estas páginas sino un ejercicio de narcisismo? ¿Qué son estas páginas?

No obstante, yo sí hablo de otras personas. Soy una narcisista fracasada. Ni siquiera en eso he tenido éxito, a pesar de haber heredado los mejores genes. No soy tan buena narcisista como mi madre.

Mi madre no esperó a llegar a la vejez para alcanzar su cúspide. Empezó a rodear la cumbre del Everest narcisista a una edad temprana, y más tarde, después de que su marido muriera y sus hijos se hicieran mayores, flotaba por encima de toda la cordillera del Himalaya. Los temas en que se especializó, o con los que más disfrutaba, eran, por este orden: ella, sus hijos, su marido y la inferioridad del resto de sus congéneres. Solo exagero un poco.

Mientras escribo esto, mientras el plumín de mi pluma persigue su sombra lentamente de derecha a izquierda, mi mente se inunda de recuerdos de las atrocidades que decía mi madre. Noto que me sube la temperatura. Me arden las mejillas y el cuello, los ojos me hierven en las cuencas, se me secan la lengua y el paladar.

Me siento físicamente enferma. Debería comer algo esta mañana, tal vez prepararme otra taza de té, pero no puedo moverme. Me siento lánguida y cansada. Soy pura lasitud. Me asfixia una ansiedad amorfa.

La fuerte lluvia contra los cristales de la ventana apacigua mis cansados recuerdos y a mí, pero a duras penas. Se me humedecen los oídos oyendo su tabaleo, mi mente se serena.

De niña, cada vez que llegaba a casa con alguna herida —un rasguño en la rodilla, por ejemplo—, mi madre aprovechaba la ocasión para hablarme de todos los males que había sufrido a lo largo de la vida. El golpe que se había dado en la rodilla con la mesita del salón aquella misma mañana, el día en que se había quemado la mano al caérsele el hervidor de agua cuando tenía doce años, el dolor que le causaba su delicado estómago. La mayoría de las veces se olvidaba de curarme la herida.

Mi primera regla le ofreció la oportunidad de extenderse sobre los dolorosos que eran sus períodos. Mientras yo sangraba, tenía que escuchar los detalles del mareo que anunciaba que ella tendría la menstruación al cabo de dos días.

Me preparó para la noche de bodas con un discurso sobre lo mal preparada que había llegado ella al matrimonio, lo terrible que fue, lo descuidada que había sido su madre por no explicarle nada. Me sentó en su cama la noche antes de mi boda mientras su marido visitaba a mis suegros para ultimar los detalles del contrato. En penumbra, con un calor estival asfixiante, acosadas por los mosquitos, mi madre me explicó cómo venían los niños al mundo, y luego recordó que ya me lo había explicado. Me dijo que a ella le había dolido muchísimo. Eso fue lo único que se le ocurrió contarme. «Me dolió mucho, mucho, y así fue hasta que me acostumbré».

Bueno, al menos me lo dijo. A su manera, me previno de lo que podía pasar y me explicó la mecánica básica del sexo contándome lo terrible que había sido su primera noche. No es que eso me ayudara, desde luego, pues dudo que mi madre supiera algo sobre la impotencia masculina. Además, ninguna de las dos podía prever que yo seguiría siendo virgen más tiempo del que pensábamos. Mi madre no es una buena madre, pero es mejor que la suya.

Aunque sea narcisista y difícil de tratar, a veces puedo perdonarla. No creo que nadie pueda llegar a los noventa años sin estar absolutamente convencido de que el mundo gira a su alrededor.

Otras veces no puedo perdonarla.

Quizá creáis que los ejemplos que he puesto demuestran que mi madre, más que mala, era bruta. Permitid que os corrija.

No recuerdo por qué motivo fuimos Hannah y yo a casa de mi madre aquel día, hace muchos años; seguramente no era más que una visita. Mi marido todavía no me había abandonado, de modo que debió de ser a principios de los años cincuenta. Mi madre, que entonces debía de tener la mitad de la edad que tengo yo ahora, nos abrió la puerta. En cuanto entramos, me llevó a un lado cogiéndome por el codo y me susurró al oído:

—No vuelvas a traerla aquí.

Me quedé sorprendida. Por entonces no me había habituado todavía a sus advertencias. No entendía qué ocurría.

—Somos una familia decente —añadió—. No quiero que la gente hable. Puedes relacionarte con ella si te apetece, pero no en mi casa.

Yo no entendía nada.

—¿Qué pasa con Hannah?

—Es pelirroja —contestó mi madre, como si eso lo explicara todo, incluso para alguien tan necio como yo. Al ver que yo seguía sin entender, me espetó—: Tiene el pelo rojo.

—Sí —repliqué—, ya lo veo.

Mi madre sacudió la cabeza frustrada.

—Sus antepasadas se acostaban con cruzados. ¿Necesitas más explicaciones? Por eso tiene el pelo rojo. Lleva su sangre.

Tardé unos segundos en procesar sus palabras.

—Espera un momento —dije—. ¿La desapruebas porque es pelirroja?

—No, claro que no. Yo no. Su madre también tenía el pelo rojo, aunque no tanto. Yo no la desapruebo, pero hay otros que sí. No puedo evitar que los vecinos piensen lo que quieran. Yo, personalmente, no la juzgo. Por mí, cada cual puede acostarse con quien se le antoje, pero no me gusta que se relacionen con mi familia.

¿Qué podía decirle yo, si todavía era una adolescente?

Habría podido decirle que a sus antepasadas también las habían violado los cruzados, quizá los irlandeses morenos en lugar de los pelirrojos, y los ingleses, y los galeses, y los franceses. También las violaron los árabes cuando nos conquistaron, y los otomanos, los romanos, los griegos y los macedonios. Qué diantre, Beirut ha sobrevivido miles y miles de años abriendo sus hermosas piernas ante cualquier ejército que pasara cerca.

¿De verdad creéis que la ramera era de Babilonia?

Aquella babilonia era una aficionada. Era de Beirut, queridos, de Beirut.

¿Cómo podía explicarle eso a mi madre?

Sigo repitiéndome que es una mujer sin estudios. Cree que si mira las estrellas le saldrán verrugas en la cara. Cuando yo era niña, me lo recordaba cada vez que levantaba la cabeza dándome un golpecito en la nuca. Nunca aprendió a leer ni a escribir; yo intenté enseñarle cuando todavía iba a la escuela, pero fracasé, como siempre. No puedo seguir culpándola y haciéndole reproches. No ha tenido ninguna oportunidad, ha tenido que apañárselas con las cartas que le tocaron. No ha tenido una vida fácil. Aun así, no puedo parar de criticarla.

Cada vez que, con sumo cuidado, me quito del cuello la soga de mi madre, estoy a punto de estrangularme con mis propias manos.

No me gusta quejarme, de verdad, pero lo hago demasiado a menudo. Envejecer es lloriquear.

¿Queréis que os hable de mi tránsito intestinal?

Tranquilos, era una broma. Sin embargo, si tenéis la desgracia de leer los diarios de Thomas Mann, veréis que solo piensa en sus rebeldes intestinos, y ese pelmazo grosero y perfumado no bromeaba. No habría bromeado aunque el Premio Nobel hubiera dependido de ello.

La mayoría de los libros que se publican actualmente se componen de una serie de lamentos seguidos de una epifanía y una trascendencia. A esas memorias y novelas con revelaciones íntimas podríamos llamarlas «tragedias felices». Lo superaremos y todo eso. Yo las encuentro sentimentales y aburridas. Son la versión moderna de las vidas de santos, con relatos ejemplares de sufrimiento que precede a la redención, pero menos interesantes porque nosotros ya no tenemos libidinosos centuriones romanos que acosan a sensuales mártires vírgenes y golpean sus pechos turgentes y voluptuosos pero eternamente puros; menos interesantes porque, en lugar de ascender a un cielo suntuoso donde recibimos Su abrazo, hoy día lo único que conseguimos es una miserable epifanía.

Me parece un timo. ¿A vosotros no?

Culpad a Joyce y sus Dublineses, que yo adoro, pero compadeceos del señor Joyce, porque lo único que algunos escritores entienden de su única obra maestra es la epifanía, la maldita y condenada epifanía. Debería haber un nuevo desenlace literario: basta de epifanías. Basta ya. Tened piedad de los lectores que llegan confusos al final de un conflicto de la vida real y no experimentan una falsa sensación de esclarecimiento temporal.

Queridos escritores contemporáneos, hacéis que me sienta incompetente porque mi vida no es tan clara y concisa como vuestra literatura.

Debería mandar cartas a los escritores, a los talleres de escritura y a los editores. Estáis estrangulando la literatura, dejándola sin vida, frase a frase, todas hermosas, libro a libro, todos anodinos.

¿Verdad que Herzog, el escritor de cartas cascarrabias, tenía más o menos mi edad? Seguramente esa es la mejor novela de Bellow. No recuerdo si Herzog terminaba con una epifanía, pero lo dudo, no sé por qué. Tendré que comprobarlo.

Un día tomé la decisión de no quejarme más. Como veis, fracasé, pero lo cierto es que tomé esa decisión. Decidí no volver a quejarme tras presenciar un incidente horroroso hace unos años.

Fue un día de agosto de 1978, a principios de la guerra civil. Beirut sufría los estragos y convulsiones del doble peso de un verano de calor asfixiante y tres años de combates; era una ciudad fatigada y deprimente. Había habido un alto el fuego, una de las numerosas pero breves treguas.

Salí de la librería y eché a andar, o mejor dicho a correr, hacia mi casa, hacia la seguridad de mi sala de lectura, con su papel pintado de color crema, desteñido en muchos sitios, mi sala de lectura con todos los muebles en su sitio.

A unos quince minutos de mi edificio vi a un hombre en la otra acera, un anciano siniestro que, pese al calor asfixiante, llevaba varias capas de abrigos; era evidente que no estaba bien, seguramente era un loco. Recuerdo que el último abrigo era de lana verde. Sus oscuros ojos parecían taladrarme desde la distancia. Estaba inmóvil, apoyado en una pared chamuscada, junto a una puerta abierta —una puerta de batiente doble que yo había visto cerrada siempre que había pasado por allí—, y al otro lado de la puerta solo había oscuridad, una oscuridad impenetrable, o una oscuridad todavía por penetrar. Comprendí que estaba cansada y estresada, que quizá estuviera soñando despierta, que la escena bien podía ser una alucinación —al fin y al cabo, la connotación de muerte era casi demasiado obvia—, pero aceleré el paso y evité mirar atrás. El problema, fuera un sueño o no, era que, por aterradora que pareciera aquella oscuridad quimérica, yo, o al menos una parte de mí, quería trasponer aquel umbral.

Ahora me doy cuenta de que debió de ser una alucinación, porque se trataba de un presagio demasiado claro, un atisbo, una anticipación de la muerte. Y apenas unos minutos después, unos pasos más allá, vi el cadáver.

Un hombre tirado en la acera, seguramente arrojado allí hacía poco, me cerraba el paso, y no un poquito, sino por completo, como cuando decimos «tendrás que pasar por encima de mi cadáver». Desprendía un olor agrio y almizclado, como el de una alfombra guardada demasiado tiempo en la buhardilla. Bajo los coágulos secos y escamosos de sangre, del color de los posos de café, su cara presentaba una palidez azulada. Tenía la cabeza torcida en un ángulo extraño y la frente arrugada, sobre todo alrededor del ancho entrecejo. El pelo rizado, de un blanco prematuro que casi parecía teñido (no, no era tinte azul, no era Bel Argent), fino y escaso en los bordes, daba a la cabeza un aspecto espectral. Me pareció que iba bien vestido, con ropa cómoda: un traje de lino estival, de color claro y una corbata bonita, también dispuesta en un ángulo forzado.

Al principio me quedé tranquila, plácida, invadida por una serenidad extraordinaria. Recordé la cita de Pessoa: «Siempre que veo un cadáver, la muerte semeja una partida. Se diría que el cadáver es un traje que han dejado atrás. Alguien se marchó y no necesitó llevarse el único traje que tenía».

Pese a lo ensangrentado y magullado que tenía el rostro, el traje, toda la ropa, estaba inmaculada, sin rastro de suciedad, como si el asesino fuera alguien de gustos refinados que lo hubiera vestido después de matarlo, tras esperar que la sangre dejara de chorrear y gotear. Recuerdo que pensé: Sí, es muy posible que Ahmad, mi Ahmad, tuviera un detalle tan considerado. Creo que fue entonces, después de que esa idea pasara por mi cabeza, cuando me entró pánico y corrí hacia mi casa tan rápido como me permitieron mis delgadas piernas.

No voy a aburrirlos con las técnicas de «cómo tranquilizarse tras ver un cadáver», en las que todos los libaneses se vuelven expertos, si bien hay partidarios de diferentes escuelas. Cuando llegué a mi apartamento, juré solemnemente que jamás volvería a quejarme de nada. Estaba viva; no importaba lo que estuviera pasando, porque yo estaba viva. El hecho de que pudiera respirar era un milagro. El hecho de que me crecieran las uñas, el hecho de que mis ojos pudieran ver, de que mi corazón latiera. Un milagro. No me quejaría nunca más.

Volvamos a la comida, si os parece bien.

La familia de mi exmarido fue a comer a casa de Hannah. No la familia al completo, solo Papá Teniente, Mamá Teniente, nuestro caballero y sus dos hermanos menores, es decir, también el mosquito lánguido con probóscide atrofiada, que entonces tenía quince años (estoy segura de que era un quinceañero de lo más aburrido y huraño). Él adoraba a su hermano mayor y detestaba a Hannah, de modo que su versión de los acontecimientos, que mientras estuvimos casados nunca se cansó de repetir, era completamente diferente de la que Hannah anotó en su diario. Él siempre sostuvo que la comida fue solo eso, una comida; que su hermano no le había propuesto matrimonio a Hannah, que no tenía ni idea de que ella creía que sí lo había hecho; que ningún miembro de su familia sospechó que se trataba de una comida de pedida de mano, ni antes ni después de la comida.

En la entrada de su diario correspondiente a aquel día, Hannah escribió que la comida había ido a las mil maravillas. «Él me estrechó la mano nada más entrar y en ningún momento se apartó de mi lado. Mantuvimos conversaciones deliciosas, unas agradables y ligeras, otras profundas y serias. A todos les parecía que formábamos una buena pareja, que estábamos hechos el uno para el otro. Nos encantaron los aperitivos, sobre todo las lentejas y el queso; no nos gustó el fattoush, que llevaba demasiado limón, y nos atiborramos de carne asada. Nos comimos al menos un kilo».

Esos pasajes eran minuciosos y entusiastas, con frases que se desbordaban, palabras que saltaban unas sobre otras, que brincaban de la hoja hacia mi regazo. Todas las líneas terminaban con un bucle que deseaba completar un círculo antes de echar a volar hacia el crepúsculo rojo y naranja del fondo de la habitación. «El ojo derecho del teniente conquistó mi alma; el izquierdo la elogió y la veneró». El texto no parecía corresponderse con cómo era Hannah, ni antes ni después, era una anomalía de la personalidad, un enamoramiento desesperado. «Él es mi trono y yo soy su corona».

A su lado, Eloísa parece razonable y cuerda.

Si, como yo, hubierais conocido a Hannah antes de llegar a esa parte de sus diarios, os habría costado creer que aquella mujer realista, robusta y formal hubiera podido escribir semejantes tonterías. A mí siempre me pareció que Hannah había desbrozado meticulosamente un sendero en el bosque de la vida, pero durante aquel período injustamente breve se apartó del sendero y se adentró en lo más denso del bosque y en su maleza.

La buena de Hannah siempre fue más valiente que yo, y más aventurera.

Sí, mi exmarido juraba que su hermano no sabía nada, que si le hubiera propuesto matrimonio a Hannah, él, mi exmarido, habría sido el primero en saberlo, pues era el confidente del teniente. Esta última parte la pongo en duda: la idea de que aquel imbécil egocéntrico pudiera ser el confidente de alguien es demasiado descabellada. El teniente no le propuso matrimonio a Hannah, desde luego. No creo que lo hiciera. No habría tenido ningún sentido. Pero tampoco creo que la familia de mi exmarido saliera de aquella comida sin sospechar nada. Según el imbécil egocéntrico, su familia creía que la comida era para dar las gracias a su hermano por la amabilidad que había demostrado al acompañar a Hannah hasta casa. ¿Ofrecer semejante banquete para agradecerle que hubiera acompañado a su hija a casa? Mi exmarido era un idiota, pero dudo que su familia tuviera tan pocas luces como él. Creo que Papá y Mamá Teniente estaban pasmados y desconcertados, que exhibieron unos modales impecables durante la comida y esperaron hasta llegar a casa y estar a solas con su hijo para exigirle una explicación. Supongo que el presunto novio estaba tan pasmado y desconcertado como ellos. Pobre hombre.

Al día siguiente, el padre de Hannah hizo una visita al padre del caballero. Mi exmarido afirmaba que esa fue la primera vez que alguien de su familia supo algo. Fuera como fuese, la reunión fue cordial, y ambos

patriarcas propusieron que, antes de hacer nada, cada uno debía hablar con su vástago.

Durante las dos semanas siguientes el teniente visitó a Hannah cuatro veces, dos por semana. Se suponía que en cada una de esas ocasiones le diría a su damisela que no tenía intención de casarse con ella. Según el imbécil, el teniente se lo dijo en todas las visitas, pero ella no quiso escucharle, no supo escucharle. Dudo mucho que fuera ese el caso. Creo que el teniente intentó decírselo, pero era demasiado tímido y no se presentó la ocasión adecuada. No se atrevió a hacerlo, no quería herir a Hannah. Los padres de ella los dejaban solos en el salón para que pudieran hablar, y ellos hablaban, pero el teniente no dijo lo que tenía que decir.

Hay una fotografía de los dos sentados en el salón, no demasiado juntos, cada uno en un diván; ella sonríe a la cámara y él no parece excesivamente taciturno. Ella lleva su mejor vestido y el pelo recogido en un moño prieto. Él lleva su uniforme, sin el fusil, por supuesto, y tiene un cigarrillo con filtro en la mano. Es mucho más guapo que su hermano: boca grande, labios carnosos y, sobre todo, ojos curiosos e incitantes. Tiene un aire juvenil, vulnerable y bondadoso, como un niño que está a punto de ofrecer su juguete favorito a otro crío menos afortunado que lo mira con envidia desde hace rato.

El teniente se hizo amigo de dos hermanos de Hannah y confesó. Según el imbécil, ellos prometieron ayudarlo. Cuando el teniente le hubiera revelado a Hannah la verdad, estarían cerca para consolarla. Tras la cuarta visita, el teniente llevó al padre de Hannah a un rincón y le confesó la verdad también a él. No podía perpetuar aquella farsa. Quería explicárselo a Hannah, pero no encontraba la forma de hacerlo. Mientras ella creía que su padre y su prometido ultimaban los acuerdos matrimoniales, su padre prometía que él mismo daría la noticia a su hija, que sería él quien le partiera el corazón.

Sí, le habría partido el corazón. ¿Hace falta que os diga que aquellas dos semanas fueron maravillosas para Hannah? Anotó cada detalle, cada matiz imaginado. Lo que él decía, lo que él insinuaba, lo que ella deducía, qué futuro les aguardaba. Los labios de su amado hablaban de amor, sus ojos lo decían todo. A Hannah le encantaba la forma de sus dedos.

Ya no se mostraba cohibida, y hasta se burlaba del teniente. Él tenía la costumbre de acariciar su encendedor, abrirlo, encenderlo y cerrarlo. Ella se reía y le decía que era un pirómano en potencia.

Su padre le habría partido el corazón, pero no tuvo que hacerlo.

Sucedió que al día siguiente de su último encuentro, un día que resultó fatídico, pero que en aquel momento fue sencillamente triste, el teniente murió en un accidente de tráfico. El service en el que viajaba chocó con un tranvía, o al revés. Murieron tres pasajeros del coche, incluido el conductor. En el tranvía no hubo ningún herido.

Hannah estaba afligida y angustiada, por supuesto. Lloró su pérdida con tembloroso fervor. Sus padres, sus hermanos y hasta sus cuñadas se reunieron alrededor de su cama para consolar a aquel cuerpo inconsolable, tumbado boca abajo. Lloró la pérdida de su marido, de su futuro, del futuro de ambos. Lloró como una niña por los hijos muertos antes de haber sido concebidos. Hizo el panegírico de los tres, los dos niños y la niña, la mediana, a los que nunca criarían, de las flores del jardín de la casita de montaña que nunca construirían, del pinar, los olivos, los melocotoneros, los cerezos y los huertos que nunca cultivarían. Sintió la íntima pérdida de la mujer en que estaba destinada a convertirse.

«Las melodías que hemos oído son dulces, pero aún más dulces son las que no hemos oído», escribió Keats.

No hay pérdida que sintamos más profundamente que la pérdida de lo que podría haber sido. No hay nostalgia que duela tanto como la nostalgia de las cosas que nunca existieron.

Hannah lloró, gimió, sollozó, sin importarle que la oyeran sus vecinos. No, quería que los vecinos, que el mundo entero, conocieran su desgracia. Por fin se había liberado de los últimos vestigios de su timidez, por fin se había desprendido del cieno de la juventud inmadura. Había nacido la Hannah que yo conocí.

Lloró la muerte del teniente, pero solo durante cuarenta y cinco minutos. Escribió que aquel día lloró y lloró hasta que de pronto despertó, alerta y colmada de vigor. Si ella sentía un dolor tan intenso, su nueva familia debía de estar destrozada, recorriendo los terrenos del infierno. Su nueva familia la necesitaba. Pocas horas después de conocer la noticia, reunió a todos sus seres queridos —sus padres, sus hermanos y sus cuñadas— y los llevó a casa de su prometido. Ayudarían a aliviar el dolor de la familia del teniente como pudieran. Hannah la consolaría y compartiría con ellos su dolor. Ayudó a organizar el funeral y las exequias. Ayudó a preparar comidas y sirvió café a los dolientes. No se reincorporó a su puesto de voluntaria en el hospital hasta pasados seis meses, y estuvo a disposición de su nueva familia para cuanto necesitaran.

Y por lo visto la necesitaban. Si bien el imbécil de mi exmarido odiaba a Hannah, el resto de la familia la adoraba. Se convirtió en la nuera ideal. No me refiero solo a los días del duelo; fue una nuera perfecta durante toda su vida, hasta que se sumergió en su niebla final. Cuando se disipó la tristeza, cuando la familia se recuperó del fallecimiento del teniente, Hannah seguía allí. Iba a visitarlos al menos tres veces por semana, jamás rechazaba una invitación, estaba presente en todas las fiestas y ocasiones importantes. Nunca olvidaba un cumpleaños, asistía a cada nuevo nacimiento de la familia. Tejía jerséis y mantitas para los sobrinos y sobrinas, y meditaba concienzudamente cuál sería el regalo perfecto para cada uno de sus parientes.

Pensara lo que pensase mi exmarido, sus padres acabaron considerando a Hannah un miembro esencial de la familia. La acogieron. Cuando fueron a casa de mi padrastro para pedir mi mano, ella los acompañó. Así fue como nos conocimos, como conocí a una mujer que me protegería bajo su ala, que se convertiría en mi amiga y seguiría siéndolo cuando me abandonó mi marido; conocí a una mujer, no a una niña tímida. La transformación se había completado.

El ruido del radiador me recuerda que tengo frío. Las brujas están despiertas. Encender la calefacción del edificio por primera vez esta temporada debe de haber sido una decisión tomada en grupo. Aumente el trabajo, crezca la labor. Alguna debe de haberse estremecido, seguramente Marie-Thérèse. Es la que más acusa el frío. Está llamando a su gata, que esta mañana no quiere volver a casa.

El «toc, toc, toc» del viejo radiador me fastidia y me obliga a levantarme de mi cómodo asiento. Tengo que purgar el maldito cacharro.

Hemos tenido un otoño templado, pero parece que la estación nos abandona. Llega el invierno, que acelera para recuperar el tiempo perdido.

Debería vestirme, pero ahora mismo se me hace tan arduo como cualquiera de los trabajos de Hércules. Encima del camisón de mi sueño abandonado, encima de la bata de la vergüenza de ayer, me pongo el abrigo de mohair color burdeos, mi recurso habitual, desde hace años, en estas primeras mañanas de invierno. Debido a la antigüedad de mi apartamento y a su precario aislamiento, los vientos invernales se sienten y se oyen dentro. Esta es tu vida, Aaliya. Te paseas por casa en camisón y con un abrigo suave al tacto, con unas zapatillas cómodas y tan viejas que tu pie izquierdo, como un pervertido, enseña sus cinco dedos a cada paso. Me inclino sobre el radiador y dejo salir el aire. Pongo un platillo de aluminio

bajo la tubería, hago girar la válvula y espero a que el silbido se apague y muera.

En uno de los pocos relatos de Hemingway que no encuentro absolutamente insufribles, «Colinas como elefantes blancos», un hombre y una mujer están en un café en España y hablan de que ella está embarazada. El hombre utiliza la expresión «dejar salir el aire» como eufemismo de «abortar». Cuando lo leí por primera vez, no entendía a qué se refería Hemingway. Me preguntaba dónde demonios estaban los radiadores. Ya sé que se supone que es un relato inteligente, pero a mí no me aportó nada. Nunca le encuentro el sentido a Hemingway. ¿Trata el relato de las dificultades de la pareja para comunicarse? Lo encuentro aburrido. Estoy segura de que al final hay una epifanía. Los críticos y los académicos insisten en que el texto aparente solo es la punta del iceberg. A mí, la verdad, me parece la punta de un cubito de hielo.

Creo que es una pena que casi toda la literatura norteamericana actual esté más influida por Hemingway, el héroe de los adolescentes de ambos géneros y todas las edades, que por el genio sui generis de las letras, Faulkner. Se alaba un montón de libros sobre el aburrimiento en el Medio Oeste de Estados Unidos (la ubicación exacta del Medio Oeste es una fuente de desconcierto constante para mí; supongo que cae cerca de Iowa), al igual que los libros sobre la angustia inexplorada en Nueva Jersey o sobre las parejas incapaces de comunicarse en Connecticut. Fue Camus quien afirmó que los novelistas norteamericanos son los únicos que creen que no necesitan ser intelectuales.

Una de las cosas que tengo en común con el increíble Faulkner es que no le gustaba que le interrumpieran cuando leía. Lo despidieron de una universidad donde era el encargado del correo (un empleo que le consiguió su padre) porque los profesores se quejaban de que para encontrar sus cartas tenían que hurgar en los cubos de la basura, que era donde solían acabar las sacas sin abrir. Cuentan que le dijo a su padre que no estaba dispuesto a levantarse una y otra vez para atender a los clientes en la ventanilla y hacer caso «a cualquier hijo de puta que tuviera dos céntimos para comprar un sello».

A mí tampoco me gustaba que me interrumpieran cuando leía en el trabajo, pero tenía que hacerle caso a cualquier hijo de puta o a su madre que entrara en la librería, tanto si tenían dos céntimos para comprar un libro como si no. No podía permitirme el lujo de quejarme. La mayoría de

los días entraban pocos clientes y pasaba las horas sentada a mi escritorio, leyendo. Era muy diligente. Me ganaba mi mísero salario.

Me temo que vuelvo a apartarme del tema.

Intento reanudar la lectura, pero me cuesta concentrarme, no sé por qué. Dejo *Microcosmos* a un lado. Necesito escuchar algo, música para quitar las telarañas, para sacudir el hormiguero. Enciendo el tocadiscos. Tengo un reproductor de CD —hace ocho años cedí y me compré uno, y al poco tiempo me enteré de que todo el mundo se había pasado a los reproductores digitales—, pero casi todos mis discos todavía son viejos vinilos. Me decido por la Sinfonía n.º 3 de Bruckner, dirigida por Günter Wand; hace mucho que no la escucho, seguramente tres años.

Voy a contaros una historia sobre Bruckner que me encanta, aunque supongo que debe de ser apócrifa. Cuando dirigió el estreno de esta Sinfonía n.º 3, al público no le gustó. La verdad es que no me explico por qué. Es hermosa, y si tuviera que buscarle un defecto tal vez diría que es un poco melodramática y kitsch, dos características que suelen encantar al público. Pero sobre gustos no hay nada escrito. El público abucheó sin miramientos al compositor y salió en tromba de la sala. Me imagino a Bruckner volviendo la cabeza, profundamente apenado, hacia aquel ruidoso enjambre de cabezas que abandonaba el teatro y encerrándose en el camerino del director, solo, como siempre. Desconsolado y abatido, Bruckner se quedó a solas hasta que todos se hubieron marchado, y entonces volvió al foso de la orquesta para decir un último adiós. Vio a un joven que seguía sentado en su asiento, un joven compositor tan emocionado que no había podido mover ni un solo músculo desde que empezara la sinfonía; no había podido ni parpadear. El joven Mahler llevaba más de dos horas clavado a su butaca, llorando.

Hoy no soy como el joven Mahler. La música no me emociona y esta mañana no me tranquiliza.

Una ola tras otra de ansiedad baten contra las playas de arena de mis nervios. Vaya, es la peor metáfora que he oído en mi vida. Horrible.

Nada funciona. En mi vida nada funciona.

Los gigantes de la literatura, la filosofía y las artes han influido en mi vida, pero ¿qué he hecho yo con esta vida? Sigo siendo una partícula en un universo tumultuoso al que le importo muy poco. No soy más que polvo, una mota; polvo al polvo. Soy una brizna de hierba aplastada por la bota del soldado.

Yo tenía sueños, y en ninguno acababa convertida en una partícula. Tampoco es que soñara con ser una estrella, pero creía que tal vez consiguiera un papel sin diálogo en una gran superproducción, una epopeya con toques artísticos. No soñaba con convertirme en un gigante, no era tan ilusa ni tan arrogante, pero quería ser algo más que una partícula, quizá una enana.

Habría podido ser una enana.

* * *

Al final todos nuestros sueños de gloria no son más que estiércol.

Soñaba que algún día un escritor llamaría a mi puerta, alguien cuyo libro yo había traducido, tal vez el maravilloso Danilo Kis (Enciclopedia de los muertos), antes de su muerte, claro. Él era el gigante y yo, la enana, pero vendría a agradecerme que me hubiera interesado por su obra. O quizá fuera Marguerite Yourcenar quien llamara a mi puerta. No he traducido nada suyo, desde luego, porque escribía en francés. Y qué francés. En 1981 fue la primera mujer que ingresó en la Académie Française por su lenguaje impecable. Vendría a animarme, a expresarme su solidaridad, las dos contra el mundo. «Yo como tú, también me aislé. Tú en este apartamento de la hermosa pero amarga Beirut, yo en una isla frente a la costa de Maine. Tú eres una traductora pobre y abandonada, y si puedes permanecer en tu casa es gracias a la gentileza de tu casera, Fadia; yo soy una escritora increíble, cuya amante, heredera de la fortuna de los Frick, es la propietaria de toda la isla. A mí me respetan todos y de ti se burlan. Sin embargo tenemos mucho en común».

Tenía sueños. Invitaba a Danilo a mi casa. «Pasa, por favor. Tómate una taza de té conmigo. Fúmate un cigarrillo». En las fotografías siempre sale fumando. Tal vez le regalara un peine para esa maraña de pelo rebelde.

Pero mis sueños se harían pedazos contra mis fracasos, si no se estrellaban antes contra mis viejos y feos muebles. Basta con echar un vistazo. «Siéntate, Danilo, siéntate. Seguro que sabes apreciar un sillón de felpilla azul marino con flecos deshilachados y borlas raídas. Sí, esa es la forma de mi trasero esculpida en la espuma. Sí, ese minisofá del rincón es de polipiel auténtica, ja, ja. Lo llaman “confidente”. Marguerite y yo solemos sentarnos juntas en él. Siéntate y háblame de tu trabajo. ¿Escribes por la mañana?».

Qué idiota soy.

Soñaba que algún día invitaría a mis amigos a cenar y pasaríamos la velada conversando animadamente sobre arte y literatura. Riendo, retozando, haciendo comentarios alegres e ingeniosos a lo Wilde que tendrían réplicas irreverentes y deliciosas de una punta a otra de la habitación. Mi salón sería la envidia del mundo, si el mundo se enterara de su existencia.

En uno de sus poemas, Brodsky señalaba que los sueños rechazan un cráneo que ha sido perforado. El mío lo ha perforado un taladro de grosor espectacular.

Esta mañana pasará, a un ritmo triste y lento, pero pasará. Mañana, y mañana, y mañana avanzan a ese corto paso, de día en día.

Marie-Thérèse llama a su gata sin apremio, en un tono cada vez más alto, pero en el que no hay ni rastro de preocupación. Su gata todavía no ha aparecido, pero eso ya es un hábito. Desaparece en cuanto Marie-Thérèse le ha dado la cena, no se sabe adónde va, y regresa después de salir el sol, pero ese es solo un horario aproximado. Al fin y al cabo es una gata mediterránea. Creo que Marie-Thérèse quiere a sus gatos, y sobre todo a la caprichosa Maysoura, más que a sus hijos, y sin duda más de lo que quería a su difunto marido.

Mi madre también sentía un cariño desmesurado por los gatos, como quizá haya mencionado ya. Bueno, no soportaba a los gatos mimados que viven encerrados en las casas. Una vez, durante una visita de cortesía a un pariente lejano —yo debía de tener nueve o diez años—, un gato de pelaje sedoso entró pausadamente en el salón. Mi madre lo señaló y puso cara de asco, y la anfitriona, una prima segunda de mi madre, se levantó horrorizada, se disculpó y echó al animal de la habitación. Mi madre habría odiado a Maysoura, tan consentida y bonita. Solo le gustaban los gatos huérfanos y sin hogar del vecindario.

Comprendo su obsesión, ya de niña la comprendía. Sí, claro, quizá sintiera cierta envidia, quizá tuviera la impresión de que los gatos rapiñaban el instinto maternal y las atenciones que mi madre debería haber dirigido a su hija, pero estoy escribiendo sobre una época en que los beirutíes aún no habían empezado a preocuparse por el cuidado y el control de los animales. Los gatos callejeros eran perseguidos, cazados y hasta torturados si caían en manos de los niños. De pequeña presencié un par de atrocidades. Si mi madre, defensora de los callejeros, veía a un chiquillo tratando de atrapar un gato, o al carnicero propinándole un puntapié a uno que se hubiera

acercado demasiado a olfatear, reunía en su pequeña figura una cólera asombrosa y afeaba al agresor su crueldad.

Cortaba el pollo en trocitos, los freía con grasa de cordero salada y los envolvía en hojas de papel encerado. Con toda la discreción de que era capaz, pues no quería que la tomaran por la loca del barrio —aunque tal vez ya fuera demasiado tarde—, desenvolvía aquellos banquetes y los dejaba sobre muros y contenedores de escombros, a suficiente altura para que los perros no llegaran hasta ellos.

El olor a grasa de cordero frita era como un canto de sirenas para cualquier felino que se encontrara en un radio de dos calles. Aquel aroma, más débil y menos acre, acompañaba a mi madre incluso cuando no llevaba encima la comida, un olorcillo persistente que acabó haciendo suyo. Estoy segura de que sus protegidos sabían que se acercaba mucho antes de verla.

Cuanto más sarnoso era el gato, mayor era la porción que recibía. Recuerdo a una gata muy pachucha cuyo pelaje estaba formado tan solo por unos parches irregulares. Mi madre le llevaba comida todos los días, hasta que la gata se transformó en una reina espectacular de colores blanco, rojo y negro, con un pelaje de brillo sobrenatural. Aquella gata me dejaba acariciarla; mi madre, en cambio, nunca intentaba tocarla. Ningún gato se convirtió en compañero de mi madre. Ella jamás tuvo ninguno.

Cuando le pregunté cómo sabía que la reina era una hembra, me explicó que los machos no podían tener más de dos colores. Las hembras, en cambio, no estaban sujetas a esa limitación.

En el invierno de 1986 Beirut vivía una de sus numerosas fases dedicadas a despojarse de su humanidad y de sus seres humanos. La guerra hacía estragos, las sectas se mataban entre sí, las milicias estrangulaban a la población, y mi madre estaba preocupada por una gata. Pasé diecisiete días seguidos encerrada en mi apartamento. Al primer indicio de alto el fuego, salí de mi escondite en busca de comida y fui a ver cómo estaba mi madre. Ella solo quería hablar de lo que le había ocurrido al maldito felino. Los enfrentamientos y los disparos habían obligado al animal a refugiarse en un apartamento vacío cerca del edificio donde vivía mi hermanastro el mayor. Mi madre oía sus tristes maullidos noche y día. Jugándose la vida, cogió un poco de comida y cruzó la calle —al cuerno los francotiradores—, dispuesta a convencer a la gata de que volviera con ella a su edificio, donde podría alimentarla. En cuanto entró en el piso vacío, la gata enmudeció. Mi madre la buscó por todas partes hasta que la encontró en lo alto de un armario enorme y oscuro de madera de nogal, sin apenas espacio bajo el techo para

agazaparse. Mi madre le suplicó e intentó camelarla, y la gata bufó y retrocedió. Aquel animal ignorante no aceptaba su ayuda, decía mi madre. Acercó una silla al armario y se subió a ella, lo que hizo que la gata se asustara aún más. Mi madre probó todos los trucos que sabía y algún otro que inventó.

«Incluso aparté la cara —explicó mi madre— y apoyé las manos en el borde de aquel feo armario para que bajara por mis brazos y huyera. Pero no había manera. Aquella gata estúpida no quería que la rescatara. No entendía que yo le estaba ofreciendo una forma de escapar. No tuve más remedio que dejarle la comida en lo alto del armario e irme a casa».

Durante unos días, cada vez que había un breve silencio entre las balas, los misiles y los proyectiles de mortero, mi madre oía los incesantes maullidos de la gata, hasta que de pronto cesaron. Cuando por fin llegó la tregua, poco antes de que apareciera yo para interesarme por ella, mi madre cruzó la calle corriendo y encontró el apartamento saqueado —ella misma había ayudado a los milicianos que lo asaltaron al destrozar la cerradura y revelar así que el piso estaba deshabitado—, con los muebles patas arriba y sin rastro de la gata.

Ya se ha reunido el grupito del café. Tengo que asomar la cabeza por la puerta para darle las gracias a Fadia por la cena de anoche antes de que vuelva a su apartamento, antes de que las tres brujas den por terminados sus maitines. Tengo que hacerlo. Intento levantarme, pero me tambaleo, acosada por el mareo y las náuseas.

¿Ya os habéis dado cuenta de que no me gusta tener compañía? ¿Es posible que todavía no lo haya mencionado?

Hay quien cree que estamos hechos a imagen de Dios. Yo no. No soy en absoluto una persona religiosa, aunque tampoco soy atea. Quizá no crea en la existencia de un Dios con D mayúscula, pero sí creo en los dioses. Como Ricardo Reis, alias Fernando Pessoa, soy panteísta. Sigo el evangelio menor, hoy día considerado apócrifo. Realizo mis ceremonias religiosas —bueno, las realizaba, en pasado, porque esta mañana no tengo estómago para creer en nada— en los santuarios de mis escritores.

Soy en gran medida pessoana.

«El aislamiento me ha hecho a su imagen y semejanza». Eso lo dijo Pessoa. También escribió: «La soledad me aplasta; la compañía me oprime».

En Breviario de podredumbre, Cioran escribió: «La vida en común se hace intolerable, y la vida con uno mismo, aún más».

La presencia de otra persona —de cualquier persona— me hace sentir incómoda, como si ya no fuera yo. No siempre ha sido así. No diré que antes fuera sociable, una mariposa que revoloteara de un conocido a otro, pero no siempre me he sentido tan incómoda en compañía de otras personas. Antes podía estar con Hannah, mi amiga y compañera, y sentirme muy a gusto, mis clientes no me molestaban en absoluto y hablaba con los dependientes de las tiendas. Me las apañaba bien. A medida que me hacía mayor, a medida que la vida me aislaba cada vez más, notaba que los demás me incomodaban. El aislamiento me ha hecho a su imagen y semejanza.

Solo pensar que tengo que hablar con Fadia, aunque sea brevemente, me fastidia, me pone tensa, incluso nerviosa. Puedo superar esa sensación, y lo hago, por supuesto. No soy tan inútil. Soy un ser humano competente, o casi.

Para que no os riais demasiado de mí, queridos amigos, aclararé que el «casi» se refiere a «competente», y no a «ser humano».

Los aislacionistas Fernando Pessoa y Bruno Schulz tenían problemas mucho más graves que yo para relacionarse. A Schulz lo aterrorizaban los grupos numerosos, se aturullaba cuando estaba con gente que no conocía, se mostraba tímido como un niño. Se comportaba como un crío de dos años al que han separado de su madre. Tenía la lamentable costumbre de sobar el borde de su chaqueta, de acariciar la tela. Comparada con ellos, soy extravertida.

Creo que puedo afirmar que el contacto con otras personas nunca ha sido mi fuerte, pero últimamente, desde hace ocho o nueve años, o diez, me genera una leve angustia que me cuesta definir. Últimamente, en presencia de otras personas se me trastoca la mente. No consigo pensar con claridad, ni comportarme con naturalidad, ni nada. Últimamente evito a la gente, y la gente me evita a mí.

«Los sanos huyen de los enfermos —escribió Kafka en una carta a Milena Jesenská, su amor no correspondido—, pero los enfermos también huyen de los sanos».

Estar con tanta gente ayer me trastornó, trastornó mi alma. Perturbó la calma esencial que me proporciona lo conocido, lo acostumbrado. De acuerdo, mi madre trastorna a cualquiera, y no me gustaría verla gritándole a nadie, ni siquiera a Benjamin Netanyahu, ni siquiera a Ian McEwan. Pero estar con tanta gente no fue una experiencia agradable. Últimamente nunca lo es.

Sin embargo debo agradecerle a Fadia su generosidad. Si no lo hiciera, no me lo perdonaría a mí misma.

Antes de asomar la cabeza por la puerta me quito el abrigo y el camisón. No puedo presentarme ante las brujas con el mismo camisón que llevaba ayer por la mañana. Pero antes de hacer frente al pelotón de fusilamiento debo comprobar una cosa.

No creo que la historia de Bruckner y Mahler sea exacta; hay algo en ella que no encaja. Recuerdo que había alguien más, otro compositor. Os he dicho que creía que era una historia apócrifa, pero quiero comprobarlo. Yo copié esa historia, que extraje de un artículo más largo. Sé que la leí en una revista hace menos de diez años, lo que significa que las notas están en la caja de miscelánea del lavabo de servicio, y no en la oscuridad oceánica en la habitación de la sirvienta. No voy a necesitar velas ni una linterna para encontrarlas.

Y las encuentro, y tengo razón, o tengo razón en que me equivocaba. Cómo ha distorsionado mi memoria esa historia.

El estreno de la Sinfonía n.º 3 tuvo muy mala acogida porque estuvo muy mal dirigida. El director que debería haberla dirigido murió poco antes del concierto, lo que no es de extrañar dada la mala suerte de Bruckner. Durante el concierto, Bruckner estaba perdido en su propia partitura, como es lógico, porque no tenía experiencia como director de orquesta. El público, tan perdido como él, se durmió, pero ni abucheó al compositor ni salió de la sala en tromba. El otro músico sentado entre el público con Mahler, e igual de atónito, era Hugo Wolf (me gusta su Serenata italiana). Me temo que no se menciona que nadie llorara. Más tarde, Mahler y Wolf fueron alumnos de Bruckner. Durante el resto de su vida, Mahler destinó las regalías que ganaba con su música a publicar las partituras de Bruckner.

Mis notas arrojan más luz sobre la extraña vida de Anton Bruckner. Le gustaban las niñas, pero nunca materializó su perversión porque era un católico devoto. No era sacerdote. Él mismo tomó la decisión de ingresar en un hospital psiquiátrico para tratar aquella inclinación (la pedofilia, no el catolicismo). Compuso su Misa en do menor para dar gracias a Dios por haberle curado aquella innoble enfermedad. Esa misa menor es una masa de cerumen monumental y orquestada, una borrachera adolescente de sonido de inspiración religiosa. Digamos que es infantil.

Anton Bruckner murió virgen a los setenta y dos años.

Piet Mondrian también murió virgen a los setenta y dos.

Yo tengo setenta y dos años, pero ni soy virgen ni me he muerto todavía.

Hannah, en cambio, sí murió virgen.

Le daré las gracias a Fadia.

Desde la cocina escucho lo que dicen las brujas en el rellano. No quiero interrumpirlas en un momento inadecuado. Joumana domina la conversación. Acaba de anunciar que su hija, la ruidosa, ha terminado por fin todas las asignaturas del curso y solo le falta la tesis. Las mujeres están extasiadas, felices por ella, inmensamente orgullosas. Los sonidos que descienden en cascada desde arriba suenan a euforia desenfrenada.

De pronto me doy cuenta de que yo también me alegro por Joumana. He visto y oído crecer a su hija. Joumana llegó a este edificio cuando estaba embarazada de la niña. ¿Cómo no voy a alegrarme por la chica y por Joumana? Su hija, esa muchacha escandalosa, irritante y detestable, que absorbe todo el oxígeno de cualquier habitación en la que entra, hará algo con su vida. Derribará a quien encuentre en su camino —o fuera de su camino, arriba, abajo o a un lado— y conseguirá lo que se proponga. Será feliz. Yo me alegraré por ella.

Espero un segundo antes de abrir la puerta para que celebren la feliz noticia en la intimidad. Ensayo mentalmente. Estoy trabajando en algo importante, algo urgente que exige toda mi atención, solo quería darte las gracias por el exquisito guiso de oca. Hoy me terminaré lo que no pude comerme ayer.

—Gracias —le grito a Fadia, aunque en realidad me dirijo a las tres—. El guiso estaba delicioso. Te lo agradezco.

Las tres brujas van muy repeinadas esta mañana; es evidente que ayer fueron al salón de belleza. Incluso desde abajo veo las cejas depiladas, las manicuras, pero de las piernas no puedo hablar: no se las veo desde el rellano. Joumana, teñida de color arroz integral con mechas rubias, tiene una cafetera en la mano y se dispone a llenar la taza de Marie-Thérèse. He escogido un mal momento.

—Ven a tomar una taza de café con nosotras —me invita Joumana.

Las brujas debieron de decidir cambiar por completo de imagen. Fadia lleva el pelo teñido de rojo oscuro. Intento compararlo con algo para que os hagáis una idea, queridos, pero no puedo. Hoy el color de su pelo es sui géneris, como Faulkner.

Mi pelo blanco tiene pocos amigos en Beirut, y mi pelo azul todavía menos.

—Muchas gracias —digo al tiempo que retrocedo hacia mi puerta—, pero me temo que no puedo. Estoy trabajando en...

Algo. Di la palabra «algo». No tienes que dar más explicaciones.

La lluvia cae detrás de las brujas como si las rodeara; a sus espaldas no hay pared. Me miran con cierta preocupación. Me fijo en que la disposición de sus asientos ha cambiado últimamente; con «últimamente» quiero decir en los dos últimos años, puesto que entonces fue la última vez que las vi tomando café. A las brujas hay que oírlas, pero no hay que verlas. Ahora es Fadia, y no Marie-Thérèse, quien ocupa la posición central, y además ya no se sienta en el taburete de anea con patas de madera. Hoy, envuelta en telas de colores más estilo Sergeant Pepper que Yellow Submarine, está reclinada de lado, reposando, en una tumbona de jardín; se diría que es una odalisca preimpresionista que rinde homenaje a la diosa de la indolencia, Greta Garbo (aunque Fadia no quiere estar sola).

—Urgente —digo.

Me estoy volviendo incompetente, una tartamuda afásica.

Cuánto pelo y cuántos productos de peluquería. En Líbano son pocas las mujeres que llevan el pelo corto; seguramente solo una de cada cincuenta lo lleva por encima de los hombros. Supongo que tendrá que ver con la percepción de la feminidad. No queremos parecer diferentes. Hoy yo llevo el pelo recogido en un moño alto, como casi siempre. Rara vez lo llevo suelto, y sin embargo no me planteo cortármelo.

No me lo planteo, pero sí parezco diferente. Noto que las brujas me inspeccionan. Nuestra vecina deliciosamente desgarbada: mirad con qué garbo camina, mitad mujer, mitad jirafa.

Esto es ridículo. Estoy haciendo el payaso. Respiro hondo para calmarme.

—Lo siento, Joumana —digo—. Ahora no puedo tomar café. Agradezco la invitación, de verdad, pero estoy trabajando en algo, algo que tengo que acabar antes de marcharme, dentro de una hora. Ahora mismo no tengo tiempo. Pero gracias.

Ahora tendré que salir de mi refugio dentro de una hora.

Joumana podría volver a invitarme, o al menos proponerme que suba otro día. Cualquiera de ellas podría hacerlo. Pero no lo hacen.

Empiezo a retirarme, y entonces Joumana anuncia en voz alta:

—Mi hija ha terminado el curso de doctorado. Ahora solo tiene que redactar la tesis, y defenderla, claro.

—Doctora Mira —dice Fadia con cierto exceso de entusiasmo—. Me gusta como suena. Doctora Mira. Tenemos a una doctora en casa.

—Qué buena noticia —digo, como si acabara de enterarme—. Me alegro mucho por ti. Debes de estar muy contenta.

—¿Queréis saber cuál es el tema de la tesis? —Joumana no formula la pregunta en voz alta ni con excesiva energía, pero sí con firmeza.

Interrumpe mi cháchara mental. Noto que mis labios, casi involuntariamente, esbozan una sonrisa minúscula. Pues sí, quiero saberlo.

—Lápidas —dice Joumana, y su rostro se ilumina—. Está estudiando lápidas, y concretamente la relación de la forma de las piedras con las inscripciones y los iconos.

La lápida tendrá que empezar a pensar dónde hay que inscribir mi nombre.

¿Por qué me pasan estas cosas por la cabeza?

—Es un tema horrible —opina Fadia—. Es lúgubre. ¿Lápidas? ¿Por qué le interesa algo así?

—Es increíble —tercia Marie-Thérèse—. Yo creo que podría ser muy interesante.

—¿Ya le has contado la verdad a tu hija, querida? —pregunta Fadia—. ¿Qué es adoptada? ¿Lápidas?

Joumana hace como si no oyera a sus amigas.

—Non fui, fui, non sum, non curo —digo.

—¿Qué es eso? —pregunta Fadia.

—Latín —contesta Marie-Thérèse.

—¿Sabes latín? —me pregunta Joumana.

—¿Latín? ¿Yo? —No sé por qué, pero la pregunta me parece ridícula—. No, no lo hablo.

—Yo sí. —Joumana está muy elegante esta mañana, a medio camino entre la mujer de la alta sociedad que no es y la profesora universitaria que sí es—. Bueno, sé leerlo, no hablarlo, por supuesto. ¿Quién habla latín hoy en día? Lo estudié en la universidad.

¿He hecho algún pequeño gesto, o acaso Joumana es demasiado sensible a su público? Sea como sea, vacila nada más pronunciar la última palabra.

—Quería leer a los clásicos en su lengua original —añade.

Sí, me gustaría decir. Sí. Eso sería maravilloso. Ojalá.

—A Virgilio —dice Joumana.

—¿Quién es ese? —pregunta Fadia.

—A Ovidio —me oigo decir. Hasta detecto un anhelo susurrante en mi voz, un deje de añoranza. Latín, o tal vez griego. Casi todo lo que los hombres han dicho mejor ha sido dicho en griego.

O en latín.

—A Tácito —dice Joumana. Pone una mano encima de la cafetera, titubea unos segundos y vuelve a dejarla en su regazo—. En la lengua original. Me hacía ilusión.

También puedes leer una traducción francesa del original, luego una traducción inglesa, luego esforzarte al máximo, hacerlo lo mejor que puedas, dominar tus frustraciones y traducirlo al árabe antes de guardarlo dentro de una caja en el lavabo de servicio.

—Felicidades —digo al retirarme—. Debes de estar muy orgullosa de tu hija. Os deseo lo mejor a las dos.

Si tengo que salir de mi apartamento dentro de poco, antes debo darme un baño. Seguramente también debería comer algo. Desde mi cocina las oigo charlar en tono combativo; no discuten, pero se desafían unas a otras. Marie-Thérèse dice algo sobre sus dos compañeras, señala que fueron ellas quienes pasaron algo por alto, seguramente hablan de mí. Me voy. No quiero escuchar.

Non fui, fui, non sum, non curo.

No fui, fui, no soy, no me importa.

Ese es el texto más frecuente en las tumbas romanas.

Los textos de las lápidas musulmanas ante todo ensalzan a Dios y sus profetas: En el nombre de Dios, el más Misericordioso, el más Clemente. Alabado sea Dios, el creador del cielo y la tierra. Plegarias y bendiciones para Gabriel, todos los ángeles, Abraham, Ismael, Mahoma, todos los profetas, la hija de Mahoma, sus esposas, su prima, su mejor amigo del instituto, su farmacéutico. Lo digo en broma, por supuesto. He visto inscripciones exquisitas en algunas tumbas musulmanas; no todas eran expresiones de gratitud al estilo de la ceremonia de entrega de los Oscar.

¿Qué dirá la inscripción de la lápida de mi tumba? Hay tantas posibilidades, hay tanto donde elegir.

Aquí yace Aaliya, nunca del todo viva, ahora muerta, todavía sola, todavía temerosa.

Muerte, no te enorgullezcas, pues aquí solo has derrocado a una partícula.

Mi inscripción funeraria favorita es la de un escritor, cómo no:

*Malcolm Lowry
difunto de la calle Ebria
Su prosa fue florida
y a menudo airada
Vivió, noche a noche,
y bebió, día a día,
y murió tocando el ukelele.*

Como pessoana acérrima, mi lápida debería llevar inscritas sus palabras, y ahí, queridos amigos, tengo mucho, muchísimo donde elegir.

¿Qué estoy diciendo? ¿Una lápida interesante? Para citar a Nabokov, la historia limitará mi vida al guión entre dos fechas.

Seguramente me incinerarán con mis libros.

Ya que tengo que salir del apartamento, iré al Museo Nacional, que es adónde suelo ir para escapar del mundo. Pasaré el día allí. Si tengo tiempo, iré a ver a mi madre. Necesito saber si gritará otra vez, necesito saber si fue una anomalía ocasional, una aberración. Pero solo si tengo tiempo. No me apetece verlos a ella ni a su hijo.

Me meto en la ducha. El agua caliente resbala por mi cuerpo mientras me enjabono el pelo con mi champú para niños habitual, y no con Bel Argent. El azul desaparecerá poco a poco, muy lentamente. Otra ducha, otro día en que me gustaría que este edificio no fuera tan viejo; me gustaría tener agua más caliente, más agua, una bomba mejor, unas cañerías menos ruidosas. Cada vez que abro un grifo estalla una sinfonía de carillones de Schoenberg. Las cañerías y yo hemos envejecido juntas.

El agua brilla como hilos de mica sobre mi cuello y mis hombros. La seco con una toalla. Me retuerzo el pelo para eliminar el exceso de agua. Al menos tengo esto en común con la Venus de Tiziano surgiendo del mar y la Afrodita de Cirene. La Afrodita de Cirene no tiene cabeza, pero se supone que estaba retorciéndose el pelo antes de ser decapitada por el tiempo irreverente.

Me visto de prisa con lo primero que encuentro. El pelo, todavía húmedo, deja manchas oscuras en el pañuelo. Me calzo unos zapatos de andar (ando, ando, ando). Meto lo esencial en el bolso, entre otras cosas un paraguas plegable y la traducción francesa más reciente de las Elegías de Duino, de Rilke (nunca salgáis de casa sin un libro de poesía), y salgo a toda prisa por la puerta.

Todos los beirutíes de cierta edad han aprendido que cuando salen a dar un paseo nunca deben dar por sentado que volverán a casa, no solo porque podría ocurrirles algo a ellos, sino también porque su casa podría dejar de existir.

Para los jóvenes de hoy, los años de la guerra pertenecen a otra era geológica.

A petición mía, el service se para delante de la entrada del Museo Nacional. He intentado venir a pie, pero la lluvia y la brisa fragante hacían que mi paraguas resultara tan inútil como la equinácea. He caminado un rato, pese a estar empapada, quizá con la esperanza de que se produjera un efecto placebo o algún otro milagro, y me he dado cuenta de que el extraño

olor del aire privado de sol y su color perlado me aturdían aún más. Durante la guerra, la brisa era dulce y tenía una fragancia nauseabunda, estaba preñada del olor de los cadáveres arrojados con prisas y de cualquier manera: olores a carne, tanto fresca como en descomposición, los perfumes nativos de una ciudad. Enseguida he parado un coche, pues la cordura es más necesaria que la calistenia.

«Beirut revisitada (1982)» no es un poema que me apetezca recitar hoy.

He tomado una decisión saludable. El paseo de una hora hasta el museo puede ser rejuvenecedor —antes lo daba regularmente en los días buenos—, pero en ocasiones tiene el don subversivo de desequilibrar a un beirutí equilibrado, pues está cargado de minas emocionales y proyectiles que no llegaron a estallar. Esta calle era la línea verde principal que dividía las zonas este y oeste de la ciudad. Seguramente hubo más batallas, más francotiradores, más asesinatos, más cadáveres, más descomposición y destrucción aquí que en ninguna otra parte del país: caos, devastación y ruina. Esta zona y el bulevar que la atraviesa han sido reconstruidos. Han restaurado el hipódromo bombardeado, cuyas vigas sobresalían como esqueletos de animales antediluvianos, y ya no queda nada que nos recuerde a las docenas de caballos que ardieron vivos en las cuadras; salvo la brisa, no queda nada que nos recuerde a los centenares de peatones muertos de un tiro cuando trataban de comunicarse con sus familiares o amigos en una ciudad enfrentada consigo misma.

Visito el museo para darme el gusto, para empaparme de una historia mucho más lejana.

Cuando empezó la guerra, los conservadores del museo temían con toda razón que lo saquearan. No había caja fuerte de acero ni escondite capaces de impedir que una milicia bien armada se hiciera con los tesoros guardados allí dentro. En nuestra guerra no había marines americanos para proteger nuestro museo (je m'amuse!). Los conservadores y los vigilantes del museo excavaron una cripta bajo el edificio, metieron los objetos de valor en contenedores de madera y cemento y los enterraron: los sarcófagos antiguos dentro de otro contemporáneo, un cuerpo protegiendo a otro cuerpo. Sobre el edificio cayeron bombas, proyectiles y disparos, pero nadie sabía qué había debajo, y nadie tocó nada. La pátina ocultó un alma vieja.

El amable vigilante de mejillas coloradas da una discreta cabezada para indicarme que puedo pasar. Ajeno a la tristeza, siempre parece alegrarse de verme. Yo prefiero pagar la entrada, pero si lo hago él se siente ofendido. Nos conocemos superficialmente desde que reabrieron el museo. Es alto,

pero como tiene la cabeza muy grande parece un enano aquejado de gigantismo. Lleva una camisa de algodón de manga corta —no lleva uniforme—, y me entra frío solo con verlo. Una vez le comenté que no era ético que yo entrara gratis, que el museo necesitaba nuestro apoyo, pero él replicó que el precio de una entrada no iba a arruinar ningunas arcas. Por lo visto cree que yo y otro visitante habitual al que no conozco merecemos entrar gratis.

Me llama Tante. Qué tierno.

Está sentado a un viejo escritorio metálico junto a un detector de metales que después de la reapertura funcionó durante unos años. Al principio todos los visitantes pasaban por el detector y la máquina de rayos X se tragaba y regurgitaba los bolsos, pero luego las máquinas se estropearon, o se relajó la vigilancia. Cuando paso por debajo del arco del detector, el vigilante inclina la cabeza y me susurra con tono de complicidad, como si fuéramos espías que se disponen a intercambiar información supersecreta:

—Hoy hay macarrones, Tante. Me abren el apetito.

En su código secreto, «macarrones» designa a los italianos, lo que significa que hoy el grueso de los visitantes tiene esa nacionalidad.

—Debería llamar a mi mujer —susurra, y saca su teléfono móvil—. Quizá pueda prepararme macarrones para cenar. ¿A usted le gustan los macarrones, Tante? ¿Rojos o blancos?

Me gusta este museo porque lo visita poca gente. Durante mucho tiempo fui la única que paseaba por estas salas. A los libaneses no les interesa demasiado la historia. Después de la guerra volvieron a venir manadas de turistas árabes a Líbano, pero a ellos todavía les interesaba menos. Volvieron por el sol, la playa, las montañas, los clubes, el alcohol, las drogas y, por supuesto, el sexo, y montaban orgías en las mismísimas aceras. La palabra que designa a los árabes en el código secreto es «camellos». El vigilante es chií —seguramente cree que yo también, pero nunca le he sacado de su error—, y por eso le desagradan los saudíes, y en las raras ocasiones en que alguno viene al museo, le encanta susurrar esa palabra de su código secreto. A veces infla los labios y hace ver que rumia. Cuando vienen iraníes, su rostro se ilumina; en el código secreto son «sahs».

Los emigrantes libaneses visitan el museo cuando vuelven al país por vacaciones, para mostrárselo a sus hijos, para recuperar cierto sentido de orgullo o qué sé yo. El número de turistas europeos que vienen al museo —

los españoles son «paellas», los alemanes, wurst— sigue aumentando. Ahora acuden más italianos que franceses, o eso parece, pues, a diferencia de los escargots, los macarrones siempre llegan en grupos, casi nunca solos. Visitan el Museo Nacional porque es lo que hace la gente culta, o eso les dicen constantemente. En realidad a nadie le interesan el arte ni la historia. Es excepcional que alguien se pasee por el museo; la mayoría de los visitantes recorren las salas a toda velocidad, porque tienen prisa o porque les meten prisa. Se quedan solo el tiempo suficiente para poder decir sin vacilar, cuando regresen a París, Lyon o Génova, que han estado en el museo de Beirut. («¡Es muy mono, muy pequeñito y muy pintoresco!»). Ahora hay autobuses escolares llegados de todo Líbano aparcados en las calles aledañas al edificio. Traen a los niños al museo porque es lo que hay que hacer. Lo que hagan los niños una vez dentro no importa, lo único que importa es haberlos traído.

Yo vengo al museo para ser yo misma en el mundo; estoy fuera del apartamento, pero no en medio de una multitud. Es uno de los pocos sitios de Beirut que no sufre el azote de la música de fondo. En el supermercado, en la Corniche, en los hospitales, en las calles, en las tiendas, en los ascensores, por toda la ciudad una música insípida sale de unas rendijas diminutas para revolver y embotar las ideas de los beirutíes, una catástrofe comparable, en mi opinión, a la guerra civil. En el museo puedo pensar. En una de las novelas del rencoroso y malhumorado Thomas Bernhard hay un personaje que tres mañanas por semana se sienta en un sofá delante del mismo cuadro, el Retrato de un hombre de barba blanca, de Tintoretto, en el Kunsthistorisches Museum, porque esa sala está a la temperatura ideal para pensar, dieciocho grados centígrados, que se mantienen constantes durante todo el año para preservar los cuadros. No sé qué temperatura hay en mi museo, pero es agradable.

La gente, los visitantes, empieza a abarrotar mi museo y me entran ganas de salir. Creo de veras que me va a aplastar la multitud, que me va a hacer papilla, como si estuviera en un mortero y la gente fuera el macillo. Como ya sabéis, evito las aglomeraciones, la acumulación de personas. Pronto llegará un momento en que ya no disfrute deambulando por aquí.

El museo está lleno de piedra caliza de color ocre, cristales protectores y mosaicos antiguos. Es un edificio de estilo neoegipcio, pero no tengo ni idea de qué significa eso. A mí me parece francés, en todo caso. Lo primero que me llama la atención cada vez que entro es la escalera. Aunque la he subido infinidad de veces, siempre tengo la impresión de que está construida para

bajarla y no para subirla, un efecto que seguramente se debe a que se divide en la parte superior y gira hacia un entresuelo invisible.

Los italianos no son los únicos visitantes hoy. Dos niños de unos cinco años corretean por el museo como si estuvieran en un parque infantil. Liberados de sus madres, se alborotan y arman bulla. El chirrido de sus zapatillas de deporte, que habrán costado caras, resuena en las salas. Tengo que admitir que no me encantan los niños. Se te pegan como abrojos y es engorroso arrancártelos. No es que no me gusten, pero prefiero no tenerlos cerca. Tampoco me encantan los italianos, que no son mucho más silenciosos que los niños. Pero, en honor a la verdad, tampoco me encantan los árabes ni los iraníes, ni los norteamericanos, que son los más escandalosos de todos. En fin, en general no me encanta la gente.

Hoy no voy a poder quedarme mucho tiempo, no es un buen día para gozar de la tranquilidad que suele ofrecer el museo. Quizá me limite a pasar un rato en la sala de los sarcófagos antiguos. Aunque son de períodos diferentes, las tumbas son tan viejas que parecen unidas por lazos sagrados de amistad centenaria. Mi favorita, cerca de la entrada y del detector de metales estropeado, es la de un noble. Tiene una altura impresionante, seguramente metro y medio. Alrededor de la base del sarcófago, esculpida en la piedra vieja, se muestra la escena más conmovedora del canto small>XXIV de la Ilíada. Hombres, mujeres, dioses y bestias rodean a Aquiles mientras Príamo se arrodilla ante él y le besa la mano.

Mientras estoy ante esa obra de arte, la madre de uno de los niños, con la parte posterior de la falda ceñida al trasero, regaña mecánicamente a los dos críos en mal inglés americano. Le dice a uno que se meta la camisa azul de cuadros por dentro de los pantalones. Los chiquillos no le hacen ni caso, como si la mujer estuviera tan lejos como los tiempos de Homero. Siguen brincando, y el pelo, que llevan más bien largo, brinca también sobre sus hombros. No sé si su bullicioso comportamiento se debe a su educación libanesa o a su entorno norteamericano.

Mi paciencia, como el tiempo que me queda en este mundo, se está agotando.

Un descendiente de inmigrantes libaneses escribió una novela que versiona la escena en que Príamo suplica a Aquiles que le entregue el cuerpo de Héctor: David Malouf, en Ransom, una obra maestra. Siempre me ha conmovido esa historia, la de un gran rey rebajado a implorar por el amor que siente por su hijo. Aquiles, triunfante, con la furia de la venganza ardiendo en las venas, arrastra el cadáver de Héctor atado a un carro, pero

después, al ver el dolor y la pena de un padre, sabe perdonar. Sin embargo hoy, seguramente por la reaparición nada afligida de mi madre, el sarcófago me pone un poco nerviosa y me alejo.

Me dirijo hacia los niños de Eshmún, pero los niños reales, los de carne y hueso, no los de mármol, pasan corriendo a mi lado en la misma dirección. Doy media vuelta y voy en sentido opuesto hacia los tronos de Astarté. Eshmún y Astarté, dos dioses fenicios, cada uno en un extremo del museo; no los dioses en persona, sino unos sustitutos: las estatuas de los niños ofrecidos a Eshmún el sanador con la esperanza de que los de verdad se conservaran sanos, y los tronos de la divina Astarté.

Todos te aclaman, dos mil años demasiado tarde.

O cuatro mil años.

He perdido la cuenta de las veces que he estado ante estos tronos vacíos, reliquias descompuestas que en su momento tenían importancia; son de diferente tamaño y ninguno de los dos está entero: la piedra está cascada, la esfinge de un costado decapitada, un león, sin cabeza ni cola. Mis ojos quieren ver musgo en las grietas, como el que tendrían las estatuas in situ, pero los tronos están bien restregados. Los fenicios ponían betilos en esos tronos, originariamente meteoritos, piedras sagradas dotadas de vida, de la presencia de la diosa. No se conserva ningún betilo. Los tronos están vacíos. Astarté, la diosa del cielo con cuernos de media luna de Milton —Astaroht, Ishtar, Afrodita, Venus—, ya no reina aquí.

Cuando estoy en el museo, mi presente queda detenido, mi pasado reciente, olvidado; ante estos tronos, mi vida en su totalidad queda relegada a un segundo plano. Me siento parte de una historia más amplia, de la grandiosa noria del tiempo, lo que es iluso por mi parte, ya lo sé. Sin embargo, esa sensación me reconforta y me tranquiliza. A veces me pregunto qué habría pasado si hubiera vivido en ese otro mundo en lugar de este. ¿Me habría sentado en uno de esos tronos? No, yo no soy Astarté, no soy ninguna diosa. Quizá un betilo.

Cuando vengo al museo suelo acordarme de Schulz, seguramente por el revuelo que causó aquel asunto del mural y el museo israelí.

El escritor y artista polaco Bruno Schulz nació y se crio en una ciudad llamada Drohobycz. Bruno era raro se mire por donde se mire. Era enfermizo y tímido, socialmente inepto, con un montón de tics característicos, un niño poco corriente en un mundo riguroso. Al igual que Proust, el otro puer aeternus, con quien a veces se lo compara, tenía un

talento inmenso, y podríamos decir que, como Proust, era discreto respecto a su sexualidad y sus deseos (no, no era homosexual, sino masoquista; le gustaba su Venus de las pieles). Ambos tenían deseos socialmente inaceptables en su época, aunque monsieur Marcel tuvo ocasión de practicar el suyo. (Edmund White y otros señalan que Proust también tenía la perversión de profanar lo sagrado, aunque nadie está seguro de con qué frecuencia la practicaba). En los dibujos de Schulz, unas mujeres altas con piernas de jirafa pisotean a unos enanos con la cara de Schulz. En uno de mis preferidos, un hombre desnudo está arrodillado, en actitud de adoración, ante una mujer con el rostro de perfil, sentada en una cama o una banqueta, en negligé. Los finos tirantes resbalan seductoramente de sus hombros y vemos su espalda desnuda mientras ella mira con desdén al adorador, que está absorto en el tacón de aguja de la mujer. Con el dedo índice de la mano izquierda parece trazar la silueta del zapato, mientras el brazo derecho lo abraza como abrazaría a una amante. El hombre tiene la mejilla pegada al suelo, y su rostro refleja adulación, mientras el tacón del pie derecho de la mujer se clava en su espalda: un suplicante postrado ante la excelsa Astarté y su zapato.

La obra literaria de Schulz es sumamente reducida y tentadora: unos pocos ensayos, unos cuantos artículos y dos libros de relatos, pero qué relatos, qué mundo feliz nos mostró. Desgraciadamente para nosotros, y para él, su historia adquirió más importancia que sus historias. Cómo murió, quién fue, acaparó el protagonismo en la representación de su vía crucis. En 1941 Drohobycz cayó en manos de los alemanes. Cuando obligaron a Schulz a trasladarse al gueto, él escondió su obra en casa de colegas y conocidos: dibujos, cuadros y dos manuscritos inéditos, que posiblemente incluyeran una novela titulada Mesías. Han desaparecido todos, evaporados en una esperanza mítica, como la maleta de Walter Benjamin.

El oficial de la Gestapo encargado de la mano de obra judía, Felix Landau, decidió que Bruno no era un judío corriente, sino un judío necesario.

Pensad en esa expresión un momento, queridos amigos.

¿Qué es un ser humano necesario?

Lo que le salvó la vida a Bruno, o quizá debería decir lo que retrasó su muerte, fue que Landau se las daba de amante del arte. Obligó al judío necesario a pintar murales para el dormitorio de su hijo que representaban escenas de sus cuentos de hadas favoritos. Landau mantuvo a Schulz con

vida hasta un día de noviembre de 1942, cuando Karl Günther, un oficial de la Gestapo rival, mató a Schulz para vengarse de Landau, que había matado a un dentista al que protegía Günther. Un dentista necesario, supongo.

Günther le dijo a Landau: «Tú has matado a mi judío, y yo he matado al tuyo».

Peor aún: en las primeras páginas de este siglo, un cineasta alemán, con la ayuda de los habitantes de Drohobycz, que ahora es una ciudad ucraniana, consiguió localizar los murales que Schulz había pintado para el hijo de Landau. Debajo de las numerosas capas de cal aparecieron los reyes y las reinas, las hadas y los enanos de la imaginación de Bruno. El pintor cobró vida una vez más, aunque fuera brevemente, antes de volver a desaparecer. Tres personas de Yad Vashem, el museo del Holocausto de Israel, arrancaron de las paredes fragmentos de los murales y los robaron en plena noche. El museo alegó que tenía derechos morales sobre la obra de mi héroe. ¡Puaj!

A Bruno Schulz, un nazi le disparó dos tiros en la cabeza.

A Federico García Lorca, un fascista le disparó un tiro en la cabeza, y luego otros dos en el trasero, cuando ya había caído de bruces, para marcarlo como homosexual.

Cuando leo a Schulz, me bautizo con el agua oscura de Lorca.

En el museo —el libanés, no el israelí—, contemplo un trono vetusto, por no decir antediluviano. Según los historiadores bíblicos, Dios inundó el mundo hace cuatro mil quinientos años, de modo que no, no puedo calificarlo de antediluviano.

Oigo un taconeo detrás de mí, pero no me doy la vuelta. Son los italianos, siete por lo menos, la mayoría mujeres. Los dos niños corren hacia ellos con sus zapatillas de deporte chirriantes. Todo eso lo oigo, no lo veo. Creo que los niños tampoco lo ven, porque ambos tropiezan con el grupo de italianos. Oigo cuerpos que chocan, y a los italianos maldiciendo, pero ni caídas ni volteretas. Me vuelvo y contemplo el caos. Los italianos reprenden a los niños en mal inglés, las madres reprenden a los italianos por ofender a los niños, los italianos reprenden a las madres por la mala conducta de sus hijos, lo que da lugar a insultos en libanés. No aparece ningún vigilante, ningún árbitro, ningún representante del museo.

Este choque de culturas no me concierne.

Los grupos se separan. Los italianos miran con arrogancia a los libaneses americanos y se marchan. Las madres miran a sus antagonistas con recelo, como si fueran una caravana contagiosa de los siete pecados capitales. Tras

asegurarse de que los pecadores no miran, una madre le da una colleja a su hijo. El niño hace una mueca segundos después de recibir el golpe. La madre se aparta el pelo, que cae en ondas esculpidas sobre sus hombros, y se aleja de los niños con su amiga. La colleja no ha sido fuerte, pero el niño parece impresionado, y ni él ni su compañero saben qué hacer. Es el niño al que no han pegado el que empieza, el que incita a su amigo. Están en el mismo sitio donde los han dejado las mujeres, mirándose. El niño al que han pegado parece desconcertado. Al otro le tiemblan los labios, su respiración es entrecortada. Consciente o inconscientemente, el niño que ha recibido la colleja lo imita siguiendo el mismo orden: labios, respiración, ojos llorosos. Se dejan caer, se sientan en el suelo de piedra y lloran. Su lamento, prácticamente silencioso, contrasta con el escándalo que armaban hace poco. En la sala de las antigüedades resuenan los sollozos intermitentes de dos niños.

No se tocan, no se abrazan, no tratan de consolarse el uno al otro. Se quedan sentados en el suelo y comparten el llanto.

También yo me sumerjo en un mar de sentimientos. La escena que se ha desarrollado ante mí no solo me parte el corazón, sino también el alma. Soy testigo de una inocencia que nunca he tenido, de una infancia que me perdí y que añoro. No hay nostalgia más profunda que la nostalgia de las cosas que nunca han existido.

Consigo controlar los labios, que quieren temblar, pero la respiración me traiciona.

Me escondo detrás de la escalera para que nadie me vea. Aunque todavía estoy en la sala principal del museo, la luz rojiza se vuelve gris y el aire escondido parece más húmedo y sabe a cobre. Bajo el rellano de la escalera hay un universo completamente diferente. Las lágrimas me labran sendos surcos en las mejillas. Estoy hiperventilando. El terror se extiende por el pecho hacia las extremidades; me asusto porque me parece que estoy perdiendo la compostura y no sé por qué. La pena se apodera de mi corazón como un buitres.

¿Qué me está pasando?

Respiro hondo. No puedo permitir que los sollozos escapen de estos labios. No debo hacer ruido, como los niños. Me fijo en un rectángulo de oscuridad densa que hay a mi derecha. Me meto en esa habitación, me apoyo en la pared junto a la puerta y lloro. Veo las paredes, pero no distingo su color. A oscuras, vislumbro los desconchones de la pintura, que se desprende como si fuera papel pintado. La temperatura de esta habitación

no es de unos agradables dieciocho grados. No, no es una temperatura agradable. Es un calor febril que convierte esta sala en un verano húmedo, agosto en diciembre. En cualquier momento me atacarán los mosquitos. Tengo la garganta seca. Estoy sudando. Voy excesivamente abrigada para ser agosto, claro. Un olor asfixiante a parafina y tabaco me impide respirar hondo. Acaricio el paraguas plegable en busca de consuelo. También está húmedo y eso me consuela, al igual que los atroces olores de esta habitación.

Debo aferrarme a mi cordura. Debo serenarme y salir de este sitio opresivo.

Me doy una palmada en la cabeza, y otra, como suelo hacer para aliviar el estrés, o para obligarme a pensar cuando estoy haciendo algo estúpido: una palmadita en la coronilla. Me peino con los dedos, me recojo el cabello y vuelvo a atarme el pañuelo. Me abanico con la mano. El sudor, la humedad, parece concentrarse en el triángulo que forman las axilas y el ombligo. Abrazo el bolso y lo aprieto contra esa región, inspiro para darme ánimo y salgo a la luz del museo, que en contraste parece ahora brillante y cegadora. Lamento que no se me ocurriera coger unas gafas de sol.

La sala está vacía, no hay rastro de los niños, de sus madres ni de sus antagonistas italianos. Así es como me gusta mi museo, vacío, y desierto y todo mío, pero no puedo entretenerme.

El vigilante que siempre parece contento me mira con gesto de preocupación.

—¿Se encuentra bien, Tante? —me pregunta.

Estoy a punto de responder con el clásico «sí, sí» y salir sin detenerme, pero ese hombre merece algo mejor.

—No, pero no es nada grave —digo volviéndome hacia él—. He venido para huir de unos problemas familiares, pero no ha podido ser. —Vacilo, advierto que tartamudeo un poco—. Pero todo se arreglará.

El vigilante asiente lentamente con la cabeza, comprensivo, y me transmite el sermón libanés de rigor sobre la familia: es necesaria, es una locura, nos pone en aprietos, es un misterio y nos proporciona consuelo.

Después del calor del interior, el frío de la calle me hiela los huesos; la llovizna ha cesado y ha quedado suspendida en el aire. Bajo la escalinata, cruzo la calle, repleta de tráfico y empiezo a andar. No me importa adónde voy ni en qué dirección. Necesito que me circule la sangre.

¿Por qué no puedo ser como mi vigilante del museo? Es un hombre normal e imperturbablemente contento; normal e integrado en el mundo en

el que vive.

Henri Matisse dijo en una ocasión: «Toda la vida me ha preocupado no pintar como los demás».

Me encanta esta cita, me encanta que el pintor más luminoso del siglo XX se sintiera inseguro. Le preocupaba ser diferente. ¿De verdad quería pintar como los demás, ser como los demás? ¿De verdad quería integrarse?

Toda la vida me ha preocupado no ser como los demás. Durante años conseguí convencerme de que era especial, de que ser diferente era una elección. De hecho, quería creer que era superior, no una artista, no un genio como Matisse, pero tampoco como la chusma. Soy única, soy singular, no solo peculiar, sino extraordinaria. Consideraba que mi singularidad era una virtud, que me protegía de sucumbir a las locuras y los estados de ánimo colectivos, que me ayudaba a flotar sobre las aguas turbulentas de la familia y la sociedad. Ese era, y es, mi mecanismo de supervivencia. Pero ahora me está fallando. Y no solo ahora. Últimamente no consigo mantener la farsa, no consigo proteger adecuadamente mi corazón.

«Todo hombre guarda en su corazón una cámara real —escribió Flaubert—. Yo he sellado la mía».

Yo no lo he hecho tan bien como Gustave. Mis muros tienen fisuras. Con los años han aparecido grietas dentadas en ellos. La crisis de hoy en el museo quizá haya sido excepcional, pero desde luego no ha sido la primera. Últimamente se producen más a menudo. Los muros empiezan a presentar las señales ineluctables del deterioro. No recuerdo que llorara nunca así antes de cumplir los cincuenta y cinco.

No sé a qué edad escribiría Flaubert esa frase. Murió un par de años antes de cumplir los sesenta.

Pessoa, que era aún más experto que Flaubert en aislamiento, escribió: «He rodeado el jardín de mi ser con unas altas rejas, más imponentes que cualquier muro de piedra, de modo que puedo ver perfectamente a los demás al mismo tiempo que los excluyo por completo, que los mantengo en su sitio, donde siguen siendo otros».

Cómo domina este poeta las palabras, cómo plasma las imágenes.

Me estoy convirtiendo en una de las muchas cosas que detestaba cuando era joven: una idiota sentimental. Estos muros debilitados ni siquiera han conseguido defenderme de la sensiblería previsible de las películas malas; ahora las películas malas de Hollywood protagonizadas por grandes héroes con motivaciones aún mayores me hacen llorar.

¿Queréis películas malas, queridos? Imitación a la vida, con Lana Turner; esa película manipuladora hundió sus garras ñoñas en mi corazón hace poco. ¿La fuerza del cariño? Me avergüenza admitirlo, pero esa también.

Hace unos años dieron por televisión El color púrpura después de las noticias. La novela no me había gustado por su falta de sutileza, pero era un estudio sobre los matices comparada con la película, que emitió uno de los canales por satélite árabes de tercera, tal vez sudanés o libio, de modo que hasta las imágenes de televisión eran mediocres. Pues bien, no pude dejar de verla. Sí, pese a odiarme a mí misma por ello, me tragué El color púrpura con toda su pixelada falta de nitidez. Cuando la protagonista, una perdida —exprostituta, antes lesbiana y ahora cantante de blues casada, que antes habría cantado en un coro—, guiaba a los pecadores hasta el seno de la iglesia, cuyo párroco no era otro que su estricto y rígido padre, quien siempre la había rechazado por su rebeldía pero que ahora la recibía con un abrazo indulgente porque ella entraba en su templo cantando (esperad) «Quizá Dios intente decirte algo» acompañada por el coro de gospel, y por si vosotros, queridos míos, o yo no nos hubiéramos fijado en las señales proféticas que desfilaban por la pantalla, ella, la hija descarriada, le decía a su padre: «Hasta los pecadores tienen alma»; pues bien, cuando esto ocurría, me abandonó toda pretensión de racionalidad y me puse a llorar como..., bueno, como una hija descarriada y ahora redimida.

Una estúpida sentimentaloides, eso es lo que soy.

Pero no me pasa solo con las películas. La gente también me hace llorar.

El amante de Fadia, Abdallah, murió hace quince años; una noche su corazón dejó de latir. Un amigo común la llamó al día siguiente a primera hora. Fadia tuvo que obligarse a escuchar la noticia con estoicismo, como si Abdallah solo fuera un mero conocido. «¡Ay, sus pobres hijos! —quizá se viera obligada a decir—. ¡Su desconsolada familia!». Tuvo que esperar hasta que salió al rellano, hasta que se marcharon todos los hombres del edificio. Tuvo que esperar hasta que se quedó a solas con sus amigas, tomando café.

¿Os imagináis lo sola que debió de sentirse al recibir la llamada? Tu amante acaba de morir, tu compañero te ha abandonado, pero no te atrevas a emitir ni el más leve sonido inapropiado, porque tu familia podría oírte. Nadie te tocará como te tocaba él, nadie te comprenderá, nadie te abrazará hasta que te duermas, pero no dejes que tu rostro muestre ni un atisbo de pena. El dolor lacerante de sentirte sola estando rodeada de seres queridos.

Estaba esperando a que hirviera el agua cuando la oí. Mencionó como de pasada que Abdallah había muerto, y al principio me sorprendió lo despreocupada que parecía, hasta que comprendí que estaba aguardando a que el marido de Joumana se marchara con el de Marie-Thérèse. Las amigas de Fadia no dijeron nada, o al menos yo no oí nada desde la ventana de mi cocina. Luego el marido de Joumana bajó por la escalera haciendo mucho ruido, como siempre que se va a trabajar, y el marido de Marie-Thérèse añadió su propio estruendo.

Cuando se hubieron marchado los hombres, las mujeres esperaron unos segundos. Entonces Joumana y Marie-Thérèse empezaron a consolar a Fadia, y Fadia dio rienda suelta a su aflicción. En el rellano, Fadia no podía gritar, y Joumana y Marie-Thérèse tenían que hablar en voz baja, pero yo, de pie junto al fregadero, con los platos del día anterior limpios y secos en el escurridor, oí cada palabra, cada gemido, cada sollozo, cada susurro. Como ya imaginaréis, queridos amigos, Joumana y Marie-Thérèse soltaron una letanía de tópicos poco convincentes: «Dios ha querido tenerlo cerca de su seno», «El tiempo todo lo cura», «Reharás tu vida». Pronunciaban las tradicionales condolencias libanesas, trilladas después de tantas generaciones: «Al menos tienes salud», «Dios nos ayudará». Quizá a vosotros os habría resultado irritante. Mientras lloraban juntas, repetían una y otra vez aquellos lugares comunes sin sentido, palabras estúpidas, inútiles, incoherentes, vacías, que no significaban nada y ni siquiera estaban llenas de ruido y furia. Funcionó, por supuesto. Lloraron y se lamentaron.

Yo lloré y me lamenté en mi cocina, en silencio, para no molestarlas. No podía controlar mis sentimientos. No conocía a Abdallah. Solo había oído las historias que las mujeres contaban sobre él. Sentí lástima de él. Sentí lástima de Fadia. Como una adolescente sentimental, lloré por un amor perdido.

No vayáis a pensar que me he convertido en una de esas mujeres que lloran en todos los entierros aunque no conozcan al muerto. No lloro por cualquier tontería; ni siquiera lloro cuando cae una bomba (en Beirut caen bombas como si nada). Lo que digo es que antes era más fuerte. De niña no lloraba, ni cuando ya era una mujercita. El hecho de que lloro ahora, aunque pocas veces, el hecho de que no pueda controlar mi llanto en esas contadas ocasiones, me desconcierta. Solo eso.

Quiero que sepáis que no me sucede normalmente.

He de admitir que también perdí el control hace cuatro años, cuando la hija de Joumana anunció a las amigas de su madre que la habían aceptado

en la Sorbona para cursar el doctorado. Mientras ellas la felicitaban a gritos en el rellano de arriba, yo compartía su felicidad y lloraba inclinada sobre la encimera de piedra gris de mi cocina.

Sin embargo, es algo infrecuente.

La neblina de llovizna se ha deshecho. La acera húmeda y una colcha de nubes bajas y finas —ora reconfortantes, ora amenazadoras— son los únicos indicios de que la lluvia ha pasado por aquí. Las piernas —cada una intenta adelantar a la otra— me llevan por una calle lateral. A diferencia de las calles principales, que cortan la ciudad como una cuchilla de carnicero, esta, más antigua, menea bastante las caderas. Negocia con el vecindario, regatea, toma y da; casi nunca va en línea recta, pero sabe adónde va. Esta calle es más antigua que los bulevares, que a su vez son más ordenados; sus paredes y estructuras muestran la pátina del tiempo. Camino por la calzada de asfalto, pues la acera —más que una acera es un bordillo discontinuo— está ocupada por vehículos aparcados y las Vespas de las numerosas castas de repartidores que hay en la ciudad. La película de agua dejada por la lluvia hace que tenga la impresión de andar sobre una capa de alquitrán, en la que mis zapatos hacen un ligero ruido de succión. Todos los edificios de esta calle son de cuatro plantas o más; en cada piso hay un balcón con cortinas que en su día, hace mucho tiempo, fueron de colores llamativos.

Pasa un coche pequeño, lleno hasta arriba de fumadores. Con tanto humo y tantos cigarrillos encendidos, da la impresión de que esté ardiendo. En otro coche, un niño aburrido tiene la cara pegada a la ventanilla trasera, las facciones deformadas. Ve que lo miro y saca la lengua para completar el aplastado autorretrato. Ese breve intercambio me divierte, y por lo visto a él también. Se aparta de la ventanilla, no sé si para contemplar mi reacción o la húmeda obra que ha dejado en el cristal. Un tercer coche toca la bocina para asegurarse de que no voy a cruzarme en su camino y luego pasa pitando a mi lado. Subo al bordillo, pero solo doy un paso, pues un expositor lleno de bolsas de patatas fritas me impide avanzar. El dueño de la tienda de comestibles está sentado fuera, en un taburete, con unos auriculares enchufados en los sentidos, feliz y sin que le importe que su mercancía y él hayan ocupado la acera. Parece contento en su mundo.

Paso al lado de un letrero que reza «Salón Aaliya» en árabe, aunque en otro letrero escrito en alfabeto latino dice «Salón Beyoncé». No sé si reír o llorar. No veo a ningún cliente en las sillas de barbero.

Hace más frío. Los últimos vestigios del otoño se levantan y desaparecen. Agarro más fuerte el bolso. Ya no sudo, pero la humedad

todavía se aferra a los valles entre mis dedos.

Una tienda de bocadillos lanza olor a ajo hacia la calle. Tengo hambre. No sé si es la hora de comer o si ya ha pasado. Me he dejado el reloj en casa, como me pasa a menudo desde que me jubilé.

Este barrio es una conejera, o al menos como yo imagino que debe de ser una conejera, pero no tiene comparación con los cambiantes laberintos de los campamentos palestinos. Tiene un aire más sólido. Seguramente veo una diferencia abismal entre los dos porque los conozco. No he vuelto a Sabra desde que fui a buscar a Ahmad aquel día, hace ya muchos años. Quizá no pasee por este barrio a menudo, pero lo conozco. Ha cambiado un poco desde la última vez que estuve, pero lo reconozco, intrínsecamente. El barrio donde me crie no queda lejos: si no a un tiro de piedra, a un lanzamiento de mortero.

Hace un par de años hubo unos cuantos lanzamientos. En 2008, los chiíes y los sunnís —¡malditas vuestras familias!— se enfrentaron breve pero violentamente en estas calles. Todavía pueden verse las señales en los edificios: algunos agujeros de bala en uno, dos manchas en el segundo piso de otro, un lunar en un tercero; secuelas en unas fachadas que no pueden pagarse la cirugía estética. Sin embargo, no queda ni rastro de las cicatrices psicológicas que dejaron esas batallas en los beirutíes. Disimulamos muy bien los traumas. Aunque sea brevemente, aplazamos la irrespirable oscuridad que nos abruma.

¿Qué puedo decir de lo traicionados que nos sentimos cuando los libaneses empezamos a matarnos otra vez? Durante años, desde el fin de la guerra en 1990, nos engañamos creyendo que, después de todas las atrocidades que habíamos soportado, nunca volveríamos a enfrentarnos entre nosotros. Creímos que habíamos enterrado nuestro horror. Sin embargo, los libaneses no queremos analizar ese período de nuestra historia. Nosotros, como la mayoría de los seres humanos, consideramos que la historia es una lección expuesta en una pizarra que se puede borrar fácilmente. Preferimos esconder la cabeza para no ver las dificultades de la vida.

Puedo rescatar la sobada frase de George Santayana, esa de que quienes no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo, pero no serviría de nada. Es una cita descabelladamente optimista, además de manida. Estamos condenados a repetir el pasado tanto si lo recordamos como si no. La repetición es inevitable; preguntádselo a Nietzsche (el eterno retorno), a Hegel (la historia se repite) o a James McCourt (la historia se repite como el

hipo). Podríamos llevar las botas de hierro de la historia a modo de accesorio.

Los beirutíes están entretejidos en las guerras de su ciudad.

Me gusta la cita de Mark Twain: «La historia no se repite, pero rima».

Nos traumatizamos cada vez que los israelíes montan una de sus viriles juergas homicidas, pero lo superamos. Ellos no son nosotros. Es el precio que tenemos que pagar por vivir al lado de un vecino que necesita demostrar constantemente lo grandes que son sus atributos. Y son grandes, os lo aseguro, incluso nucleares. La destrucción que nuestros vecinos dejaron caer sobre nosotros en 2006 fue monumental; no, no debería usar ese adjetivo, porque implica ensalzamiento en lugar de arrasamiento. Digamos que fue horrorosa; prácticamente todos los barrios del sur de la ciudad quedaron devastados, y murieron cientos, si no miles de personas. Bombardearon todos los puentes del país, todas las centrales eléctricas. Yo me resistía a salir de casa a pesar de que mi barrio no estaba en peligro. Y sin embargo, pese a lo espantoso que fue aquel episodio, yo, como la mayoría de los beirutíes, busqué una explicación (recordad mi anterior disertación sobre la causalidad) y me dije que era el enfrentamiento cara a cara de la locura del ejército israelí y el sector lunático radical de Hezbolá. Oh, Poseidón, concédeme que esos dos saqueadores de ciudades encuentren sus casas en mal estado.

Dos años más tarde, en 2008, cuando se produjeron los enfrentamientos entre chiíes y sunníes, no pude encontrar ninguna explicación.

Seguramente ya os habéis fijado en que no me gusta Israel, ese ridículo estado pigmeo rebotante de autoestima, y sin embargo muchos de los gigantes a los que respeto son judíos. No hay contradicción. Me identifico con los marginados, con los alienados y con los desposeídos. Como muchos estados nación, incluido Líbano, su estado pigmeo gemelo, Israel es una abominación.

Los israelíes son judíos que no saben dónde han puesto su sentido del humor.

Me gustan los hombres y las mujeres que no encajan en la cultura dominante o, como los llama Álvaro de Campos, los extranjeros aquí y en cualquier otro lugar del mundo, accidentales tanto en la vida como en el alma. Me gustan los marginados, los fantasmas que deambulan por las salas llenas de telarañas del castillo maldito donde debe vivirse la vida.

A David Grossman quizá le guste Israel, pero deambula por sus salones llenos de telarañas como su tocayo Vasili se paseaba por los de Rusia.

Escribir es saber que no estás en casa.

Dejé de adorar a Ulises en cuanto desembarcó en Ítaca.

Me encanta el tema de la tierra natal, pero el regreso a la tierra natal no.

Hace tiempo Czeslaw Milosz escribió en un artículo que, en esta era de la tecnología y la movilidad de masas, toda la retórica nostálgica de la patria «alimentada por la literatura desde que Ulises regresó a Ítaca» ha quedado debilitada, si no olvidada. Puede que se haya debilitado, pero no creo que se haya olvidado. Esa añoranza de una tierra natal mítica, no necesariamente física, es lo que inspira el arte. Sin esa añoranza, la patria no es nada más que el nombre de una empresa finlandesa que fabrica los vehículos blindados utilizados por Israel en sus guerras en Líbano, o el nombre de una metralleta argentina.

Yo valoro la añoranza.

También valoro la ironía.

En el verano de 1982, mientras los tanques blindados y los helicópteros de combate israelíes imponían un asedio propio de otra época a una Beirut sin murallas, interrumpiendo el suministro de agua y comida, las fuerzas aéreas, esas catapultas modernas, arrasaron bloques de pisos, destruyeron todas las infraestructuras y, sorprendentemente, bombardearon la sinagoga del barrio judío de Beirut.

No hay contradicción.

Veo a una madre sentada en la acera de enfrente; su cara delata que no es libanesa, y su vestido harapiento delata que no vive en este barrio. Es una mendiga de profesión y está rodeada de las herramientas de su oficio: un bebé en los brazos; una niña de unos cinco años con el vestido y las rodillas sucios, incapaz de concentrarse en nada que suceda más allá del mundo de su madre, y la hija mayor, una chiquilla de no más de diez años, que, sentada en el suelo junto a su madre, con la espalda apoyada en la pared del edificio, me examina desde lejos. La siniestra madre, que parece salida de un cuento infantil, da un empujoncito a la hija mayor, quien se levanta de un brinco y echa a correr hacia mí con agilidad de experta. Morena, con la cara sucia y las mejillas sonrosadas, parece decidida y exageradamente seria. En sus ojos se aprecia un intenso brillo de resolución, el del depredador hambriento que ha avistado a su presa.

Solo que esta presa ya le ha preparado la mesa.

Espero hasta que rodea un coche y se me echa encima, y entonces la sorprendo extendiendo la mano y diciendo: «¿Tienes algo suelto para darme? Tengo mucha hambre».

Su cuerpo reacciona antes que su cara —un lapso de pocos segundos—, y retrocede como si la hubiera alcanzado una batería de obuses. Casi se cae sobre el Nissan azul que tiene a la izquierda. Su expresión de perplejidad no tiene precio: levanta las cejas, deja caer la mandíbula, sus labios se adelgazan y se le encienden las mejillas. Utiliza el coche como punto de apoyo, posa en él la mano abierta. Entonces me doy cuenta de que es más pequeña de lo que me había parecido; seguramente es una niña de ocho años alta para su edad.

Me pregunto si me habré pasado, pero no, la niña se recupera enseguida.

Sus ojos son los primeros en sonreír; es una chica lista. Luego rompe a reír. Su risa me alcanza como una catapulta y su mirada me deja paralizada. Me examina con regocijo y admiración no disimulada. Sonrío.

La madre, que se remueve nerviosa al otro lado de la calzada, no parece apreciar nuestra peculiar escena ni su encanto urbano. Incluso desde esta gran distancia se palpa su ansiedad. Atrae hacia sí a la pequeña de cinco años, cuyas caderas rodea con el brazo derecho.

—Tienes el pelo azul —observa mi niña entre carcajadas.

En un gesto efusivo, meto una mano en el bolso y le doy todos los billetes que tengo; todo lo que tengo excepto lo que llevo en el bolsillo, donde siempre pongo la mayor parte del dinero por si me roban el bolso. Acabo dándole solo un poco más de lo que vale la entrada del museo, que es mucho menos de lo que llevo encima. No soy estúpida, ni romántica, ni una atareada novelista rusa.

La niña, radiante y presumida, cuenta los billetes con los dedos ágiles de un cambista beirutí. Se da la vuelta sin dejar de contar y echa a andar hacia su madre.

—No dejes de ir al colegio —le digo.

—Estamos de vacaciones —responde sin levantar ni volver la cabeza, concentrada todavía en su botín.

Me recojo un mechón de pelo, me arreglo el pañuelo y sigo mi camino.

Me distrae el graffiti de una tapia que hay en el callejón de la izquierda. Describe con claridad lo que al veloz ensayista le gustaría hacerle a Condoleezza Rice y en qué posición (pista: estilo canino). El odio al gobierno Bush quizá haya sido lo único capaz de unir a todas las sectas de Líbano. Tienes el listón muy alto, Barack el Abogado.

En uno de estos callejones, no recuerdo exactamente cuál, tuve una experiencia humillante que ha permanecido en mi memoria hasta ahora,

casi setenta años más tarde. Se trata de un suceso que ya no me produce mucho dolor. Debía de tener algo más de cuatro años; mi madre estaba embarazada de mi hermanastro el mayor, en el segundo trimestre. Íbamos hacia casa con prisas, ella me llevaba cogida de la mano. Mi madre caminaba muy concentrada y no poco consternada. Entonces yo no entendía, ni lo entendí hasta mucho más tarde, el miedo que le daba decepcionar a su marido, a la familia de este y a la suya propia, y si no aquel día, en algún otro momento. Como a la mayoría de nosotras, la habían amamantado con la leche del patriarcado (la valentía de los hombres, la fidelidad de las mujeres). Estaba convencida de que el mundo se descompondría si su marido contuviera la respiración y que, si no se cumplían todos sus caprichos, el universo entero quedaría reducido a cenizas.

Todavía recuerdo mis apresurados pasos aquel día, su inseguridad, mis resistentes zapatos de goma y tela de color marrón y beige, comprados hacía poco pero pasados de moda desde hacía tiempo. Hacíamos aquel trayecto a menudo, pero aquella vez era diferente. Ignoro si mi madre iba a llegar tarde, si no iba a tener tiempo de prepararle la cena a su marido, de terminar de limpiar, de plancharle la camisa de dormir, qué sé yo. Recuerdo que todavía era de día, de modo que él no podía haber regresado a casa. Sé que, en lugar de fijarme en lo que me rodeaba, solo podía concentrarme en las pantorrillas de mi madre, en cómo se deslizaban verticalmente como placas tectónicas con cada paso que daba. Mi madre caminaba deprisa, pero no podía correr debido a su estado; los transeúntes no lo habrían tolerado y se habrían visto obligados a proteger al feto de mi hermanastro de aquella madre irresponsable.

En aquella época había más gente caminando por las calles, mucha más.

Ahora, mientras recorro estas calles, me parece ver las lechosas pantorrillas de mi madre tal como eran entonces, las pantorrillas de Hera o Atenea en El juicio de Paris de Rubens. Evoco el oscilar del bajo de su falda negra, cómo ondulaba por debajo del hueco de las corvas.

Ahora, mientras recorro estas calles, observo que los edificios, la mayoría contruidos en los años cincuenta y sesenta, son mucho más altos y que yo también soy mucho más alta.

Recuerdo que aquel día estaba aterrorizada. Necesitaba orinar. No paraba de decirle a mi madre que no podía esperar a que llegáramos a casa. Debía de imaginar que ella, que era una hechicera, podría hacer aparecer un retrete para mí. Mi madre, a diferencia de la esposa de Lot, no miraba hacia atrás, sino que mantenía la vista al frente, hacia La Meca. Ella también

necesitaba orinar, me dijo sin detenerse. Necesitaba orinar continuamente debido a su estado, pero iba a esperar hasta que llegáramos a nuestro apartamento. Siempre esperaba. Si ella podía, yo también.

Debí de ponerme a llorar. Debí de tropezar. Debí de hacer algo, porque algunas personas nos miraron con preocupación, y otras con desdén. De pronto mi madre se paró. ¿Por qué siempre tenía que estar pidiendo, montando escenas? ¿Por qué no podía portarme como los niños normales? No me soltó la mano y tiró de mí hasta un callejón que discurría entre un par de edificios de dos plantas de color ocre. Cortando nuestro lazo con una espada del juicio, agitó la mano para indicarme que me alejara. «Allí —me ordenó—, hazlo allí, y deprisa».

Su decisión debió de sorprenderme o impresionarme, pero no recuerdo si fue una cosa o la otra. Corrí por el callejón mientras ella montaba guardia de espaldas a mí. Temiendo que me viera algún transeúnte, me colé por la verja de un edificio. Detrás de una gran buganvilia en flor me agaché, medio oculta por su escudo rojo.

Una mujer con un vestido oscuro y los cabellos cubiertos con un pañuelo también oscuro me gritó y se puso a insultarme. Yo había creído que nadie podía verme. Había mirado alrededor antes de iniciar mi profanación, pero no me había fijado en el balcón del piso superior, donde estaba la mujer. «Largo de aquí», me gritaba, pero yo no podía marcharme. No podía parar de orinar. Tampoco podía mirar a aquella mujer, ni enfrentarme a su ira. Ella subió la voz y el tono de sus insultos. Mi mirada se entretuvo en el charco continental que se formaba en el suelo debajo de mí.

Cuando estuve lo bastante presentable para levantar la cabeza, vi a mi madre plantada ante mí; parecía más perpleja que enojada, pero fue solo un instante. Cuando la mujer del balcón empezó a insultarla y criticar sus métodos educativos, mi madre le soltó una sarta de improperios tan impresionantes que la otra se puso colorada y se quedó sin habla. Aquella mujer tan grosera, ya muda, se sujetó a la barandilla con todas sus fuerzas, como si la lengua de mi madre tuviera el poder de obligarla a saltar del balcón. Bajo el balcón donde había reinado la mujer había un blasón con gavillas de trigo labrado en la piedra, un falso emblema que en su día debía de haber tenido el mismo color ocre del resto de la fachada, pero que se había ennegrecido al acumular la suciedad y el hollín de la ciudad en sus recovecos.

Mi madre me empujó hacia la calle, volvió a cogerme de la mano y seguimos hacia casa. No me hizo ningún caso durante el resto del camino, pero no paraba de hablar sola y murmurar al cielo. No me pegó, no me dio ninguna colleja, pero estaba furiosa conmigo. Era una gesticulante furia de una sola mano en marcha.

No sé qué fue lo que echó más leña al fuego: si que yo la hubiera avergonzado y la mujer la hubiera considerado una madre imperfecta, o que yo hubiera interrumpido su acelerado paso y su marido pudiera considerarla una esposa imperfecta. Recuerdo que yo estaba horrorizada, con la vista clavada en dos puntitos que habían aparecido en mi zapato izquierdo, dos gotas en la tela de color beige, no sobre la goma marrón. ¿Cómo iba a explicárselo a mi madre? ¿La humedad atravesaría el zapato y el calcetín y me mancharía el pie mientras me dirigía a casa?

Me dirijo a casa de mi madre. No puedo afirmar que el paseo sea del todo impremeditado. Esta mañana me he planteado la idea, pero no he formulado ningún plan ni he tomado ninguna decisión firme. He pensado en ver a mi madre, y por lo visto una memoria muscular de mis piernas ha reaccionado. Mis pies me han llevado sinuosamente, con paso incierto, en esa dirección. Como en muchos cuentos infantiles, debo acabar allí. A Jung no le habría sorprendido.

No estoy afilando mi cuchillo ni mullendo cómodas almohadas. Debería añadir que tampoco estoy mullendo almohadas para asesinarla. No estoy planeando nada. No habrá desenlace ni epifanía, y lo más probable es que siga sin entender gran cosa. Supongo que no quiero que su chillido de terror sea el último recuerdo que guarde de ella. Mi intención y mis objetivos son sencillos.

Tengo la impresión de que desaproveché una oportunidad en nuestro último encuentro, de que eché a perder un momento preñado de significado. Porque fue un momento preñado de significado, ¿no? ¿Debí decirle algo?

«Soy yo, mamá, yo».

¿Debí citar a Milton, pronunciar las palabras que Pecado, la hija, le dice a Satanás, su padre? «¿Acaso me has olvidado y tan repugnante me ves ahora?».

¿Debí darle una bofetada?

Después de la lluvia todo parece nítido, terso y brillante. La roya se acumula en las hojas muertas de un árbol cuyo nombre desconozco. Si vuelve a gritar al verme, la mato.

En lugar de ir a verla, debería irme a casa y guardar a Sebald en la habitación de la sirvienta.

Estoy orgullosa de haber terminado el proyecto Austerlitz. La considero una de las mejores novelas sobre el Holocausto. En mi opinión, gran parte de lo que se escribe sobre el Holocausto últimamente parece dirigido a la pequeña burguesía. Creo que cuando un tema se ha cultivado mucho, y en especial algo tan terrible como el Holocausto, cualquier obra nueva debería obligarme a mirar con nuevos ojos, a experimentar sentimientos previamente no experimentados, a explorar lo hasta entonces inexplorado. Después de leer a Primo Levi por primera vez, durante una semana mi cuerpo temblaba y se sacudía en los momentos más inesperados. No podía leer *Nuestro hogar es Auschwitz*, de Borowski, sin agarrarme al borde de mi escritorio en el trabajo, como si tuviera rigor mortis. Durante años leí sobre todo libros melodramáticos, hasta que di con *Sin destino*, de Kertész, y entonces volví a sentirme desafiada.

Kertész, como Levi y Borowski, se libró de las cámaras de gas de Auschwitz, y es el único de los tres que no se ha suicidado (o al menos no todavía). En 1951, Tadeusz Borowski, que tenía veintinueve años, abrió una llave del gas y metió la cabeza en el horno. La Gestapo lo había detenido aunque no era judío, por imprimir clandestinamente su poesía.

Quien afirme que la pluma es más poderosa que la espada nunca se ha encontrado cara a cara con un arma.

Dos de mis libros favoritos son *Los emigrados y Jack jsem potkal ryby* (Cómo llegué a conocer a los peces), de Ota Pavel. Lo que me gusta de ellos es que tratan sobre el Holocausto sin mirarlo directamente; no recuerdo que en ninguno de los dos se mencione esa palabra. Ambos evitan ensuciar el dolor con sentimentalismo, y por eso son tan demoledores.

Es difícil abordar el dolor directamente; hay que acometerlo de forma oblicua. Muy pocos de nosotros podríamos escribir sobre una tragedia inmensa sin perdernos en las refracciones de unas lágrimas cegadoras. Creo que debemos seguir el consejo de Bushy en *Ricardo II*, y el de Slavoj Žižek, y mirar de soslayo.

¿También el dolor nos hace perder conos de onda corta, nos impide distinguir el color azul?

Me pregunto si Hannah, en su último año, miró directamente su vida y se sintió abrumada. ¿Habría podido salvarse si la hubiera mirado de soslayo?

De los Sonetos a Orfeo, de Rilke:

*Hasta los árboles que plantasteis de niños
crecieron y se hicieron demasiado pesados, no podríais sostenerlos.*

La primera vez que vi a Hannah fue en el apartamento de mi madre. Acompañaba a la familia de mi exmarido cuando vinieron a pedir oficialmente mi mano. Aquel día me fijé en ella, aunque no me fijé en casi nada más; faltaban dos meses para que cumpliera dieciséis años, estaba demasiado enfrascada en los libros, en el trabajo escolar y en las falsas ilusiones.

He de admitir que antes de aquel día no había pensado mucho en las posibles consecuencias. Sabía, porque me lo habían dicho, que era una proposición de matrimonio, que la familia de mi exmarido iba a visitarnos para valorarme y juzgarme, y que debía comportarme con dignidad; pero no había pensado en lo que significaba. No tenía ninguna hermana mayor que hubiera pasado por aquel proceso, ni primas mayores que pudieran servirme de modelo.

No me había dado cuenta, por ejemplo, de que el matrimonio significaba que tendría que dejar la escuela. Si me hubiera dado cuenta, habría hecho muchas más preguntas en clase. Era una polilla a la que obligaban a abandonar la crisálida para enfrentarse a las luces intensas y las tormentas aterradoras del mundo.

No sabía qué opciones tenía. De haberlo sabido, habría prestado más atención, le habría hecho más preguntas al bobo.

Le habría hecho tragarse aquella pipa de pedante mientras fumaba.

Mi exmarido tenía la primera virtud de la época de Stendhal, como explica el conde Mosca a la deliciosa duquesa en La cartuja de Parma: «La primera virtud de un joven hoy en día (quizá de los próximos cincuenta años, si seguimos viviendo en el temor y la religión recupera su poder) es ser incapaz de sentir entusiasmo y no tener mucho cerebro».

Así era el idiota con el que me casé, bendita sea su alma rancia. En este caso también podríamos añadir una falta absoluta de sentido del humor y del honor; ah, y ser incapaz de ganarse el sustento, y estar satisfecho con su analfabetismo funcional, y ser un cobarde nato. Podríamos decir que estaba lleno, rebosante de virtudes.

Cuando nos dejaron a solas en el diminuto salón para que charláramos y nos conociéramos, el insecto impotente tardó más de veinte minutos en reunir el valor para decir algo («Eres guapa»). Nos quedamos sentados, sumidos en un silencio incómodo, mirándolo todo pero sin mirarnos el uno al otro. No exagero cuando digo que todas las conversaciones que tuvimos a

partir de entonces empezaban con un silencio que duraba veinte minutos, incluso las pocas veces que mi exmarido decidía darme las buenas noches.

A lo largo de nuestro matrimonio pasamos semanas enteras sin decirnos más que las palabras imprescindibles, y sin compartir otra cosa que un silencio de perplejidad.

¿Y pensáis que ahora estoy sola, queridos? ¡Qué va!

Ojalá en aquella época hubiera escuchado a Chéjov, o lo hubiera leído: «Si temes la soledad, no te cases».

No soy tan egocéntrica como para pensar que mi matrimonio fue el más horroroso o que mi exmarido fue el peor. Jamás me puso la mano encima (para hacerlo habría tenido que subirse a una silla o a una escalerilla) ni me causó ningún dolor físico. He conocido a hombres peores en esta vida. También sé que mi matrimonio no fue ni mucho menos especial, ni especialmente beirutí. Por citar las palabras concisas de madame du Deffand, que, como yo, se casó y se separó casi inmediatamente después: «No amar en absoluto al marido es una desgracia asaz general».

Pero basta de hablar de él.

Aquel día me fijé en Hannah por dos razones: comía y estaba contenta. Devoraba todo lo que le ofrecían. Mi madre o yo sacábamos una bandeja de pasteles caseros, bombones o almendras garrapiñadas, y ella no vacilaba, no pestañeaba ni ponía reparos. Los otros invitados fingían que dudaban sobre si debían coger más, titubeaban antes de servirse, pero Hannah no. Ella nos daba las gracias profusamente cada vez que le ofrecíamos algo y lo engullía sin dilación. Si yo le decía «Coge dos, por favor», ella obedecía.

Mi querida Hannah.

Sí, y estaba contenta. No hablaba mucho, pero parecía encantada de que la incluyeran, casi como si fuera ella el novio. De no haber sido por las convenciones, las costumbres y los buenos modales, seguramente se habría abalanzado sobre mí y me habría abrazado para dar la bienvenida a la novia en su mundo. Prodigaba alegría a la familia de mi exmarido y a la mía.

Estuvo presente el día del compromiso y la noche de lo que dimos en llamar mi boda. Lo que le granjeó mi cariño definitivamente fue que, dos días después de que me instalara en el apartamento, ella fue la primera que vino a visitarme. Digo «visitarme» y no «visitarlos», porque mi exmarido la odiaba. Ella no reparaba en su odio, y la verdad es que la mayor parte del tiempo tampoco reparaba en él. Hasta que se hundió en el abismo al final de su vida, Hannah siempre tuvo una habilidad asombrosa para no ver lo desagradable, y mi marido era sumamente desagradable. No sé cuándo llegó

a la conclusión de que él era irrelevante, pero fue pronto, mucho antes que yo. En sus diarios solo lo mencionó dos veces; la primera lo comparó con un mozo del aeropuerto, lo que en mi opinión era una descripción extraordinariamente acertada; la segunda fue cuando él me dejó y Hannah lo llamo «perro» o, para ser exactos, «chucho asqueroso y sarnoso».

La primera vez que vino a mi apartamento, fui a la cocina para prepararle una taza de café y ella me siguió. Mientras yo molía los granos, Hannah inclinó la cabeza y noté la caricia de su frente en el pelo. «Tu maridito es un poco raro —me susurró—, pero no te preocupes, lo conozco desde que era un crío y es inofensivo». Como siempre que Hannah creía que estaba siendo traviesa, sus cejas subieron y bajaron varias veces seguidas, pidiendo aprobación. Me recordaron los limpiaparabrisas de un coche.

Y, claro, Hannah acabó enseñándome a preparar el café: cuántas cucharadas de café molido debía poner, cuánto azúcar, cuánto cardamomo. Nos hicimos amigas sin darnos cuenta. Hannah fue la primera persona que quiso tenerme en su vida, la primera que me eligió.

Aprendí mucho de Hannah. Cuando me casaron, yo no estaba preparada para la vida. A veces pienso que todavía no estoy preparada, pero esa es otra historia. Ella me enseñó a cocinar, aunque no se le daba mucho mejor que a mí; a hacer calceta, aunque nunca me interesó demasiado; a coser ropas y botones, algo a lo que sí me aficioné, porque el impotente era especialista en perder botones. Me prestaba libros y revistas.

También me enseñó a rezar, otra disciplina que no seguí cultivando. Al principio estaba demasiado ocupada con la casa, la cocina y mi educación. Tenía poco tiempo para Dios, que tenía poco tiempo para mí. Al madurar, dejé de necesitar a Dios. Emmanuel Lévinas afirmaba que Dios había desaparecido en 1941. El mío desapareció en 1975. Y en 1978, y en 1982, y en 1990.

Hannah, en cambio, era muy devota. Le sorprendió que ni el insecto impotente ni yo tuviéramos una alfombra de oración (él, más que religioso, era supersticioso), y se quedó atónita al saber que mi madre no me había enviado una a mi hogar conyugal (mi madre tampoco tenía alfombra de oración). Me compró una, que es lo primero que tocan mis pies cuando me levanto de la cama.

Hannah no era muy estricta con sus plegarias. Procuraba rezarlas, pero, si se saltaba una o dos al día, tampoco se preocupaba. No solía realizar la oración de la tarde porque casi todos los días venía a la librería para

ayudarme a cerrar y luego nos íbamos juntas andando a mi apartamento. Ya fuera verano o invierno, ya lloviera o hiciera sol, allí estaba ella, año tras año, bajo un paraguas o bajo un cielo resplandeciente.

Charlábamos mientras preparábamos y devorábamos la cena. Una de las imágenes que han quedado grabadas en mi mente es la de Hannah chupándose el dedo índice y recogiendo las migas del mantel. Se sentaba conmigo en mi sala de lectura, que todavía no estaba tan llena de libros, y, como si fuera una locutora de noticiario, me ponía al día de las aventuras de las familias, la suya y la de su prometido, es decir, la de mi exmarido. Siempre estaba haciendo calceta, y hablaba sin parar mientras tejía jerséis para todos los sobrinos y sobrinas de sus dos familias, unos jerséis que le permitían sentirse querida e integrada.

También me visitaba en horas de trabajo, aunque no tan a menudo, y en la librería no se mostraba tan parlanchina. Tanto si había clientes como si no, se sentaba en una silla blanca de plástico en un rincón y se ponía a tejer sin hacer más ruido que el rítmico tintineo de las agujas de bambú. En ocasiones escribía en su diario y el débil rasgueo de la pluma se oía en la silenciosa tienda. Entretanto yo leía sentada a mi escritorio, actividad que ella consideraba parte indispensable de mi trabajo, y, como era muy considerada, me hacía compañía pero no me molestaba. Éramos dos soledades que se beneficiaban de una gentileza reforzada continuamente en presencia de la otra, dos soledades que se nutrían entre sí.

Debería decir que a veces éramos tres soledades en la tienda: cuando coincidían Hannah y Ahmad. Como ninguno de los dos hablaba mucho mientras yo trabajaba, se llevaban bien. Yo leía en mi escritorio, Hannah hacía calceta en un rincón y Ahmad devoraba libros sentado en el suelo. Ahmad me dejó un par de años antes de que Hannah se suicidara.

Hannah me enseñó muchas cosas, pero en algún momento, no sé exactamente cuándo, tal vez cuando yo tenía veintidós o veintitrés años, iniciamos un nuevo ritual: por la noche nos sentábamos en mi sala de lectura después de cenar y yo le leía. Hannah, sentada en el confidente, tejía en silencio mientras yo, en el sillón de felpilla azul marino, me convertía en la locutora de noticiario. Solo le leía libros de filosofía —ella siempre decía que le encantaba la filosofía—, y solo en francés, porque Hannah no dominaba el inglés (decía que se hacía un lío en cuanto aparecía la primera oración subordinada). Al principio nos costó a ambas, y la verdad es que tardé mucho tiempo en empezar a entender lo que leía. Creo que necesité dos años de noches de lectura, seguramente 1952 y 1953, para leer, para

hojear, El mundo como voluntad y representación, y admito que no entendí gran cosa de Schopenhauer en aquella primera lectura, ni en la segunda, pero seguí intentándolo. Arañaba la superficie hasta que llegué a la esencia. En filosofía, fui devoradora de páginas mucho antes que lectora.

Mientras escribo esto me doy cuenta de que me es fácil confesaros lo difícil que resultó mi aprendizaje aquellos primeros años, pero entonces no me era tan fácil admitirlo. Al principio no podía compartir mis temores con Hannah; no podía decirle lo extraños que me sonaban aquellos filósofos, lo insuperables que parecían los obstáculos para convertirse en una persona culta. Mi única esperanza consistía en fingir a medida que iba educándome. Suponía que Hannah entendía muy poco de lo que le leía, que me escuchaba porque le gustaba el sonido de mi voz. Tardamos un año entero en terminar la *Ética de Spinoza*, solo el primer volumen.

Un día, a principios de la historia de mi librería, cuando todavía me sentía insegura respecto a tantas cosas, Hannah hacía punto sentada en la silla blanca de plástico cuando entró una mujer muy elegante envuelta en una nube de perfume de azucenas y afectación pequeñoburguesa. Aquella mujer tenía algo que me hizo sentir fuera de lugar. Se acercó a mi escritorio, se levantó las gafas de sol y me preguntó si tenía algún libro de Heidegger; era la primera vez que un cliente me preguntaba por un filósofo. Cuando la llevé a la sección de filosofía, me miró con picardía y me preguntó: «¿Cuál me recomienda?».

Era una crueldad, solo quería divertirse a mi costa. Yo era una palurda y se notaba. Podría haberle contestado; le había leído a Hannah un ensayo sobre ese autor, pero todavía no había leído ninguna obra suya. Estaba abochornada y a punto de decir algo inadecuado.

Sin levantar la mirada del jersey que estaba tejiendo, Hannah dijo: «Pues no le recomendamos nada de ese protonazi. Es un filósofo de tercera con un gorrito de punto ridículo, y, créame, yo entiendo de calceta». Le había enseñado a Hannah el retrato que aparecía en aquel ensayo. Ella siguió, sans façons, adornando lo que yo le había leído. «Lo único que le interesaba era adoptar poses, y solo interesa a los que adoptan poses. Una mujer inteligente como usted no debería perder el tiempo leyendo a Heidegger. La gente a la que le gusta confunde la filosofía con la cocina. Todo lo que ha escrito está frito, asado y recocado. Pruebe con Schopenhauer, a él sí se lo recomendamos».

Si Hannah y yo hubiéramos entendido a Heidegger, no lo habríamos despreciado con tanto desparpajo. Al fin y al cabo, ambas deberíamos

habernos tomado más en serio a alguien que afirmaba que el desplazamiento es una forma fundamental de ser en el mundo.

Quizá al principio no entendiéramos gran cosa, pero nos las apañábamos. Hannah me ayudaba a apañármelas. Ya no soy la misma que antes de su muerte.

El filósofo con el que siento mayor afinidad es Spinoza; me identifico con su historia y con su vida. Los judíos de Amsterdam emitieron un *cherem* —una fatwa, para los que no sepáis hebreo— contra él cuando solo tenía veintitrés años. Lo excomulgaron por sus herejías. Él no se defendió, no se rebeló. Ni siquiera protestó. Renunció a su herencia familiar y estudió por su cuenta, un filósofo en casa.

En los cuadros y dibujos aparece retratado con grandes ojos castaños — y una gran nariz semita como la mía, por supuesto—, unos ojos inquisitivos que atraviesan la oscuridad que nos rodea, y la que hay dentro de nosotros, mirándola sin pestañear; unos ojos intensos y brillantes que disipan las nieblas y los miasmas.

Trabajó de pulidor de lentes hasta que murió, a los cuarenta y cuatro años, de una enfermedad pulmonar, seguramente silicosis, agravada por el polvo de cristal que inhalaba mientras ejercía su oficio.

Murió joven tratando de ayudar a la gente a ver. ¡Qué maravilla!

Como muchos escritores y músicos a los que admiro, no se casó nunca y seguramente murió virgen.

Siempre había creído que Spinoza llevó una vida de ermitaño después del *cherem*, pero hace poco me enteré de que no fue así. Tenía muchos amigos que lo visitaban, y algunos incluso le ayudaban económicamente. Ahora sé que la idea que tenían de él no era exacta, pero aun así me aferro a mi mito. Ahora bien, si no hubiera escrito la *Ética* —si no hubiera desarrollado los conceptos de libertad religiosa, libertad de prensa, republicanismo democrático y una moral laica independiente de la teología—, no lo reivindicaría. Es el hecho de que escribiera esa obra maestra lo que lo convierte en un genio. Es el hecho de que fuera y yo lo considerara un marginado patológico lo que lo convierte en mi favorito.

Necesitamos desesperadamente a un Baruch beirutí, un caballero que dé muerte a los dragones eclesiásticos, o que al menos los deje sin garras.

Cuando tropiezo con su nombre en alguna de mis lecturas, como en la excelente novela que ya he mencionado, *Sefarad*, de Antonio Muñoz Molina, unas mariposas baten sus alas junto a mi corazón, como si hubiera

encontrado a un amante perdido o redescubierto una experiencia íntima, casi sensual, una experiencia maternal sensual.

El tacón del zapato pisa el suelo, la baldosa de la acera, pero la parte anterior de la planta del pie no encuentra apoyo y pierdo el equilibrio. Recupero el control a tiempo para no caerme. Hay un agujero en la acera, un hoyo lo bastante grande para que un minero enano se cuele por él sin necesidad de untarse con vaselina. Intento evaluar qué profundidad tiene la mina, aunque solo sea para calcular cuántos huesos de la pierna me habría roto si llego a meter todo el pie dentro. Siento náuseas y me aparto. La campana hiperactiva de la iglesia vuelve a resonar en mis oídos. Me paro unos metros más allá, me apoyo en la pared de un edificio para respirar y tranquilizarme, para dejar que los miasmas de los recuerdos salgan de mi cabeza.

Debo seguir andando. Hacia delante.

En esta calle estrecha están construyendo dos gigantescos bloques de pisos. Unas vallas publicitarias donde aparecen unos occidentales ridículamente adinerados comprando, nadando en piscinas privadas y haciéndose tratamientos faciales en balnearios tapan las obras. Un eslogan reza: «Volvemos a ser beirutíes». Por toda la ciudad están levantando cientos de edificios como estos, y todos son de superlujo.

Poco después de que me casaran, la familia de la que de pronto me había convertido en una parte superflua se mudó al apartamento donde ahora viven mi madre y mi hermanastro el mayor con su prole. El cambio de residencia, una calle más allá, suponía un ascenso social, pero no mucho, porque pasaban de dos dormitorios a dos y medio (el medio corresponde a la celda de mi madre). El pequeño edificio con el pequeño apartamento donde crecí fue demolido y sustituido por un edificio de doce pisos con un restaurante japonés en la planta baja, donde antes vivíamos nosotros. Nunca he comido en él.

No toco el timbre de la casa de mi madre (de la casa de mi hermanastro el mayor). Me paro un momento antes de golpear con los nudillos la puerta de madera de pino. No oigo nada, así que espero. Hacía mucho tiempo que no me encontraba ante esta puerta. Está tan cubierta de arañazos, rayajos y muescas que parece el fondo de la bandeja de arena de un gato, pero el picaporte de cobre brilla, pulido por el roce de tantas manos (muchas, menos la mía).

Me resisto a tocarlo, me resisto a hacerlo girar. Me doy cuenta de que mi mano se aferra con fiereza a la barandilla negra de hierro forjado que

rodea el rellano. La suelto.

Me pregunto qué pensaría Murakami de unos extranjeros que cortaran atún donde antes dormía él, donde ahora una serie de desangelados barcos en miniatura —cada uno con la popa unida a la proa del siguiente— dan vueltas y vueltas sin parar.

He llamado y no viene nadie a abrir. Me inclino hacia la puerta con la esperanza de no oír ningún ruido en el interior del apartamento. Si no hay nadie en casa, no me importa, porque puedo volver otro día. Puedo subir otra vez estos diecisiete escalones estrechos y empinados si quiero, si así lo decido. La madera me aprieta el pañuelo contra la oreja.

Toco el timbre. Susurro de pasos al otro lado de la puerta, luego más pasos. Una chica con camiseta, vaqueros, zapatillas y maquillaje aplicado sin mucha maña abre la puerta de madera pintada. Trece años, diría yo, quizá incluso catorce a pesar de las ridículas coletas. Una cadena de granos obstinados ocupa el cuadrante inferior derecho de su barbilla. Sus ojos se esconden detrás de unos párpados caídos, lo que le da un aspecto de apatía permanente que se contradice con un atisbo de sorpresa, quizá incluso de emoción, ante la aparición de una desconocida en la puerta. Su camiseta proclama «Kenzo» con letras doradas y brillantes.

Es muy joven. Intento adivinar quién es, cuál puede ser nuestro parentesco. Hay cierto parecido, de eso estoy segura. Es pariente mía. No sé qué decir.

—Me gustaría ver a mi madre —anunció con formalidad.

Es evidente que no tiene ni idea de quién soy ni por quién pregunto. Llama a su abuela, en voz alta y quizá con excesivo apremio. Aguarda junto a la puerta, vigilándola, no exactamente impidiéndome entrar, sino un poco apartada, como si esperara que yo le entregara una propina magnánima o al menos un recuerdo de nuestro encuentro.

Su abuela no es otra que mi acartonada cuñada, tan bajita ella. La expresión de perplejidad de su carita tal vez compense las desagradables sorpresas que acechan en esta casa. Se la ve cansada, marchita y demacrada, abrumada por el exceso de trabajo. La pobre mujer no sabe qué son el reposo ni la soledad.

—Quiero verla —digo—. Pero no te hagas ilusiones, por favor. No he venido para llevármela. Ni lo pienses. Solo es una visita.

Mi cuñada recobra rápidamente su avinagrada compostura.

—¿Ahora? —dice—. ¿Vienes de visita ahora? ¿Después de todo lo que ha pasado?

¿Una conversación a base de preguntas breves? ¿A qué viene tanta irritación? ¿Tanta antipatía?

Soy la inocuidad personificada. No espero que la gente me quiera, me tenga simpatía ni sienta nada por mí. Nunca he querido destacar lo suficiente para tener enemigos. No estoy insinuando que sea tímida por naturaleza, ni un alhelí cuyo deseo más profundo sea florecer y convertirse en un lirio tigre de fragancia escandalosa; tan solo intento vivir mi vida sin meterme en la de los demás porque no quiero que ellos se metan en la mía.

¿Por qué le caigo mal a mi cuñada? Nunca le he hecho ningún daño. Ni siquiera recuerdo haber tratado muchas veces con ella. Comprendo que quiera que me lleve a mi madre, pero debe de saber que eso es un disparate. Ella se marchó de la casa de sus padres para irse a vivir a la de mis padres y desde entonces siempre ha vivido con mi madre. La conoce mejor que yo.

Hace años, décadas, que no me meto en la vida de mi cuñada. No debería odiarme.

—Creí que mi visita podría servir de algo.

Doy un paso atrás, dispuesta a recoger mis intenciones y marcharme. Mi cuñada no dice nada, pero también da un paso atrás, mayor que el mío. Su nieta y ella me dejan pasar, separan las aguas del mar, por así decirlo.

La chica desenvuelve un chicle y se lo mete en la boca. No sé de quién es hija, de cuál de los hijos de mi hermanastro el mayor. Debería preguntarlo, pero no lo hago. Ahora que lo pienso, no recuerdo a ninguno de sus hijos; ni siquiera sé cuántos tiene. Entro en el apartamento, entre las dos guardianas, me deslizo entre los olores de la juventud (chicle, perfume barato) y la vejez (sudor, olor corporal un poco rancio).

El apartamento no ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí. ¿Cuándo fue? Hace tanto tiempo que no me acuerdo. Siempre ha sido oscuro y húmedo, con un ambiente cargado. En el pasillo, paso debajo de una tira matamoscas que cuelga del techo; seguramente es tan vieja como yo, y ahora está marrón, cubierta de puntos oscuros, caparazones, supongo.

Mi hermanastro no está en casa, de lo que me alegro enormemente. Debe de estar jugando a cosas de chicos con sus amigotes. No pregunto por él y su esposa tampoco me ofrece ninguna información acerca de su paradero. Me conduce por una puerta plegable y nos adentramos en su guarida. Me fijo en que sus medias negras tienen una pequeña carrera.

El papel pintado ha perdido el color y la textura. Si no recuerdo mal, la última vez que lo vi era de un rosa sedoso y tenía unas franjas rosas verticales en relieve. Ahora es de un beige sucio. Dos paredes del salón

están decoradas con alfombras, gigantescas alfombras turcas hechas a máquina, a las que el tiempo no ha añadido interés ni valor. Unos retratos de tamaño natural ocupan una tercera pared, fotografías en blanco y negro de hombres rollizos, todos con bigote, ninguno sonriente, todos con una mirada adusta de reproche dirigida a mí, todos muertos. Esos retratos garantizan que las paredes siempre estarán más llenas que el salón, que los muertos superarán en número a los vivos.

Mi madre está en el salón. Parece muerta, pero su pecho murmura. Respira.

—No está muerta —dice mi cuñada.

Mi madre tiene la cabeza y los brazos plegados hacia el cuerpo como comas; debido a su reducido tamaño y a la cabeza gacha, la butaca con estampado de flores (rosas y dalias, espinas y hojas) parece sacada de Alicia en el país de las maravillas. Sus zapatos, negros y planos, no llegan a tocar el suelo; siempre ha odiado las zapatillas. La franja de color blanco de su pelo parece haberse expandido. La luz que entra por una ventanita le da en la cara, pero no la molesta. Cuando dormimos todos somos niños.

*Me siento junto a la ventana. Y mientras estoy sentado vuelve mi juventud.
A veces sonreía. O escupía.*

—Puedo despertarla —dice mi sobrina nieta—. No es difícil sacarla del sueño.

Les digo a las dos que no quiero molestarla, y tampoco a ellas. Puedo esperar un rato. No estorbaré. Arrastro una silla y me siento frente a mi madre, con la ventana detrás. Las pocas hojas del ficus que hay a mi lado están marchitas y quemadas, no sé si por falta de luz, de riego o de atención y cuidados. No veo ninguna otra maceta en el apartamento.

La butaca está de espaldas al salón. Puedes mirar la televisión sin ver a mi madre. Ella puede ver el mundo por la ventana, pero no puede ver a su familia. Quizá haya sido ella quien así lo ha decidido. Quizá haya querido mirar hacia fuera, y no hacia dentro.

En algún idioma debe de haber una palabra para describir la angustia que sentimos cuando de pronto miramos cara a cara nuestro aterrador futuro. No se me ocurre ninguna en los idiomas que conozco.

Quizá exista en swahili o en sánscrito.

Quizá pueda inventar una, como la kubo de Hamsun.

Quizá esa palabra sea simplemente «madre».

Hay una palabra que sí conozco: litost. En checo, según Milan Kundera, litost es un estado de agonía y tormento creado por una súbita visión de nuestro propio sufrimiento.

Cuanto más observo a mi madre, más pienso que parece un personaje de Chéjov descansando antes de un largo viaje, posiblemente en tren, aunque bien sabe Dios que en Líbano ya no tenemos trenes de pasajeros. Como un riachuelo estreñado en los secos meses de verano, la baba del sueño fluye lenta e intermitentemente de la comisura izquierda de su flácida boca, mientras la cabeza le cae hacia delante, en dirección sudeste. Su respiración me llega a intervalos irregulares, un ronquido susurrante.

No quiero estar aquí. Mi madre es contagiosa. Mi respiración se vuelve tan serrada como la suya.

Hay una hendidura lechosa en la mesita de color castaño oscuro que tiene al lado, una mesita que no ha recibido la suave caricia del barniz desde hace por lo menos una década. Sobre ella, junto a una lámpara de escritorio inapropiada, descansa un despertador viejo, redondo, ruidoso, con un casquete esférico por campana. Pero lo que me llama la atención, y la retiene, es otro objeto de la mesita: una caja de música con incrustaciones de nácar, del tamaño de una mano, que recuerdo muy bien de mi infancia. Recuerdo el día en que mi madre se la compró.

Controlo mi respiración porque siento que se filtra un torrente de sentimientos. No veía esa caja desde que me casaron.

«Te supliqué, oh Memoria, que fueras mi mejor ayudante», escribió Kavafis.

Miro alrededor. Mi cuñada ya no está en la habitación. Está en la cocina, picando algo como una loca, haciendo un ruido brutal, pero su nieta está arrellanada en el sofá delante de un televisor parpadeante y pulsa las teclas de un viejo ordenador portátil mientras me examina con el rabillo del ojo. Debo refrenarme.

Mi madre compró esa caja de música porque la encontró curiosa: tenía dos bailarinas que giraban, no solo una, un pas de deux pseudosáfico. Era rusa, o eso parecía, y todos dábamos por sentado que la música que sonaba también era rusa. No lo es. Quizá no me acuerde de lo que he desayunado esta mañana, ni de si he desayunado, pero puedo silbar esa melodía nota a nota, aunque debe de hacer sesenta años que no abro la caja.

Las resistencias rojas de la estufa que hay en un rincón emiten un zumbido eléctrico constante que en esta situación no parece augurar nada bueno. Empiezo a sudar otra vez.

La breve melodía que imita a un piano y que está encerrada en los confines de la caja es el Vals n.º 2 en do sostenido menor de Chopin. Me había olvidado por completo de esta caja; había olvidado que existía. La había desarticulado en mi memoria. La había desrecordado.

No me extraña que me volviera adicta a Chopin tan fácilmente. El virus ya había entrado en mi cuerpo.

Siento el deseo irrefrenable de birlar esa caja rusa y guardármela en el bolso, pero domino esa vergonzosa necesidad. Hay ciertas cosas que sencillamente no puedo hacer, por mucho que quiera, si pretendo seguir viviendo dignamente.

Cuando llegue a casa escucharé vales interpretados por Rubinstein el polaco.

Me distraigo observando el vapor apenas perceptible que desprende un jersey rosa mojado que está colgado encima de la estufa. La chica debe de haber llegado poco antes que yo, empapada por la lluvia. Masca el chicle ruidosamente.

Mi madre me llamaba «mantis religiosa» (en árabe se dice «yegua de profeta», una denominación hermosa, en mi opinión) porque era alta y desgarbada. Creo que se refería al insecto palo, pero casi nunca, ni de niña ni de mayor, he intentado sacarla de sus errores. Y ahora, sentada ante ella, me doy cuenta de que está mucho más delgada de lo que era yo. Ha pasado de Rubens a Schiele.

Dicen que al envejecer cerramos el círculo y nos volvemos infantiles. Por la forma en que mi madre se repliega sobre sí misma, me atrevería a afirmar que se está encogiendo, hasta que se convierta en un feto. Su aspecto también ha cambiado, y no me refiero solo a la apretada trama de surcos y arrugas, los verdaderos estigmas de la vida. Lleva puesta la piel de otro, alguien mucho más corpulento, una piel heredada. Un bigotillo de pelos cortos y tiesos, hitleriano pero más ralo, brota sobre su labio superior. Tiene la cara descarnada e hinchada a la vez; los músculos están completamente flácidos. No se aprecian ángulos. El rostro de mi madre se ha vuelto andrógino.

Esto es lo que me espera.

Dormida, mi madre es la personificación de la melancolía. Sin embargo me pregunto si la veo así porque es lo que espero. Quizá esté soñando con flores y campos de trigo, mariposas y Alpes suizos, chocolate y Chanel. Quizá sea feliz pese a su locura. Libre de preocupaciones y

responsabilidades, de prosaicas inquietudes terrenales, quizá haya llegado a la cima del nirvana, sin ayuda de gurús ni sherpas.

Pero las melancólicas palabras de Thomas Jefferson serpentean en mi cabeza. En 1825, en una carta dirigida a un amigo escribió: «Están todos muertos y nos hemos quedado solos en medio de una nueva generación que no conocemos y que no nos conoce».

Es obvio que Jefferson no tenía sherpa.

Mi madre lleva un audífono que describe un círculo y penetra en su oído; es una adquisición reciente, pero no un modelo moderno. Lo que al principio parece el logo del fabricante detrás de su oreja resulta ser otra cosa cuando lo examino de cerca. En alfabeto latino, con letras amorfas y tinta morada, se lee: *Au secours!* No tardo en adivinar quién lo ha hecho: en cuanto vuelvo a recostarme en la silla, veo que mi sobrina nieta, el saco de patatas Kenzo, se ruboriza y evita mi mirada concentrándose en un anuncio de televisión.

La distrae el estrépito de la puerta principal. La densidad del aire cambia ligeramente, lo que me permite apreciar el olor a cerrado de esta habitación, una mezcla de humo de cigarrillo viejo, naftalina y sudor de sobaco. Por un momento temo que sea mi hermanastro, pero entra un adolescente desaliñado, un año o dos mayor que la chica, que debe de ser su hermana. Lleva unas feas gafas de sol de cuyas patillas cuelgan, aunque parezca mentira, sendas borlas plateadas. Al verme se para. Se queda plantado con los brazos en jarras, ceremoniosamente, justo en mi línea de visión, la insulsa imagen del joven beirutí.

—¿Quién eres tú? —me pregunta, sin malicia pero con tono de superioridad.

Su hermana le manda callar y apunta con el dedo a mi catatónica madre. No le contesto. El chico se encoge de hombros con la estudiada despreocupación del adolescente maleducado y va hacia la cocina con paso perezoso. Estoy segura de que su abuela le explicará quién soy.

Yo, en cambio, no puedo explicar quién es mi madre. ¿Quién es esta mujer que tengo delante? Este pensamiento flota como el humo por mi mente: ¿Te conozco? ¿Quién eres?

He estado tan ocupada pensando en cómo me veía mi madre que no he contemplado a la gran dama, a su santidad. Esta es mi madre. Me estrujo el cerebro. ¿Qué sé de ella? ¿Qué recuerdo?

Recuerdo episodios, fragmentos de una vida —de hecho, fragmentos de poca importancia en una larga vida, y solo cuando cruzaban la mía—,

imágenes y escenas. Solo conozco a mi madre en sepia.

¿Acaso la vida de una persona no es más que una colección de escenas? ¿Acaso mi madre no es más que la recopilación de imágenes que guardo en la cabeza? Quizá parezcan preguntas retóricas, pero la verdad es que no sé la respuesta. Ignoro si el conocimiento que tengo de mi madre es limitado, si no puedo llegar a conocerla por culpa de una deficiencia intrínseca mía, si este grado de conocimiento del otro es a lo máximo a que puede aspirar el ser humano. Lo que de verdad me gustaría es saber si conozco a alguien mejor de lo que conozco a mi madre. Siempre me he preguntado, como Lear, «¿Me conoce alguien aquí?», pero nunca «¿Conozco a alguien aquí?». Intentar conocer a otro ser humano me parece tan imposible, y tan ridículo, como intentar atrapar la sombra de una golondrina.

Mi madre vivía, y vive, en un mundo neblinoso que no es el mío.

Las otras personas son fenómenos borrosos que solo se vuelven corpóreos en mis recuerdos.

Si bien también conozco a los personajes de una novela como una colección de escenas, como imágenes acumuladas en mi cabeza, tengo la impresión de que los conozco mejor que a mi madre. Entiendo mejor a los personajes literarios que a las personas reales, o quizá sea que me esfuerzo más. Conozco mejor a la madre de Lolita que a la mía, y la verdad es que la siento más de lo que siento a mi madre. Reconozco mejor la cara pintada de la madre de Rembrandt que la cara real de la mía.

La chica hace como que mira la televisión. Quizá para ella solo sea un ruido de fondo, pero para mí no lo es. Aunque el volumen está bajo, el programa que dan es en un idioma que no entiendo, seguramente turco, o quizá hebreo; la voz me llega como venida de muy lejos, como si no saliera del televisor, sino de un país remoto. Es una voz masculina, nasal, mezclada con débiles interferencias y música de cuerda new age. Muy irritante.

—Apaga eso —digo con enojo, con demasiado enojo.

Para mi sorpresa, la chica obedece sin siquiera vacilar.

Lo que me vendría bien ahora es un suave masaje en los hombros, algo para desentumecer los músculos. No es que me hayan dado muchos masajes. No me someto fácilmente al contacto físico con un desconocido, por muy beneficioso que pueda resultar, y además no puedo permitirme semejante capricho. Los músculos de mis hombros se han convertido en estambre, y el dolor y el entumecimiento se han instalado entre mis omoplatos. Tenso los hombros, cuento hasta tres y los relajo, un ejercicio

que me enseñó Hannah. No sirve de nada. En realidad nunca ha servido de nada.

Un vehículo pesado hace temblar los cristales de la ventana y oscilar la telaraña que cuelga de la araña de luces. La lámpara parece una instalación artística de los años sesenta, cubierta de cuentas y colgantes hippies, una amenaza posmoderna.

El ruido y el traqueteo despiertan a mi madre. Abre primero el ojo izquierdo, luego el derecho.

Me preparo. Cuento los segundos mentalmente. No: alguien quien cuenta los segundos en mi cabeza: uno, dos, tres. No puedo dominar mis pensamientos. Cuento cada una de las arrugas alrededor de los ojos de mi madre, sin confundir las dos cuentas. Me estremezco mientras mi mente se desliza de un pensamiento siniestro y oblicuo a otro. ¿Me reconocerá? ¿Alguna vez me ha mecido en sus brazos? ¿Me odia? ¿Por qué nunca me cepilló el pelo? ¿Alguien la ha llevado al médico últimamente? La voz de Karita Mattila entonando las primeras notas de la tercera de las Cuatro últimas canciones de Richard Strauss resuena en mi cráneo. Tengo la lengua y la cara interna de las mejillas tan secas como si llevara varios días arrastrándome por el desierto. Me fijo en las pequeñas marcas rojas de la palma de su mano, en las manchas de vejez del dorso de la otra. Sus ojos se clavan en mí. Parecen perfectamente cuerdos.

Cuando llego a doce, mi madre pronuncia mi nombre en voz baja. «Aaliya», dice.

Para agradecerle que me haya reconocido, sonrío y asiento con la cabeza. Abro las manos, todavía un poco sudorosas. Las poso sobre los muslos. Mi corazón late un poco más deprisa, un poco más fuerte. La respiración de mi madre se vuelve más pausada, sin estertor, es menos esforzada que cuando dormía.

—Has cambiado —dice con voz pastosa.

—Sí —respondo—. Todos hemos cambiado. Me he hecho mayor.

—No —replica ella—. No, tienes el pelo azul.

¿Alguna vez me ha mecido en sus brazos? ¿Me ha abrazado? ¿Me ha dicho palabras cariñosas al oído? Lo dudo mucho.

—Ah, sí —digo—. Sí, azul.

Parece desconcertada y un poco perdida. Hace una mueca. Su rostro se crispa ligeramente, como si hubiera encontrado ofensiva mi respuesta, o tal vez incomprensible, o sencillamente aterradora. No lo sé. Intenta recostarse

más en la butaca, pero eso resulta físicamente imposible, porque ya está tan recostada como le permite la butaca.

—No pasa nada, madre —digo procurando adoptar un tono tranquilizador—. Me lo lavé con champú colorante por error, me eché más de la cuenta. Pero no es para siempre. Volveré a tenerlo como antes.

Mi madre parece más confusa; deja de mirarme. Dirige la vista hacia el techo, como si contemplara el movimiento de unos fantasmas. Desliza una mano bajo el chal que le cubre los hombros y se rasca el brazo. La mueca se hace más pronunciada, las comisuras de la boca se separan más, como si se odiaran.

—¿Se encuentra bien? —le pregunto señalándola.

No obtengo respuesta, ni verbal ni de otro tipo.

—No siempre contesta —interviene mi sobrina nieta. Ya no finge ignorar mi presencia. Está de rodillas, inclinada sobre el brazo del sofá, y trata de entablar conversación conmigo—. A veces sé que le duele algo, pero no sabe decirme qué es. Otras veces me dice que le duele el cuello, pero se refiere a que le dolía hace años. No se sabe. No se comunica bien.

—Yo tampoco —digo—. ¿Le duele algo, madre?

—No habla mucho, la mayor parte del tiempo solo murmura. —Mi sobrina nieta recalca sus palabras con un profuso repertorio de muecas y gestos—. Tararea canciones árabes. No son de Oum Kalthoum ni de Fairuz. No lo adivinarías nunca.

—Asmahan —digo.

—¡Lo has adivinado! —Parece entusiasmada, incapaz de controlar su regocijo—. Claro, eres su hija. Cuando le pregunto quién es Asmahan, solo murmura: «La mataron, la mataron». Y luego se pone a tararear otra vez. Tararea sin parar, en esta casa siempre hay música. Es como si tuviéramos un canario.

Al principio me siento dolida y quiero protestar. No es nada bonito hablar así de nadie. En un relato del fabuloso fabulista Slawomir Mro'zek, un narrador asiste a una fiesta en la que la diversión la proporciona la mascota de la casa, un liberal enjaulado, un humanista reducido a cantante de curiosas canciones revolucionarias. Mi madre no sabe ninguna canción revolucionaria, pero conoce las de Asmahan. Así que siento un cosquilleo de felicidad, un destello de alegría, que no está relacionado con el hecho de que haya adivinado la cantante; me reconforta que mi madre tararee canciones de Asmahan. Que a mi madre le guste una cantante que se casó y se divorció tres o cuatro veces, la escandalosa actriz que abandonó a su marido

y a su familia para dedicarse a su profesión —una familia ilustre, con títulos, nada menos— hace que cante mi corazón.

—¿Sabes quién es? —pregunta mi sobrina nieta.

—¿Quién?

—La cantante. ¿Sabes quién es la cantante?

—Claro que sí.

—¿Y?

Espera a que responda. Yo tengo más experiencia, sé esperar mejor.

—¿Quién es? —pregunta mi sobrina nieta.

—Tienes ahí un magnífico ordenador. Busca quién es.

Mi madre gimotea, y me recorre un escalofrío de miedo. ¿Lo hará?

—¿Está bien, madre? —pregunto.

Da la impresión de que ya no me reconoce, pero se calma. No consigo entenderla, no sé si sufre o si sencillamente está trastornada. Parece sola y asustada, su mente debe de ser el único sitio al que puede correr a esconderse. Su boca no está nunca quieta, pasa de la mueca de dolor a la sonrisa perezosa y al gesto de irritación en cuestión de segundos, una y otra vez, arriba y abajo, adelante y atrás, de un lado a otro.

—Tienes que ser más concreta —dice mi sobrina nieta.

Se ha levantado del sofá y está a mi lado. Si me quedo un rato más, si sigo imponiéndole mi presencia, tal vez acabe sentada en mi regazo.

—Si le hago preguntas generales no contesta —explica—, pero si le pregunto si le duele la espalda, sí. A veces tengo que preguntarle por cada una de las partes del cuerpo. —Asiente con la cabeza mientras habla, como si estuviera de acuerdo con lo que dice. Su voz parece haber rebasado el simple regocijo, tiene un deje de delirio—. Antes de que llegaras, le he preguntado si tenía sed y me ha contestado que sí, pero cuando le he traído un vaso de agua se había quedado dormida, así que me lo he bebido yo.

Mi sobrina nieta está tan entusiasmada que me pregunto si debería sujetarla para que no salga despedida hacia el techo.

—Madre —digo—, ¿le duele la espalda?

Mi madre no me hace caso, como si yo no existiera. Tengo que controlar el impulso de inclinarme hacia delante y darle un cachete.

—¿Cómo voy a preguntarle nada si no oye ni una palabra de lo que digo? —mascullo.

—Dale la mano —dice mi sobrina nieta—. A veces no se entera de que le están hablando. A veces hay que tocarla: si no, puedes pasarte horas aquí sentada y ella seguirá perdida en su mundo.

Me pone una mano en el hombro, pero la retira cuando, instintivamente, doy un respingo. Se coge las manos detrás de la espalda. ¿Qué puedo decir? A juzgar por su entusiasta agitación, temo que se ponga en plan Viejo Marinero. «Los invitados se han reunido, comienza la fiesta». ¡Déjame!

—Dale la mano —insiste mi sobrina nieta—. No te hará nada. No muerde.

—Ah, pero yo sí, así que ten cuidado.

¿Puedo ser más tonta a mi edad? Intento parecerle graciosa a una adolescente y mis chistes son tan malos como los de Fadia. Quizá debería imitar también la risa escandalosa de Fadia. Cabalgaré en un caballo cojo hacia un simulacro de puesta de sol con música de tambores y címbalos.

—Ja, ja —dice mi sobrina nieta con sarcasmo—. Eso ha tenido casi tan poca gracia como los chistes del abuelo.

En mi mano, la de mi madre parece frágil; es solo piel y huesos, una piel seca que ha perdido toda elasticidad. Pero mi sobrina nieta tiene razón. De pronto mi madre se pone alerta.

—¿Le duele la espalda? —le pregunto.

Niega con la cabeza. Retira su mano de la mía y se señala los zapatos con un dedo delgado que parece sorprendido de poder mantenerse en alto.

—Los pies —dice en voz baja, con suavidad.

—¿Los pies? —repito señalándole los zapatos para asegurarme.

—Los pies —interviene mi sobrina nieta—. Sí, puede ser. Nunca se había señalado los pies.

Ahora tengo una adlátere.

—¿Me deja ver? —le pregunto a mi madre—. Tendré que quitarle los zapatos.

No sé por qué le hago este ofrecimiento. Mi madre no lleva calcetines ni medias. Supongo que tendrá callos, ¿y cómo voy a ayudarla? Hongos contagiosos, juanetes gigantescos, verrugas, laceraciones, úlceras. ¿Y si ha ido acumulando ampollas en la planta de los pies, como las lapas en la quilla de un barco, todo un cargamento de ampollas?

Hasta que me marché de su casa no me compré mi primer par de zapatillas. Ella no me dejaba quitarme los zapatos hasta la hora de acostarme. Los chicos podían pasearse por casa sin zapatos, sin calcetines, descalzos o con los calzoncillos en la cabeza a modo de máscara del guerrillero; los chicos son los chicos, qué frase más tediosa. Pero sus hijas no. Una dama no va nunca descalza.

Mi adlátere lleva unas zapatillas azul claro con forro de piel de borrego y un logotipo de Hello Kitty. Ve que las estoy mirando y comenta:

—Antes me obligaba a llevar zapatos y siempre discutíamos, pero hace unos años dejó de insistir, dejó de fijarse.

No tiene juanetes ni ampollas, al menos a primera vista, pero el olor a pies asalta mis fosas nasales. El hedor traspasa incluso las defensas de perfume barato y chicle todavía más barato de mi sobrina nieta.

—¡Puaj! —exclama, muy sucintamente, la verdad.

No necesito tocar los pies de mi madre —no tengo ningún interés— para darme cuenta de lo resacos que están. Los zapatos le han irritado la piel en las articulaciones y parece que los dedos hayan reñido unos con otros. Tiene las uñas como garras de águila; debe de ser eso lo que le provoca el dolor. Hay que cortarles las uñas.

—¡Oh! —exclama mi sobrina nieta.

Me gustan sus monosílabos.

Mi madre necesita que le hagan la pedicura, pero en su estado no puedo llevarla a una peluquería. Hay manicuras que trabajan a domicilio, pero no sé cómo encontrar una. Puedo preguntárselo a mi cuñada, tal vez ella lo sepa.

—Tenemos que hacer algo con esas uñas, tía —dice mi sobrina nieta.

—Ya lo sé, estoy pensando, y no me llames tía, por favor. Me llamo Aaliya.

Ella me dice su nombre con orgullo, Nancy, y espera a que haga algún comentario. No digo nada.

—Piensa deprisa, tía Aaliya —añade—, o nos vamos a asfixiar. ¿Abro la ventana? Pero fuera hace frío. ¿Voy a buscar colonia?

Mi sobrina nieta me resulta soportable, lo cual me sorprende. Por lo visto puede pasar de la timidez a la locuacidad en cuestión de milésimas de segundo, necesita que cada pensamiento sea oído y reconocido. Por lo general eso me resulta muy fastidioso, por no decir insufrible. Pero aquí no me molesta, ahora no. Me pregunto si ella también se sentirá sola, si ella también estará en posesión de ese vasto y pesado aislamiento tan difícil de soportar. Si a veces no lo cambiaría de buen grado por cualquier clase de interacción, aunque fuera trivial o mediocre, por la más mínima conformidad aparente con la primera persona que pasara, hasta la menos digna. Si así es, hoy he sido la primera persona, la menos digna, de mi sobrina nieta.

No quiero hacerle la pedicura a mi madre. Aparte de que nunca le he cortado las uñas a nadie, lo encuentro... ¿Cómo puedo decirlo? ¿Degradante? Yo no soy Jesús lavando los pies de sus discípulos. No quiero que me crucifiquen mañana. No soy María de Betania. Si seco los pies de mi madre con mi pelo, ¿se volverán azules?

Yo no soy el magistrado. Yo no soy el magistrado. Yo no soy el magistrado.

¿Y qué será de nosotros ahora sin los bárbaros?

Oh Coetzee, oh Kavafis, oh dioses queridos, ¿qué hago aquí?

—¿Me ayudas, por favor? —le pregunto a mi sobrina nieta.

¿Puede traerme un barreño de agua caliente, no hirviendo, pero lo bastante caliente para un baño de pies? Y hojas de té verde, si tienen en casa, o si no, de té negro, hasta unas bolsitas de té servirían. No, no vamos a bebernos el té, es un desinfectante, pero si te apetece preparar té, tomaré una taza, pero del otro, no el del baño de pies. Alcohol, cortaúñas, lima y un nabo cortado en rodajas, y si no tienen ninguno, un rábano. Su jugo es un desodorante natural. ¿Puede ir a buscar unos calcetines de mi madre, por favor, y vaselina para hidratar, puesto que dudo que haya aceite de nardo a mano?

¿Utilizó María de Betania aceite de nardo solo por su perfume, o es verdad que hidrata? Tengo que probar con aceite de lavanda, su hermano, para comprobarlo.

¿Cómo es que conozco las propiedades antibacterianas del té, el poder aromatizante de ciertos tubérculos? Siempre contesto lo mismo, con tono cortante: libros, leo libros. Leed, queridos, leed; de los libros se puede aprender todo. Aunque esto no lo aprendí leyendo. Lo aprendí viendo a mi madre lavarse los pies cuando era pequeña, y seguramente ella lo aprendió de la suya.

Mi sobrina nieta necesita la ayuda de su hermano, sin gafas de sol, para traer el barreño lleno de agua caliente, un barreño redondo del tamaño de una rueda de coche, con cuatro bolsitas de té Lipton que flotan como nenúfares, con sus etiquetas amarillas. El ruido que arma mi cuñada picando alcanza proporciones colosales. Espero que entre los alimentos que está torturando haya un jugoso nabo. Los hermanos discuten al bajar el barreño hasta el suelo; mi sobrina nieta insiste en que su hermano la obedezca porque ella sabe lo que estamos haciendo.

¿Qué estamos haciendo?

Los pies de mi madre apenas llegan al agua. Sus dedos se engarfian y atraviesan la superficie deseando sumergirse, pero su empeine se retrae, reacio a participar en este bautismo forzado.

—No funcionará —vaticina mi sobrina nieta—. Es demasiado bajita. Tenemos que sentarla más adelante.

—No —dice mi madre, escueta. De pronto está muy alerta—. Vete. — Si los ojos son la ventana del alma, el alma de mi madre está muy enfadada —. Déjame en paz —le dice a mi sobrina nieta, y agita una mano con un ademán despectivo y despótico—, y dile a tu madre que te busque un marido honrado.

—Está ocupada —le espeta mi sobrina nieta. Su labio superior se enrosca hacia dentro y casi desaparece; no es tan atractiva. Seguramente está más guapa cuando no está ofendida ni enojada.

Su hermano lo encuentra divertidísimo.

—Yo te busco un marido —dice—, uno bien gordo y feo, sin sentido del humor.

Sin pensarlo, vuelvo la cabeza y lo fulmino con la mirada. De pronto el chico parece un poco arrepentido, menos enamorado de sí mismo que cuando entró, una codorniz desaliñada; con las manos cogidas detrás de la espalda, se balancea sobre los talones, vacilante. Su hermana le lanza una mirada asesina, pero no parece que sea eso lo que le preocupa. Mi madre clava en él sus ojos relumbrantes. Quizá no le parezca bien que un marido no tenga sentido del humor.

—Podemos levantar el barreño —propone el chico, cuya voz cantarina alterna las notas agudas y las graves—. Así solucionaremos el problema.

Colocamos el barreño rojo lleno de agua sobre un taburete y me arrodillo en el suelo, cubierto, por suerte, con una alfombra turca vieja y barata parecida a las que cuelgan de las paredes.

Mi madre tiene los pies anchos, los dedos regordetes, las uñas amarillentas con motitas en el centro, los tobillos con venas muy marcadas pero no hinchados. Tiene manchas blanquecinas en las piernas, desde la punta de los dedos hasta las rodillas, y seguramente hasta más arriba. Los pigmentos de su piel ya no se mezclan debidamente.

Llevo sus pies hacia el agua y ella suspira.

El chico ocupa el lugar de su hermana en el sofá e inicia un diálogo con el ordenador portátil. Enciende un cigarrillo y al cabo de unos segundos desaparece en una intranquila nube de humo. Mi sobrina nieta se arrodilla a mi lado, me pregunta si puede ayudarme. Admito que no sé qué estoy

haciendo. ¿Lavarle los pies y cortarle las uñas? Ella puede coger el pie derecho y yo el izquierdo.

Saco del agua el pie de mi madre, todo huesos, sin carne. Se lo lavo lentamente con la mano, obtengo una espuma lechosa antes de pasarle la pastilla de jabón a mi sobrina nieta. Las pantorrillas de mi madre, antaño placas tectónicas, están surcadas de venas moradas y ya no queda mucho músculo. Antes tenía las piernas fuertes de cualquiera de los personajes femeninos de Javier Marías. Le froto los tendones y los nudos del tobillo, le masajeo los dedos, paso mis dedos entre los desfiladeros que los separan. Siento el ritmo de su sangre.

Mi sobrina nieta imita cada uno de mis movimientos. Alcanzamos un ritmo suave, pausado y balsámico, como el vaivén de un viejo balancín de porche en una tarde de verano.

Mi madre tiene los ojos cerrados, al igual que los labios y seguramente los oídos. La calma se extiende por cada una de las arrugas de su cara. Poco le importa que sea yo quien le esté lavando los pies. Menos le importa aún el lamento de conciencia. Más que contenta, parece feliz. Ya no está en esta habitación. No sé qué hacer con ella, qué decirle. Continúo realizando esta tarea de sirvienta. Una vez más, no entiendo a mi madre.

—A lo mejor me tiño el pelo de azul —comenta mi sobrina nieta.

La lluvia cae sobre la pequeña ventana, una lluvia perezosa, apacible, que me dice que me replantee mi intención de volver a casa a pie.

*El turbulento cielo revela
el dolor que siente.*

Ay, Longfellow, ¿qué será de mí si vivo lo suficiente para perder la capacidad de recorrer largas distancias andando? ¿Todavía podré lavarme los pies?

El pie de mi madre se mantiene en equilibrio sobre el borde del barreño, pero yo siento su peso en los muslos, un prieto nudo en la nuca, una carga sobre los hombros. Le muevo el pie hacia arriba, hacia abajo, hacia los lados, el agua aún está caliente; se me arrugan los dedos, sus pliegues y surcos son más intrincados que los de mi madre.

Me fijo en unas heridas de la alfombra que está colgada a mi derecha. Hasta ahora no las había visto. Es como si alguien hubiera cosido los desgarrones con un hilo inseguro y luego los hubiera tapado con pintura barata. De la falsa alfombra turca cuelga un retrato, una fotografía vieja de

mi tío padre. Ahora me acuerdo de qué aspecto tenía. Se levanta la pantalla de las cataratas, aunque sea por un momento.

Es más joven, como era cuando yo era niña. Lleva traje y un fez e intenta sin gran éxito parecer respetable para la posteridad. Es una fotografía extraña: la piel tiene el color de las palomas, pero no sabría decir si los grises se han deteriorado con el paso de los años o si revelaron la fotografía en esos tonos tan poco naturales. De sus orificios nasales asoman unos pelos negros que se mezclan con los del bigote. Tiene la barbilla demasiado larga y la nariz parece un pepino. Ambos tenemos la frente protuberante, lo que seguramente significa que su hermano mayor y él se parecían. No sé si tenemos los mismos ojos, porque él entrecierra los suyos mientras mira a la cámara como si intentara leer algo escrito en ella. Recuerdo que necesitaba gafas, pero nunca tuvo ningunas ni fue a ver a un oftalmólogo. Vivió y murió mirando el mundo con los ojos entornados.

No me explico cómo se las apañaba para trabajar de ayudante de sastre.

Parece contrariado, como si algo lo molestara. Quizá sepa que en la fotografía saldrá raro, quizá crea que su rostro no es atractivo; no sé, parece insatisfecho con la suma de sus facciones. Recuerdo que era irascible, pero no excesivamente. Parece alguien que está a punto de marcharse de la fiesta, descontento y con ganas de volver a casa.

Ahora me acuerdo de él.

Recupero un recuerdo en el que me da la mano para cruzar la calle. Yo debía de tener diez u once años, era lo bastante mayor para ser consciente de lo que pensaba él. Por la calzada circulaban coches, autobuses, tranvías y carros tirados por mulas; de ahí la necesidad de que me diera la mano. Yo iba cogida de su mano derecha y mi hermanastro el mayor de la izquierda, pero de pronto nos cambió de sitio. Si pasaba algo, me atropellarían primero a mí.

¿Debería recriminárselo? Yo era su hijastra, la hija de su hermano, la hija de su esposa, no su hija. Aquel día sí se lo reproché, desde luego.

Por otra parte, recuerdo que obligaba a mi hermanastro el mayor a besar la correa de cuero con la que lo iba a azotar, pero no a mí. Mi padrastro nunca me castigó.

—Ni siquiera sabía que tenía otra hija —comenta mi sobrina nieta—. Y el abuelo tampoco ha hablado nunca de ti. Quizá lo haya hecho cuando yo no estaba, pero no creo.

Le corto las uñas a mi madre, y mi sobrina nieta hace otro tanto. Dejamos caer al agua los trocitos. Le aplico una fina capa de vaselina y le

cubro el pie con un calcetín que se engancha en una pequeña punta afilada. No le he limado bien las uñas.

No estoy tan lejos de casa. Ha parado de llover, pero hay unas nubes bajas amenazadoras; su espesa masa avanza por el cielo, su color es parecido al de la piel de mi padrastro en el retrato. Me arriesgaré a ir a pie pese al frío. Necesito despejarme la cabeza, vaciar otra vez el hormiguero.

¿Hay que cumplir una promesa hecha a una persona que no tiene conocimiento? Le he dicho a mi madre que volveré, pero seguro que no me ha oído. Sin embargo, mi sobrina nieta ha sido testigo.

¿Nancy? Vaya nombre. ¿Quién iba a pensar que alguien de esta familia pondría un nombre occidental a su hija?

Beirut cambia sus deslumbrantes accesorios más a menudo que las damas de la alta sociedad que viven en ella; tiene más reflejos de color, sin duda. Destella. Según la época del año, la hora del día, el tiempo y otras muchas variables, sus franjas de luz cambian y se transforman. Los destellos —reales, no metafóricos— son resultado de su ubicación, entre el iridiscente mediterráneo y las montañas. Beirut, situada en un cabo que se adentra en el mar, se alza como un llamativo centinela, Horacio y Marcelo engalanados con quincallería reluciente. Élisée Reclus definió a Biblos como la voluptuosidad deificada, pero seguramente eso describe mejor a mi Beirut.

Si bien la mayoría de la gente os dirá que prefiere la ciudad en las tardes de primavera, cuando llena sus pulmones de un aire salobre, cuando empiezan a florecer las buganvillas, moradas y carmesíes, las glicinias, blancas y azul lavanda; o en los atardeceres de verano, cuando el agua se engalana con atavíos dorados y violeta tan vibrantes que la ciudad se mece prácticamente sobre su promontorio, yo la prefiero con esta luz tenue, bajo nubes grises y turbias cargadas de lluvia pero aún no la descargan, cuando el aire neutro da contraste a los auténticos colores de la ciudad. Esas nubes me impiden vislumbrar el destellante blanco de las cimas de las montañas, pero a cambio me ofrecen unas vistas espectaculares de la ciudad.

Soy lo bastante vieja para recordar cuando este barrio no era más que un par de casas de arenisca y un bosquecillo de sicomoros, cuya alfombra de hojas marrones le servía de jardín y guardián. Nuestra metrópoli empezó a desarrollarse en los años cincuenta y enloqueció por completo en los sesenta. Construir es dejar una marca humana en el paisaje, y los beirutíes llevan tiempo dejando su marca en la ciudad como una manada de perros rabiosos. El cáncer virulento que llamamos cemento se extendió por toda la

capital hasta devorar la última célula viva. No sé cuántos sicomoros quedan, cuántos robles y cipreses, pero ahora puedo caminar una hora sin encontrar ni un árbol, y cuando encuentro uno, suele ser foráneo: un eucalipto, un jacarandá o un callistemon, bonitos pero que no sacian del todo. Si por casualidad encuentro un jardín, florezco de alegría.

Menciono esto ahora porque, milagrosamente, una de esas casas ha sobrevivido a la enfermedad. En medio de la proliferación de edificios antiestéticos, esta ruinoso casa de estilo otomano con su arcada triple y su cubierta de tejas rojas destaca tanto como una mujer en el Parlamento. Quedan unas pocas casas así esparcidas por la ciudad, pero ninguna está tan decrepita ni tan derrotada como esta, y ninguna es tan bonita.

Aquí está vuestro esclavo, un viejo pobre, enfermo, débil y despreciado.

A diferencia de las casas que la rodean, esta es inhabitable, y nadie ha vivido en ella como mínimo desde hace una generación, desde el comienzo de la guerra en 1975, o seguramente antes, desde 1972, el año de la muerte de Hannah. Perforada y agujereada, destripada, sin tejado ni puertas, deja que entre toda clase de porquería, y sin embargo al menos a mí me parece majestuosa. Sitiada por ejércitos más grandes, más altos y más poderosos, es pobre, enferma, débil y despreciada, pero, a diferencia de Lear, se mantiene desafiante, regia, y seguramente así seguirá hasta el final. Se alza sola.

Hablando de alzarse solo contra el progreso, recuerdo otra ruina de hace mucho tiempo. A principios de los años setenta caminaba hacia mi librería por una ruta que queda cerca de aquí, muy cerca. Entonces esta casa otomana estaba en mejor estado, por supuesto. Todavía no había estallado la guerra, aunque empezaban a aparecer señales aquí y allá. Vi un BMW 2002 de color naranja que se resistió a reducir la velocidad al llegar a un atasco; el conductor debía de ser algún joven engreído que pronto estaría ordenando a sus inferiores que asesinaran, mutilaran y saquearan. Viró bruscamente hacia la derecha para esquivar un par de coches y embistió la parte trasera de un carro tirado por una mula que iba lleno de verduras, sobre todo tomates y pepinos. No hubo ningún herido; el carro de madera quedó destrozado y la mula ni se inmutó. El conductor del carro cayó al suelo; su asiento se rompió y él cayó de culo como en las películas mudas de Charlie Chaplin. El conductor del BMW, el futuro miliciano, quedó cubierto de verduras y de vergüenza.

Abrí la librería con una hora de retraso porque me resultaba imposible alejarme de aquella escena. Incluso entonces comprendí que estaba viendo algo extraordinario: la nueva Beirut chocando contra la vieja, el conductor joven y el viejo vendedor ambulante, la embestida de la modernidad, rojo y verde sobre un coche naranja, acero alemán mezclado con pino libanés, y todo el mundo conmocionado. Estaba embelesada, queridos, embelesada.

Dejo atrás la casa de arenisca. Recuerdo que en el piso superior tenía unas vidrieras preciosas en forma de arco, con espirales y volutas de colores rojo y naranja intensos y amarillo oscuro. No sé si se rompieron o desaparecieron misteriosamente en medio de la noche. El caso es que ya no están. Ahora solo viven en mi memoria, en mi proustiana memoria.

El último libro que leyó Hannah era de Proust, y no lo terminó. Había leído *Por el camino de Swann* antes, pero no entendió *A la sombra de las muchachas en flor* enseguida, o al menos no en el primer intento. Cada vez que decidía continuar, sentía la necesidad de volver al primer volumen y releerlo para vivir plenamente la experiencia. Empezaba a releer *Swann* cada pocos años y lo dejaba antes del segundo volumen o en el tercero, siempre antes de llegar al final de todos los finales. No sé por qué volumen iba cuando murió, pero había llegado más lejos que las veces anteriores. Supuse que debía de estar contenta.

Si durante aquellos últimos días hubiera escrito en su diario en lugar de enmudecer, ahora yo quizá sabría si la mató Proust, si encontró en el texto algo que la turbó, algo que escribió el gran dandi. Ojalá lo supiera. Deseo más explicaciones.

Sí sé que quería terminar todos los volúmenes para complacerme. Yo me había leído la obra entera dos veces y siempre hablaba de Marcel, el escritor espectacular, mi ídolo, etcétera. Parloteaba sobre lo mucho que lo adoraba, decía que él, el apasionado de la vida mundana y el juerguista incombustible, el complaciente contumaz, era en realidad el marginado por excelencia; que podía estar rodeado de toda la gente con la que siempre había soñado trabar amistad y sin embargo seguir estando solo en el universo, la partícula más solitaria de todas.

Pero no creáis, queridos amigos que estoy insinuando que Hannah se suicidó porque no consiguió terminar esa novela descomunal, por favor. Qué tontería.

Hannah envejeció prematuramente; empezaron a salirle canas poco después de cumplir los treinta. A los cuarenta y tantos aparentaba sesenta. Muchas libanesas de su generación tenían problemas similares; hoy día la

mayoría recurre a la cirugía estética y ya nadie sabe calcular qué edad tiene nadie. No creo que le preocupara mucho, o al menos no lo creía en aquella época. Su madre había envejecido de forma parecida. Recuerdo que su madre me pareció bastante mayor cuando la conocí, y en realidad era mucho más joven de lo que yo soy ahora. En sus diarios Hannah afirmaba tranquilamente que ya era vieja a los cuarenta. Era algo que sabía que ocurriría. Decía en broma que, como ya era una anciana, podía comer cuanto quería sin preocuparse por su aspecto, aunque la verdad es que esa preocupación nunca le había impedido comer.

Me consta que de pronto, ya cumplidos los cuarenta, empezó a tener problemas para dormir, y eso sí le causaba una gran preocupación. Su deseo más ferviente era dormir toda una noche de un tirón. Yo empecé a tener problemas parecidos a los sesenta, no a los cuarenta. Al principio Hannah probó remedios tradicionales. Leche caliente con miel, té verde, anís, manzanilla; nada servía de mucho. Puso un saquito de lavanda bajo su almohada, puso dos, puso tres. Probó a quedarse a dormir en mi apartamento. Nada funcionaba. Un médico le recetó Valium, pero con la dosis mínima de cinco miligramos se convertía en una muerta viviente al día siguiente. Tomó Seconal, pero, en lugar de inducirle el sueño, le producía desorientación y aturdimiento. Me contaba que trataba de que no la venciera el sueño y que se pasaba la noche aterrorizada porque no conseguía reconocerse ni reconocer lo que hacía.

Pasó el resto de los días y las noches atormentada por la lacerante parálisis del insomnio.

En 1972, cuando Hannah se acercaba a la cincuentena, el Valium y el Seconal se convirtieron en parte de su historia, aunque no en la forma en que se podría imaginar. Cayó en picado, se sumió en su abismo antes de que Beirut se sumiera en el suyo.

Fui una idiota. Era joven, una cría a mis treinta y tantos años, pero no debería poner eso como excusa. Tendría que haber estado más atenta. El año llegaba a su fin y me disponía a iniciar un nuevo proyecto. Estaba distraída.

Hannah estaba cambiando. Creí que era algo temporal, una fase. Me había dicho que echaba de menos a su madre, que pensaba a menudo en ella, que los añoraba a ella y a su padre. A mí me pareció completamente normal. Hannah todavía tenía a sus hermanos, a sus sobrinos y sobrinas, y a toda la familia del teniente. Era una luna que orbitaba alrededor de multitud de planetas. Había llenado su vida de personas y relaciones,

personas que yo no tenía en mi vida. Había grabado su nombre en muchos corazones, o eso suponía yo.

La esperanza, ese oropel, me permitió engañarme con ilusiones. Deseaba con toda el alma que Hannah estuviera menos sola, que fuera menos solitaria que yo; menos sola de lo que siempre había estado, de lo que siempre estaría.

Cuando somos jóvenes, la esperanza es perdonable, ¿verdad? Sin una gota de ironía, sin una pizca de cinismo, la esperanza nos hechiza con su canto de sirena. Yo tenía mis ilusiones y Hannah las suyas; sí, desde luego, ella tenía las suyas.

Exactamente un año antes de su primer intento de suicidio, había muerto la madre del teniente, mi suegra. No se me ocurrió asociar en una secuencia estos dos hechos hasta después de la muerte de Hannah. Estuvo con el resto de la familia junto al lecho de muerte de la mujer. Me contó que mi exmarido la miraba con odio, pero que no se atrevía a decir nada porque su madre había pedido expresamente que ella estuviera presente. Por lo visto Hannah fue la última persona con la que habló la madre del teniente.

«Querida hija —le susurró con voz pausada y ronca—, me has proporcionado los momentos más felices de mi vida. Tu presencia en nuestra familia ha sido lo único que ha hecho soportable la ausencia de mi hijo. Te prometo que, cuando los tres nos reunamos en el cielo, no me veré obligada a tomar la imposible decisión de elegir entre vosotros dos».

Hannah me contó todo eso al día siguiente, muy contenta. Agradecía mucho que la madre del teniente la hubiera reconocido como hija en su lecho de muerte. Mencionó esa última frase, pero le quitó importancia, incluso se la tomó a broma. ¿Elegir entre el teniente y ella? ¿Qué elección era esa? Más tarde, cuando recibí los diarios, vi que había escrito las dos primeras frases que había dicho la moribunda, pero que no había anotado aquella perturbadora promesa.

Después de aquello Hannah se dejó llevar por la vida durante un tiempo, nueve o diez meses, pero supongo que aquella última frase, por muy vaga que fuera, no la dejaba dormir, como cuando tenemos un mosquito zumbándonos en la oreja. ¿Un zumbido de duda que se convirtió en el rugido de la multitud en el Coliseo? ¿Pulgares abajo, muerte para el gladiador caído?

Tal vez la tentara la realidad, tal vez la serpiente le ofreciera la manzana.

Tal vez despertara una mañana y comprendiera que el teniente nunca la había deseado. Tal vez despertara una mañana y encontrara una de las lentes de Spinoza.

Dirigiendo una luz hacia un rincón oscuro podemos provocar un incendio que quema todo lo que encuentra a su paso, incluida nuestra alma, tan inflamable. Cioran dijo en una ocasión que una pizca de lucidez nos reduce a nuestro estado primordial: la desnudez.

Estoy cansada, siempre cansada. Me consume un agotamiento amorfo. Quisiera dormir. Ojalá pudiera dormir.

Aquel año tuvimos un invierno deprimente, extrañamente lúgubre, frío pero no gélido, con lluvias intensas. Hannah parecía competir con el clima: ¿quién está más sombrío? Al principio los cambios fueron graduales y prácticamente imperceptibles. Hannah parecía un poco retraída, menos parlanchina. Tardé un par de semanas en darme cuenta de que no escribía en su diario. Se lo comenté, pero ella minimizó mis preocupaciones agitando una mano.

Era extraño: Hannah estaba allí, pero yo notaba que no estaba conmigo o, por decirlo de otro modo, que ocupaba su cuerpo, pero no su alma. No sé si me explico.

Por la noche, en mi casa, le preparaba una taza de té, y a veces ella ni siquiera la tocaba. Yo le recordaba que el té se le estaba enfriando.

«Qué tonta soy», me decía. Bebía un sorbo y volvía a olvidarse de la taza.

Una noche, estando sentada frente a ella en mi pequeña y chabacana cocina, la sorprendí examinando ensimismada los restos de sopa de lentejas y acelgas como si el cuenco fuera un recipiente de adivinación. Hubo otro incidente relacionado con la labor de punto que desató mi ansiedad. Vi cómo sus dedos se paraban, sin más; las agujas no se movieron durante treinta segundos como mínimo. Eso era impensable, inconcebible, como diría el calvo de La princesa prometida. Hannah podía hacer calceta mientras dormía, para ella era un movimiento absolutamente automático. Cogía las agujas y no paraba de moverlas mientras mantenía una conversación, veía la televisión o hablaba por teléfono. Hasta podía leer, y solo se detenía un instante para pasar la hoja. Pero aquel día... vi que dejaba de hacer calceta y se quedaba abstraída, con la mirada fija en un punto del centro del salón, y me entró pánico.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Pienso —me contestó con un tono que zanjaba la conversación.

En 1972 la primavera se adelantó; tras un invierno riguroso, las temperaturas se suavizaron. Hasta empezaron a revolotear las mariposas. Uno de esos días agradables me encontraba yo muy atareada en la librería. Dudo que los clientes hicieran grandes compras, pero entraba y salía mucha gente. A la hora de cerrar, Hannah no había aparecido, pese a que me había dicho que vendría. Supuse que quería estar sola para pensar en su difunta madre, en sus padres. No la molesté. Sin embargo, no vino a verme durante tres días seguidos, así que al final la llamé por teléfono. Admitió que estaba triste, aunque parecía tranquila.

Nos reímos cuando, sin darse cuenta, comentó que yo también estaría desanimada si mi madre hubiera muerto; luego se lo pensó mejor. «Bueno, quizá no tanto», añadió.

A la mañana siguiente Hannah entró en la librería de muy buen humor. Era primavera, repetía en respuesta a mis preguntas, la estación del florecimiento enloquecido y de los principios hermosos.

«¿Acaso siempre tiene que haber una razón para estar contento?», me preguntó aparentando inocencia. Lo dijo cantando, o mejor dicho, pronunció las palabras con una cadencia exultante. Tenía las mejillas sonrosadas. Cogía libros de los estantes y los devolvía a su sitio sin mirar el título ni el índice. Sus ojos tenían un brillo travieso, como los de una zorra que acaba de descubrir que tiene el gallinero a su disposición. Yo la creí: creí que aquella mañana estaba contenta, que su alegría burbujeante, pasajera o no, era real. Aun así, necesitaba una explicación (siempre lo mismo: la causalidad). ¿Qué os hace estar contentos?

Después de esquivar mis preguntas durante un buen rato —contestaba a casi todas con una breve risotada—, me dijo que por primera vez desde hacía varios años había dormido toda la noche seguida.

Cómo, qué, por qué, una hora de evasivas y vaguedades antes de que Hannah lo confesara todo, o al menos eso creí yo. La noche anterior se había sentido muy desanimada, no soportaba el peso de tanta tristeza. Habló de su melancolía en términos abstractos (esa carga, esa presión), como si fuera algo externo, algo que había entrado en ella, y ahora que había desaparecido, resultaba que lo único que necesitaba era una noche de sueño ininterrumpido. Pero la noche anterior no estaba contenta. No, qué va. No veía la forma de salir de la niebla. Sí, la había envuelto una niebla gris e invernal, una niebla especialmente opresiva. La noche anterior Hannah se había sentido desconsolada, esa era la verdad.

«Estaba agotada —dijo, aunque aparentaba todo lo contrario—. Daba vueltas y vueltas en mi cabeza, no sé si me entiendes, sin plan ni objetivo, perdida, incapaz de ver lo que tenía ante mí».

Me explicó que estaba cansada, pero no asustada. Pasó al menos tres horas mirando por la ventana de su habitación, contemplando la oscuridad, sin farolas. Pero no era una negrura impenetrable, no era el profundo mundo de las tinieblas que nos asusta. Se oía el zumbido de la red de suministro eléctrico de la ciudad. Su hermano y su cuñada veían la televisión en el salón. Hannah habría podido encender la lámpara de la mesilla de noche, pero no lo hizo.

«Anoche —dijo— extravié la luz de Dios».

No se sentía la de siempre, así que se puso el vestido morado de hilo fino; tenía frío, así que se puso la rebeca negra encima.

«Quería reconocermé a mí misma», dijo.

Por primera vez en muchos años, sacó las pastillas que tanto odiaba, el Seconal y el Valium. Se las tragó todas, cerca de treinta y cinco, y bebió dos vasos de agua para ayudarlas a recorrer su organismo. Me dijo que hacía años que no bebía más que un sorbito de agua después de las ocho de la tarde. Tenía la vejiga como un dedal y, si bebía más de un sorbo, se pasaba la noche yendo al cuarto de baño.

«Noté un cosquilleo de placer que me hizo sentir culpable —continuó—. Aquellos dos vasos de agua casi me llevaron a lamentar mi decisión. Me sentí pecadora por aquellos dos vasos. ¿Te imaginas que hubiera bebido tres? ¿Una orgía de placer? No te burles de mí».

Se tumbó en la cama —la cabeza sobre la almohada de plumas, los ojos clavados en el techo—, esperando a que Gabriel, ese descarado manipulador con voz estridente de trompeta, fuera a buscarla. Todo estaba donde debía estar.

«Estaba preparada», dijo.

Despertó a las ocho de la mañana, tras diez horas seguidas de sueño maravilloso y profundo, cumplido su deseo más ardiente; despertó fresca y rejuvenecida, con el único inconveniente de una vejiga llena que le causaba dolor.

«Como verás —prosiguió—, no tengo ni una sola arruga en el vestido».

Si dijera que estaba sobrecogida me quedaría corta. Estaba horrorizada porque entonces, y solo entonces, descubrí que Hannah se sentía sola, que ya era muy tarde y que le había fallado. «¿Cómo pudiste hacer eso?», fue lo único que mi voz pudo articular. ¿Por qué no acudiste a mí si necesitabas

ayuda? ¿Acaso no era tu amiga y confidente? Cuando extravíes la luz de Dios, búscame a mí.

No tenía por qué preocuparme, insistió ella. La había juzgado mal. Solo necesitaba aclarar sus ideas. Aquella mañana había hecho unas cuantas promesas y debía cumplirlas. La obligué a jurar que volvería a la hora de cerrar y que seguiríamos hablando por la noche. Decidí no abrir la librería al día siguiente. Llevaría a Hannah al médico para asegurarme de que todo estaba en orden. Tal vez ella hubiera encontrado la luz divina perdida, pero me pareció conveniente que un médico se asegurara de que tuviera una linterna a mano.

Hannah propuso que esa noche nos diéramos un capricho, que compráramos dos pollos asados, con todas las guarniciones, y encurtidos, muchos encurtidos, y sobre todo nabos rosa, sus favoritos, y como mínimo dos tubos de pasta de ajo. Mataríamos insectos echándoles el aliento.

Volvió a su habitación, y durante la hora siguiente guardó todos sus diarios en dos cajas y escribió mi nombre de pila con recargada caligrafía árabe en una hojita amarilla de bloc de notas que dejó encima de las cajas. Se puso sus zapatos más cómodos, subió por la escalera hasta la azotea del edificio y saltó. La caída desde una altura de cuatro pisos no acabó con su vida al instante. La pobre murió en la ambulancia camino del hospital.

Debí prever que Hannah volvería a intentarlo después de la primera tentativa fallida. Maryam, su cuñada, se sentía culpable. Estaba en casa cuando Hannah llenó las cajas y no le prestó atención. Durante largo tiempo estuvo conmovida. Todas las semanas llevaba flores a la tumba de Hannah. Creo que Maryam todavía vive y, como ya hace muchos años que murió Hannah, supongo que se habrá recuperado. A veces pienso que yo también me he recuperado.

Procuro consolarme pensando que son muchos los que se han suicidado y que sus seres queridos no pudieron impedirlo. El increíble escritor italiano Cesare Pavese se suicidó ingiriendo una sobredosis de barbitúricos en una habitación de hotel en 1950, el año que ganó el Premio Strega. ¿Quién iba a pensarlo?

Sin embargo, habría podido ser más observadora. Después del primer intento de suicidio, debí comprender que para Hannah el sentido de la vida, el sentido que ella había asignado a su vida, había soltado amarras. El refugio del autoengaño se había derrumbado. Cuando me dijo que se había tragado las pastillas, debí analizarlo más. Pero entonces no supe hacerlo mejor. No debí perder de vista a Hannah ni un momento.

Me siento culpable. Cuando quiero sentirme mejor, culpo a otras personas: su familia, porque Hannah vivía con ellos y nadie se dio cuenta de nada; la madre del teniente, que fue incapaz de llevarse su secreto a la tumba. Si Ahmad no me hubiera dejado, le habría pedido que se ocupara de la librería mientras yo me quedaba con Hannah. Culpo al rey Hussein y a Yasser Arafat por el Septiembre Negro, que fue la causa de que Ahmad me abandonara. Culpo a la propia Hannah. Y vuelvo a culparme a mí misma.

Estos recuerdos... Estos recuerdos afilan el dolor que el tiempo ha desafilado.

Mientras camino hacia casa, oigo a lo lejos el rugido de los aviones comerciales que aterrizan, muchísimos a esta hora del día, muchísimos en esta época del año; traen a los emigrantes libaneses que vienen a pasar las vacaciones.

Culpo a Ahmad, el emigrante o, más exactamente, el exilado. En algún sitio tengo una fotografía recortada de un periódico en la que aparece Ahmad abandonando Beirut. Se encontraba entre la multitud de palestinos obligados a salir de la ciudad para poner fin al sitio israelí y sus crueles bombardeos. En agosto de 1982 se produjo el nuevo gran éxodo palestino. Se publicaron numerosas fotografías del acontecimiento. Unas cuantas de Yasser Arafat tomadas desde diferentes ángulos, falsamente triunfante, con una amplia sonrisa en los labios, haciendo el signo de la victoria con ambas manos, como Nixon; mujeres llorosas despidiéndose, madres estoicas, niños con letreros y pancartas. La fotografía que yo guardo salió en el periódico a la semana siguiente. Para mi sorpresa, en ella aparecía Ahmad, uno entre un montón de hombres a punto de embarcar en los buques que los llevarían a Túnez, con la kufiyya al hombro, pero sin kalashnikov. Algunos de sus compañeros armados se tapaban la cara con la kufiyya blanquinegra, pero mi Ahmad no. Ni él ni los demás parecían desafiantes y avergonzados, sino más bien resignados; tenían la cabeza gacha como girasoles.

Esa fue la última vez que lo vi.

Recorro una callejuela que desemboca en un cruce. Un canalón que va de la azotea al segundo piso de un edificio cercano arroja a la calle un torrente de agua de lluvia, un bucólico riachuelo artificial en medio de la ciudad. Produce un ruido inquietante, la verdad. No me había dado cuenta de que hubiera llovido tanto.

*Agua, agua por todas partes,
y todas las tablas encogían;
agua, agua por todas partes*

y ni una sola gota que beber.

Conozco una historia preciosa sobre Pavese, posterior a su muerte. A finales de los años treinta, cuando regresó del exilio, trabajó para Einaudi, el editor izquierdista, traduciendo y corrigiendo libros. Después de la muerte del escritor, Einaudi publicó sus obras y supervisó su patrimonio. El día que el primer ministro de derechas Silvio Berlusconi compró Einaudi, la casa de Pavese se inundó. Se reventó una cañería y quedaron destruidos todos sus documentos. Desde su tumba, Pavese no dejó que ese presumido con cara de rata ganara ni un solo céntimo con su obra.

Para ir a casa puedo torcer tanto a la derecha como a la izquierda, pues curva tras curva, calle tras calle, las dos rutas son muy parecidas. Lo que sí distingue este cruce es la presencia de tres ficus benjamina adultos, tres cuévanos de verdor, que forman un triángulo equilátero que une las aceras opuestas, sin que ninguno de los tres tenga que pelear con estructuras construidas por los humanos para conseguir aire que respirar. Me encanta este barrio de clase obrera. Los edificios son arquitectónicamente afines y uniformes, no monstruos modernos. No poseen una estética hermosa — colores apagados, caducos—, pero, como están vivos y son coherentes, esta parte de la ciudad tiene sentido.

Uno de los edificios presenta un añadido reciente: la escalera exterior, parecida a la de mi edificio, está tapada con un muro de cemento sin pintar. Eso que antes de la guerra era bastante común se está extinguiendo. Como los potrillos, que nacen preparados para echar a correr, los edificios nuevos nacen con verjas, protegidos, capaces de mantener a raya la ciudad con sus brigadas de porteros y vigilantes.

A solo media manzana hay una mezquita sunní. Una multitud de banderas libanesas que apuntan en todas las direcciones cuelga de un poste de electricidad, de modo que parece que los cedros verdes, símbolo de nuestro estado pigmeo, vayan a caer en una lenta avalancha. Cada secta quiere demostrar que es la más libanesa, lo que explica el reciente aumento de un patriotismo infantil en nuestros barrios. En este también hay un gran póster con el feo careto del «líder de los árabes», Gamal Abdel Nasser, contra un fondo rojo Mao. Hacía años que no veía ninguno.

Podría explicar la diferencia entre el barroco y el rococó, entre el realismo mágico sudamericano y sus equivalentes del sur de Asia y del África subsahariana, entre el nihilismo de Camus y el existencialismo de Sartre, entre el modernismo y el posmodernismo, pero no me pidáis, queridos amigos, que os explique la diferencia entre los nasseristas y los

baathistas. Sé que este barrio no puede ser baathista; ahora los sunníes son anti-Siria, y la necesidad de pertenecer a un partido, el que sea, es superior al temor a volver a hacer el ridículo; de ahí que Nasser sea el héroe del momento. Sin embargo, no consigo entender qué significan los términos.

Samir Kassir, en su maravilloso libro sobre Beirut, los diferencia así: nacionalistas árabes convertidos al socialismo y socialistas que desde hace poco están atentos a las virtudes movilizadoras del nacionalismo.

A ver si descifráis eso.

¿Hace falta que os diga que baathistas y nasseristas se han matado a montones entre sí?

Lo primero que se puede pensar es que los beirutíes deben de estar locos de atar para matarse unos a otros por discrepancias tan triviales. No nos juzguéis con tanta severidad, queridos. En la base de casi todos los antagonismos yacen similitudes irreconciliables. Ha habido guerras de cien años por cuestiones como si Jesús era humano con forma divina o divino con forma humana. La fe mata a los hombres.

Tras la muerte de Hannah, la vida se volvió incomprensible..., bueno, más incomprensible de lo habitual. Confieso que pasé momentos duros, años duros. Sufrí, aunque es difícil calcular si sufrí suficiente o no. La vida es una locura. El padre de Fadia, Hayy Wardeh, también murió aquel año, y yo no estaba segura de si su hija querría desahuciarme. Mi madre me daba la lata para que cediera mi apartamento. Mis hermanastros intentaban derribar mi puerta y mi ánimo. Fue muy desagradable, y luego vino la guerra, la distracción definitiva. Me sumergí en mis libros. Ya era una gran lectora, pero tras la muerte de Hannah me volví voraz, insaciable. Los libros se convirtieron en mi leche con miel. Para sentirme mejor recitaba frases tontas como «Los libros son el aire que respiro», o peor aún, «Sin literatura la vida no tiene sentido», en un débil intento de eludir el hecho de que el mundo me parecía inexplicable e impenetrable. En comparación con lo complejo que resulta entender el sufrimiento, leer a Foucault o Blanchot es como leer un libro infantil ilustrado.

Paro un taxi. Me rascaré el bolsillo. Necesito llegar a casa. Hace demasiado frío; el viento es helado y está cobrando fuerza, y la calle tiene una ligera pendiente que la hace resbaladiza. No noto el suelo bajo mis viejos pies. Necesito llegar a casa.

Intuyo que el conductor tiene ganas de hablar. Cualquier cosa que me diga ya la he oído un millón de veces. Los taxistas, los grandes conversadores, los narradores de esta ciudad parlanchina, no saben parar

una vez que empiezan. Saco del bolso el libro de Rilke y finjo leer. Ahora mismo la comunicación no es lo que más necesito.

El taxi avanza despacio por el congestionado tráfico de los días previos a las vacaciones. Toda Beirut, con pocas excepciones, ha salido a comprar para las fiestas. Hace mucho tiempo que no le compro un regalo a nadie. Se pone el sol y empieza a llover; las noches de invierno llegan casi sin avisar. La luz de los faros se refracta en el parabrisas y crea arcos iris minúsculos. Tardamos media hora en recorrer una distancia que yo habría cubierto a pie en el mismo tiempo. Un relámpago a lo lejos, insonoro, confirma que he hecho bien cogiendo el taxi, aunque los muelles viejos del asiento trasero no me dejen estar cómoda.

El taxi recorre a trompicones un par de barrios que hay antes del mío. Empieza a dolerme la espalda. En la calle se alza un hotel flamante, musculoso y gris. He oído que puedes meterte en una bañera de agua caliente en el último piso y contemplar toda Beirut por unas grandes ventanas redondas, una especie de efecto submarino inverso. En la planta baja hay un restaurante norteamericano y un gimnasio gigantesco. Ignoro cuánta gente utiliza el gimnasio, pero la envidio por su salud sin necesidad de conocerla. Ha sido un día largo.

No importa dónde haya estado ni cuánto tiempo me haya ausentado: mi alma empieza a rebullirse de alegría cuando me acerco a mi apartamento. La curva cerrada que conduce a mi calle y el edificio marrón y gris que yo llamo nuevo, aunque lo construyeron a principios de los setenta y de nuevo ya no tiene nada, son las señales que anuncian que estoy cerca. La sensación agradable de estar llegando y la impaciencia de no haber llegado todavía se desatan en cuanto veo esas señales. Lo primero que hago nada más entrar en el apartamento, tras cerrar la puerta, es derrumbarme en el sofá y descansar. Mi casa.

Ô rage! Ô désespoir! Ô vieillesse ennemie!

La imagen perturbadora de las arrugas recalcitrantes de mi cara no me deja moverme. Me quedo petrificada ante el espejo del cuarto de baño. Me pongo las gafas para ver mejor. ¿Qué me ha pasado? ¿Qué le ha pasado a mi cara, tan descarnada e inexpresiva? La persona que me devuelve la mirada es una desconocida. Nunca he tenido un concepto favorable de mi poco atractivo físico, pero ahora parezco más insignificante que nunca, sin vida, sin una chispa o destello de intensidad. Soy un ser humano absolutamente anodino.

Tengo que preguntarle a mi madre si conserva alguna fotografía de mi padre biológico; tengo que hacerlo antes de que se muera. Quiero saber si me parezco a él. Necesito saberlo. Tengo la nariz de mi madre, y últimamente parece una cimitarra clavada en un cadáver. Intento reconstruir el rostro de mi padre, pero no lo consigo. Yo era demasiado pequeña. Quizá haya visto alguna fotografía suya alguna vez, pero no lo recuerdo. En cambio sí recuerdo cómo era mi madre en aquella época, qué aspecto tenía cuando él murió, pero, como de eso hace mucho tiempo, supongo que esta imagen tampoco es muy fiable. Recuerdo que mi madre no levantaba la cabeza, que mantenía la mirada gacha, hacia el suelo, incluso más abajo, hacia el centro de la tierra, donde moraba Satanás. Debía de sentirse culpable por la muerte de mi padre. Si hubiera sido mejor esposa, más competente, no se lo habrían arrebatado. Si hubiéramos practicado el satí, se habría arrojado a la pira de cabeza con un doble salto mortal.

¿De verdad lo recuerdo, o es un rompecabezas que he montado encajando a la fuerza piezas y fragmentos de lo que creo que pasó? Vuelvo a meter el cubo de madera en el pozo salobre de mis recuerdos; la mayoría de las veces la cuerda se queda floja. Hubo una comida. Mi madre se concentró en su plato. Dudo que comiera nada. El recuerdo parece a la vez real e irreal, fiel y endeble, sólido e insustancial. Yo no tenía ni dos años cuando murió mi padre. Debí configurar esas imágenes mucho más tarde. La infancia se representa en una lengua extranjera y nuestro recuerdo de ella es una traducción de Constance Garnett.

Mis facciones se han desafilado y desdibujado con el paso del tiempo, mi reflejo solo se asemeja vagamente a la imagen que tengo de mí. La gravedad exige una compensación por los años que mi cuerpo se ha resistido a ella. Se han estirado no solo mis pechos y mi trasero, sino también las curvas ligeramente hinchadas de mis labios. Además he perdido pelo en las cejas. Ahora las tengo blancas. Ya me había fijado en el cambio de color, pero no en su escasez. Por otra parte, mi piel, privada de melanina, ha acumulado diferentes tonalidades. Dos mares cerrados y asimétricos de color morado y gris rata se extienden bajo mis ojos. Una lapa moteada se aferra a la piel junto a mi oreja derecha. Las venas de las sienes y sus afluentes son verdes.

Puedo asegurar que la estructura ósea de mi cara ha cambiado.

¿Cómo puede mi aliento resistir el demoledor asedio del tiempo?

*¿... si el Tiempo tumba pórticos de hierro
y ni la roca aguanta su embestida?*

Oigo a Joumana trajinar en el cuarto de baño del piso de arriba. Si no ha modificado su programa habitual, está lavándose antes de preparar la cena.

Tengo que hacer algo. Salgo del cuarto de baño y voy a la sala de lectura, al reproductor de CD. Busco a Chopin, encuentro uno de los discos de Richter. Mi cabeza se despeja lentamente. El Chopin de Richter es inspirador.

Sviatoslav Richter solo tocaba en público si tenía consigo su langosta de plástico rosa. Yo creía que era roja —lo leí en algún sitio, una langosta de plástico roja—, hasta que vi una fotografía. Parecía un crustáceo, desde luego, con unas pinzas desproporcionadas, pero no parecía una langosta, o al menos a mí no me lo parecía. Y no era roja, sino rosa.

«Las cosas me causan confusión», declaró en un documental.

En ese documental, Richter, el enigma, el músico parecía desconcertado y perplejo, aturdido por la vida. Calvo, huesudo, desaliñado y viejo, una cara incapaz de mirar a la cámara, un rostro que sabía perfectamente qué se había perdido, a qué había renunciado. A mí me parecía una persona auténtica. No sé si era virgen, pero era homosexual.

Richter le hablaba a su langosta de plástico y se sentía perdido sin su compañía. Si le hablaban cuando no tenía su langosta, parecía un autista. Sin embargo, cuando tocaba... cuando tocaba hacía que el alma se licuara. Caminaba sobre el agua, o sus dedos caminaban sobre el agua, ágiles como un líquido y suaves como un fluido, corriendo, goteando, fluyendo.

«No me gusto», declaró en ese documental.

Estoy una vez más petrificada ante el espejo de mi cuarto de baño. Cojo unas tijeras, cierro los ojos un momento y me corto un mechón de pelo azul. Mientras Richter ejerce su dulce magia, corto y lloro, corto y lloro. Richter me desgarrar el corazón. Soy una sentimental. Corto y lloro. El pelo azul cae a mi alrededor y forma una nube tenue en el suelo, el halo de una santa que me circunda los pies.

«Por tanto, si una mujer no se cubre la cabeza —se lee en Corintios—, que se corte el pelo». Como ya nadie lee, ni la Biblia ni otras cosas, todo el mundo da por hecho que los musulmanes fueron quienes inventaron el hiyab. «Todo hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta, afrenta a su cabeza. Y toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, afrenta a su cabeza; es como si estuviera rapada».

Sin mi pelo, ya no tengo la cabeza descubierta. Empiezo a barrer los mechones azules del suelo. Despacio, metódicamente, midiendo cada movimiento, como atontada, con la mente ofuscada, limpio y barro.

En Alemania envolvían el pelo cortado en un paño que depositaban junto a un saúco tres días antes de la luna nueva. Los indios yukon de Alaska realizan un ritual parecido. En Marruecos las mujeres cuelgan el pelo que se han cortado de un árbol que crezca cerca de la tumba de un sabio hechicero para protegerse del dolor de cabeza. En Arabia Saudí y Egipto guardan el cabello caído en un cajón, envuelto en un pañuelo. Yo lo barro, lo deslizo en el recogedor y lo tiro a la basura.

Me he cortado el pelo, o mejor dicho, me lo he podado. Ahora es blanco, la escarcha de la vejez. No sé si parezco una enferma de cáncer, una terrorista de las Brigadas Rojas de los años setenta o una artista de vanguardia, pero me veo diferente. Como solo he utilizado unas tijeras, me ha quedado el pelo irregular y disparateo. No, no parezco ninguna de esas cosas: parezco una postulante católica o una novicia de alguna orden monástica misteriosa.

Me siento más ligera, aunque sé que es absurdo. Solo es pelo. Los albatros cayeron en picado y se hundieron como plomo en el mar.

Esta noche contemplaré el mundo desde mi bañera. Pondré el día de hoy y su historia en remojo para que se deslién. Eliminaré a mi madre de mi pelo. Voy a lavarla, secarla, arrancarla, lanzarla, anularla y dejarla marchar. Llenaré hasta arriba la bañera de agua purificadora, haré sonar las cañerías, dirigiré la sinfonía de carillones de Schoenberg una vez más. Encenderé un par de velas para crear ambiente. No puedo recuperar las que hay en la habitación de la sirvienta, así que tendré que apañármelas con un par de cabos feos pero prácticos que hay en el cuarto de baño. Fuego y agua, acabaré con un bautismo, purificándome y regocijándome.

Acortaré las horas de esta noche, porque estoy cansada. Pero leeré. Todavía me conservo más o menos cuerda gracias a mis veladas de lectura.

Esta noche seguiré con Microcosmos.

Me siento junto a la ventana del salón. El cielo se pone su abrigo azul oscuro. Mis pies, enfundados en calcetines, se acomodan conmigo en el sofá; mis manos se entrelazan alrededor de mis rodillas. Todavía tengo el pelo mojado, aunque me lo he secado con mi mejor toalla tras el baño. Síndrome del pelo fantasma: me toco la cabeza y noto el cabello seco, pero un minuto después de que mi mano se entrelace con su compañera alrededor de mis rodillas, vuelvo a tener esa sensación de humedad.

Lo único que veo al otro lado de la ventana es un pequeño segmento de calle: un rectángulo del edificio de enfrente (para ver la azotea tendría que estirar el cuello e inclinarme hacia un lado) y mi solitaria farola. De

pequeña soñaba con una ventana desde la que se viera toda Beirut y su universo. Cuando me casé y vine a este apartamento, mis sueños se redujeron hasta adoptar dimensiones más razonables; deseaba una ventana en un piso más alto, quizá el cuarto, el apartamento de Fadia en lugar del mío, que es un segundo; deseaba una vista algo más elevada, un poco más extensa. Ahora solo deseo que una empresa finlandesa o tal vez china invente algún utensilio barato para limpiar la suciedad de la ciudad que se incrusta en la parte exterior de mi ventana sin tener que forzar la espalda.

Debería releer *La vanidad de los deseos humanos*, de Johnson, y dejar que me reprendiera de nuevo.

En realidad está bien que solo tenga un atisbo de Beirut desde mi ventana, una puntita de un pedazo de una porción de pastel. Los nostálgicos insisten en su visión revisionista de una ciudad hospitalaria y acogedora, un reino amante de la paz donde todas las fes y todas las etnias eran bien recibidas, un Arca de Noé donde bestias de todo tipo se sentían tranquilas y protegidas. Sin embargo, Noé era un capitán hijo de puta que gobernaba un barco abarrotado. Solo parejas elegidas entre lo más florido y granado podían subir por la pasarela (para perpetuar la especie, repoblar el planeta y todas esas bobadas nazis).

¿Habría permitido Noé que embarcara una cebra lesbiana, un erizo soltero o un lémur cojo? Lo dudo.

Mi ciudad nunca ha recibido bien a los desparejados ni a los discapacitados.

Nunca me han gustado la historia de Noé ni los rebuscados cuadros de animales dóciles de Edward Hick.

Esto lo he leído esta noche en *Microcosmos*: «¿Por qué tanta lástima por los asesinos que llegaron después y ninguna por los de antes, que se ahogaron como ratas? Noé debía de saber que con cada criatura, humana o no, el mal entraba en el arca».

Podéis decir lo que queráis sobre el Dios de Israel, queridos míos, pero la coherencia no es su fuerte. No ha sido justo con los míos. El Dios Único es un nazi.

*Estoy sentado a oscuras. Y no sabría decir
qué es peor: la oscuridad de dentro o la de fuera.*

Esta noche tengo que intentar dormir. Lo necesito.

No duermo, claro. No recuerdo qué he hecho toda la noche, así que debo de haber dormitado un poco, como de costumbre. Me agacho para ponerme

unos calcetines de lana y noto cómo cruje cada vértebra por orden, como si pasaran lista: C1, sí; C3, presente; T4, aquí; L5, sí; cóccix, ¡ay! Lo único que falta es el toque de diana.

Hace demasiado frío. Un temblor me recorre los hombros y se esfuma cualquier tendencia a la pereza. Me rasco el cuero cabelludo. Todavía lo tengo rapado. No sé si debo arriesgarme a mirarme en el espejo del cuarto de baño esta mañana. ¿Qué pinta tendrá mi cabeza recién levantada de la cama?

Una noche de tormentas y lluvia torrencial, de ruido y topetazos en la oscuridad. Oía riadas y sirenas al otro lado de la ventana. Cómoda y arropada con tres mantas, oía a un demonio necrófago arañar el cristal de la ventana con las uñas y a un miliciano disparar la metralleta contra los charcos de la calle. En el piso de arriba, oía a Joumana asesinar a alguien, seguramente a su marido, y arrastrar el cadáver por la casa describiendo círculos, una y otra vez, mientras le golpeaba la cabeza con una sartén de Tefal. Eso es lo único que podría explicar esos ruidos nocturnos.

Estoy cansada, cansada, ojalá no tuviera tanto frío.

Me pongo la bata encima del camisón y el abrigo de mohair de color burdeos encima de la bata. Voy lentamente hasta la cocina para iniciar el ritual del té de todas las mañanas. El apartamento huele a lluvia y a humedad. Los radiadores difunden el calor a rachas. Por la casa corren vientos invernales que interrogan a mis tobillos.

Vuelvo a tener dudas sobre mi nuevo proyecto. La novela 2666, pese a estar incompleta, es demasiado extensa, y esta mañana me interesa menos. Sin embargo, no sé si a estas alturas tendré tiempo suficiente para encontrar otro libro que traducir, a menos que escoja algo corto y fácil. ¿Puedo correr el riesgo de saltarme el rito de comenzar una traducción el 1 de enero? No sé si puedo transgredir mis propias reglas. Las reglas son arbitrarias. Lo sé, y también sé que me ayudan a superar los días. Si es necesario, puedo empezar la traducción en otro momento y el mundo no se pondrá a girar al revés. Si lo aplazo, no perderé más horas de sueño de las que ya pierdo. Pero prefiero ceñirme a lo que sé, pues soy una mujer de costumbres y todo eso.

A lo mejor la epifanía consiste en que esta vez puedo empezar una traducción la segunda semana de enero. A lo mejor esta epifanía me animará cuando me haya tomado el té.

Enciendo el fogón bajo el hervidor.

Decido que esta mañana debo escoger qué libro voy a trabajar. La incertidumbre resulta inquietante.

Una luz susurrante empieza a dispersar las formas imprecisas al otro lado de las ventanas. Un camión de la basura sale de mi calle y se lleva su estruendo. Ahora solo se oye el repiqueteo infantil de la lluvia. La bombilla de la farola parpadea en un breve berrinche, y por un segundo su luz adquiere un tono rosado, hasta que se apaga para el resto del día. El ambiente en la cocina todavía es húmedo y sombrío. Llevo el té a la sala de lectura, me siento en mi sillón y me tapo bien las piernas con el abrigo de mohair.

* * *

Suena el timbre y me desoriento. Debo de haberme quedado dormida en el sillón. ¿Cuánto rato ha pasado? No sé qué hora es, sin las gafas no veo bien el reloj. Hay mucha luz. ¿Las ocho? Vuelve a sonar el timbre. Me pongo las gafas. La taza sigue en la mesilla, junto al jarrón y los siete libros de los muallaqat; el té está intacto y evidentemente frío, pues de su superficie no asciende ni una pizca de vapor. No voy a abrir la puerta. Esta vez no. No dejaré entrar al mundo. ¿Va a convertirse esto en un ritual cotidiano? Vamos a fastidiarle la mañana a Aaliya, vamos a interrumpirla y a complicarle la vida. *Tous les matins du monde*.

Quienquiera que esté al otro lado de la puerta llama insistentemente con los nudillos. No es mi hermanastro el mayor, porque son unos golpes educados.

—¡Aaliya! —Oigo la voz débil de Joumana. Percibo cierto apremio en ella, mucho más que en la de Marie-Thérèse cuando llama a su gata—. ¡Ábreme, por favor!

Me levanto de un brinco (bueno, con lo que a mi edad puede considerarse un brinco). Me falla una rodilla y estoy a punto de caer de bruces sobre la alfombra. Me apoyo en la puerta de la sala de lectura. Pongo una mano en la jamba y de pronto me encuentro cara a cara con el espejo redondo sin marco. Desvió la mirada, por supuesto, pero decido que debo limpiarlo antes de que termine el día, por lo menos quitarle el polvo.

—Tiene que estar dentro —dice Marie-Thérèse—. Esta mañana no la he oído salir. Si hubiera salido, me habría enterado.

Corro hacia la puerta.

Oigo a Fadia subir la escalera; la oigo subir, no bajar. Esta mañana el mundo está al revés, patas arriba.

—He cortado el agua —dice Fadia, que es la que habla más alto. Todavía no ha llegado a mi rellano. Oigo acercarse sus zuecos, presurosos.

—¡Aaliya! —grita justo en el momento en que abro la puerta. Mi cara recibe toda la fuerza de su voz y el frío de diciembre.

Las brujas empapadas entran dándose empujones en mi recibidor; hablan las tres a la vez, un parloteo de voces agudas como en las películas de Disney, y me quedo aturdida y confusa. Si la última vez que Fadia estuvo aquí su bata barría el suelo, hoy lo friega. El bajo está tan mojado que parece que acabe de salir de un río. Oigo la palabra «inundación» y noto que me tiembla un nervio justo encima del puente de la nariz, debajo de la piel. Se me hace un nudo en la garganta, un ancla tira hacia abajo de mi corazón. Se me cierran los oídos. No quiero oír.

Las brujas, medio empapadas, me rodean, orbitan alrededor de mí como planetas ciegos de anfetamina, sin parar de hablar. Una cañería... la habitación de la sirvienta del piso de Joumana... inundación... ya no hay peligro... han llamado al fontanero... confían en que no tenga nada de valor en mi habitación de la sirvienta.

¿Algo de valor? ¿De valor? Mis cajas, mis pilas de cajas, mi vida; de eso ellas no saben nada.

Echo a correr —sí, a correr—, cruzo la cocina y llego al lavabo de servicio. Percibo el olor a humedad antes de abrir la puerta: huele a jersey de lana bajo la lluvia, como el jersey rosa de Nancy colgado sobre la estufa. Las náuseas me dan puñetazos en el estómago de dentro afuera. El picaporte no gira del todo al primer intento porque tengo las manos sudadas. Abro la puerta de par en par y veo del desastre. El hedor me ataca físicamente y retrocedo y tambaleo; el pestazo me pega con fuerza, me aporrea la nariz, es agrio, rancio; el de mi madre. Mi corazón se comporta de forma extraña, quiere protestar. Siento el impulso traicionero de regurgitar.

¡Salve, horrores! ¡Salve, mundo infernal! ¡Y tú, el más profundo Averno!

Mis vecinas avanzan sigilosamente hacia mí, se acercan demasiado.

Hay un poco de agua en el suelo, pero no mucha. Casi toda la que se ha filtrado al lavabo de servicio ha seguido su viaje hacia el desagüe. Sin embargo, el agua que se ha empeñado en quedarse ha decidido establecerse entre mis documentos. Las cajas están mojadas.

Ahora no hay necesidad de alarmarse. El daño ya está hecho. Si debía hacerse, una vez hecho, entonces sería mejor que hubiera sido rápido. Ha sido rápido, ya lo creo.

Entro en la habitación de la sirvienta con las piernas temblorosas y las rodillas fatigadas. No hay nada que hacer. La habitación de la sirvienta está a oscuras, pero no necesito ver nada. El olor de los daños causados por el agua es intenso. Las siete bocas del Nilo han vertido aquí sus aguas. Mi alma grita, mi voz está muda. Ahora ya no tengo nada.

¿Qué ángeles me oirán si grito? Estoy en la oscuridad fría y húmeda, en medio de mi vida devastada, sin saber qué hacer, incapaz de tomar una decisión, y lloro. Mis esperanzas se desvanecieron hace mucho tiempo y ahora se va con ellas toda mi dignidad. La poca autoestima que me quedaba me abandona, sale de mí y sigue al agua por el desagüe.

Todo ha desaparecido y me ha dejado y no sé qué hacer.

Me enfrento a una batalla que terminó hace mucho tiempo. Acepto la derrota sin bandera blanca que ondea, sin fuerzas siquiera para desenvainar mi espada.

*Por el valle de la Muerte
cabalgaban los seiscientos.*

La degradación y yo somos amigas íntimas. Mi alma, como la de Job, está cansada de vida. Me gotea la nariz; me limpio los mocos y las lágrimas con la manga del abrigo de mohair, la manga de mi abrigo raído, que ya no está presentable.

No sé qué llegan a ver las tres brujas, pero me horroriza que sepan que estoy llorando, lo que me hace llorar aún más, y más fuerte.

Mi alma es el juguete del destino. Mi destino me persigue como un experto rastreador, como un cazador malvado, me muerde y no me suelta. Vuelvo a encontrar lo que creía haber dejado atrás. Siempre seré un fracaso, entonces, ahora y para siempre. Fracasaré otra vez. Fracasaré y será peor. Veo cómo mi vida se derrumba.

Haz descender ese infierno sobre mí.

Maldito sea este mundo y maldito sea todo cuanto hay en él. Maldita sea esta edad de humillación despiadada y payasadas. Aquí tenéis vuestra maldita epifanía.

Las mujeres me rodean una vez más, me cogen de las manos y los codos y me llevan hacia la luz. Una de ellas, seguramente Marie-Thérèse, la más bajita, me tira suavemente del brazo para que me agache un poco y me limpia la cara con un pañuelo, un pañuelo humedecido con gel desinfectante. Debe de llevar encima siempre una de esas botellitas con gel antibacteriano. Mis manos se sueltan de las mujeres sin que yo se lo ordene

y se refugian en los bolsillos del abrigo. Lo único que tengo en los bolsillos son unas gafas de leer dobladas.

Mis ojos, por decisión propia, miran al frente, concentrados en el cazo que puse bajo el radiador cuando lo purgué. Una gota de agua herrumbrosa cuelga del tubo, y espera con paciencia a que llegue el momento de reunirse con sus hermanas, que ya han manchado el aluminio.

En la cocina hay ruido: la ciudad da sus bocanadas matutinas, bocinas y tráfico y lluvia en la calle, y Joumana habla en voz baja, me habla a mí.

—¿Qué hay en esas cajas? —Repite varias veces la pregunta, porque guardo silencio—. Tendríamos que sacarlas y ver qué podemos salvar.

¿Cómo puedo explicar mi vocación extravagante, mi vida furtiva?

Esta es la fuente secreta que da sentido a mi vida.

—Traducciones —digo—. Soy traductora. —Titubeo. Lo que acabo de decir no me suena a verdad. Suena a mentira—. Lo era —me corrijo. Mi corazón está demasiado cansado para latir—. Era traductora.

Joumana está estupefacta, sus cejas se arquean y forman sendos signos de interrogación. Sus ojos se fijan en la parte inferior de mi cara, como si pretendiera leerme los labios. Si yo hubiera contestado que en las cajas guardaba bolsas de heroína, estaría menos impresionada. Es una mujer decente que no está acostumbrada a descifrar lo que mascullan los monstruos.

—A trabajar —dice con tono autoritario—. Hay que sacarlas de esas habitaciones.

En cuanto intento moverme, me tambaleo como una jirafa que se ha atracado de fruta fermentada. Marie-Thérèse, la del dulce semblante, me rodea la cintura con un brazo para sostenerme. Apoyo el antebrazo sobre su hombro. Me siento indefensa y perezosa a la vez. Me gustaría huir de todo esto y volver a casa, solo que ya estoy en casa.

—Siéntate —me dice Marie-Thérèse mientras me lleva hacia mi sillón—. Descansa un momento. Nosotras sacaremos las cajas. —Vacila un instante, como si fuera a hacerme una pregunta sumamente solemne—. ¿Tienes una escalera de mano, o voy a buscar la mía?

Estoy enfadada conmigo misma, y no solo por lloriquear delante de unas desconocidas como una cría en el recreo del parvulario, sino sobre todo por lloriquear. Intento controlarme. Sentada en mi reconfortante sillón, observo el ajeteo de las tres mujeres. Intento levantarme; me tiemblan los músculos de los muslos, se me doblan las piernas y vuelvo sentarme. Solo un minuto, me digo, menos de un minuto, me miento. Me siento como un

sapo viscoso hundido en el barro mientras contemplo, impasible, mi inexistencia. Esta mañana Spinoza tiene muy poco o nada que ofrecerme.

Fadia ha subido a su apartamento y ha vuelto con dos sábanas grandes y al menos ocho toallas. Ahora van y vienen las tres transportando una a una las cajas empapadas. Parecen sincronizadas, como si llevaran toda la vida rescatando traducciones mojadas por inundaciones, como si hubieran crecido en una aldea a orillas del Éufrates, donde esta clase de trabajo no es infrecuente. Una entra en la oscuridad, otra sale del averno con una caja. Me fijo por primera vez en que Joumana tiene los pies planos como un pato. El olor a podrido se extiende por el apartamento, el olor a descomposición impregna mi casa. La tristeza y la frustración crecen dentro de mí. Debería levantarme, pero todavía no puedo. Mientras ellas trabajan, lo único que puedo hacer yo es estar mano sobre mano.

He de ser más dura, fortificarme. ¡Ay, Flaubert, enséñame a sellar mi cámara, envíame a tu albañil! Miedo, dolor, no dejéis entrar a estos merodeadores y saqueadores, esta ira, este sentimiento de culpa, esta desesperanza.

Siento nostalgia de mi corazón árido de otros tiempos, que habría sabido sobrellevar semejante pérdida.

Non fui, fui, non sum, non curo.

En silencio, ayudo a mis vecinas a sacar las cajas de Egipto y su inundación de sangre. Yo llego a las de arriba más fácilmente que las brujas. Fadia, que está delante de mí, pisa la mina israelí, a un palmo del desagüe. Yo evito ese punto; todavía pienso que mi zapatilla se ensuciará si se acerca al sitio donde una vez estuvo la mancha. El cartón mojado parece col hervida en mis manos. Ponemos las cajas en fila encima de las toallas y las sábanas, en la cocina, en el salón, en la sala de lectura; parecen ataúdes de víctimas de guerra que vuelven al hogar. Debería ponerme firme y saludar; hay tantos himnos nacionales, tantos países en la pila de cajas. Me gustaría lanzar veintiún cañonazos.

Finalmente Joumana se arrodilla ante un ataúd como si fuera una doliente. Al bajar la rodilla izquierda golpea la versión inglesa de la Enciclopedia de los muertos, sujeta a un lado de la caja (versión inglesa a la izquierda/oeste, francesa a la derecha/este); el libro cae al suelo desde escasa altura y produce un ruido mínimo. Joumana vacila, pero solo un momento. De mi garganta escapa un grito ahogado.

¿Qué insólitos sonidos vacilan en mis labios?

Joumana apoya las rodillas sobre la toalla y abraza la caja. Con la mano izquierda me hace una seña para que me calme. En la mano derecha tiene mi cuchillo de cocina. Sus iris son del color de las moras. Corta la cinta adhesiva por cuatro sitios.

El manuscrito está mojado, por supuesto. La primera página es legible, pues solo contiene el título, el nombre de Danilo Kis y el mío. Joumana levanta la portada y suspira. Las páginas que hay debajo están dañadas. En el centro de cada una hay una parte seca del tamaño del mitón de una jovencita, pero en el resto de la hoja —la tinta corrida, la descoloración, el olor— la muerte, como siempre, se desliza hacia el corazón. La mía lo hace, sin duda.

No puedo evitarlo. Rompo a llorar de nuevo, pero en silencio, de una forma menos bochornosa. Joseph Roth concluye *Fuga sin fin* con esta frase: «Nadie en el mundo era tan superfluo como él». Siento discrepar. Nadie en el mundo es tan superfluo como yo. No es Franz Tunda, el protagonista de Roth, qué va; soy yo la que no tiene ocupación, deseo, esperanza, ambición, ni siquiera autoestima.

Las manos de Fadia, como surgidas de la nada, se alzan detrás de mí y empiezan a masajearme suavemente los hombros. Combato el impulso de apartarme. Dejo que sus manos me toquen.

No puedo evitarlo. Mi mente lleva mis pensamientos hacia la muerte atados con una correa.

Arbus se cortó las venas, igual que Rothko. Woolf se metió en el río y se ahogó. Hemingway se pegó un tiro en la cabeza, claro. Plath, Hedayat y Borowski metieron la cabeza en el horno. Améry tomó una sobredosis de somníferos en 1978 y no despertó como nuevo al día siguiente. Y tampoco Pavese en 1950. Gorki —Arshile, no Maxim— se ahorcó. Levi presuntamente se lanzó al vacío.

Y luego está el extraño suicidio de Potocki, que se disparó una bala de plata en la cabeza. Durante meses, todas las mañanas limaba el pomo en forma de fresa de un azucarero que le había regalado su madre, hasta que lo desprendió y lo utilizó como bala. Avisen al doctor Freud.

Ningún compositor de renombre se ha suicidado, o al menos que yo sepa. Pensaréis que si alguno lo hubiera hecho seguramente habría sido Schnittke, pero no. Schumann se lanzó al vacío, pero él tenía un trastorno bipolar y, por si fuera poco, las espiroquetas de la sífilis se cebaban en su cerebro. Sea como sea, no murió en el intento. Chaikovski podría haberse

bebido a propósito el agua contaminada. A esos dos yo no los contaría. Por lo visto la música es la más saludable de las artes. Sin embargo, debo señalar que los compositores suelen morir a edad más temprana que la media de los humanos, mientras que los directores de orquesta mueren más viejos. No sé a qué se deberá eso, pero me intriga.

Las espiroquetas de la sífilis derribaron a los dos Schu, mann y bert.

Fadia advierte que estoy más tranquila. Baja las manos.

—Esto lo puedo leer —observa Joumana. Va pasando las hojas de mi colaboración con Danilo.

—No, por favor —digo.

—Quiero decir que se puede leer —aclara, divertida—. Que puedo leerlo, no que vaya a leerlo. —Frunce los labios y sopla en la hoja que tiene en las manos. La agita tratando de eliminar la humedad, pero enseguida para, seguramente por miedo a que la página se desintegre.

—Tenemos que separar todas las hojas —propone Marie-Thérèse— y secarlas. Es la única forma de salvarlas.

Está sentada en el centro de la habitación y me mira constantemente, aunque finge no vigilarme. Hoy no me recuerda a la novia imaginaria de Pessoa, Ophélie, sino más bien a Eudora Welty, mayor que la anterior, aunque con el pelo teñido de negro.

—Eso nos llevará mucho tiempo —objeto—, demasiado.

—Tenemos tiempo —replica Marie-Thérèse. Se arrodilla y se seca las manos en la toalla extendida en el suelo—. Al fin y al cabo, estamos de vacaciones. Yo no tengo nada mejor que hacer.

—Si no secamos las hojas —afirma Fadia—, el piso se llenará de hongos. Y los hongos crían hongos. Por todo el piso, por todo el edificio. No puedo permitirlo. ¿Y si se te meten debajo de las uñas? Son contagiosos. Quién sabe qué podría pasarles a las mías. Mirad, mirad. —Fadia habla con voz estridente y nos muestra las uñas—. No puedo arriesgarme a que se me estropeen. Tenemos que intervenir urgentemente.

Repite sus chistes, que no tienen gracia, y no sé por qué, pero cuanto más los oigo más graciosos me parecen.

No para de llover. Tengo el alma empapada de oír la lluvia. Llovizna, aguacero, llovizna, aguacero. El dolor del día se derrama. La ventana gime, maltratada. Al otro lado del cristal, el cielo parece congelado.

—No sé si vale la pena que las salvemos —digo, y vuelvo a mi sillón. Estar de pie me cansa—. No sé si merecen tanto esfuerzo.

—No digas tonterías. —Fadia sacude la cabeza fingiendo incredulidad —. Aquí hay mucho papel. Es imposible que no contenga nada importante.

Se arrodilla al lado de Joumana y le quita de las manos el cuchillo de cocina. Fadia, la vivisectora, raja a Javier Marías y lo abre para examinar su interior. Ella utiliza el cuchillo con mayor habilidad, claro: es mejor cocinera que Joumana y menos sensible, menos meticulosa.

Marie-Thérèse improvisa un tendedero. Su difunto marido, que estaba obsesionado con la caza, la pesca con caña y la de arrastre, le dejó un cargamento de bobinas de sedal. Marie-Thérèse llena mi apartamento de hilos entrecruzados que sujeta a las paredes con chinchetas. Cuando observo que tal vez no aguanten, ella me recuerda que solo vamos a colgar hojas de papel, livianas como plumas. Antes de que termine, yo sé que no habrá hilos suficientes para todas mis páginas.

Fadia y Joumana empiezan a colgar hojas, una a una, en un orden meticoloso, mientras Marie-Thérèse termina de tender los hilos. Utilizan pinzas para la ropa de plástico, de madera, incluso sujetapapeles. Mi sala de lectura empieza a llenarse de fantasmagóricas banderas de plegaria tibetanas.

Quiero ayudar. Vuelvo a levantarme y me uno a ellas. Cojo una hoja para colgarla del hilo. Fadia y Joumana se apartan para dejarme sitio, pero cuando yo termino (una pinza por hoja) ellas ya me llevan seis o siete hojas de ventaja. Mi mente se atasca en pantanos turbios. Veo a las tres brujas en la habitación, me cruzo con ellas, pero es como si entre nosotras hubiera una fina película de plástico: solo la atraviesa alguna molécula.

—No será suficiente —comenta Joumana mientras sigue colgando el manuscrito de Danilo Kis.

—No —corroborra Fadia.

—Vamos a necesitar algo más.

Llueve mucho, más fuerte, más fuerte aún; las gotas de lluvia parecen dolientes que se aguijonearan unos a otros en una barahúnda creciente de lamentos. Llueve como si el mundo entero estuviera a punto de derrumbarse, como si el cielo fuera a desplomarse: la venganza de Noé. Por fin ha conseguido entrar en mi casa.

—¿Dónde tienes el secador? —Fadia está plantada ante mí, pero nos separa una línea de papel; nos vemos las caras entre las hojas.

—¿El secador? —pregunto. ¿Para qué quiere secarse el pelo? Le explico que no tengo, que siempre me seco el pelo con una toalla, que no tengo secador desde que mi marido se marchó y se llevó el suyo, que era una de

sus posesiones más preciadas, lo que no tiene sentido porque siempre llevaba puesto aquel ridículo sombrero.

De pronto les da por charlar conmigo.

Las tres dejan lo que están haciendo. Si les hubiera dicho que todas las mañanas, después de desayunar, cabalgo con las Valquirias; que parí a un millón de yinn en las orillas del mar Rojo el domingo 22 de junio; que mi amante secreto es Zeus con forma de lluvia dorada, cualquier cosa menos que nunca he tenido un secador de pelo, no estarían tan sorprendidas.

—Tienes el pelo bonito —dice Fadia—. Podrías hacer muchas cosas con él, pero nunca te lo habías teñido, y el día que decides teñírtelo, vas y te lo pones azul. No te entiendo.

Está muy cerca de mí. Todas están muy cerca de mí. Puedo olerlas, cada una lleva una colonia diferente; Fadia huele además a cigarrillos franceses.

—¡Fadia! —gritan sus compañeras a la vez.

—Bah, callaos —les dice, y luego me pregunta—: ¿A qué vino lo del pelo azul? ¿Por qué lo hiciste?

—Fue un error de cálculo —contesto.

—Y que lo digas. —Fadia agita una mano para indicar a las otras dos brujas que no la interrumpen. Sabe muy bien cuándo están a punto de entrometerse en sus chácharas—. Y por el amor de Dios, ¿por qué te lo has cortado tú misma? ¿No podías ir a la peluquería para que te lo arreglaran? Un poco de color y un buen cepillado y te habrías sentido una mujer nueva. Ahora pareces una monja sin el hábito, y no una monja guapa como Audrey Hepburn, sino como Shirley MacLaine.

—¡Fadia! —exclaman sus compañeras.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunta Marie-Thérèse. Intenta apartar a Fadia, pero esta se la quita de encima como quien espanta una mosca molesta.

—No se parece a Shirley MacLaine —la contradice Joumana—. Tú sí que te pareces. Te has vuelto tan escandalosa y tan inoportuna como ella. ¿Qué ha sido de tus modales?

—Se han hecho viejos —responde Fadia—. Se han hecho viejos para que yo me mantenga joven.

—No te pareces a Shirley MacLaine —me asegura Marie-Thérèse. Estira un brazo y me pone la mano derecha bajo el codo izquierdo.

—Pues tampoco se parece a esa actriz de La semilla del diablo, como se llame —dice Fadia—. Pasé mucho miedo con esa película. Cada vez que me acuerdo de ella me dan ganas de ir al baño. Ay, no hablemos de eso.

Esperad, esperad. ¿Os acordáis de aquella película francesa en la que salía ese actor americano con bigote que parece una pasa arrugada? La actriz llevaba el pelo corto. No era Annie Girardot, sino otra.

—No le hagas caso —me aconseja Joumana—. Nosotras no se lo hacemos. Desde mil novecientos noventa y ocho solo dice tonterías. Ese fue su último año bueno.

—Voy a buscar mi secador —anuncia Marie-Thérèse—. Creo que cada una debería ir a buscar el suyo. Así podremos secar las hojas más deprisa.

—No sé qué de la lluvia —dice Fadia—. La película tenía un título interesante, pero no lo recuerdo. Es de los años sesenta. La verdad es que no te pareces mucho a ella, pero esa actriz francesa llevaba el pelo muy corto.

—Ve a buscar tu secador —dice Joumana mientras se lleva a Fadia de la mano.

Me gustaría cerrar la puerta con llave y dejarlas a las tres fuera, dejar el mundo entero fuera, pero el olor a moho casi me asfixia. El apartamento se ha llenado de una humedad imperiosa, una tirana opresiva y dominante. Dejo la puerta abierta. Dejo que pase el aire. El aire circula rápidamente por el apartamento, pero solo un momento, no tarda en ser derrotado; se vuelve pesado y rancio.

Busco Ana Karenina. ¿Dónde está? Ella es lo único que necesito. Voy de un ataúd a otro, pero no la veo entre los que están en la sala de lectura. Vuelvo sobre mis pasos, por si acaso. Voy a la cocina. Sobre una sábana de rayas azules empapada que cubre el suelo, la caja de Ana parece una vivienda pequeña y deteriorada a punto de implosionar, como la basura abandonada en la acera. Ella es lo único que necesito. Tengo que inspeccionarla.

Esta fue una de mis primeras traducciones, seguramente la tercera o la cuarta. Me encanta Ana, pero esa no es la única razón por la que es importante para mí. Karenina fue la primera traducción en que empecé a sentir que sabía lo que hacía. Ya sé que no debería decir eso. Diré que fue la primera traducción con la que no me sentí demasiado incompetente, con la que la lucha no fue tan larga, tan ardua ni tan titánica; con la que la tarea de traducir resultaba placentera, tan agradable, si no más, que la expectativa de terminar el proyecto. Ana Karenina fue la primera traducción con la que disfruté de principio a fin. Fue la primera vez que dejé que un libro y su mundo invadieran por completo mi casa.

La humedad ha rizado la primera hoja y todas las demás las ha reblandecido y adelgazado. Si no tengo cuidado, podría romper una por la

mitad al levantarla. Cuando se sequen, quedarán tiesas y arrugadas. En la época en que traduje este libro la tinta no era tan permanente como la de ahora. Las palabras escritas en árabe nadan por las páginas; algunas se ahogan, otras flotan. Hay páginas que parecen una lámina de Rorschach, una lámina de Rorschach azul pálido. Veo un dragón enorme comiéndose un cerdo. Veo a mi madre comiéndose un cerdo. Veo una mariposa aplastada. Veo mi vida girando alrededor del desagüe. Veo daños causados por el agua en todas partes. Veo palabras, no todas inconexas. Puedo reescribir estas páginas haciendo un esfuerzo digno de las pirámides de Egipto. Tendré que ser muy concienzuda y cuidadosa, pero puedo hacerlo. Seguramente moriré antes de haber terminado la transcripción. Supongo que las traducciones más recientes estarán menos dañadas que Ana, que la tinta será menos efímera. También puedo tirar todo el montón en uno de los numerosos cubos de basura de la historia. ¿Para qué quiero resucitar este cadáver podrido? Es absolutamente innecesario.

No soy nada.

Nunca seré nada.

No puedo querer ser nada.

Aparte de eso, tengo en mí todos los sueños del mundo.

Álvaro de Campos, el poeta dandi bisexual de Pessoa, escribió eso. Puede venir a mi casa cuando quiera y será bien recibido.

No soy nada. Debería aspirar a convertirme en una partícula. Concedo importancia a la literatura y a la poesía, recubro las artes con un oro de resplandor deslumbrante para no ver lo que el resto de la humanidad ve con toda claridad: que no soy nada, que nunca seré nada.

Para vivir necesito cegarme a fin de no percibir mis infinitesimales dimensiones en este universo infinito.

Arrodillada sobre las sábanas viejas de Fadia tendidas en el suelo de mi cocina, separo una a una las páginas de Ana y las coloco en orden alrededor de mí. Al extender los brazos me doy cuenta de que estoy haciendo una genuflexión tras otra, como si rezara. Esta es mi religión.

Mi letra no ha cambiado mucho con los años, o no ha cambiado nada, pero debido a los daños causados por el agua, me parece que estas páginas las escribió un desconocido. Todo está escrito en un idioma extranjero que debo traducir, o retraducir. Las letras se apretujan al azar, el final de algunas palabras se prolonga. En algunos casos, la punta de la letra árabe

«r» corre como el afluente de un río hasta que se seca o desemboca en el lago de la letra contigua.

Mi garganta deja escapar un breve grito cuando veo unas zapatillas a punto de tocar la hoja más alejada de Ana. Marie-Thérèse ha entrado sin que me diera cuenta; ni siquiera la he oído subir la escalera. Se disculpa por haberme asustado, aunque en realidad es culpa mía. Me informa de que han llegado los fontaneros. Van a perforar la pared del lavabo de servicio del piso de arriba. Harán ruido, pero no durará mucho.

—Dentro de una hora volveremos a tener agua —añade. Unas matas de lana de color oveja asoman por los bordes de sus zapatillas de tacón bajo—. Joumana está preparando café mientras Fadia discute con los fontaneros. No tardarán en bajar con sus secadores. —Extiende un brazo, y el cable de su secador de pelo oscila un instante como un péndulo borracho—. Si quieres, puedo empezar mientras esperamos a que vengan.

De pronto el techo y las paredes de la cocina empiezan a sacudirse. Los fontaneros deben de haber soltado una carga pesada. Siento como si algo se hiciera añicos en mi cerebro, pero no hago caso.

Me fijo, y no por primera vez, en que Marie-Thérèse tiene un aspecto muy frágil, más sólido que el de mi madre, pero al mismo tiempo más quebradizo; da la impresión de que bastaría un resbalón para que se rompiera algún hueso. Un camisón de color azul claro destaca bajo el cuello de su bata.

—Ha sido una mañana de locos —dice—. No he tenido tiempo de arreglarme.

Con un gesto aparentemente inconsciente, se toca el pelo, que se le está soltando de los pasadores. El meticuloso cardado con que salió de la peluquería se ha convertido en una masa maciza y desgredada.

Debería decir algo. Seguro que la estoy mirando fijamente.

—Yo estoy menos presentable. —Señalo el abrigo de mohair color burdeos—. ¿No ves qué cosa tan fea? Es repugnante. —La pena parece dispuesta a envolver mi mundo una vez más—. ¿A quién se le ocurriría ponerse algo así? ¿A quién?

—A mí —responde Marie-Thérèse.

—Es feísimo.

—Pero debe de abrigar mucho.

Marie-Thérèse recoge las primeras páginas de Ana Karenina y se sienta a la mesa roja y amarilla de los desayunos. Enchufa su secador en la toma

de corriente de la pared, pero antes de empezar se coloca bien las gafas y lee el título. Su rostro se ilumina.

—Gracias a Dios —exclama—. Este lo he leído. Estaba preocupada porque de los otros ni siquiera había oído hablar. Me sentía insignificante. En las otras cajas no había ni un solo título que reconociera. Me sentía inepta.

—Qué va —digo—. Soy yo la que debería sentirse así.

—Pero Ana Karenina sí lo he leído —continúa—. Leí a Tolstói y a Dostoievski de joven. Ya hace mucho tiempo, pero los leí.

—Para mí también hace mucho tiempo. —Esos fueron los libros que me llevaron por este camino, los libros responsables de la cumbre y el abismo.

—La recuerdo bastante bien —prosigue—. Me gustó mucho. A todas mis amigas les gustó. Cuando era joven, era lo único que podíamos leer. Eran otros tiempos. Me pregunto qué leerán las jóvenes de hoy en día. Me encantaba el conde Vronsky.

Sonríe para sí. Me imagino sus recuerdos de la novela o, mejor dicho, de quién era ella entonces y cómo se sentía al leerla. Se ruboriza.

—Me enamoré del personaje de un libro —continúa—. Cuando me casé, no entendía por qué mi pobre marido no se comportaba como el conde. Ya sé que es una estupidez. Mi marido me quería, se preocupaba por mí, me cuidaba, pero yo ansiaba todas las frivolidades que ofrecía aquel Vronsky. Quería que mi marido fuera tan guapo como me lo imaginaba a él.

—Te entiendo —digo, y es verdad. También entiendo que tienes que mentirte a ti misma si quieres sobrevivir en un matrimonio desgraciado, tienes que engañarte si quieres seguir viviendo.

—¡Ay! —exclama de pronto—. Lo siento. No debería hablar de maridos románticos.

—No pasa nada. Para mí los maridos no significan mucho.

Se ríe.

—¿Tú también te enamoraste de Vronsky? —me pregunta.

—No. A mí me encantaba Ana.

Al oír que Joumana y Fadia entran en el recibidor, Marie-Thérèse anuncia:

—Estamos hablando de Ana Karenina y de maridos.

Las mujeres reaccionan ante estas palabras como si acabaran de oír que una de sus hijas va a casarse o está embarazada. La expresión de la cara de Joumana es la de una mujer que se dispone a aullar. Fadia trae tres secadores en las manos, uno del tamaño de un obús, y Joumana, una

bandeja con su cafetera sagrada y cuatro tazas. Su amabilidad me emociona. En mi apartamento solo tengo dos tazas.

Tenemos que tomar la primera taza de café antes de encender los secadores; Fadia quiere beberlo sin ruidos. Esta mañana se han saltado su ritual por culpa del jaleo. Sin embargo Fadia no ve realizado su deseo, porque en cuanto da el primer sorbo los fontaneros empiezan a dar golpes en el piso de arriba. En mi sala de lectura, las paredes de libros ya tiemblan. El secador que me han asignado descansa en mi regazo como un pájaro prehistórico hambriento, con el pico siempre abierto, esperando a que lo alimenten.

La taza de café es como un dedal en mi mano; a su lado mis dedos parecen gigantescos. Me la llevo a los labios y doy un sorbo. El café es verdadera ambrosía, un sabor celestial. Estoy pasmada. Jamás había probado nada parecido. De haber sabido que el café tenía un sabor tan delicioso, me habría emborrachado con él todos los días. Me gustaría preguntarles si siempre sabe así o si es un café especial. ¿Utilizan algún ingrediente secreto, tal vez un pellizco de sal o un ojo de tritón? ¿Dónde lo comprarán? No sé cómo preguntárselo. Contemplo la posibilidad de que lo encuentre delicioso a causa de mi estado de ánimo.

Marie-Thérèse se suma al estruendo de los fontaneros dirigiendo su secador hacia la primera hoja de Ana Karenina. Joumana empieza con Hambre, de Hamsun. La concentración petrifica sus caras. Joumana aprieta tanto los labios que su boca parece una línea solitaria trazada por Klee, o por Matisse, cuyo mayor deseo era parecerse a los demás. No les pregunto si vamos a secar cada una de las páginas de mis treinta y siete manuscritos. Creo que ninguna de nosotras es lo bastante joven para completar esa tarea. No llegamos a averiguarlo. Fadia enciende su secador y se corta la electricidad.

Nos miramos las cuatro, sorprendidas. Fadia se levanta, enfurruñada, como si considerara una ofensa personal que los plomos hayan saltado, como si las flaquezas y las peculiaridades de Beirut existieran únicamente para fastidiarla a ella.

—Voy a dar la luz —digo, y me inclino hacia delante para levantarme.

—No te preocupes —me ataja ella—. Ya sé dónde está la caja de los fusibles.

El diferencial de mi apartamento solo soporta dos secadores. Cada vez que Fadia intenta encender el suyo, saltan los plomos.

Joumana propone que una de nosotras planche las hojas, o para ser más exactos, que pase una plancha caliente sobre una toalla extendida sobre la hoja de papel húmeda. Tengo plancha y tabla de planchar.

—Yo no plancho —declara Fadia—. Seco, pero no plancho.

Marie-Thérèse se sienta en el confidente, en la misma postura y en el mismo sitio en que Hannah se sentaba hace muchos años. Ahí es donde se sentaba. Ahí es donde tejió una bufanda roja y rosa para su sobrino, una bufanda que nunca le vio puesta, lo que le causaba no poca irritación. Ahí es donde me escuchaba leer en voz alta a Beauvoir. Desde ese confidente compartía conmigo sus historias. Siempre recatada, siempre formal, pero los vestidos que llevaba nunca le quedaban del todo bien y las rebecas que tanto le gustaban casi nunca hacían juego con ellos. Ahí es donde escribía sus diarios. ¿Cuántos años se sentó en ese confidente? Debería ser capaz de contar los años. ¿Cuántas noches? Ahora solo me quedan sus diarios y mis recuerdos. ¿Quién guardará sus diarios cuando yo falte?

—Esto me gusta —dice Marie-Thérèse. Sostiene una página ante sus gafas—. Escribes bien.

—No lo he escrito yo —la corrijo—. Es una traducción.

—Tienes la letra pequeña —observa Fadia—. No puedo leerla.

—Gafas —le suelta Marie-Thérèse.

Fadia es la única de las cuatro que no lleva gafas, por supuesto. No recuerdo que las haya llevado nunca.

—¿Ha leído alguien estas traducciones? —pregunta Joumana.

No sé qué contestar. No las ha leído nadie, claro. La veo vacilar; pese a que procura ser diplomática, su curiosidad, la curiosidad de las tres, no es fácil de disimular. Fadia está nerviosa como un caballo segundos antes de comenzar una carrera.

—¿Nunca te has planteado publicar todo esto? —Joumana enfoca el asunto desde otra perspectiva.

—No —respondo—. Se me pasó por la cabeza, pero solo al principio.

La expresión de su cara me desconcierta. Espero a que diga algo o me haga otra pregunta, pero guarda silencio. Se queda mirándome, y eso me incomoda. Asiente un poco con la cabeza, una leve sacudida hacia abajo y hacia delante, y entonces lo entiendo. Quiere que continúe.

—No soy tan buena —digo—, y no estoy segura de que a alguien le interesara leer mis traducciones.

—¿No estás segura de que a alguien le interesara leer Ana Karenina? —se extraña Joumana.

Esa expresión de incredulidad sí sé descifrarla.

—Ana fue uno de mis primeros trabajos. La han traducido al árabe. No sé si mi traducción aportaría algo, no sé si tiene algún valor. Me inventé un sistema para pasar el rato. Todo esto no es nada más que un capricho.

—¿Un capricho? —Joumana sacude la cabeza.

—¿Un capricho? —pregunta Marie-Thérèse.

—Un capricho. —Fadia sonrío.

—Un capricho —insisto.

Joumana mira todas las cajas que hay en el suelo; sus ojos se posan en una un par de segundos antes de pasar a la siguiente. Supongo que está intentando ordenar sus ideas.

—¿No quieres que la gente lea lo que escribes?

—¿Lo que escribo? —La verdad es que nunca he pensado que mi proyecto sea escribir—. Yo solo traduzco. El escritor es Tolstói. Es Sebald, no yo.

—Pues tu trabajo. ¿No quieres que la gente lea tu trabajo? —Joumana me habla como imagino que habla a sus alumnos, con paciencia de profesora.

—No lo sé —confieso, y es la respuesta más sincera que se me ocurre. Quiero que me entienda. Quiero entender.

—¿No quieres llevar un registro de todo lo que has traducido? —me pregunta Joumana señalando todas las cajas—. Estos escritores..., nunca había oído hablar de ellos. ¿Pessoa? ¿Hamsun? ¿Cortázar? ¿Hedayat? ¿Karasu? ¿Sebald? ¿Nooteboom? ¿Kerstész?

—Escritores espléndidos —digo—, entre ellos un par de ganadores del Premio Nobel.

—Razón de más —replica ella—. A mí me gustaría leerlos. Y no solo a mí, a mucha más gente.

—Puedes leer las traducciones inglesas —digo—. ¿No sería mejor? La traducción original puede transmitir a veces las sutilezas del lenguaje del autor, su estilo, su ritmo y su rima. Mi versión es una traducción de una traducción. Todo se pierde dos veces. Mi versión no es nada.

—Podría pedir a unos cuantos alumnos de posgrado de la universidad que transcribieran todo esto.

—¿Por qué iban a querer hacerlo?

Ya ninguna de las tres trabaja. Los secadores permanecen callados, quizá porque quieren enterarse de lo que decimos.

—Porque los siervos hacen lo que les ordeno —dice Joumana—. Lo digo en broma —añade al ver que no he entendido el chiste—. Lo harán porque es investigación. Los alumnos de biblioteconomía, o quizá los del departamento de árabe. No importa. Se lo propondré.

—No sé si estoy preparada —digo.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? —pregunta Fadia.

—Cincuenta años.

—¿Y en cincuenta años no has pensado en cambiar de sistema?

No sé si la he entendido, y se lo digo.

—Llevas cincuenta años haciendo lo mismo, exactamente lo mismo. ¿Ni una sola vez te has planteado cambiar algo?

—No hago siempre lo mismo. Traduzco un libro diferente cada año, de diferentes escritores, de diferentes partes de este mundo nuestro. Procuro escoger distintos tipos de novelas. Me gustan las novelas con rasgos distintivos y una voz atípica. Cada proyecto es único. Creo...

—Pero ¿nunca te has planteado modificar tu sistema? —insiste ella—. Probar un nuevo método. Cambiar de táctica.

—Ya te lo ha explicado —interviene Marie-Thérèse—. Cada proyecto es diferente. Déjala hablar sin interrumpirla.

—A mí me parece todo lo mismo —dice Fadia.

—Deja que te traduzca lo que está diciendo —replica Marie-Thérèse—. Tú te pintas las uñas de un color diferente cada vez, pero no cambias la forma de aplicarte el esmalte. Tienes un sistema, pero no utilizas el mismo color.

—Yo no tengo ningún sistema —la contradice Fadia—. Tengo una manicura.

—No finjas que no entiendes lo que digo —la reprende Marie-Thérèse.

—Mira —dice Fadia—, yo no me hago la misma manicura cada vez. No solo cambio de color. También cambio de tipo de esmalte, de marca. Unas veces me hago la manicura de día, y otras, de noche. Unas veces vienen a hacérmela a casa, y otras voy yo. De vez en cuando hasta cambio de chica.

—Debería hacerme la manicura, ¿verdad? —digo.

—Desde luego que sí —dice Fadia—. Intentaré tener tacto, pero sí, necesitas hacerte la manicura. No se me ocurre nadie que la necesite más que tú, excepto las luchadoras rusas o las nadadoras de Alemania Oriental. Y, por favor, no me vengas con que no te importa tu aspecto físico y que la apariencia no es lo más importante. En este mundo hay dos tipos de

personas: las que quieren ser deseadas y las que lo quieren tanto que hacen como si no lo quisieran.

—No sé si la manicura es lo que va a convertirme en una mujer deseable.

Trabajamos toda la mañana. Yo plancho en un rincón de mi sala de lectura. Fadia y Marie-Thérèse secan las hojas con los secadores. Las tres formamos un triángulo, o tres puntos de un círculo, en cuyo interior se mueve Joumana. Ella se encarga de la clasificación: organiza los montones, decide cuál necesita más urgentemente ser resucitada, qué hojas hay que planchar y cuáles irán al aire caliente.

Desarrollo un método: paso la plancha hacia delante y hacia atrás dos veces y luego levanto la toalla azul para ver si la hoja se ha secado. La mayoría de las veces tengo que darle otra pasada. Como es lógico, no necesito usar el chorro de vapor de la plancha.

Adoptamos una rutina silenciosa. Fadia habla sola, pero con el ruido de los secadores nadie la oye. Marie-Thérèse se concentra en la tarea que tiene delante, mientras que Fadia se lo toma como una especie de juego. Joumana le pide que ponga más atención en cada una de las hojas y Fadia le hace caso durante un minuto aproximadamente. Sin embargo, las extrañas hermanas están coordinadas. Sí, es como si llevaran toda la vida resucitando manuscritos. Sin darme cuenta empiezo a integrarme en su ciclo. Después de terminar cada hoja levanto la cabeza para asegurarme de que puedo pasar a la siguiente.

Me planteo pedirles que paren, que lo dejen, pero no sé cómo hacerlo. Me siento culpable de que trabajen tanto en mi provecho; estoy abusando de ellas. Además, me siento incómoda en su presencia; están abusando de mí. Esto no está bien, sencillamente. Hace un rato les he dicho que yo debería decidir si quería salvar los manuscritos antes de ponernos manos a la obra, pero han pensado que no lo decía en serio.

Tengo que pedirles que paren. Me duele la espalda; junto al omoplato izquierdo tengo al menos dos nudos dolorosos. La tabla de planchar no es lo bastante alta, claro, y me obliga a encorvarme un poco, y nunca había estado tanto rato en esta postura. Abro la boca para hablar, pero Fadia se me adelanta. Marie-Thérèse y ella han apagado los secadores al mismo tiempo.

—Hemos de pensar en la comida —dice—. ¿Queréis que la prepare? — Su tono sugiere a la vez infinitas posibilidades y ninguna. Se levanta y se despereza.

Paro de mover la plancha adelante y atrás y la dejo de pie sobre la tabla. Estoy agotada. Veo que todas parecemos exhaustas.

—Déjame ver qué tienes en la cocina —dice Fadia.

La expresión de pánico de mi cara debe de ser desproporcionada, porque las tres mujeres sueltan unas carcajadas de lo más sinceras.

—Lo dice en broma, querida —señala Marie-Thérèse.

—No puede cocinar en ningún sitio que no sea su cocina —explica Joumana.

—En tu cocina seguro que no, mi querida amiga —dice Fadia—. En los cincuenta años que llevas viviendo aquí, jamás he captado ningún olor tentador que saliera de aquí. Ni una sola vez. A veces música, eso sí. Suponía que comías solo arroz hervido. O que te había enseñado a cocinar una inglesa.

—Lo siento —dice Marie-Thérèse—. No deberíamos reírnos en un momento así.

—¿En un momento cómo? —pregunta Fadia—. ¿Qué ha pasado?

Vuelvo a estar sola. Mi casa está en silencio, como a mí me gusta. Mis vecinas se han marchado, han hecho un descanso para comer. Luego volveremos, ha insistido Joumana. Después de comer, ha dicho Marie-Thérèse. Seguramente después de la siesta, ha añadido Fadia. He intentado librarme de la comida, pero no ha habido manera. Marie-Thérèse se asegurará de que la acompañe a casa de Fadia cuando la comida esté lista.

No hemos avanzado mucho en el proceso de secado. En tres horas y media apenas hemos terminado dos manuscritos, Ana Karenina y El libro de los recuerdos, dos manuscritos bastante largos, eso sí. Solo algunas páginas han quedado legibles por completo. Cuando reanudemos la tarea, nos dedicaremos al Libro del desasosiego, un libro muy importante para mí. Es el siguiente que debo salvar, si es que puede salvarse. Nos llevará una eternidad. Tal vez debería aceptar la oferta de Joumana y dejar que sus alumnos sequen las páginas, crear una cadena de montaje de siervos para avanzar más deprisa. Tolstói se enfadaría conmigo por utilizar la palabra «siervo». No sé si vale la pena salvar estos manuscritos, pero sería maravilloso que alguien los guardara en un ordenador en lugar de tener yo el apartamento lleno de cajas. También podría tirarlo todo, liberarme del peso de los años, desprenderme de los albatros. Son opciones.

Mi apartamento está hecho un desastre, hay cajas mojadas y hojas sueltas en la cocina, el salón, la sala de lectura. Solo Joumana sabe dónde están ahora las cosas. Este es su sistema. ¿Cómo voy a limpiar mi casa

cuando hayamos terminado? ¿Cómo voy a limpiar el desastre que ha dejado la humedad en la habitación de la sirvienta y en el lavabo de servicio? Necesitaré que alguien cambie la bombilla. ¿Otro siervo?

Estoy perdiendo la buena educación. Tengo que preguntarle a Joumana si ha sabido algo más de su hija. Me interesa, y Joumana se ha portado bien conmigo, igual que Marie-Thérèse; hasta Fadia, la chiflada de Fadia.

La chiflada tiene razón en cierto modo. Esta destrucción es una oportunidad para liberarme de mi sistema, de las normas que me he impuesto para traducir, o por lo menos de algunas. Yo también puedo rebelarme, como un adolescente. Quizá pueda traducir un libro escrito en inglés para variar. La señorita Spark: traduciré La plenitud de la señorita Brodie, de Muriel Spark, o mejor aún, a la crème de la crème de los escritores de relatos, Alice Munro. Puedo meterme un tiempo en la piel de Alice.

Nada de países industrializados; puedo trabajar con escritores del Tercer Mundo. ¡Irlanda! Edna O'Brien, Colm Tóibín o Anne Enright.

El subcontinente y sus diásporas: Una casa para el señor Biswas o Hijos de la medianoche.

Una multitud de posibilidades.

¡Coetzee! Me encantaría traducir a Coetzee; sí, me gustaría mucho.

Puedo traducir La señora Dalloway. Si quiero, puedo. Pasaré ese día memorable dentro de la cabeza de Clarissa mientras se prepara para ofrecer la fiesta. O trabajar en Una habitación propia, en mi propio apartamento empapado. Quizá debería traducir Por quién doblan las campanas, de Hemingway. Tal vez el dolor induciría un éxtasis religioso.

No, puedo traducir un libro francés. Puedo pasarme un año con mi querida Emma. ¡Madame Bovary!

Si el francés y el inglés son los límites de mi lenguaje, los límites de mi mundo, mi mundo es infinito. Ya no necesito traducir una traducción. No necesariamente tiene que perderse todo dos veces. Hasta ahora contemplaba el agua cómodamente acurrucada en una barca, protegida, pero ahora nadaré en las aguas turbias del francés de Flaubert. No tengo por qué trabajar a partir de una segunda lengua; no tengo que traducir desde lejos. Aaliya, la de arriba, la separada, puede caminar por el barro.

¿Estaré experimentando una epifanía? ¿Será esto el éxtasis?

Olvidémonos de Emma. Voy a traducir a mi Marguerite. Memorias de Adriano, mi novela favorita. Si Marie-Thérèse quería tener un marido como Vronsky, yo quería casarme con Adriano. Quería que alguien erigiera

monumentos en mi memoria, esculpiera estatuas. Quería que alguien construyera una ciudad con mi nombre.

¿Dónde está mi Aaliyópolis?

¿Adriano o Emma, Emma o Adriano, una ama de casa francesa o un César de Roma? Posibilidades, posibilidades ilimitadas; bueno, casi ilimitadas.

Si traduzco a Yourcenar, podré ser mi propio Adriano. Podré construir mi propia ciudad. Seré emperador por un año, la reina y señora del mundo; seré gobernante del universo, árbitro de la vida y la muerte. Podéis llamarme emperador Partícula.

Pero la verdad es que me encantaría traducir a Coetzee y su prosa impecable, despojada de todo exceso. Escogería Esperando a los bárbaros. Al fin y al cabo, ya no soy una virgen que lava los pies de otros. El libro es magnífico, una joya perfecta.

Puedo intentar trasladar al árabe el estilo del inglés lapidario de Coetzee. ¿Encontraré la manera de utilizar el lenguaje para plasmar la precisión y la mordacidad de Coetzee? ¿O el francés de Yourcenar, que ella domó para que sonara más a latín, como si la mano vieja y temblorosa de Adriano lo hubiera escrito con pluma? No sé si sabré mostrar la expansiva formalidad del lenguaje y las sutilezas cautivadoras de Coetzee, aunque traduzco mejor que cuando empecé, hace cincuenta años. Puedo intentarlo.

¿Debo ser Adriano o el magistrado?

Utilizaré tinta resistente al agua, tinta permanente, en lugar de tinta efímera.

Que impreso en tinta negra mi amor siga brillando.

Oigo a Marie-Thérèse subiendo la escalera: es la hora de comer con las brujas. Ha prometido que se parará en mi puerta.

¿A quién traduzco, a Yourcenar o a Coetzee?

Marie-Thérèse llega a mi rellano. Si llama al timbre, mi siguiente proyecto será Adriano; si llama con los nudillos, los Bárbaros.

Respiro hondo, aspiro el aire de la expectación.

Agradecimientos

Lectura y edición: Asa DeMatteo, William Zimmerman, Madeleine Thien y Joy Johannssen.

Por su inestimable confianza y apoyo: Nicole Aragi, Christie Hauser, Amy Tan, Colm Tóibín, Silvia Querini, John Freeman, Andrea Laguni, Teri Boyd, Sasha Hemon, Beatrice Monti della Corte y el personal de Santa Maddalena Foundation, Randa, Rania y Raya, por supuesto.

Muchas gracias.